

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

SOCIOLOGÍA

Y

PSICOLOGIA COLECTIVA

POR

PASCUAL ROSSI

PROLOGO É INTRODUCCION DE

FAUSTO SQUILLACE

TRADUCCIÓN POR

EDUARDO OVEJERO

MADRID
LA ESPAÑA MODERNA

LÓPEZ HOYOS, 6

1374

ES PROPIEDAD

PRÓLOGO

VIDA Y OBRAS DE PASCUAL ROSSI

1. Noticias biográficas.—2. Sus obras.—3. *L' animo della folla*.—4. *Psicologia collettiva*.—5. *Mistici e settari*.—6. *Psicologia collettiva morbosa*.—7. *Suggestionatori e la folla*.—8. Últimos estudios.—9. *Critiche varie*.—10. Caracteres de la obra de P. R.

1. Deber sagrado para mí, de amigo fraternalmente querido y de admirador franco y sincero, me impone la grata misión de presentar, por segunda vez, al público científico, ésta última y definitiva obra de Pascual Rossi. Última, porque una muerte prematura lo ha arrebatado al afecto de los amigos y al progreso de la ciencia; definitiva, porque en ella, por inspiración mía, recogió y sistematizó la quintaesencia de sus estudios de psicología colectiva, fruto de su breve pero intensa vida de estudioso.

De las noticias biográficas precisas que me han suministrado sus amigos de Cosenza, con la autorización de su hermano el abogado Francisco Rossi, he conseguido estos datos.

«Pascual Rossi, nació en Cosenza, el 19 de Febrero de 1867, del abogado Francisco y de la señora Cornelia Via.

»Hizo sus primeros estudios, así como el bachillerato, en Cosenza, en el R. Liceo Bernardino Telesio, distinguiéndose por su aprovechamiento en las letras, en historia y en filosofía, y consiguiendo con lisonjera votación, la licencia liceal en Julio de 1885.

»En el año escolar 1885-86 estudió el primer curso de jurisprudencia en la Universidad de Roma, dando cima felizmente á todos los exámenes, pero en el año siguiente, llevado de las inclinaciones de su espíritu, comenzó á estudiar medicina en la Universidad de Nápoles, donde consiguió el grado en Julio de 1892.

»Por herencia atávica estaba dotado, naturalmente á más de una inteligencia robusta y penetrante, de una palabra apremiante y persuasiva y de una poderosa pasión por el estudio y la política.

»En el estudio siempre se distinguió entre sus compañeros, tanto en las escuelas primarias como en las universitarias, donde sus memorias sobre casos clínicos eran admiradísimas por la sagacidad de las observaciones y por la hermosura de la forma.

»En política, fué socialista iluminado, templado y tenaz, por lo que aun viviendo en estrechísimo centro donde toda lucha reviste la dura forma personal, tuvo adversarios, pero no enemigos, y ni persecuciones policiacas, ni desengaños, ni siquiera los tormentos de su última enfermedad larguísima, pudieron debilitar su fe política, nacida por libre y luminoso convencimiento.

»Fué honrado ciudadano por su incansable laboriosidad, firmeza absoluta de carácter, impecable ejemplaridad de costumbres: fué consejero municipal, asesor administrador de la Convención nacional Telesia y del asilo infantil Reina Margarita, vicepresidente de la Academia Cosentina, presidente de la Fede-

ración Postelegráfica, sección de Cosenza; y en cada puesto desempeñó su cargo con grandísimo amor y extraordinario escrúpulo, poniendo en toda gestión el tesoro de su justa visión y á la vez la garantía de la más escrupulosa ecuanimidad; fué dos veces candidato á la diputación provincial, y en 1904, al Parlamento Nacional, pero no fué elegido ni para el uno ni para el otro cargo.

»Fué de costumbres sencillísimas y de índole dulce y bondadosa, y tuvo cariño entrañable á la familia, por sus padres como por sus hijos y hermanos.

»Murió repentinamente en Tesano, cerca de Cosenza, donde se encontraba veraneando, el 23 de Septiembre de 1905.»

2. Sus obras, cronológicamente ordenadas, pero limitadas á las de psicología colectiva (1), que son las más importantes y difundidas (2), merecen ser ex-

(1) Los trabajos de P. R. que no tratan de psicología colectiva, son escritos de ocasión, opúsculos, artículos de periódicos, etc., entre los cuales recuerdo solo *I martiri del 99* y *Genio e Degenerazione in Manzini*, cuyo sumario es:

I. *Factor psíquico* (los precedentes familiares, examen psico-somático, crisis epilépticas, ilusiones y alucinaciones, lado genial en Manzini, sentido meteórico y notas grafológicas).

II. *El Místico* (mimetismo místico, monoideísmo, sentido del dolor, notas eyectivas, simbolismo, lenguaje, altruismo, otras notas místicas).

III. El factor sociológico en el misticismo.

IV. El factor sociológico en Manzini.

De esta obra se ha publicado una segunda edición con el título *G. Mazzini e la scienza moderna*.

(2) Los trabajos de pequeña entidad publicados en revistas y opúsculos también de psicología colectiva, no se mencionan porque ó han sido refundidos en publicaciones posteriores más completas ó extractados por publicaciones ya completas. Debemos añadir que P. R. intentó también, pero con éxi-

puestas sistemáticamente y resumidas en puntos esenciales, tanto más cuanto que tal trabajo no ha sido nunca completamente hecho. Omitiré solamente la última, ya porque sobre todo tiene por objeto sistematizar la materia de las anteriores, como porque forma la base de la discusión que seguirá.

3. Y comencemos por la primera (1).

La opinión pública para formarse y difundirse tiene necesidad de un órgano nuevo, y éste es la psiquis colectiva. El genio étnico es obra de un alma colectiva que vive al través de los siglos y al través del espacio. «El alma de la multitud existe, pues, y se ha venido formando así como una psiquis individual», (pág. 2). La multitud puede ser definida, «una formación inestable é indiferenciada que se desarrolla en los ámbitos de un agregado estable é indiferenciado» (página 4). De estas formas primitivas se pasa á otras más estables y diferenciadas (secta, casta, clase, asamblea, estado) (pág. 12). Para buscar el medio evolutivo de las varias formas de multitud es preciso excluir las patológicas (secta) y buscarle en la multitud primogenia hasta la casta, la clase, el estado. Hay dos multitudes simples é indiferenciadas: una inestable, que se forma y se disuelve rápidamente; otra estable, primogenia, indiferenciada, la horda, de la cual han salido las castas, las clases, el estado (pág. 13). La ley espenceriana vale también para las multitudes: «el carácter del agregado está determinado por los caracteres de las unidades que le componen», y del análisis y de la aplicación de esta ley á las colectividades se

to por muchas causas infeliz, la publicación de un *archivo de psicología colectiva y ciencias afines* en Cosenza, que vivió pocos meses á partir de Abril de 1900.

(1) Rossi: *L' animo della folla*. Cosenza, tip. Riccio, 1898.

puede deducir: 1.º, que las sociedades están compuestas de elementos desemejantes y que su progreso tiende á una creciente diferenciación dependiente de desemejanza creciente de sus elementos; 2.º, que los organismos colectivos pueden estar compuestos de elementos semejantes, si bien el caso más común sea la desemejanza de sus elementos; 3.º que al decir «la naturaleza del agregado está determinada por la de los elementos que la componen», se usa la fórmula general que comprende el caso de la desemejanza y de la semejanza; 4.º, que la distinción de psicología colectiva y de sociología indica dos campos diversos de estudio: la sociología estudia la estructura del cuerpo social y la ley de formación de la sociedad, mientras que la psicología colectiva estudia el modo cómo la psiquis individual, sumándose, constituye el alma colectiva, (pág. 16). Las multitudes piensan, sienten, obran (páginas 18 y 19) como la psiquis individual. Las multitudes pueden ser criminales, pero la multitud primgénia es siempre criminal (pág. 21), y la criminalidad de la multitud tiene el mismo origen que la criminalidad individual (pág. 23).

El pensamiento colectivo existe y es un patrimonio que va siempre aumentando (pág. 25): el lenguaje, la escritura, la leyenda artística, los romances, los proverbios, etc., la evolución psíquica de la multitud confirma la ley psico-genésica fundamental (ontogénesis y filogénesis) (pág. 31). La multitud da al pensamiento la integración y la difusión, al sentimiento la suma (pág. 32); pero la pasión puede también cambiar presentando un fenómeno de polarización psíquica. La obra de la multitud tiende siempre á extenderse, mas constituyendo la obra individual (pág. 33).

Estática de la psiquis quiere decir pensamiento; y

así como existe para el individuo existe también para la multitud (pág. 38). El pensamiento de una multitud inferior está hecho de las ideas y pensamientos de otros hombres y otros tiempos. La multitud tiene una dinámica psíquica, esto es, sentimientos y emociones que son los verdaderos propulsores de la acción. Las multitudes tienen, como los individuos, una evolución del sentimiento semejante á la de la especie, hecha del nacimiento y desarrollo de dos sentimientos simultáneos: egoísmo y altruismo. Las multitudes están también sujetas á graduales desarrollos del egoísmo y del altruismo: por lo que las multitudes inferiores indiferenciadas son egoístas; las elevadas, cultas, diferenciadas, altruistas. Las colectividades también tienen, como los individuos, emociones. De una multitud inferior se pasa á las más elevada, que tienen un contenido moral con tendencia altruista. El carácter no existe mientras la multitud se mantiene en condiciones inferiores de vida.

Las multitudes, como los individuos, tienen períodos de juventud y de senilidad. La senilidad de la multitud está determinada por dos factores: uno psico-somático (vicio, sobre trabajo, etc.), y otro social (ambiente, civilización); tales caracteres se manifiestan en el tono de la psiquis y en las formas de actividad, en el genio de la multitud.

La forma patológica de la multitud está constituida por la secta: es, hasta cierto punto, una enfermedad de crecimiento y una involución senil. Traza la psicología de la secta. Hay otras formas patológicas; por ejemplo, el nomadismo, el misoneísmo, la neofilia.

Las colectividades tienen también períodos de crisis, como los individuos, por ejemplo, las persecuciones. Traza la psicología de la persecución.

La multitud no ha sido siempre la misma, sino que, como cada organismo, ha cambiado al través de los siglos: en la Antigüedad la educación de la multitud fué servil, tendiendo á corromper el alma y el cuerpo; en la Edad Media se ofrece el mismo espectáculo de multitudes ineducadas, embrutecidas, ignorantes, cobardes, desequilibradas; pero al mismo tiempo se consiguieron algunos beneficios, como la formación de las grandes unidades étnicas, preludio de las grandes naciones; el concepto de la vida comenzó á resurgir especialmente por medio del arte; en la Edad Moderna la multitud toma un aspecto en armonía con los nuevos tiempos inspirados en el ideal del amor y de la paz social.

La multitud ha sido demasiado estudiada bajo su aspecto criminal; es capaz, como hemos visto, de pensamiento y de acción normal. Las mismas plebes de hoy están más adelantadas que el pueblo de otros tiempos: la multitud ha acrecentado su valor social y su educabilidad (1).

4. (2). «Hay aún entre el alma colectiva y la individual un paralelismo por el que el estudio del primero no podrá considerarse nunca bien iniciado si no repite las minuciosas investigaciones del estudio del

(1) Siguen estudios particulares: *Il caratter del Mezzogiorno d' Italia*; *Il cristianesimo e le formazioni storico-sociali*; *Le romanze*; *L' epidemie psichiche*, á que el autor hace prece-
der esta advertencia: «Este y los estudios especiales que si-
guen, reforman, ensanchan y simplifican ideas indicadas y
desarrolladas en las páginas anteriores»; y puedo añadir,
desarrolladas mayormente en obras posteriores de mayor
aliento.

(2) Rossi: *Psicologia collettiva* (estudios é investigacio-
nes). Milán, Batistelli, 1900.

segundo.» La «psiquis colectiva no es una simple confusión de las individuales, ni una suma; sino un producto nuevo, que en las formas más simples es una suma y en las más complejas una multiplicación ó una elisión, una mixción ó una combinación». El órgano de la psiquis colectiva puede asemejarse al cerebro y á los centros nerviosos; las psiquis individuales, por medio de descargas sintéticas, componen las psiquis colectivas; las neuronas del alma colectiva son ideales. En la función del alma colectiva hay dos estados, como en la del alma individual: uno de invasión rápida de las células por parte de un estímulo exterior, y el otro de invasión lenta: como en el alma individual así en la colectiva, hay un objeto exterior que suscita la onda nerviosa; hay también para el alma colectiva un umbral y un ápice de la conciencia. En tales fenómenos tiene gran importancia la condición especial orgánica de los individuos: cuanto más exquisito es el sentimiento de las personas, tanto más fáciles de surgir y de durar son los fenómenos colectivos. Pero para que se efectúe el fenómeno debe realizarse la difusión de la onda nerviosa en el alma colectiva; difusión que puede ser rápida é intensa, ó lenta y menos aparente. «Como el cerebro es la base de las funciones psíquicas individuales, así la multitud es el subtracto de las colectivas»; y hay no sólo analogía de función, sino de estructura. Se puede afirmar que «el alma de la multitud se hace posible por la semejanza de las psiquis que la componen, y que merced á las descargas sintéticas reflejan las excitaciones exteriores». En las multitudes estrechas hay una forma *estática*, en las dispersas una forma *dinámica* de la psiquis colectiva; pero como hay en la multitud una tendencia á la estabilidad, esto es, á

pasar del estado diferenciado al indiferenciado, así los fenómenos *estáticos* y *dinámicos* se suceden.

En psicología colectiva el hecho elemental es la psiquis individual, y el alma colectiva está basada en la semejanza de las psiquis individuales y en la revocabilidad de los estados afectivos presentes en el alma de uno solo, que exteriorizándolos, los hace repercutir en otros. La primera forma de actividad psico-colectiva es la emoción, luego el pensamiento, y por último la voluntad. La psicología colectiva forma una ciencia nueva por sí, con objeto propio. La ley fundamental psico-colectiva se formula, «las almas individuales, bajo un estímulo externo, tienden á sumarse en una ó varias almas colectivas, según la semejanza ó desemejanza psíquica individual que las liga». El estímulo puede ser ó un acontecimiento histórico-social ó un acto psico-colectivo que obra con un poder de sugestión, que comprende dos hechos distintos: la *imitación* y el *contraste*.

La psiquis colectiva tiene sus manifestaciones y sus productos; las manifestaciones son hechos *estáticos*, mientras los productos son hechos *dinámicos*; lo que quiere decir movimientos psico-nerviosos limitados ó difundidos en el tiempo y en el espacio. A las formas *estáticas* pertenecen la sensación, la emoción, el pensamiento, la memoria, la conciencia, la voluntad; á las *dinámicas*, las formaciones histórico-sociales y antropológicas (mito, religión, fábula, utopía, lengua, arte, etc.) Entre unas y otras están las formas *estratificadas*, renacientes ó hereditarias, y las neuróticas ó psicopáticas y criminales. En el campo emotivo la correspondencia entre la psiquis individual y la colectiva es perfecta; y lo mismo en el campo intelectual.

En el mecanismo de las producciones dinámicas psi-

co-colectivas, el alma individual descubre, la colectiva transmite, integra el descubrimiento y lo hace suyo. Junto á los productos simples están los complejos, cuyas leyes son: 1.^a, las formaciones histórico-sociales se desarrollan en un determinado clima; 2.^a, obedecen á la ley de la evolución y son tanto más complejas cuanto más vastas y numerosas las psiquis colectivas que las elaboran; 3.^a, son inmensamente plásticas; por lo cual se confunden, se cortan, se eliden, componiéndose en formaciones nuevas. Los hechos psico-colectivos, cuando se hacen demasiado complejos, difusos é intensos, se hacen hechos sociales.

«Entre la psiquis individual y la colectiva hay sólo diferencia cuantitativa, por estar una y otra hechas de la misma materia psíquica y de la incidencia del mundo exterior sobre ellas.» «Mientras el desarrollo de la psiquis individual es completo y continuo, el de la colectiva es intermitente é incompleto. La relación, por consiguiente, entre las dos psiquis es la de una complejidad mayor y de un menor desarrollo por parte del órgano psíquico de la multitud sobre el individuo, y una correspondencia de naturaleza del uno al otro. En virtud de todo esto, existen, para la psiquis colectiva como para la individual, las sensaciones elementales y la medida de los fenómenos psico-colectivos, así como la forma de represión y de involución.» En cuanto á la medida, un ritmo estático de psicología colectiva puede cobijarse bajo esta ley: «el tiempo de producción de un ritmo estático en una multitud, es igual al tiempo medio de respirar de cada uno de los individuos que la componen, acortado por el estado de densidad de la multitud en el espacio y en el tiempo.» Hay una psicogénesis colectiva, como hay otra individual, la cual está basada en el supuesto de que la

psiquis individual esté formada. El fenómeno sociológico se manifiesta elevadamente, en las formas gregarias estables, en una forma á veces mixta, psico-colectiva y social mecanizada. Toda la sociedad biológica es lo *indistinto* del cual surgen dos *distintos*; el fenómeno psico-colectivo que es una evolución de la sensibilidad general contenida en la sociedad biológica, y el fenómeno sociológico, que es una evolución de la simbiosis, contenida en la sociedad biológica misma. Sólo los fenómenos estáticos se observan en el mundo animal, aunque parece que la especie humana en las formas inferiores y primitivas está por bajo de ciertos animales inferiores. Puede verse en el arte la primera intuición de la psiquis colectiva.

Los motivos psico-colectivos tienden á hacerse rítmicos, como lo son los de la psiquis individual: rítmicos en cuanto son una sucesión de movimientos psíquicos y tienen un curso cíclico con períodos de elevación y de remisión. El movimiento colectivo es rítmico, porque está compuesto de *mínimos elementos* rítmicos, cuales son los motivos colectivos psico-individuales. Los ritmos que se verifican en una sola psiquis individual ó colectiva pueden ser sucesivos, ya se trate de hechos estáticos ó dinámicos, ora de idéntica naturaleza, ora de naturaleza y forma diversas. El ritmo colectivo existe también en la psiquis colectiva. El ritmo es casi un *ciclo* que, al descender, reviste una forma de inversión. Hay polarizaciones psíquicas por las cuales los ritmos sucesivos cambian imprevistamente de forma y de tono merced á un estímulo exterior. Otra forma de ritmos que se realizan en una sola psiquis la determinan los *ritmos indiferentes*, los cuales entre sí no tienen otro vínculo más que el surgir en una sola psiquis individual ó colectiva,

por la incidencia de las energías exteriores obrantes. Para concluir: los ritmos que se realizan en una sola psiquis son sucesivos, distinguiéndose en *sucesivos constantes, contradictorios indiferentes*. Los ritmos que se realizan en psiquis separadas, ya sean individuales ó colectivas, terminan por encontrarse, ya sobreponiéndose (incidencia), ya modificándose (intersección); por esto es necesaria la semejanza de las psiquis que reside en el clima, en la raza, en la tradición, en el factor sociológico, etc.; este último, especialmente con el factor económico, tiene gran importancia. Los ritmos intercadentes nacen más que de la diversidad de clima, de raza, etc., de diversidad del factor sociológico. Cuando dos ritmos diferentes y contrarios se encuentran, según la respectiva fuerza psíquica, se eliden ó se suman ó el uno prevalece sobre el otro tanto en forma estática como en modo dinámico psico-colectivo. Los ritmos tienden á agotarse; cuanto más intensos tanto más breves son, pero después de extinguidos dejan detrás de sí los *residuos* ó los *mínimos elementales* de los cuales se componían: los residuos son aquellas formas inmóviles y congeladas, recuerdos y vestigios del ritmo psico-colectivo y difícilmente pueden reconstituirse; mientras que los mínimos elementales, «mónadas llenas de vida», «pueden, si condiciones favorables de vida lo permiten, resurgir revistiendo, ó formas idénticas á las que tenían, ó semejantes».

Los ritmos renacientes varían entre sí por su duración, intensidad ó extensión según el tiempo, el clima histórico, etc., en que se reproducen.

Los ritmos colectivos están hechos más de sentimiento que de pensamiento. En todo hecho histórico se descubre en su principio un ritmo psíquico que

obra con mecanismo inhibitorio y propulsor del alma colectiva.

También en el alma colectiva las experiencias viven no como simples recuerdos, sino en las circunstancias de tiempo y de lugar y con el tono emocional con que se presentaron la primera vez. El alma colectiva, como la individual, va de un estado de inconsciencia hacia una creciente consciencia. Los ritmos psíquicos tienden á sumarse entre sí en una gran unidad; «la multitud es también un órgano unificado en el espacio y en el tiempo, y puesto en contacto con otras multitudes ó individuos aislados. Y en este encuentro material, también los ritmos se tocan y se suman, y se produce una formación compleja». Cuando estos ritmos se componen, engendran algunas relaciones no bien estudiadas, más sociológicas que psíquicas entre genio y psiquis colectiva, entre herencia individual y colectiva, entre psiquis colectiva y hecho sociológico, y producen como consecuencia la imitación y el contraste que culminan en el fenómeno *inicial y terminal*. «La última y más compleja forma de interferencia y de incidencia de los ritmos psico-colectivos, la determina aquella especial forma de *psicología*, que yo llamo *social*, y que tiene como su mínimo elemental el ritmo psíquico, ó sea el producto psíquico de una multitud, y que nace del encuentro de las multitudes dispersas en el tiempo y en el espacio, en un dado momento histórico de la humanidad.» Tiene su base, por consiguiente, en la humanidad, y los medios que transmiten las descargas simpáticas, son los periódicos, las revistas, los congresos, etc.

La multitud se disgrega ó por *disolución* ó por *agotamiento*, el proceso más natural es aquel en que el ciclo colectivo se suma ó se agota, según la ley de du-

ración que nace del proceso mismo; el otro proceso se verifica cuando se turba la cohesión de la psiquis, en la cual no se pueden realizar los fenómenos.

Trata, por último, de las relaciones entre la psicología colectiva y la sociología y de la definición, y del método de la psicología colectiva, más exacta y detalladamente desarrollados en su último libro.

5. (1). El tono del alma colectiva moderna es el dolor, aquel dolor social que surge siempre á consecuencia de las grandes civilizaciones y por factores bastante complejos. Los pueblos doloridos no fueron los absolutamente pobres, sino los relativamente pobres, en los cuales el contraste de las clases sociales es asaz vivo; «del contraste perenne entre un mundo ideal resplandeciente y otro real imperfecto, nace una larga onda de dolor». Las mismas causas han engendrado el dolor en el ánimo de la sociedad, han rebajado la resistencia del organismo humano; la fuente del dolor es triple: política, social y económica, y el arte y la filosofía son un eco, en ciertos momentos, de este dolor universal.

Otra característica del mundo moderno consiste en los fenómenos de oposición y de contraste; hay contrastes inmanentes que se desarrollan de modo simultáneo, como, por ejemplo, espiritualismo y materialismo, individualismo y colectivismo, etc., que aun estando basados en una determinada formación histórico-social, surgen uno de otro por sugestión: «la sugestión, que en el mundo psíquico individual obra como un fenómeno imitativo, en el mundo de la psiquis colectiva, obra, ora como fenómeno imitativo, ora como

(1) Rossi: *Mistici e settari* (estudio de psico-patología colectiva). Milán, Batistelli, 1900.

fenómeno de contraste». Estas varias formas de oposición social no quedan inertes en la ciencia ó en la mente, sino que mueven los sentimientos y se convierten en fuerzas activas y obrantes, de donde surgen los diversos ideales; de esta lucha nace el estado de dolor.

El misticismo es uno de los fenómenos más salientes de este estado de alma que se manifiesta concretamente en varios fenómenos, como el *profetismo*, el *erotismo*, el *simbolismo*, etc., que son particulares momentos psicológicos, estados de ánimo afines al complejo fenómeno del misticismo. Ilustra con ejemplos históricos el misticismo erótico, el misticismo ascético, el misticismo simbólico.

Pero el misticismo no es sólo un fenómeno morboso del espíritu, es á veces un fenómeno nuevo y renovador, es lo que llamo un *fenómeno inicial*, «esto es, que abre una nueva civilización. Es complejo, está compuesto de varios elementos, que forman una sola cosa cuya nota ideal, la superestructura, es la parte más aparente, aquella que, como sucede en los fenómenos sociológicos en general, esconde la base inadvertida pero no por eso menos verdadera, del fenómeno antropológico y económico». Una civilización nueva tiene contra sí una civilización vieja, un fenómeno inicial, un fenómeno final, un fenómeno psico-colectivo juvenil y otro senil. El fenómeno inicial tiene la característica de la juventud: «los pueblos nuevos que penetran en la historia son *místicos*, y el fenómeno inicial es un fenómeno místico, entendido en el sentido psico-patológico, como exaltación de algunas zonas cerebrales y depresión de otras por falta de cultura» (ej., *Cristianismo*, pág. 212; *Reforma*, pág. 215).

«Los fenómenos sectarios son también fenómenos iniciales que atestiguan siempre una exuberancia de

vida, que toma á veces la forma anormal, y que como el sentimiento del amor nace en medio de una tempestad emotiva y pasional.» De estos fenómenos examina é ilustra con ejemplos históricos las formas, el factor físico y biológico, el factor histórico-social, el factor individual, la psicología, el contenido y el valor social y su reflexión en el arte.

6. (1). «La psicología colectiva morbosa puede definirse la ciencia que estudia «cómo individuos amorfos, parciales ó delincuentes, bajo estímulos exteriores y bajo la onda sugestiva de personas las unas y las otras anormales, se suman en el alma colectiva, por el ordinario mecanismo simpático, y dan productos morbosos, como la multitud misma, como los individuos en que la multitud se disuelve...»

Debe, en otros términos, «estudiar cómo y por qué las multitudes morbosas se forman, y de las formas más elementales de congenialidad morbosa pasan á la especial incubación de la multitud, que es el cenáculo de la multitud delincuente y de la epidemia psíquica».

Los casos de multitudes normales y anormales son producidos por la relación entre la composición de la multitud y la naturaleza del estímulo; «se dan tres casos: 1.º, que un estímulo anormal obre sobre una multitud anormal y de productos anormales; 2.º, que un estímulo normal obre sobre una multitud anormal; 3.º, que un estímulo anormal obre sobre una multitud normal y dé, ora si, ora no, producto anormal, según la fuerza de normalidad ó de anormalidad mayor ó menor de uno de los dos términos del hecho psico-colectivo».

El vínculo de la más elemental forma dualista que

(1) Rossi: *Psicologia collettiva morbosa*. Turín, Bocca, 1891.

existe es el de la sugestión, es la forma del *incubo* y del *súcubo* que comprende la pareja intelectual, sentimental, suicida, degenerada; la forma *mediánica*, aún no estudiada, inducta é *imitativa*, la forma de la sugestión recíproca, la forma de la sugestión igual y sincrónica.

El fenómeno no cambia si aumenta el número de los que participan en el, pero es importante estudiar una forma especial de multitud llamada *cenáculo* ó *cenobio*, y que suele ser de preparación para formas más difusas y para fenómenos psíquicos más extensos. En cada cenáculo es de notar: 1.º, la anormalidad del sujeto que domina, y el amorfismo ó la parcialidad de la psiquis de los dominados; 2.º, la pequeñez del número que implica menor dispersión de energía, por lo que ésta es absorbida por el pensamiento dominante; 3.º, todas aquellas otras condiciones que refuerzan el estado especial de monoideísmo y de estrechez y que produce la hegemonía de una emoción ó de un pensamiento en el campo de la conciencia; 4.º, las fermentaciones neuropáticas, los varios fenómenos anormales psíquicos ó psicopáticos que surgen en este estado de parálisis de la conciencia.

La epidemia psíquica es «un estado ideo-emotivo que de uno ó pocos se extiende á muchos, de modo rápido é intenso, hasta producir una parálisis en el flujo de la conciencia y dominarla, dando lugar á fenómenos extraños de psicología ó de neuropatía»; hay analogía entre las epidemias físicas y morales, que tienen igualmente por causa la miseria fisiológica, la locura, el alcoholismo, el delito. Las epidemias obedecen á aquella ley de coexistencia igual para todas las formaciones sociales, y según la cual, junto á las formas sociales superiores sobreviven las inferiores; epide-

mias de supervivencia y de renacimiento. Pueden considerarse tres grandes épocas epidémicas: 1.º, período *antiguo*, que comprende: a) epidemias religiosas (mesianismo, ebionismo, profetismo), y religioso-criminales (celotas); b) epidemias de ocultismo (que se ligan á la corriente de la filosofía griega en su encuentro con las doctrinas filosóficas orientales, de que Apolonio de Tieno es el principal representante); c) epidemia religiosa y cristiana; 2.º, período medioeval (brujería, ocultismo, etc.); 3.º, período moderno (misticismo). Las epidemias son útiles, ya como sismógrafos morales, ya como trámites de las reformas radicales. La multitud epidemizada no se distingue de las otras normales ó morbosas. Las epidemias tienen siempre un colorido especial, según el tiempo en que surgen.

En el estudio del delito de la multitud se han tenido demasiado en cuenta algunos fenómenos secundarios descuidando otros principales, como la aprehensión económica-política, moral, y en sentido psicológico, el efecto de la idea naciente es obra de los *seductores*, que en terreno adecuado son la causa *ocasional y eficiente* del gran delito colectivo. La composición de la multitud delincuente está hecha por mujeres y niños en la mayor parte, seres bastante sugestionables. «El *seductor* es el hombre hiperestésico, generoso, que vencido por el dolor social, desciende de su clase heredada y tiende su mano á la oprimida»; mientras que el *meneur* «es aquel que crea en torno á sí la multitud, la guía y la plasma». La multitud recibe el sello de los *meneurs* y de los hombres de fondo activo; y, por consiguiente, según la sugestión, buena ó mala, normal ó delincuente; en ella se encuentran también criminales natos, pero por lo común son pasionales. La multitud delincuente se forma por dos procesos psicológicos:

uno de abalanzamiento á la idea criminosa. «Por abalanzamiento se entiende la sucesión de estímulos que se aproximan y se agrandan, y que en el campo de la conciencia no se diseminan, sino que perduran, se suman é impulsan á aquella acción á que ingénita pero débilmente se está predispuesto, y que acaso no sería nunca realizada sin esta forma particular de sugestión». El otro es «la sugestión inmediata, intensa, que predispone á aquel crimen que el abalanzamiento pasional no ha conseguido impeler á su realización». Es un verdadero momento de *locura criminal*. El estar la multitud compuesta en gran parte de pasionales, hace que bajo las sugestiones del momento la conducta se haga mudable, ondulante. «Cuando el crimen sectario dura varios días, sucede siempre que á los criminaloides de los primeros días, que han obrado en una especie de inconsciencia, de un *raptus*, suceden los criminales natos.» En condiciones tan anormales el delito crea el delito, su acción se hace epidémica. Acaecido el delito sucede en la multitud apasionada un momento de abatimiento semejante al que sobreviene al delincuente pasional. En la multitud pasional son también posibles intermitencias cuando interviene á tiempo la obra de un *meneur*. «El crimen en la multitud tiene un centro propio de incubación y de irradiación, y á veces una verdadera trayectoria criminal, en cuanto partiendo de un punto se difunde á otro.» La vida de la multitud es tan compleja que muchos fenómenos y epifenómenos se presentan, además de los estrictamente criminosos, y son los hechos de contraste y de intercadencia (locuras heroicas, multitudes represivas y fenómenos sectarios) y los hechos sinestésicos. Los fenómenos de contraste se han de entender de dos modos: contrastes que nacen del encuentro ma-

terial de dos multitudes; contrastes de dos multitudes que obran en órbitas psíquicas diversas. El delito colectivo llega á la misma altura también en las multitudes pietistas y en las militares, «la multitud ejército», cuando se abandona, rota toda disciplina á una orgía de sangre.

La multitud ha sido representada, consciente ó inconscientemente, siempre en el arte: en el *folklore* y en el arte plástico, en el arte antiguo, medioeval, moderno, contemporáneo, en el arte egoárquico, superhumano y social.

«La educación de la multitud encierra en sí un doble concepto: no sólo la elevación intelectual de la multitud, para que ésta sea capaz de goces más elevados del espíritu; sino la elevación moral, para que los fenómenos de epidemia y los delitos colectivos desaparezcan.» «La cultura de la multitud tiene por supuesto realístico la multitud que se revela y se educa, y por supuesto teórico los estudios sobre la multitud, cuyos resultados deben constituir el punto de partida de una educación colectiva científica.» «La cultura de la multitud, entendida como ciencia, debe proponerse dos cosas: conformar sus enseñanzas á los más ciertos resultados de la vida normal y patológica de la multitud; ver cómo y hasta qué punto sus dictámenes teóricos han obtenido un anticipo en la práctica.» Establecidas las leyes más seguras de psicología sana y morbosa, se deduce de ellas que una educación de la multitud debe proponerse: 1.º, ser integral, esto es, no sólo física, sino intelectual y moral; 2.º, cancelar en la multitud los estados de conciencia pasados creando otros nuevos y superiores y haciéndolos estables; 3.º, educar á los activos; 4.º, favorecer las formas dinámicas de la multitud. Dicha cultura supone: 1.º, la edu-

cación sana y completo desarrollo psíquico del individuo; 2.º, condiciones de higiene y de integridad personal de los individuos que componen la multitud. De la cultura de la multitud se obtendrá la educación del individuo y la formación del carácter.

7. (1). La palabra *meneur* ha entrado triunfalmente en el lenguaje de la ciencia de la multitud para designar «á quien, proyectando la sombra inmanente de su psiquis sobre el amorfismo de los que componen la multitud, los sugestiona con la más alta fascinación que jamás hombre alguno pudo ejercer». Su psicología completa no existe aún, y con este estudio se intenta, preparados ya por la psicología colectiva, que ha revelado cómo la multitud está formada en gran parte por *amorfos* é *inestables*, fáciles á la sugestión. El *meneur* encuentra así un terreno bien preparado: es un *activo*, en el sentido «de poseer una ó todas las facultades psíquicas necesarias y capaces de imponerse al *amorfismo* y á la *inestabilidad* de la multitud». El *meneur* vive de una portentosa emotividad que se revela ante la multitud, y en él se integran los dos procesos psicológicos, nacimiento y memoria, de estados colectivos. La elevación y complejidad del fenómeno diferencian la sugestión individual de la colectiva, la cual deriva de tres hechos: «1.º, el sugestionador es una personalidad psíquica profundamente enferma; 2.º, la facultad de sugestión entre multitud y *meneur* es continua, ininterrumpida, recíproca; 3.º, en la multitud por la especial fermentación psicológica, la vida emocional se agranda y se hacen frecuentes las autosugestionaciones». El *meneur* es, en la mayor parte de los casos, un sujeto profundamente hiperestésico, pero obra

(1) Rossi: *I suggestionatori e la folla*. Turin, Bocca, 1902.

sobre la multitud como emotivo; la sugestión individual es *intelectiva*; la multitud á su vez no permanece pasiva y suscita al *meneur*.

«Los *meneurs* pueden dividirse en *mediatos* é *inmediatos*. Los inmediatos obran sobre la multitud reunida, y son los que tienen mecanismo psicológico más intenso y elevado pero menos durable. A ellos pertenecen los artistas de teatro y los oradores. Los segundos obran sobre la multitud dispersa y son *mediatos* en cuanto su medio de sugestión es otro que la palabra y el gesto. Entre unos y otros se extienden los *místicos*, que obrando de modo mediato é inmediato sobre la multitud, consiguen un efecto poderoso.»

Examina los trágicos, en los cuales demuestra la multianimidad y una memoria emocional elevada; los artistas de canto y maestros de música; los oradores, los místicos, los criminales y los guerreros, los *meneurs* infantiles, fijando los caracteres especiales de cada categoría.

La sugestión de la multitud ha sido hasta ahora estudiada como explicación de los hechos, pero no en las condiciones que la determinan, si bien se encuentran algunas indicaciones sobre este punto en Lebon, Tarde, Sighele, Sergi. El estado fisiológico de la multitud (como en los individuos) produce ciertos fenómenos patológicos, que son la base de la sugestión.

Para concluir, podemos sintetizar el mecanismo psicológico de la obra de los inmediatos, diciendo que obran sobre la multitud por similaridad, mientras que los mediatos obran por contraste.

La *similaridad* y el *contraste* «responden á las dos formas de asociación y de sugestión de ideas en la psiquis individual y en la colectiva... son dos momentos diversos». De aquí se deducen dos cosas: 1.º, que

«el fenómeno de similaridad es la regla, mientras el contraste es la excepción y representa el estancamiento de la mente individual ó social; 2.º, que el *meneur* inmediato y *similar* se presenta con mayor frecuencia, mientras que el mediato y de *contraste* es más raro y está ligado á fenómenos más largamente sociales». Los *meneurs* mediatos son de mentalidad distinta de la multitud sobre que operan, y esta diversidad obedece en ellos á razones de raza, cultura y temperamento.

«Pero mediatos ó inmediatos, los *meneurs* son los inconscientes reveladores del complejo ánimo de la multitud, y más que dominarla son dominados por ella. Su obra es obra de sugestión, por lo que el nombre de sugestionadores puede muy bien ser empleado con más profunda intención psicológica que el de *meneurs*, que indica un momento solo de cierta variedad de multitud y de dominadores.»

8. Es preciso también añadir, para completar el cuadro de los estudios de P. R., las breves memorias presentadas al V Congreso internacional de Psicología de Roma, posteriores á su último libro, en las cuales hay alguna nueva idea más ó indicación á trabajos de más alta importancia (1).

1.—LA CIENCIA DE LA EDUCACIÓN DE LA MULTITUD

La demopedia es el objeto práctico de los estudios de psicología colectiva; se distingue de la pedagogía en cuanto ésta se dirige á una multitud especial, la escuela, é integra la cultura individual elevando las masas en virtud de sí mismas.

(1) Act. del Congr. Intern. de Psic. Roma, 1906, págs. 652 y 653.

2.—MEMORIA É IMAGINACIÓN SOCIALES

Entre la memoria del individuo y la de la sociedad está la de la multitud, que es ora psíquica y algunas veces orgánica; de ésta se asciende á aquélla, que se objetiva y concreta en la literatura popular especialmente (folk-lore).

3.—LA ATENCIÓN SOCIAL Y COLECTIVA

Las atenciones singulares, al unirse en haces de atenciones actuales ó estáticas, se hacen *atenciones colectivas*, y, prolongándose en el tiempo, se hacen *atenciones especiales*. Los hechos de atención estática ó colectiva surgen por el acostumbrado mecanismo psíquico; de aquí se deduce que la atención colectiva tiene una mímica propia, semejante á la de la atención sensorial ó primitiva del individuo. Puede la atención también, en la multitud, unirse con la espectación y hacerse *atención espectante* con la compleja psicología inherente. Grande es la importancia de la atención colectiva y social; como forma colectiva ayuda á formar estados de conciencia que tiendan á educar á la multitud; como forma social pone ante la conciencia del pueblo *nuevas idealidades sociales*.

4.—LA ETOLOGÍA COLECTIVA Y SOCIAL

Así como un carácter *individual* le hay también social, y la ciencia que estudia el carácter se llama *etología*. Es una rama ó un capítulo de la psicología so-

cial, según la extensión que se le atribuya. Ha tenido una fase empírica (*histórica*), artística (*crítica*) *psíquica*, y ahora debe entrar en la fase científica. La cual deberá proponerse tres investigaciones preliminares: 1.º, si el carácter social existe (*investigación realística*); 2.º, luego, admitiendo que exista, de qué elementos surge, qué fases recorre y cómo se revela (*investigación genésica y evolutiva*); 3.º, por último, qué leyes la rigen (*investigación explicativa*). Para concluir, la etología tiene estrechas relaciones con la *psicología social* en cuanto el carácter es el punto conclusivo de la conciencia social é histórica; con las ciencias morales y sociales, en cuanto los productos socio-psíquicos son reveladores de la personalidad; con la psicología general y la psicopatía, en cuanto el morbo hace á veces más aparente, exagerándola, la personalidad normal.

5.—LA PSICOLOGÍA COLECTIVA Y SOCIAL

«La psicología colectiva y la social son dos ciencias distintas, por todos aquellos criterios por los que las ciencias se diferencian entre sí; y por los criterios más intrínsecos del *proceso histórico* ó de las vicisitudes entre que una ciencia nace y se desarrolla; del *proceso dogmático* ó de enseñanza; del *proceso metodológico* ó de la investigación; del *proceso nomológico* ó de las leyes; del *proceso realístico* ó del objeto.»

9. La obra de P. R., por último, desde su aparición fué seguida con simpatía y constancia por el mundo científico. Imposible —aun á él mismo— le hubiera sido recoger todo lo que con ocasión de sus obras publicó la prensa científica; basta limitarse á las críticas más concienzudas, objetivas, autorizadas y con-

cordes para revelar qué defectos le fueron imputados, y si, y en qué modo, llegó á vencerlos. Se dijo que en el *Animo della folla* sigue á Sighele, demuestra poca originalidad y se funda demasiado en la analogía con la psicología individual. La *psicología colectiva* fué reconocida como una tentativa interesante y atrevida, especialmente en lo que se refiere á formación del alma colectiva sea válida la distinción que quiere hacer entre psicología colectiva y sociología. *Místicos y sectarios*, en cambio está calificado como funerario, es decir, confuso, sin precisión científica ni en los vocablos ni en los conceptos; habla de misticismo sin definirlo, y califica con esta palabra muchos fenómenos distintos. A propósito de la *Psicologia collettiva morbosa* se observa que no es definido el carácter patológico, porque llama patológico tanto al delito como á las demás manifestaciones simplemente irracionales. Las ideas son muy fluctuantes; muchas observaciones pero no organizadas, de modo que formen una teoría. A propósito de los *Suggestionatori e la folla* se notan observaciones interesantes pero desligadas; pero, en fin, á propósito de *Sociologia e psicologia collettiva* se reconoce «le progrès des idées en précision et en netteté».

Poco más ó menos éstas son las observaciones y objeciones en que casi todos, incluso yo, nos encontramos de acuerdo (1); yo mismo, tanto de palabra como por escrito, le he reprochado otros defectos, como la inco-

(1) Orano: *Psicologia sociale*, Bari, 1902, pág. 64-67.—Straticò: *La psicologia collettiva*, Palermo, 1905 (pág. 53-73): que el primero reconozca que Rossi ha sido el primero en intentar una psicología colectiva dotrinaria general, pág. 64; y el segundo, que R. ha tenido una concepción más vasta y rica de la psicología colectiva.

rrección ortográfica y gramatical (neologismos, idiosismos, etc.), la falta de sistema en la formación de su cultura, que se reflejaba después en la manera incompleta ó confusa de tratar los asuntos con repetición de ideas, inutilidad de ejemplos demasiado largos y poco concluyentes; la falta de método en el conjunto de su trabajo y la precisión científica en las palabras y expresiones; sin contar luego la objeción capital, que se discute en el estudio que sigue y sobre la que se basa la esencia de sus ideas; esto es, la concepción de la analogía de los fenómenos psico-colectivos y psico-sociales con los simplemente *psíquicos*, la cual aunque un poco atenuada luego, es siempre el mejor argumento para negar la constitución científica autónoma de la psicología colectiva (1).

(1) Desde el punto de vista de la esencia para la crítica, véase Jankelevitch: *Psychologie collective et psychologie sociale d'après M. Pasquale Rossi en Rev. de synthèse historique*, 1904, que observa que R. confunde el objeto de la psicología colectiva con el de la psicología social y aun con el de la sociología, admitiendo la existencia de multitudes estáticas y dinámicas, concentradas y dispersas, capaces de manifestaciones psíquicas elementales y también de formaciones históricas (mito, religión, lengua, arte, etc.) No hay productos sociales exclusivamente sociales: se puede, todo lo más, hablar de un punto de vista psicológico aplicado á los productos y á las instituciones sociales. Aun cuando el alma colectiva sea un producto y no una suma de las almas individuales, sin embargo, en el último análisis, éstas forman su esencia. Le seul point intéressant consiste á savoir le degré d'intensification qui subit dans ces conditions chaque âme individuelle; et c'est ainsi que nous revenons purement et simplement á la psychologie individuel.

Colmo, *Principios sociológicos*, Buenos Aires, 1905, observa que R. restringe el vínculo social al elemento de raza, pág. 168. La definición de psicología colectiva de R. es en esencia análoga á la de Ferri (pág. 169). Cuando mucho, podría de paso

Este es el punto preliminar y principal, á propósito de la psicología colectiva, como, por otra parte, á propósito de cualquier otra ciencia, esto es, el de la existencia de la ciencia misma. Y por esto estudiamos sobre todo tal problema, cuyas conclusiones, aún negativas, no merman en lo más mínimo la obra de tantos estudiosos que se dedicaron con ingenio y conciencia á aquellas investigaciones: y entre éstos está precisamente Rossi. El progreso en la obra de Rossi como sistematización y originalidad, es innegable y tangible. El mismo resume así: «La obra que presento al lector es parte de esta progresiva literatura psico-colectiva y se relaciona, por la continuidad del pensamiento y del designio, á mis otras obras, al *Animo della folla*, en que estudié la composición de ésta, el pensamiento, los momentos geniales, las formas patológicas, la educabilidad; á la *Psicologia collettiva*, en que estudiaba el fundamento psíquico, las sensaciones, el pensamiento, la embriología y el alba de la multitud, los fenómenos de intercadencia é incidencia de los ritmos psico-colectivos, la definición y el método de la ciencia; á los *Mistici è settari* en los cuales estudio alguno de los lados morbosos de la psiquis colectiva. A este filón de pensamiento sigue el contenido en la primera parte de la presente obra, que estudia deliberadamente el lado morbozo de la multitud en sus formas elementales, pareja y cenáculo, en sus formas epidémicas, en el delito; mientras en la segunda parte

notarse lo metafísico de su contenido genérico y lo poco aproximado de otros caracteres secundarios, como el del objeto del vínculo generador de la multitud y el de esta misma encaminado á («proteger la multitud»), como si ésta, más que nada, no tuviera un fin dinámico, de acción positiva y real, y no de autoprotección (pág. 170).

la multitud se estudia en las concepciones raras que los más grandes artistas tuvieron de ella, y la primera entre todas, aquella inconsciente creadora de arte que es la misma multitud. En la tercera, en fin, me propongo el atormentado problema de su educación. Y pongo así término á una sistemática exposición relativa á la psiquis de la multitud.»

10. Estos efectos, especialmente visibles en sus primeras obras, se explican no tanto por las cualidades del ingenio que P. Rossi, como casi todos los meridionales, tenía pronto, ágil, un poco especulativo, un poco artístico, y algunas veces hasta místico: cualidades más literarias y artísticas y en cierto sentido también filosóficas, pero no científicas; pero antes bien por la inicial inconsciencia de la senda que eligió, de su fuerza, de su ideal científico. El mismo cuenta estos sus principios en un prólogo inédito á la segunda edición del *Animo della folla*, sobre su primer trabajo científico.

«Este libro, escribe, que aparecerá próximamente traducido en lengua española (1) y que aparece hoy en la segunda edición italiana, fué escrito, más que por un designio científico preconcebido, con una intención práctica. En 1898 el viento de la reacción política soplabá impetuoso en Italia contra el proletariado. Y era reacción que traía su razón de ser de las condiciones políticas pero que trataba de nutrirse de razones científicas.

¿No había dicho la ciencia que en la multitud todo es criminal, todo inferior, todo malo, y que el bien y la excelencia intelectual están en el individuo aislado?

(1) Hasta ahora no hay traducido de Rossi sino *Les suggesteurs et la foule*. París (Michalou).

De aquí una condenación insubsanable contra toda forma de justicia colectiva, de elevación del proletariado.

»Y contra estas falsas inducciones científicas, que tenían gran repercusión en la práctica, protesté yo, demostrando, que junto á la vida anormal de la multitud, hay otra sana y normal, y, no obstante, más común y verdadera cuanto menos observada.

»El designio primitivo de la obra fué el de un *pamphlet*; pero mientras escribía, mi obra se alargaba y se hacía más amplia, ligándose á un más vasto ciclo de pensamientos; se nutría de nuevos estudios y se desarrollaba en otras obras, que estaban contenidas idealmente en esta primera, que la crítica acogía benévola y que el juicio del público confirmaba, agotando en breve tiempo la edición.

»De este modo, yo, inconscientemente, encontré un filón de pensamiento nuevo: un cambio se había venido operando en mi conciencia y el interés práctico había pasado á segunda línea, afirmándose en cambio un alto interés científico. Sin advertirlo yo había penetrado en el campo de la psiquis social y colectiva llevando allí ideas y pensamientos originales míos, preparados por una larga é inconsciente cogitación interior.

»En una palabra, se había producido en mí uno de aquellos cambios entre el centro y los márgenes habituales del «campo ordinario» de la conciencia, tan bien y vivamente descrito por W. James y por Ziehen.

»Con estos nuevos sentimientos presento esta segunda edición del *Animo della folla*.

»En verdad ninguno más que yo siente que á veces en ella no se hace rigurosa distinción, en el tratado de cada uno de los asuntos, entre psicología social y co-

lectiva, y sociología, y que con frecuencia la obra reviste más bien aspecto literario que rigurosamente científico. Pero á estos defectos no he creído deber poner corrección, porque tal vez habría quitado su frescura nativa á mi obra, que, por lo mismo, aparece en gran parte como fué concebida.»

INTRODUCCIÓN

El problema de las psicologías colectiva y social.

1. Psicología individual y psicología colectiva y social. Diversos aspectos de una única psicología general.—2. Psicología individual y psicología colectiva, alma individual y alma colectiva.—3. Origen y distinción de las psicologías colectiva y social: Sighele, Rossi, Groppali, etc.—4. Estática y dinámica como criterios distintivos de los fenómenos psico-colectivos y psico-sociales.—5. Distinción entre psicología colectiva y social, y psicología. Hecho colectivo y hecho social.—6. Unidad y distinción del objeto de las psicologías colectivas y sociales y de la sociología; definición y objeto de las psicologías colectivas y sociales.—7. Postulados de la psicología colectiva y social.—8. El alma colectiva es un proceso psico-social.—9. Conclusión.

1. La psicología, como ciencia general abstracta y fundamental de la psiquis, da lugar en su división, como hemos visto, á múltiples psicologías: animal, humana, transcendental, intermental, intramental y exramental, etc. (1), que en el fondo son siempre la misma y única psicología (2), como las múltiples sociolo-

(1) Squillace: *Los problemas constitucionales de la sociología*.

(2) Worms: *Psicología colectiva y psicología individual*.

gías particulares ó ciencias ó disciplinas sociales son en el fondo siempre la misma y única sociología. Y á propósito de las relaciones recíprocas entre psicología y sociología, demostramos cómo las ciencias (y por tanto los fenómenos que respectivamente estudian) están en continua interacción é interdependencia entre sí; interacción é interdependencia tanto más evidente, constante y considerable, cuanto más grande es la vecindad y la afinidad de sus descendencias y de su objeto.

Esta afinidad, y por otra parte, la comprobación ó intuición de las diferencias entre sociología y psicología y entre psicología individual y psicología colectiva, inclinaron á considerar la psicología colectiva y social como una ó dos ciencias nuevas paralelas á la psicología individual. Así, Lindner, que fué el primero que escribió un tratado de psicología social, sacó el plan de su libro del plan común á todos los tratados de psicología de la escuela herbertiana, añadiendo la palabra social á las categorías propias de aquéllos (1). Determinar las funciones espirituales de la convivencia social, dice Lindner, del mismo modo que la economía determina las funciones del cambio material de bienes, de su producción, distribución y consumo: esta es la misión de la psicología social. La psicología social es una parte de la sociología, y estudia el cambio de las fuerzas psíquicas, como, por ejemplo, la economía estudia el cambio de las acciones económicas. Sentada la hipótesis de que en una determinada sociedad la fuerza de cohesión haya llegado á tal punto de desarrollo que los individuos estén en situación de influir los unos sobre los otros, de suerte que en ellos se

(1) Labriola: Escritos varios, 1906.

determine un principio de acción recíproca, análoga á aquella de donde procede la acción recíproca de los estados psíquicos en la conciencia de un individuo tomado aisladamente; aplicando á estos hechos sociales las normas y categorías de la psicología individual tendremos una ciencia que puede llamarse psicología social. En este punto observa Labriola que la psicología social estudia la sociedad en abstracto en sus líneas más generales y comunes; por esto se diferencia de la psicología de los pueblos, que estudia particularmente determinadas formas de la conciencia social en ciertos periodos históricos y no formula por manera general el fundamento del vivir social. Con relación á la economía y á la política, la psicología social está como lo interno á lo externo, porque no estudia las leyes del cambio material de los bienes, ni las que son fundamento del arte de gobernar; sino que indaga de unas y otras los motivos generales de las formas de la conciencia y de la voluntad.

Aquí se trata de ver más que la influencia de la psicología sobre la sociología, la de la sociología sobre la psicología: la sociedad no será inteligible sino por medio del individuo; pero el individuo, estando penetrado de la vida colectiva, no será plenamente inteligible sino por medio de la sociedad. De aquí se deriva que se ha descubierto la importancia del hecho de que junto al conjunto de los individuos existen grupos que tienen cada uno su constitución mental propia, creando así la psicología colectiva; y por otra parte, la psicología individual se ha renovado bajo la influencia del punto de vista sociológico. La acción de la vida social en general sobre el desarrollo de las facultades psíquicas de todo ser humano es considerable y se ejerce de un modo vario y complejo. Y comenzando

por la facultad más importante, la razón, ésta nos aparece social, no sólo en su aplicación, sino también en su origen, porque es la facultad de las ideas generales, y la facultad de concebir lo general surge en el ejercicio de la vida social. Lo mismo puede decirse de la libertad de la voluntad libre, que, como la razón, está toda ella impregnada de elementos sociales: la medida de la libertad de un acto es su sociabilidad, porque un hombre normalmente libre quiere que los demás hombres sean también razonables, virtuosos y felices. La conclusión es que hoy existe junto á una psicología individual también otra psicología colectiva; pero este dualismo no es precisamente irreductible. Esta psicología colectiva es en un sentido, siempre, una psicología individual (puesto que la única realidad es el alma del individuo), en la cual, sin embargo, intervienen á título de explicación, factores sociales. Por otra parte, la psicología individual no se comprende sino explicada por la acción que la vida en común ejerce sobre los hombres; toda psicología es, pues, al mismo tiempo individual por un lado y colectiva por otro, y no hay necesidad de distinguir dos especies de psicología (1).

Son estas opiniones corrientes, que ya desde hace tiempo estaban admitidas generalmente por los psicólogos, los cuales reducían la distinción entre psicología y sociología y entre las diversas psicologías á un simple punto de vista. La principal distinción entre la psicología individual y social dice Ellwood (2) la da el punto de vista, que en la primera es el individuo en la otra el grupo social; la separación, pues, de

(1) Worms: Op. cit.

(2) Ellwood: *Prolegómenos á la psicología social*.

psicología individual y social, es una simple razón de conveniencia. Así la psicología individual estudia la vida psíquica del grupo para arrojar luz sobre la mente individual; y la psicología social estudia el individuo, porque el conjunto de que se ocupa está precisamente compuesto de elementos individuales. Es evidente que la única psicología social es una psicología de las actividades y desarrollo del grupo social, considerada como «psicología funcional del alma colectiva».

Mientras la psicología individual, dice Wundt, trata de explicar los hechos de la experiencia inmediata, como nos los ofrece la conciencia subjetiva en su origen y en su conexión recíproca; la psicología social se refiere á un análisis de aquellos fenómenos que nacen de las relaciones espirituales recíprocas de una pluralidad de individuos. Por consiguiente, su objeto consiste en la investigación de «aquellos procesos psíquicos, que son la base de la evolución general de las comunidades humanas y de la causa de los productos espirituales comunes de valor universal». Estos procesos están indisolublemente unidos, pero de vez en cuando parecen prevalecer los representativos ó los sentimentales y volitivos (lenguaje, mito, costumbre). La psicología social, pues, para Wundt es una ciencia puramente psicológica, que trata también de fenómenos sociales, pero sólo en cuanto están determinados por procesos psíquicos, consecuencias necesarias de condiciones psico-físicas fuera de la esfera del juicio. Parece, sin embargo que tal psicología no agota el estudio de estos procesos psíquicos, porque junto á una psicología lingüística admite después una sociología lingüística, porque son hechos que sólo una investigación sociológica puede explicar.

2. A mayor desarrollo de estos principios se puede ver el origen y la composición de la llamada alma colectiva. Dice Wundt en otro lado (1), que en las comunidades espirituales y en especial en los desarrollos de lenguaje, mito y costumbres que en ellas se producen, se nos ofrecen conexiones y relaciones espirituales, á las cuales si se diferencian de las conexiones de las formaciones en la conciencia individual, se debe, sin embargo, no menos que á ésta atribuir una realidad. En este sentido la conexión de las representaciones y de los sentimientos dentro de una comunidad social puede ser designada como una *conciencia colectiva*, y las comunes direcciones de voluntad como un *querer colectivo*. Pero no se debe olvidar que estos conceptos no significan algo que existe fuera de los procesos de conciencia y de querer individuales, así como la comunidad misma no es otra cosa que la reunión de los particulares. Pero esta reunión, en cuanto da productos espirituales, para los cuales en el individuo sólo existen disposiciones apenas esbozadas, y en cuanto influyen en el desarrollo de los individuos, es, con igual derecho que la conciencia individual, un objeto de la psicología. Porque á ésta se le ofrece necesariamente la misión de explicar aquellas relaciones, de las cuales surgen los productos de la conciencia colectiva y del querer colectivo y sus propiedades.

Como se ve, aquí se trata del problema fundamental de la psicología colectiva, esto es, el problema de la naturaleza del alma colectiva. Pero este problema puede ser considerado desde dos puntos de vista: desde el formal ó constitucional, considerando solamente el alma colectiva en cuanto objeto de la ciencia; desde el

(1) Wundt: *Compendio*, *passim*.

esencial ó fundamental, considerando el alma colectiva en su formación. Por lo que se refiere al primer aspecto, ya hemos indicado á qué doctrinas sociológicas sirve de base y con qué razón (1); por lo que se refiere al segundo, es deber de la psicología colectiva examinarlo. Baste por ahora afirmar lo que ya dijimos, que existe un alma colectiva, y es por lo menos concreta y real como la individual, entendida ésta realidad y concreción en el sentido verdadero y efectivo en que deben ser entendidos todos los procesos psíquicos, y no en el sentido demasiado esquemático y metafísico de una continuidad de elementos y de procesos, que nunca, ni siquiera en el alma individual, se ha podido comprobar (2). Como complemento y resumen de nuestra discusión, el problema del alma colectiva fué esquematizado por nosotros en la siguiente serie de relaciones:

1.º Relaciones genésicas entre individuo y sociedad:

(1) Squillace: *Le dottrine sociologiche*, Palermo, 1903, página 416, también por una difusa exposición crítica y bibliográfica de las doctrinas socio-psicológicas.

(2) Conforme á Wundt y á la opinión corriente y aun predominante, véase, entre otros, Bierling, *Gesamtwille und Gesamthandlung*, Greiswald, 1899.—Worms: *Psychol.*—Abramowski: *Les bases psychologiques de la sociologie* en *Rev. Int. de Soc.*, 1897; á más de los autores ya citados, véase Squillace: *Le dottrine sociologiche*, pág. 388-453.—Villa: Id. mod. «Las formas derivadas de la organización social llevan en sí el carácter más típico de las formaciones psíquicas; representan lo más elevado que puede producir la conciencia individual... Pero aun reconociendo el valor inmenso de la producción colectiva é histórica en que se suma todo lo que la mente humana crea y experimenta, es preciso no olvidar la verdad fundamental psicológica, que todo cuanto está engendrado y difundido tiene

a) El alma social es una síntesis de las almas individuales, y un producto de la sociedad. b) El alma social es concreta y real por lo menos tanto como el alma individual. c) El alma social es precedente del alma individual, que forma sus peculiares manifestaciones.

2. Relaciones evolutivas, entre individuo y sociedad:

a) El alma social evoluciona como todo hecho social. b) El alma social, presenta fenómenos psico-colectivos y psico-sociales. c) El alma social, por tanto, con sus fenómenos, es el objeto de una sola ciencia.

3. Relaciones entre individuo y sociedad:

a) El individuo y la sociedad, por lo menos en las sociedades humanas, son simultáneos. b) El individuo y la sociedad son términos correlativos, imprescindibles del hecho social. c) El individuo y la sociedad, por tanto, son interdependientes y tienen acción y reacción recíproca (1).

una sola parte única y real, y es la conciencia del individuo» (pág. 176). «Ello es que cuanto se pueda esperar y decir de esta psicología de los pueblos ó psicología social ó histórica, como se quiera llamar, estará siempre subordinada y dependiente de la individual. Y es necesario que así sea, desde el momento en que la única fuente directa de la percepción de los procesos psíquicos es la observación interna y personal, cuyos resultados extendemos después á los fenómenos que sólo indirectamente llegamos á conocer» (pág. 148). En sentido contrario, esto es, conforme á nuestra opinión, además de los autores citados, véase Squillace, op. cit., p. 388-453, y Espinas: *Etre ou ne pas être* en *Rev. Ph.*, Mayo, 1901.

(1) Squillace: *La concezione dell' anima sociale* (relaciones genésicas, evolutivas, relativas, entre individuo y sociedad), donde se encuentra sin desarrollo por falta de tiempo, dada la deficiente organización del Congreso.

Desde el punto de vista de la sociología, se puede decir que la actitud de los sociólogos frente á los determinados problemas de la psicología es varia: a) algunos la niegan toda utilidad para la elaboración de su ciencia (Durkeim, etc.); otros, en fin, aun admitiéndolos como más importantes é inmediatos, conceptúan también de gran importancia los factores cósmicos y biológicos (Worms) (1). Se podría también decir, en otras palabras y según la misma variedad de doctrinas, que el alma de la multitud está formada por diversos factores: 1.º, la semejanza del ambiente cósmico; 2.º, la semejanza de la organización biológica; 3.º, la semejanza de las condiciones sociales; 4.º, la acción de cada individuo sobre todos los otros y las reacciones de todos sobre él (2). De estas varias actitudes ó diversos factores se puede decir que han sido determinadas las diversas concepciones del alma colectiva y las varias doctrinas sociológicas basadas en la psicología.

3. Una ligera reseña de las psicologías colectiva y social explicará mejor el origen de esta nueva tendencia de la psicología, que Villa (3) refiere á la historia de la psicología en general. «Ya hemos referido, dice, la idea de Comte de sacar los datos de la psicología, á más del individuo, de la historia y de la sociedad.» Es este un punto importante en la historia de nuestra ciencia y que se relaciona estrictamente con el desarrollo de las ciencias sociales é históricas (Bastian, Tylor, Waitz, Muller, Spencer, etc.), determina-

(1) Worms: *Psych. coll.*, etc.

(2) Worms: *Paroles en Ann. de l'I. i. de soc.*, t. X. París, 1904.

(3) Villa: *Psic. cont.*, pág. 274.

ron la nueva concepción psicológica (Herbart, Lazarus, Steinthal).

Rossi (1), declarando que sigue el criterio de selección indicado por nosotros para la historia de las doctrinas sociológicas, distingue los precursores (entre los cuales coloca: *a*) folklore, *b*) iluminismo francés, *c*) enciclopedia, *d*) Condorcet, *e*) Mirabeau, *f*) Vico, *g*) Filangieri, *h*) Pagano, *i*) Salfi, Romagnosi, *m*) Gioia, etcétera), de los verdaderos psicólogos colectivos (que disciplina en las *corrientes*: *a*) artística, *b*) psiquiátrico-antropológica, *c*) jurídica, *d*) demopsicológica, *e*) socio-psíquica. La psicología social luego, que Rossi distingue de la colectiva, á su vez surge de las siguientes corrientes ideales: 1.^a, de una corriente jurídica, que aviva en la conciencia y en el espíritu del pueblo (*volksgeist*) la fuente del derecho; 2.^a, de una corriente más propiamente psicológica, que descende de Herbart y va hasta Lazarus y Steinthal: ésta se vale mucho de las investigaciones lingüísticas; 3.^a, de una corriente de investigaciones solitarias, representada por Carlos Cattaneo, á quien le fueron sugeridas por la cultura general y por los profundos conocimientos glotológicos; 4.^a, por una corriente histórico-crítica, representada por Taine, en cuanto éste considera los productos ideales especialmente artísticos de un pueblo, unidos «á la manera misma de un cuerpo orgánico»; 5.^a, de una corriente antropológica y etnográfica, que estudia la mentalidad de los pueblos primitivos y salvajes.

Vario, es pues, el origen y múltiple el objeto de la psicología colectiva y social (2), y de esta multiplici-

(1) Rossi: *Soc. e Psic. coll.* Palermo, 1908, 2 edit.—V. Squillace: *Le dott. soc.*, pág. 415, núm. 416 y sig.

(2) Straticó: *La psicologia collettiva*, Palermo, 1905, hace

dad y variedad se tiene una prueba estudiando las relaciones entre la psicología colectiva y social.

Se ha podido observar cómo hasta ahora se ha usado promiscua é indiferentemente el término de colectiva ó social para calificar una especie de psicología diversa de la individual: esta promiscuidad no es nuestra ni voluntaria; está determinada para nosotros por la confusión de criterios y principios científicos de los diversos cultivadores de estos estudios que, de ordinario, antes de ponerse de acuerdo sobre los principios constitutivos y lógicos de una ciencia ó disciplina, discuten su naturaleza y contenido.

Pero en este punto comienza precisamente aquella discusión que conducirá á caracterizar netamente, en cuanto es posible, dada la indecisión é imprecisión de los psicólogos, aquellos fenómenos y estudios á que se refiere la denominación de *colectivos* y los á que se refiere la denominación de *sociales*. Como en todas las ciencias, cuando la acumulación de los materiales ha llegado á un buen punto, también en las psicologías colectiva y social ha llegado quien, dejando un poco aparte las investigaciones empíricas, se ha encaminado más bien á la meditación de los problemas consti-

para la psicología colectiva, lo que nosotros hemos hecho para las doctrinas sociológicas; no se trata, en verdad, en su caso, de una clasificación, sino sólo de una exposición crítica, como y en cuanto lo consentía la materia. Entre los escritores principales no puede más que exponer muy sumariamente las obras de Lebon, Tarde, Sighele, Rossi, y de los demás cita una multitud de aficionados y de simples recensionistas; esto ofrece hoy la ciencia (!) de la psicología colectiva. No hemos creído conveniente rehacer aquí este trabajo, aunque con punto de vista y método diferentes, porque las principales tesis de las doctrinas de psicología colectiva se discuten en el curso de este estudio.

tucionales de su ciencia con el fin de demostrar su razón de ser y su autonomía. Para Groppali, que ha sido uno de los primeros en dirigir su atención á este problema, la psicología social y la psicología colectiva son dos ciencias distintas y autónomas. No se puede negar, dice (1), la existencia científica de la psicología social, que tiene su objeto de estudio fijamente deter-

(1) Groppali: *Princ. soc. y psico col.* en *Actes du IV Congr. Int. de Psych.*, París, 1900; reproducido en *Scuola Positiva*, 1900. Véase también del mismo Groppali, *Saggi*, Milán, 1899, pág. 96. Wundt asignó á la psicología social el estudio de aquellos fenómenos (lengua, costumbre, religión), que no pueden ser ni el producto del individuo aislado, ni la manifestación de socialidades adelantadas. La psicología social, según Wundt y Worms, no es más que un nuevo principio eurístico de la psicología común. Pero añade Groppali, además de este objeto de estudio que forma el campo verdadero y propio del folklorismo, la psicología social tiene otro bien distinto: el estudio del alma de los pueblos, es decir, el estudio de cómo se forma este alma común, surgiendo del choque de las acciones y reacciones de los individuos entre sí, y el estudio de la eficacia que esta á su vez, trocándose de causa en efecto dinámicamente, esto es, en el tiempo, ejerce sobre la conciencia de los individuos. «Como se ve, aquí la psicología social se une con la psicología de los pueblos; por otra parte, es esta una tendencia que se liga á la ya indicada, de considerar como esencialmente, sino exclusivamente, psicológicas estas doctrinas. Según este orden de ideas y siguiendo á Wundt, Villa, *Psic. coll.*, dice: «La psicología de los pueblos tiene un criterio mucho más general que la sociología, porque considera las manifestaciones sociales primitivas de las tres formas del lenguaje, del mito, de la costumbre, que corresponden á las actividades fundamentales de la conciencia; mientras que la sociología propiamente dicha, no se debe ocupar más que de las transformaciones de los estados sociales y de las formas de la costumbre, sirviéndose de los datos que puede suministrar la historia del lenguaje y de la religión, sólo como un medio

minado en la *indagación del mecanismo y de la técnica interior de los procesos sociopsíquicos*, y de los cuales surgen y se transforman los productos de la vida psíquica colectiva; productos que, considerados en sí, forman el objeto de otras ciencias. En otros términos: la

subsidiario del cual puede sacar inducciones relativas á aquellos estados sociales que quiere reconstruir. La sociología puede también entenderse, en sentido más estricto, como el estudio de un determinado período ó estado de la sociedad, ó de una determinada forma social (Wundt). Pero es cierto que entre la sociología y la psicología de los pueblos no es fácil siempre trazar en la práctica un límite bien definido (pág. 285). Y además el mismo Villa, *id. mod.*: «La psicología de los pueblos, reconducida como es justo á los principios generales de la investigación psíquica, no ofrece muchas esperanzas de encontrar aquel famoso *ubi consistam* que la sociología atanosamente busca desde hace tiempo, y sobre el cual debería elevar el imperecedero edificio de sus leyes y de sus postulados. La dificultad ya grande que la investigación psicológica encuentra en sus primeros pasos, ante los procesos perceptivos y emotivos más simples y elementales, se agiganta aquí frente á los fenómenos mucho más complejos é intrincados de las formas de la vida colectiva, y las complicaciones siempre más ó menos grandes de los acontecimientos históricos.»

No faltan aquí también las confusiones y las exageraciones, y hay quien cree á la psicología de los pueblos una especie de ciencia general y comprensiva de todos los fenómenos psico-sociales. Por ej. Thomás, *Scope and method of folk psychology* en *Am. j. of soc.* Enero, 1896, traza un esquema de estudio, advirtiéndole que cada una de estas condiciones coexiste con las otras, en base á todo estudio: 1. Habitado. Vida nutritiva. Antropogeografía (condicionante del temperamento y de la actitud). 2. Antropología somática: leyes de desarrollo y variación; efectos de los cruces y de la generación; herencia, atavismo, etc. 3. Vida reproductiva; amor y matrimonio; la psicología del sexo; el sexo como estímulo social. 4. Tecnología: las artes útiles, 5. Estética. 6. Animismo (religión, mito, superstición). 7. Jurisprudencia, Política (fiscalización).

psicología social tiene por objeto el estudio del *cómo se forma el espíritu común de una sociedad*, surgiendo del choque de las acciones y reacciones de los individuos entre sí, y de la eficacia que este espíritu, trocándose á su vez de efecto en causa, ejerce en el tiempo, esto es *dinámicamente sobre la conciencia de los individuos*. De la psicología social se deriva directamente la colectiva: «mientras la psicología social tiene su campo reservado al estudio de los fenómenos psíquicos propios de los grupos sociales, estables y organizados, que viven en el tiempo y evolucionan lentamente en la historia, la psicología colectiva restringirá sus investigaciones á las leyes de los fenómenos que surgen súbitamente de los agregados inorgánicos, accidentales y heterogéneos de individuos reunidos en el mismo espacio por un breve período de tiempo».

Análogo pero más extensa y sistemáticamente, Rossi (1) expone semejantes argumentos. Razona bien cuando supone que el carácter diferencial de las dos ciencias se debe buscar aún en la intrínseca naturaleza del sujeto de estudio, pero las consecuencias distan mucho de ser legítimas y lógicas. En efecto; para Rossi «sujeto de la psicología colectiva es la multitud en cuanto tiene caracteres humanos irreductibles, subordinados á las distinciones técnicas comunes á todos los hombres, cualesquiera que sean los caracteres adquiridos de raza». Cita por ejemplo el delito que considera sujeto del estudio de la psicología colectiva en

(1) Rossi: *Soc. e Psic. coll.*, pág. 144 y sig. En las frecuentes citas que haremos de Rossi, nos referiremos siempre á esta obra, que es, no sólo la última y el resumen de sus teorías, sino la única completamente dedicada por él al estudio de los problemas de las psicologías colectiva y social.

cuanto en él prevalecen los caracteres humanos, generales, comunes á todas las multitudes de cualquier tiempo, de cualquier nación; y cita los mitos, las leyendas, la lengua, que llama objeto de estudio de psicología social en cuanto en ellos «nos vemos obligados á dar importancia á condiciones varias de clima, raza, vicisitudes históricas, por lo que ante nosotros no se desarrolla una línea monócroma, sino polícolora...» Pero ¿cómo podríamos hacer abstracciones en los fenómenos psico-colectivos, aun en estas mismas condiciones, aunque obrando diversamente? Especialmente en el caso del delito, la sociología criminal, que es la rama hasta ahora más desarrollada de este género de estudios, opone el más resuelto mentís. Ni aparece más convincente cuando después de haber propuesto la cuestión, trata de darla una solución no motivada é intempestiva. «Doble es, pues, la cuestión á discutir: 1.º, ver si la psicología colectiva y la social son una sola ciencia de modo que sea indiferente su nombre, ó más bien dos ciencias distintas, distintas por su asunto bien definido, bien sea entre sí, ó con relación á la sociología, con la cual la segunda (psicología social) no puede confundirse; 2.º, preguntar si la psicología social y la colectiva tienen necesidad de una ciencia común que las abraza y las ligue á la sociología, ó si cada una por su cuenta entra en ésta como en síntesis natural». «Para responder de modo conveniente á tales cuestiones, nada mejor que referirnos á los criterios que nos hacen distinguir las ciencias entre sí. Y estos son tres: lógico, dogmático é histórico, de los cuales el principal es el *lógico*. Por eso creemos ciencias distintas aquellas que tienen, ó asunto de estudio distinto, ó teniendo uno mismo lo examinan con distinto ángulo visual y con distinto método. Luego vie-

ne el criterio *dogmático*, por el cual dos ciencias se subordinan y se coordinan de modo que al estudiar la ciencia más compleja se siente la necesidad de otra más general y simple. Este segundo criterio, en verdad, vale más para la seriación y para la distinción científica. El último criterio es el *histórico* ó *genésico*, que abraza los otros dos, y es por esto muy estimado. En efecto; hacer la génesis histórica de una ciencia equivale á seguir su constitución en la complejidad creciente de los elementos que la componen y en sus diferencias con otras ciencias paralelas ó afines.» Pero Rossi, al hacer la historia de la psicología colectiva, ¿ha conseguido demostrar la autonomía de esta disciplina?

En general se puede observar en aquellos que se afanan por demostrar la diversidad y la autonomía de las psicologías colectiva y social, haciendo de ellas una y aun dos ciencias autónomas verdaderas y propias, distintas y separadas de la sociología, el error lógico y metódico de confundir el objeto de una ciencia con el método ó el punto de vista predominante en su estudio: no se trata de diversidad de fenómenos, sino de mayor ó menor amplitud ó profundidad de estudio de determinados fenómenos. Es verdad que, según algunos, el método ó simplemente el punto de vista, bastan para dar razón de ser á una ciencia nueva; pero esta tendencia ó afirmación es preciso entenderla siempre en aquel sentido amplio y general, esto es, de unidad ó identidad de objeto, considerando como tal todo el mundo de los fenómenos que el estudio científico examina y no puede en modo alguno trascender por las barreras naturales de la conformación y capacidad de nuestra mente. En el fondo, pues, de esta unidad ó identidad de objeto, hay siempre la va-

riedad y multiplicidad de las propiedades irreductibles y fundamentales de ciertos grupos de fenómenos que dan origen y razón de ser á las ciencias verdaderas y propias, esto es abstractas y fundamentales: de éstas, luego, á aquellas que impropiamente llamamos también ciencias (como en el caso presente la psicología colectiva y la psicología social) es grande el paso, y una diversidad de método ó de punto de vista, entendida en aquel sentido restringido é impropio, no es ya suficiente á dar carácter autónomo de ciencia.

Se puede desde ahora comprobar que el punto diferencial entre la psicología colectiva y la social está en el principio estático ó dinámico que anima y domina las dos categorías de fenómenos, como ya había afirmado Sighele, desarrollando un concepto de Ferri, y como se había comúnmente aceptado en los primeros tiempos, incluso por Rossi, el cual distinguía la estaticidad de la multitud, esto es, las formas diversas que puede revestir (grupos indiferenciados, castas, partidos, clases); y la dinámica, esto es, su modo de sentir (1). Pero comprendida la insostenibilidad de tal punto de vista, Rossi, posteriormente, ha intentado añadir otro punto diferencial que supera á la simple analogía física y se aproxima á la biológica. Criticando á Sighele, dice á este propósito (2): «Se comprende fácilmente como cesa tanta imprecisión, cuando al criterio de estaticidad se une el *hiperorgánico*...» Y si es verdad que los hechos psico-sociales son preferentemente dinámicos y los psico-colectivos estáticos, esto 'no quita' que los conceptos estático y dinámico hayan de entenderse con cierta amplitud. Los hechos psico-colectivos son

(1) Rossi: *L' animo della folla*, 1898.

(2) Rossi: *Soc. e. Psic. coll.*

estáticos sólo cuando se trata de multitudes indiferenciadas y primigenias, pero si de estas se pasa a las modernas (público) ó más estables y diferenciadas, entonces se hacen, dentro de ciertos límites, dinámicos... De donde deducimos que carácter estático y dinámico son expresiones de tendencia, no caracteres ciertos y seguros sobre los cuales se pueda fundar distinciones rígidas y absolutas ni definiciones, que para ser completas, deben apoyarse en la diferente naturaleza del objeto».

La psicología colectiva y también la llamada social, si bien encuentran los hechos elementales de su objeto en una época por lo menos tan remota como aquella en que los encuentra la sociología, sin embargo, como organismo científico son más recientes que ésta, de la cual puede decirse que han recibido el primer impulso para su constitución, basándose en el nuevo punto de vista de la sociología introducido en el estudio de la realidad social y de la evolución histórica. Mientras luego la sociología, que en sí tenía la fuerza de fecundidad y de continuidad de los verdaderos organismos científicos, como ciencia abstracta y fundamental, por lo menos en sus cultivadores más fuertes y científicamente despreocupados, de aquellas elementales é inconcusas analogías que la tenían en un estado de infancia; las psicologías colectiva y social aún se mueven en aquel estadio elemental, esterilizadas en su desarrollo esencial, esto es doctrinal y teórico; aun cuando falsamente fecundas en las fáciles y extemporáneas aplicaciones. En verdad, toda la distinción que hay y debería haber, según la mayor parte de los psicólogos colectivos, entre los fenómenos de la psicología colectiva y los de la social, está basada en la analogía física de la distinción en es-

tática y dinámica; y sólo Rossi y De Roberty han intentado modificar y acoger en cierto modo esta distinción, añadiéndola el primero el concepto hiperorgánico, y el segundo, el concepto realístico ó materialístico.

Teniendo la sociología por punto de mira una diferenciación más real y profunda, como la determinación de su objeto propio, individualizado por una característica evidente y por una propiedad irreductible, tenía un punto fijo de reunión y un camino claro que seguir, y, por consiguiente, podía alcanzar su autonomía y dependencia de las demás ciencias anteriores; pero no es este el caso de las psicologías colectiva y social, las cuales no podrían alcanzar nunca tal punto, porque no es en una diferencia real, profunda, esencial de los fenómenos que forman su objeto, en lo que encuentra razón de ser su distinción y su querida autonomía é independencia, sino sólo en una distinción de punto de vista, de método ó de extensión de su estudio.

5. Esta relativa claridad que nos parece haber logrado sobre este problema, es turbada de nuevo cuando se pasa de las relaciones de psicología colectiva con la social á la psicología colectiva y la social con la sociología. Ya hemos mostrado las diferencias que existen entre psicología en general y sociología (1), y también las relaciones entre la psicología individual y la sociología (2); ahora es preciso ver cuáles son las diferencias entre la psicologías colectiva y la social y la sociología. A este propósito es necesario hacer notar que en general hay una tendencia á considerar las psi-

(1) Esquillace: *I prob. cost.*

(2) Idem ídem.

cologías social y colectiva como psicología, si bien complicadas de nuevos elementos no puramente psíquicos, y no como sociología (1). Pero esta tendencia ordinariamente está representada por aquellos que no se han internado de propósito en los problemas constitucionales de las psicologías colectiva y social, hasta ser casi dominados por ellos. Dice Sighele que (2) «...es imposible negar que hay en toda sociedad fenómenos que son el resultado natural de los fenómenos que presentan los miembros de esta sociedad; que, en otros términos, agregado presenta una serie de propiedades determinadas por las propiedades de sus partes.» Esta analogía de estructura, y, por consecuencia, de funciones, que se muestra evidente é incontestable entre el hombre y la sociedad, se encuentra también no sólo por los caracteres generales, sino por ciertos caracteres particulares, entre los individuos pertenecientes á una clase determinada, y esta misma clase, considerada como un ser colectivo. Luego el axioma que «los caracteres del agregado están determinados por los caracteres de las unidades que la componen» debe aplicarse, no sólo al organismo colectivo de la sociedad, sino también á los organismos parciales que la componen. Considerada desde este punto de vista la sociología es en sus grandes líneas una reproducción fiel de la psicología, pero mucho más compleja y vasta. La psicología estudia al hombre y la sociología estudia el cuerpo social; pero sabemos que los caracteres del uno no pueden estar determinados sino por los caracteres del otro; por esto es por lo que las funciones del organismo social son análogas á las del organismo humano. «... Además de la psicología que estudia una sociedad

(1) Tömiro: *Soc. et psych. soc.*

(2) Sighele: *La foule criminelle*. París, 1905.

entera, hay lugar para otra rama de ciencia que se podría llamar psicología colectiva. Esta debería ocuparse exclusivamente de aquellas reuniones de individuos, como los jurados, asambleas, comicios, teatros, etc., que en sus manifestaciones se alejan de las leyes de la psicología individual y de las de la sociología. La sociología es el estudio de la sociedad humana en su evolución histórica; es decir, que considera el organismo social desde el punto de vista *dinámico*. La psicología colectiva, por el contrario, debería ser el estudio de la sociedad humana en un determinado momento; es decir, que debería considerar los agregados sociales desde el punto de vista *estático*, en un tiempo y en un espacio determinados. La psicología dicta sus leyes, paralelas á las de la psicología individual, para los agregados homogéneos y orgánicos; y la psicología colectiva debería dictar sus leyes para los agregados no homogéneos y no orgánicos. Tiene, pues, ésta un campo diverso, y sigue en su desarrollo un camino diametralmente opuesto al de la sociología: aquélla se extiende allí donde ésta se retira, y sus leyes dominan allí donde las de la sociología pierden sus dominios.» Según Sighele, pues, la psicología colectiva debe estudiar las extrañas fermentaciones psicológicas hasta ahora descuidadas por la sociología; la sociología hacia del agregado humano un mar tranquilo, mientras que la psicología colectiva hace de él un mar tempestuoso; pero ésta es una ciencia más restringida que la sociología, etc. Se ve, pues, que en último análisis no se trata ni aun, según Sighele, de diversidad de objeto entre la sociología y la psicología colectiva, sino sólo de extensión y profundidad de estudio del mismo género y de los mismos fenómenos (1).

(1) Sighele: Op. cit.

En substancia, también para Rossi, aunque como ya se ha visto, declare explícitamente la autonomía de la psicología colectiva y de la social, la serie de ciencias psicológicas se puede disponer de este modo. «Se comprende, dice (1), como las dos ciencias (psicología colectiva y social) aunque diversas se tocan y se sobreentienden recíprocamente; la una comienza donde acaba la otra y está en relación de complejidad creciente: en él son la psicología individual y el árbol biológico allí donde éste se nutre; luego viene la psicología colectiva; más arriba aún y al través de las *nuances*, la psicología social y en lo alto, como ciencia central más amplía la sociología. Por lo que la psicología colectiva y social, son como un puente entre la rama social biopsíquica y la social del saber. En otros términos se puede decir, que «las ciencias afines á la psicología colectiva pueden dividirse en tres grupos: primero, las que ofrecen los materiales de estudio y la prueba de las verdades descubiertas; segundo, las que estudian el hecho psico-colectivo ó en los mínimos elementales (la psiquis individual sana ó anormal) ó en la expresión más alta y compleja cuando ha llegado á dignidad de fenómeno social; tercero, en las que son con respecto á ellas ciencias sintéticas. Al primer grupo pertenece la historia y sus fuentes: crónicas, cronisterías, leyendas, etc... Al segundo grupo pertenecen por un lado la psicología y la psicopatología individual; por otro la psicología social. Al tercer grupo pertenece la sociología cuyas relaciones respecto á la psicología colectiva se reducen á las que existen entre la ciencia central y la sintética (2). So-

(1) Rossi: Op. cit.

(2) Idem ídem.

bre las mismas huellas Straticó (1) confirma que la psicología colectiva tiene relaciones con la individual porque no se puede conocer bien los caracteres del alma colectiva sin conocer anteriormente los de los individuos; pero, observamos nosotros, es preciso distinguir bien, á propósito de las relaciones entre las diversas ciencias, lo que es prioridad de fenómenos de la prioridad de su estudio; en otros términos, es preciso distinguir bien el orden histórico del orden lógico. También la psicología social ayuda mucho á la colectiva; pero es preciso distinguir los fenómenos como asunto de una ciencia de los fenómenos que, desarrollados y estudiados variamente, constituyen una parte, si bien importante, de la misma ciencia, pero no otra ciencia. También el estudio de la sociología, ciencia general respecto de las otras ciencias sociales, es necesario al desarrollo de ésta.

Tales relaciones formales encuentran su confirmación en la distinción social entre hecho colectivo y hecho social, que Rossi establece así: «Primero, la psiquis colectiva es una realidad fenoménica puesta en la zona que existe entre el hecho psíquico y social, que eleva hechos bio-psíquicos de protección del individuo (sentido de simpatía, sugestión, manifestaciones, emociones, etc.), á un contenido más alto de protección de la multitud; segundo, el hecho psico-colectivo surge simultáneo ó precede al fenómeno social para ser superado por éste para impulsarlo y para ser impulsado á su vez por él, por lo que no hay hecho psico-colectivo que no lleve consigo consecuencias sociológicas, ni hecho social que no tenga una estructura psico-colectiva; tercero, la psicología colectiva tie-

(1) Straticó: Op. cit.

ne por hecho elemental la *sinestesia colectiva*, por la cual las psiquis individuales que hay en la multitud se suman en una sólo alma merced á manifestaciones en todo ó en parte de naturaleza psíquica. En el primer caso existe la multitud *estática*; en el segundo, cuando la descarga psíquica se exterioriza y se perpetúa con medios materiales, se tiene la *dinámica*. De aquí se deriva, juntamente con el crecer de la psiquis colectiva, el desvanecerse uno de sus elementos y la preponderancia del otro, del sociológico. La sociología, en cambio, tiene como hecho elemental «el concurso social mutuamente consentido, primero de modo inconsciente y automático, después de una manera cada vez más consciente y reflexiva» (De Greef); cuarto, la relación entre psicología colectiva y sociología es la siguiente: la primera es ciencia autónoma pero no desligada ni aislada; la segunda respecto á la primera y á las demás sociales, es no sólo sintética y coordinadora, sino inspiradora y directiva; quinta, así como la sociología no puede ser reducida á la biología, tampoco puede reducirse á una psicología colectiva y social: una y otra tienen métodos y tendencias propios.»

Dejando por ahora una discusión acabada sobre la naturaleza del hecho social y el colectivo (1), podemos notar que los esfuerzos encaminados á dar autonomía y razón de ser á la psicología colectiva y social han sido frustrados por sus mismos sostenedores, los cuales, después de haber puesto la distinción en el asunto no la han sabido encontrar en la práctica.

Una consecuencia se deduce, sin embargo, de todas estas conclusiones, y es que la psicología colectiva y social sean una ó dos ciencias, no son ciencias verda-

(1) Rossi: *Psicologia collettiva*, 1900.

deras y propias, autónomas ó independientes, sino disciplinas, y según algunos, simplemente métodos (Villa, etcétera), estrictamente conexas con la sociología, con la cual están en relaciones de subordinación, como las ciencias derivadas y secundarias con las fundamentales y generales: y sería mejor, reducirlas, con mayor precisión y claridad científicas, al grado que verdaderamente les corresponde de disciplinas psicológicas, que estudian los lados más propiamente psicológicos de los problemas sociales, tanto más que, explícita ó implícitamente, todos convienen, como se ha visto, en decir que toda distinción entre sociología y psicología colectiva y social se reduce, en último análisis, á una diferencia de punto de vista ó de método. Con esto no se quiere en lo más mínimo negar que existe un estudio psico-colectivo ó psico-social de fenómenos, importante y aun indispensable para una completa y científica sociología. Creemos que á este propósito observa bien Ellwood (1), que poner en relieve la gran importancia de la psicología social no quiere decir que ella sola pueda suministrar una completa interpretación de la sociedad, para la cual es necesaria una interpretación subjetiva (psicología social) y objetiva (sociología) al mismo tiempo: la segunda ha sido siempre intentada por los sociólogos, comenzando por Spencer; la primera ha sido siempre descuidada (2). Si la sociología se concibe como la completa interpretación de la sociedad, como el conjunto de todos los conocimientos sobre el desarrollo, estructura y funciones sociales, será una síntesis de la interpretación objetiva y subjetiva de la sociedad. Así, pasando de los estados más

(1) Ellwood: Op. cit.

(2) Idem id.

inferiores á los más elevados de la sociedad, la psicología social se hace siempre más importante para la interpretación de la vida social. La sociología, por tanto, no puede esperar llegar á ser una disciplina bien organizada y completa hasta que no tenga, como base de algunos de sus principios fundamentales, una psicología social bien desarrollada; esto mismo se puede decir, si bien en sentido más estricto, de las ciencias sociales particulares, de las cuales, por ejemplo, la economía, la política, la ética, se han adelantado mucho á los progresos de la psicología. Y además, el mismo Ellwood (1) enuncia entre la psicología social y la sociología las siguientes diferencias: *a)* la sociología busca una completa interpretación del proceso social, mientras la psicología social da una explicación unilateral; *b)*, la sociología busca una visión completa de la vida de la sociedad, y, por consiguiente, considera los factores objetivos más que los subjetivos; se dirige más á la biología que á la psicología para la explicación de los hechos sociales, es una disciplina sintética y filosófica que trata de alcanzar la más amplia generalización relativa á la vida de la sociedad al través de una síntesis de resultados de las ciencias especiales; mientras la psicología social examina uno de los aspectos de la realidad social, esto es, la vida psíquica del grupo social. El hecho de que las sociedades son complejos vivos (*functional wholes*) es el que basa toda prueba de los procesos psico-sociológicos; de él depende la serie completa de los fenómenos que la psicología social investiga (organización social, instituciones sociales, costumbres, tradiciones, lenguaje, opinión pública, etc.). La misión de la psicología so-

(1) Ellwood: Op. cit.

cial es examinar no la opinión pública, las costumbres, etc., como productos de la vida psico-colectiva, sino el mecanismo de los procesos socio-psíquicos á través de los cuales aquellos productos se desarrollan y cambian.

6. Intentemos ahora sacar de las definiciones que de la psicología colectiva y social se han dado, alguna mayor luz para el estudio del presente problema. Ya se ha podido ver, al tratar de las relaciones entre las diversas psicologías y la sociología, á causa de la indivisibilidad de los problemas fundamentales de las ciencias, cuáles son las diversas concepciones de las psicologías colectiva y social: aquí no podemos referir solamente á cualquier otra definición más explícitamente dada, pero haciendo siempre observar cómo las divergencias entre los diversos autores oscilan en límites bastante estrechos y revisten diferencias más formales que esenciales; lo que prueba siempre más la falta de una verdadera distinción fundamental y real de principios y de objetos.

Rossi, que con mayor amplitud y competencia que otros se ha dedicado al estudio de estos problemas teóricos (1), comienza por definir la psicología colectiva como «la psicología de las colectividades estáticamente consideradas» (Ferri), ó más explícitamente, como «aquella disciplina científica que estudia el modo cómo las psiquis individuales se suman en una sola alma para la producción de la multitud, mediante fenómenos, primero estáticos (esto es, que se desarrollan en estrechos límites de tiempo y de lugar), luego dinámicos (que se prolongan en el tiempo y en el espacio), y para mayor claridad añade: «... no nos inclinamos

(1) Rossi: *Soc. e Psic. collett.*

á dar á las palabras «estáticamente consideradas» un significado extensivo hasta el público, las castas, las clases, que viven una determinada vida no estrecha, sino que se difunde, dentro de breves términos, en el tiempo y en el espacio». Reconoce luego el origen de oportunidades prácticas de la psicología colectiva. «No tememos afirmar que la psicología colectiva es una ciencia *sintética* y unitaria con respecto á las demás, más ó menos adelantadas de la clase, la secta, las asambleas. El carácter sintético de la psicología de la multitud respecto á las demás psicologías de las colectividades, estáticamente consideradas, me parece que descende de las siguientes razones: primera, cada forma de multitud, aun cuando semejante á otra, vive con vida propia. Tiene expresiones psíquicas propias dignas de estudio aparte, las cuales, enlazándose y desarrollándose, preocupan cada día más á un número creciente de inteligencias y se elevan á dignidad distinta y piden división de trabajo; segunda, en cada multitud hay una vida sana y morbosa, y la necesidad de una ciencia que formule reglas generales de vida; tercera, el movimiento del pensamiento en torno á la multitud debe culminar en una clara síntesis, para que se haga fácil llegar al supremo fin práctico de la educación de la multitud. Los múltiples y diferentes aspectos de la colectividad y sus varias y diversas manifestaciones hacen cada vez más sentir la necesidad de esta ciencia unitaria y sintética. La psicología de la multitud, además de sintética y práctica, es también crítica. En efecto; la función crítica de una ciencia es triple: primera, determinar su propio objeto de estudio, distinto del de las ciencias afines de que se distingue; segunda, ver cómo se ordenan las ciencias particulares que en ella se reúnen y se sintetizan; ter-

cera, determinar el conjunto de propiedades comunes é irreductibles que corresponden tanto á las ciencias particulares como á la ciencia sintética. Ahora bien; que la psicología colectiva haya obedecido á estas exigencias doctrinales, aparece claramente de cuanto hemos expuesto... Ahora, una ciencia sintética, crítica y práctica es una *filosofía particular*... Y, agotado el estudio de las varias formas de multitud, interviene la psicología colectiva á recoger el lado semejante y unívoco de ellas; á recomponerlo, elaborándolo en unidad; á reunirlo con la sociología.»

Colmo (1) que acepta la definición de la psicología colectiva como la dan Groppali, Rossi, etc., compendia así en definiciones los caracteres principales y diferenciales de estas varias ciencias: «La psicología colectiva es la ciencia que estudia las colectividades temporales, accidentalmente en la expresión del espíritu intenso y sugestionado, que hace resaltar en los individuos que la componen, los elementos superorgánicos de su constitución y que son representados por aquello que se considera como multitud; y, por consiguiente, la psicología de la multitud. La psicología social es la ciencia que estudia las colectividades sedentarias que se forman tácitamente en las condiciones de un desarrollo natural y con fines subconscientes de protección, y para el más fácil desarrollo del individuo, y que son representadas por la sociedad. La sociología es la ciencia que estudia estas mismas sociedades en la expresión genérica de sus caracteres y relaciones, sin orientación concreta en relación á sociedad alguna, é indicando en la indeterminación de su generalidad, el origen, constitución y desarrollo evolutivo de la socie-

(1) Colmo: Op. cit.

dad; pero no es una sociología social comparada que siempre supondría concreción y particularidad; por mucho que de ella puedan servirse es, en suma, la ciencia de la sociedad en general.»

La psicología social puede ser entendida de dos modos: 1.º, como una simple extensión de la psicología del hombre aislado en el estudio de sus relaciones espirituales con sus semejantes, y también de los productos determinados por estas relaciones (Wundt, Tarde, Giddings, Navile), y 2.º, dando al concepto de sociología una acepción genérica, asignar á la psicología social, como á la individual, un valor específico (Lazarus y Steinthal, y en general la psicología de los pueblos). En el primer caso, á lo que parece, se entiende una psicología de mentes asociadas en general y se permanece en el concepto genérico de psicología intermental ó interpsicología, ó psicología colectiva ó social en el sentido más común; y así se podría, como Edlwood (1), aceptar la definición de psicología social dada por Kulpe, según el cual es la ciencia que trata de los fenómenos mentales dependientes de una comunidad de individuos; en el segundo caso se considera como ciencia por sí con objeto propio, y correspondería á la llamada psicología de los pueblos, que se remonta en su origen al impulso dado por Hegel, con la filosofía del devenir á las investigaciones histórico psicológicas (2).

Pero no basta que la psicología colectiva sea una ciencia, ni una ciencia unitaria, sintética y central, sino que debe tener á su vez un cortejo de otras pequeñas ciencias. En un tiempo, dice Sighele (3), no se conocían

(1) Edlwood: Op. cit.

(2) Squillace: *I prob. cost.*

(3) Sighele: *Psych. des sectes.*

más que dos psicologías: la individual y la social ó sociología. Recientemente se ha observado que entre estas dos psicologías paralelas, que estudiaban los polos extremos del organismo social, la persona y la sociedad, el átomo y el cuerpo, había otra psicología que invertía el principio espenkeriano: se observó que este principio está sujeto á varias excepciones, que con frecuencia el agregado humano presenta caracteres diversos de aquellos que presentan las unidades que lo componen, y entonces fué cuando nació la psicología colectiva ó de la multitud. Y más explícitamente y exageradamente dice Rossi: «Si la psicología de la multitud es el tronco fecundo, sus ramas, predestinadas á exuberante desarrollo, son: 1.º, el estudio de las sensaciones psico-colectivas; 2.º, el de las formas elementales dualistas, triples, etc., ó multitudes que se elevan, como á extremo límite, hasta el cenáculo; 3.º, el estudio de las formas inestables é indiferenciadas (*multitudes heterogéneas* de Lebón; 4.º, el estudio de las formas estables y diferenciadas, cada una de las cuales es capaz del desarrollo más ó menos amplio (*multitudes homogéneas*); y es de notar que estas dos ramas son consideradas en su aspecto sano y morbozo; 5.º, la teoría psicológica y las variedades de los *sugestionadores* ó *meneurs*, que incluye en sí el estudio de los factores concurrentes y modificativos del mecanismo sugestivo; 6.º, en fin, como suprema meta, todo el presente movimiento doctrinal tiende á la constitución de una ciencia de la educación de la multitud.»

Dejando á un lado estas exageraciones que por sí mismas se refutan, dados los principios lógicos adoptados por nosotros (1), y las contradicciones demasiado

(1) Rossi: *Soc. e. Psic. coll.*

elementales y evidentes, así como la indiscutible ausencia de criterios científicos formales, el objeto de la psicología colectiva y social, siempre y voluntariamente confundido, no obstante las distinciones teóricas, y en general, el hecho colectivo, ó las relaciones intersíquicas entendidas por ahora genérica y simplemente como el producto y la manifestación de la colectividad. Pero ¿en qué consisten estas relaciones intersíquicas? La interpsicología es una nueva denominación de la psicología colectiva, que le parecía á Tarde tener un sabor ontológico (1). Según éste, no todas las relaciones intersíquicas son sociales: es necesario que haya una acción ejercida por un espíritu sobre otro capaz de suscitar cierto estado mental (2); pero tampoco toda acción intermental es social, porque sólo sugestión de la simpatía, de la confianza, de la obediencia, tienen un carácter netamente social, mientras la sugestión del odio, del miedo, etc., son más bien obstáculos al vínculo social. Además es fácil observar que el sentido en que Tarde usa la palabra social, no es científico: el carácter social de las acciones proviene de ciertas características de reciprocidad, que no pierden sólo porque se reflejen en bien ó en mal sobre la sociedad, ó acaso solamente sobre una determinada sociedad en un determinado tiempo. El problema principal para la interpsicología será el de saber lo que es una multitud, problema dejado sin solución, no sólo por Tarde, sino por todos los psicólogos colectivos. Además hay multitudes de muchas especies, y sería preciso encontrar cualquier modo de distinguirlas, de observar objetivamente su manera de

(1) Squillace: Op. cit.

(2) Tarde: *L'interpsychologie*, 1903.

obrar, investigar en virtud de qué condiciones varía (Durkheim). Por último, si la acción social es favorecida por las condiciones sociales, la imitación, origen de la vida social, según Tarde, dependería también de factores sociales que deberían ser su producto. En conclusión, provisionalmente puede decirse, sin anticiparse á una discusión que ya encontrará su lugar, que el hecho colectivo es simplemente el producto y la manifestación de la colectividad, entendiendo por colectividad en general todas sus formas (público, casta, clase, multitud, secta, etc.), las cuales se pueden reagrupar también bajo los siguientes criterios: *colectividades cerradas y homogéneas* (casta, clase, estado, etcétera); *colectividades abiertas indiferenciadas, heterogéneas* (multitud, público, asambleas, etc.) Como se ve en esta clasificación, que no es más que el trasunto efectivo y lógico de cuanto han afirmado los psicólogos colectivos y sociales, entre las formas de colectividad se encuentra también el Estado, y todas estas formas están constituidas y comprenden fenómenos psico-colectivos, psico sociales, demo-psicológicos y sociológicos, tanto dinámicos como estáticos, como hasta ahora hemos encontrado atribuidos al campo y á la misión de la psicología colectiva, de la psicología social, de la psicología de los pueblos y de la sociología. Se puede, pues, concluir, que lo que se llama por algunos hecho colectivo, es para otros el hecho social; y que si el hecho colectivo puede ser objeto de una especial disciplina, mucho más difícil sería demostrar cómo el hecho social puede ser objeto de una psicología social: porque, entonces, ¿qué hecho le quedaría á la sociología? Evidentemente la diversidad puede existir al menos aparentemente, entre el objeto de la psicología colectiva (hecho colectivo), y de la psicología social

(hecho social); pero entonces resulta evidente que la psicología social no es más que la sociología, de la cual no se sabe por qué se quiere hacer resaltar mayormente el lado psíquico, considerando el hecho social como eminentemente psíquico, y olvidando que el origen y un notable contenido psíquico de los fenómenos sociales no constituyen por sí solos el objeto de la sociología, porque toda explicación psicológica se ha estrellado siempre ante las propiedades irreductibles del nuevo objeto, esto es, de la sociedad: «las leyes sociológicas no se pueden resolver en simples leyes del psiquismo social» (1).

Si se quiere, pues, encontrar á todo trance una distinción entre colectividad y sociedad se puede decir que los límites diferenciales entre la colectividad y la sociedad, aun cuando sean fugaces y escapen á una determinación un poco precisa, consiste en lo siguiente: 1.º, que la colectividad debe estar constituida de varios elementos sociales, mientras que la sociedad puede estar constituida de dos elementos solamente; 2.º, la colectividad presenta fenómenos preferentemente psíquicos, dinámicos, transitorios, mientras que la sociedad presenta fenómenos consolidados, objetivos, con existencia y caracteres estables y permanentes. Si el hecho colectivo es «el producto y la manifestación de la colectividad», el hecho social «es la idealidad humana social que se actúa en la sociedad humana por obra de la reciprocidad consciente de las acciones y de los servicios considerados como medios». Se trata, pues, de hechos, de un lado ambos psíquicos, de otro ambos sociales, mirados bajo un determinado y unilateral punto de vista (2): en verdad, el hecho colectivo es psíquico,

(1) Wundt: *Compendio*.

(2) Masci: *Concetto e Cinc*.

como se afirma indiscutiblemente; pero es también social, porque, si para que haya sociedad es requisito indispensable la interacción de por lo menos dos personas sociales, para que haya colectividad tal requisito es igualmente indispensable, porque los fenómenos de una colectividad tienen por base necesaria la interacción de dos ó más individuos; por otra parte el hecho social es social, pero es también psíquico porque la idealidad humana social tanto en su concepción como en su actuación es indiscutiblemente psíquica (1).

Para concluir, parece, pues, que el hecho colectivo y el social, desde el punto de vista del objeto de las psicologías colectiva y social y de la sociología, se pueden reducir á una sola noción cual es la de *fenómeno social*, en el sentido genérico de manifestación objetiva, real, observable, que representa en general las instituciones y las corrientes sociales que se actúan en la sociedad, y entre las cuales no hay diferencia más que de grado de desarrollo psíquico y social y de mayor ó menor concreción y estabilidad. Porque, sabido es, que no se distingue ya antagónicamente la estructura de la función ni en biología, ni en sociología; y tanto las *corrientes* de la psicología colectiva, como las *instituciones* de la sociología se reducen á progresos funcionales más ó menos fácilmente transformables y transitorios relativamente á una unidad de tiempo, más ó menos larga. Reducida así y eliminada la distinción del objeto, de aquí se sigue la eliminación también de la distinción de la sociología que implícitamente se ha debido reconocer por aquellos mismos que trataban de demostrar tal distinción: en

(1) Asturaro: *La soc., i suoi metodi*.

suma, Sighele, por ejemplo, no divide en ciencias diversas la psicología colectiva de la sociología ó psicología social: la una participa de la otra porque los fenómenos que estudian son en gran parte comunes. Y si hay fenómenos preferentemente psíquicos y también biológicos, en la sociedad no quiero decirse que constituyan una categoría aparte, individualizada por tales caracteres propios hasta constituir objeto de una ciencia nueva y autónoma. Y así también convienen Rossi y otros menores y secuaces. Parece, pues, que al establecer las relaciones de la sociología con la psicología social, y la colectiva se va siempre en busca de alguna distinción entre forma y contenido, entre origen y manifestación ú objetivación, entre hechos psíquicos y sociales. Tales distinciones, si prueban que los hechos psico-colectivos y los hechos sociales, al menos cual podrían resultar de la actual confusión empírica derivada del contenido de las obras de psicología colectiva y social y de sociología, no están aún netamente caracterizados; hacen de otra parte resaltar la imposibilidad de una distinción neta y profunda entre órdenes de hechos tan afines y fundamentalmente conexos en la realidad de la vida y de la psiquis social hasta no poder ser distinguidos por una propiedad característica y específica que dé lugar á ciencias nuevas y diversas, aun cuando puedan como siempre, ser distinguidos desde el punto de vista metódico y por exigencias sistemáticas y didácticas (1).

7. Este problema que desde el punto de vista lógico y formal lleva á las conclusiones arriba enunciadas, desde el punto de vista substancial y del contenido conduce al examen del concepto fundamental de la

(1) THOMAS: *The province of Social Psychology*.

naturaleza del alma ó conciencia colectiva ó social, del cual sólo diremos aquí lo indispensable para iluminar al presente problema, trayendo los postulados de la psicología colectiva y social, que es necesario demostrar como erróneos para mayor demostración de la inexistencia ó erroneidad de las distinciones formales que por alguno se querrían establecer.

Según Ellwood (1) hay dos distintas y opuestas tendencias á propósito de la naturaleza del alma colectiva: a) individualista, según la cual sólo hay real el alma individual; b) realista ó mística, según la cual el alma colectiva es un ente en sí, con caracteres de existencia propia. Entre estas hay otras muchas que tratan de contemporizar el uno con el otro los dos puntos de vista (Giddings, Tarde, Lebon, Baldwin). El alma social debe ser puesta en relación con el proceso vital social; el alma social es el proceso psíquico que determina las nuevas adaptaciones en el proceso vital del grupo: es, en una palabra, un término conveniente para indicar los procesos socio-psíquicos: no es, por consiguiente, una entidad, sino un proceso, ó en otros términos, es una expresión del hecho de que la sociedad existe en unidad funcional orgánica. Según Rossi (2), que acepta la definición de la psicología social de Groppali, según el cual aquella tiene por campo de estudio algunos fenómenos socio-psíquicos que entran más propiamente en el *folklorismo*, y extiende luego sus investigaciones hasta el alma del pueblo ó la ciencia social, «revelado el mecanismo de donde brota la conciencia colectiva, quedaba, sin embargo, por determinar la verdadera causa, por la cual ésta se manifiesta diversamente de un pueblo á otro, y en

(1) Ellwood: Op. cit.

(2) Rossi: Op. cit., pág. 146.

un mismo pueblo tiene un conjunto de propiedades comunes que la distinguen de la conciencia de los particulares. A este fin respondieron tres teorías: la primera física, propuesta por Taine; la segunda psicológica de Lebon; la tercera social, sostenida por R. Bianchi. Para Taine el alma de un pueblo es un estado moral elemental formado por tres condiciones: la raza, el medio, el momento. Para Lebon cada pueblo tiene un alma invisible é invariable que se exterioriza en los diversos productos mentales y materiales. Para Bianchi el espíritu del grupo histórico como no es originario, no es inmutable, sino que se forma y deviene en la movida vida de la historia y de la civilización, donde evoluciona, muda y á veces se cambia completamente.»

El conocimiento de este proceso psico-social es, pues, una necesidad indispensable de la psicología colectiva y social. Straticó (1), que resume la opinión corriente á este respecto, conviene en que «antes de todo nuestra ciencia debe iluminar y determinar, como conocimiento fundamental, la explicación del modo cómo suceden en general los fenómenos psico-colectivos, ó, en otros términos, cómo en una multitud psíquica se inician integrándose los fenómenos psíquicos de los más simples y elementales á los más complejos y elevados. La naturaleza, la duración y la intensidad del estímulo exterior, el modo de obrar de éste sobre las psiquias sociales, la cualidad y el tono de la sensación colectiva; y luego, el gradual y sucesivo desarrollo integrativo de dicha cualidad en las percepciones, en las ideas, en los conceptos y en los razonamientos colectivos; y el gradual y sucesivo desarrollo integrativo del

(1) Straticó: Op. cit.

tono de las emociones colectivas más simples y elementales hasta los sentimientos más complejos y elevados; y, por último, el modo de producirse de las manifestaciones activas, sinérgicas de los movimientos primitivos espontáneos, hasta las acciones voluntarias de la colectividad; todo esto debe formar objeto fundamental de estudio de la psicología colectiva por las sucesivas aplicaciones de los principios que de ello se derivan para las formas especiales de colectividad. Es necesario no descuidar el estudio de la *composición de las multitudes* á la cual contribuyen principalmente tres factores, el biológico ó antropológico, el físico y el social.» Después vienen las aplicaciones de los principios fundamentales de la psicología colectiva á los varios fenómenos psíquicos (pareja, corporaciones, sectas, clases, castas, público, opinión, conversación, suggestionadores, fenómenos morbosos).

Pero entretanto ¿qué resultados ha dado hasta ahora este estudio? Los postulados esenciales de la psicología colectiva, según Sighele, son, que en la multitud: *a*) los sentimientos se suman y las ideas se restan (1); *b*) la resultante es, por consiguiente, siempre inferior á los elementos singulares con predisposición al mal más que al bien (2). Con razón observa Miceli (3), con críticas tan justas que no han sido en lo más mínimo desmentidas, que los sostenedores de las doctrinas corrientes sobre la psicología de la multitud han emprendido un falso camino que les hace perder de vista la realidad del fenómeno y lleva á consecuencias unilaterales y erróneas, especialmente en la determi-

(1) Sighele: op. cit.

(2) Ibid.

(3) Miceli: *La psicologia della folla* en *Riv. It. di. soc.*, Marzo 1899, pág. 177.

nación de las leyes de la psicología social. 1.º El primer error es que los hombres en multitud son diversos de los hombres aislados. Es verdad que todo agregado social, precisamente en cuanto agregado, es algo diferente de los elementos que le componen; pero la multitud no constituye algo de específico en virtud de tal carácter, y el grado de homogeneidad ó de intimidad, deriva, no de estar varias personas reunidas en multitud, sino del grado de afinidad de los caracteres sociales que los componentes de la multitud han adquirido en los varios ambientes de donde provienen. 2.º Tanto la colectividad como las personas singulares, pueden co-existir: es erróneo ver sólo colectividades ó individuos sólo; y aunque cada uno de estos no pueda concebirse sin la existencia de aquella, tampoco el individuo llega nunca á sumergir toda su personalidad en la sociedad. El vínculo que liga las conciencias individuales en la conciencia colectiva está constituido por impulsos y sentimientos; no es necesario hacer de la conciencia de la multitud una conciencia colectiva *suis géneris*, ni formada solamente de impulsos y sentimientos de orden inferior, porque en tal caso no se explicaría el progreso, la adaptación progresiva de un agregado á su ambiente. Los individuos humanos están ligados entre sí no sólo por sentimientos, sino también por ideas, y no sólo de orden inferior, sino también elevado; «son los dos aspectos de una misma cosa, los dos lados de la conciencia aunque en ciertos momentos, ó los sentimientos ó las ideas puedan adquirir por causas especiales un relativo predominio»: la contribución de las conciencias singulares es proporcionada al valor y al grado de desarrollo de las conciencias respectivas; ningún sistema de educación sería posible si los individuos eminentes no lo fue-

sen, y si la multitud se constituyese sobre la base de cualidades inferiores. La doctrina es más débil cuando se trata de determinar el concepto de multitud, y el mismo Lebon, el más autorizado psicólogo de la multitud, hace consistir la naturaleza específica de ésta en las excitaciones y emociones que tienen la facultad un conjunto de personas, aun lejanas en multitud; pero no dice que naturaleza, intensidad, duración, caracteres deben tener: de aquí el vago significado de multitud, que en un sentido amplio debería comprender todas las formas de cooperación intelectual, religiosa, política, etc., esto es, toda la humanidad con todos los agregados que en ella se constituyen. La historia de la humanidad sería entonces el paso de una multitud heterogénea (basada en caracteres movibles y cambiantes) a una multitud homogénea (constituida por caracteres sólidos y permanentes); no se explicarían las continuas formaciones de multitudes en medio de la afirmación del principio de raza y de racionalidad; no se modificarían las colectividades (parlamentos, jurados, etc.), ya que el mal de éstos no deriva de la composición, sino del hecho mismo de la colectividad.

8. Mucho más adecuado al espíritu científico y a los progresos de la psicología nos aparece, pues, la concepción de las relaciones psico sociales como procesos. La psicología, bien dice Ellwood (1), ha ayudado poco hasta ahora a la sociología por varias razones: a) predominio del método individualístico en las investigaciones; b) poco desarrollo de la psicología comparada y genérica; c) falta de desarrollo del punto de vista funcional así como estructural de la psicología.

Esta última razón es la más importante y se puede

(1) Ellwood: Op. cit. (II. *The fundamental fact in social psychology*) en *Am. J. of soc.*, Mayo 1899.

decir que comprende las otras dos. Aun suponiendo que se puedan encontrar analogías entre la vida psíquica del grupo social y la del individuo, éstas serán siempre de funciones no de estructura. Una psicología funcional es precisa para la interpretación de la sociedad y de alguna de sus actividades: tales principios han sido formulados por Dewey. La transferencia de los principios de interpretación del individuo á la sociedad puede ser fácilmente justificada como una hipótesis á comprobar. La cuestión á resolver es: ¿hay en el grupo procesos reales que corresponden á los derivados en el individuo de las categorías coordinación, adaptación, hábito, etc.? ¿Hay algo por ejemplo en la vida del grupo correspondiente á la coordinación en la vida individual? Si así es, ¿ocupa la misma posición predominante en la vida del grupo como en la del individuo? En una interpretación psicológica de la vida del grupo debemos comenzar por el grupo activo en su conjunto (*acting together*) en cualquier forma particular; esto es, que hace del grupo una unidad funcional: esta acción colectiva de los organismos individuales en un grupo, corresponde evidentemente en forma exacta á la coordinación en el individuo. El hecho fundamental en la psicología social es, pues, la coordinación social, que, al menos en lo que concierne á la sociedad humana, puede ser subjetivamente definida como la actitud mental que los individuos de un grupo asumen los unos hacia los otros. Ahora bien; la actitud mental de un miembro de un grupo hacia otro es necesariamente la de la autoridad, subordinación, igualdad ó cualquier variación de estas tres primeras formas de asociación; aquí la coordinación social es el principio de la organización social tanto consciente como inconsciente. Una coordinación so-

cial, una vez plenamente establecida, como en el caso de la coordinación en un organismo individual, tiende á persistir y se hace un hábito social, los cuales son las bases de todas las actividades de la vida del grupo. Las instituciones son hábitos sociales que han recibido una sanción social y que han sido organizadas más ó menos completamente en la estructura del grupo. En la terminología de la psicología social una transición social se entiende que es una transición de un hábito social á otro, de una coordinación social á otra. Así en teoría las categorías y los principios de una psicología funcional del individuo se pueden aplicar en una interpretación subjetiva de la vida social.

Como se ve aquí, pues, Ellwood entiende la psicología social como una psicología, porque supone ser objeto de ella los hechos que tienen por sustrato un grupo de conciencias individuales con caracteres específicos: las expresiones de psicología subjetiva, ó psicología social y de sociología objetiva ó sociología propiamente dicha, no son felices, puesto que los hechos estudiados por la psicología son objetivos en relación con cada conciencia individual, porque residen en el grupo. Sería mejor distinguir una sociología funcional ó psicología social, que tiene por objeto la vida colectiva, y una morfología social que tiene por objeto el sustrato de esta vida y sus formas. Se podría aún observar que poniendo luego, como hecho fundamental de la psicología social, la agrupación ó la coordinación se hace de un fenómeno morfológico el tipo de los fenómenos funcionales (Durkheim).

De un modo análogo Eulemburg (1), según el cual la psicología social debe abandonar todo lo que re-

(1) Eulemburg: *Ueber die Möglichkeit und die Aufgaben einer Social psychologie*. Anales de legislación, 1900.

cuerde al antiguo sustancialismo: debe ser una psicología sin alma colectiva. Todos los fenómenos que tienen por condición la existencia de un grupo social, es decir, de una multiplicidad de individuos reactivos los unos sobre los otros, forman objeto de psicología social. Entre los fenómenos sociales cuenta aquellos que suponen procesos psíquicos; entre los psíquicos los que suponen relaciones sociales. Todos los grupos de cualquier naturaleza, tamaño, duración, son capaces de ejercer una acción sobre el alma: por consiguiente el objeto de la psicología social será no sólo los pueblos sino los grupos culturales (oficios, corporaciones, clases sociales), que están basados en sentimientos reflejos, y los grupos naturales (familia, raza, nación), que están basados en sentimientos no reflejos. Los unos y los otros tienen equivalentes físicos (sangre, suelo, casa, mercado), en los cuales se los puede ver consolidados y como materializados. La naturaleza de estos grupos influye sobre las representaciones colectivas, de las cuales es preciso estudiar la existencia y sucesión, y sobre la voluntad colectiva. Los principios á que obedece el movimiento de estas representaciones y de estas voluntades (imitación, sugestión, combinación y subordinación) de los datos precedentes, son los de la psicología funcional. Este es el esquema del cuadro de la psicología social.

Por este orden de ideas se llega á la consecuencia de que la psicología social no es una ciencia, sino simplemente un proceso, real psico-social que tiene por origen y desarrollo propio, aun teniendo sus bases en el proceso, igualmente real, de la psiquis individual humana. Las condiciones causales del proceso formativo del alma de la multitud, se encuentran en la emoción que tiene por caracteres propios (James, Wundt) un

poder asociativo de las conciencias individuales (1). «La emotividad es una condición general y anterior al constituirse del alma de la multitud, condición sin la cual sería vano el advenimiento ocasional de la sugestión, de la imitación, de la *contrainte* y demás reacciones interpsicológicas. Pero esta condición está siempre asociada y mejor avalorada por otra condición general primitiva, sin la cual no sería posible ni siquiera eficaz, el movimiento conformístico de las dichas reacciones interpsíquicas, y es la naturaleza social de la psiquis, el instinto social.» Esta es condición predispositiva *genéricamente psíquica* del alma colectiva, porque no es dada por la colectividad ni por los individuos como tales, sino que en ella está puesta por la evolución de la especie. Es preciso ver ahora el proceso de socialización psíquica de la multitud, que tiene diversos estadios: a) aquel en que los individuos mantienen despierta la psiquicidad individual y la personalidad consciente; b) aquel en que la influencia de la multitud ocupa el campo de la conciencia individual y transforma el sentimiento del *yo* en sentimiento del *nosotros* ó conciencia colectiva. El movimiento de la psiquicidad propia de la multitud comienza no cuando el individuo se adhiere al alma social, sino cuando llega á ser parte activa de éste. El alma de la multitud no puede ser entendida más que en su proceso formativo causal. «Profundizando luego en la naturaleza cualitativa del proceso, la producción social de los hechos psíquicos mediante una *exagitación* emotiva de los individuos (hiperafectividad) y una tendencia conexas con la restricción del campo de la ideación (monoidelismo) son los rasgos esen-

(1) Resta de Robertis: *L' anima della folla* en *Riv. It. di Soc.*, 1905.

ciales distintivos y preeminentes de tal alma social, que de su envoltura demográfica es llamada impropriamente psicología ó estado de la multitud, y que yo por sus caracteres intrínsecos, de naturaleza estrictamente psíquica, creo que debe ser llamada *alma social-monoideica hiperafectiva*.» Integrando luego con el carácter determinístico esta fórmula, se dirá que la psicología ó alma de la multitud, es un *alma social monoideica hiperafectiva típicamente autodeterminística*.

El mismo desarrolla aún más explícitamente esta concepción de la psicología colectiva y social, cuyos precedentes hemos visto. Mientras la *Volkerpsychologie* estudiaba razas y pueblos, la moderna psicología colectiva y social estudia también las subcategorías sociales (multitud, secta, etc.), en su lugar y tiempo propios. Por ésto la clasificación de arquetipos sociales son *metafisiquerías* sin conexión real con la historia, y la parte genésica y explicativa por medio de las leyes biológicas, no pueden ser suficiente ni adecuada á fenómenos eminentemente sociales. Es preciso, por consiguiente, colocarse en la historia y estudiar los fenómenos concretos.

La psicología colectiva «cualquiera que sea la cantidad ó la cualidad de su agregado demográfico, puesta como organismo intermediario entre los dos órdenes típicos de fenómenos: el *ambiente condicional* (físico, sociológico, social é individual), y la *fenomenología colectiva*, observa, recoge las necesidades del ambiente, las transforma subjetivamente y las refleja, con una serie indefinida de procesos, en las ideologías, en las ocupaciones, en la etnografía, esto es, en una nebulosa más ó menos vasta y poliforme de fenómenos sociales que á su vez se hacen limitaciones causales. Los objetos de estudio de la psicología social se hacen,

por ejemplo... «el grado y la forma de la permeabilidad económica de las psicologías colectivas en los agregados nómadas y en los sedentarios, la evolución de la psicología social del estrecho círculo de la *gens*, al moderno internacionalismo, el grado y la forma de coexión psicológica de las colectividades en su pasaje del *clan* totémico á la sociedad moderna y la correlativa transformación de sus relaciones con el individuo, la especificación de las índoles paralelas á la amplia diferenciación de las categorías y subcategorías de una constitución social, la psicología sexual con relación á la morfología familiar y á las varias condiciones histórico-especiales: éstos y otros son los objetos positivos de la psicología social.» En suma, la psicología social, de este modo, siguiendo la tendencia idiógráfica, se reduce á una investigación monográfica, histórica localizada en una determinada colectividad como círculo demográfico necesario y circunscrito en el espacio, en el tiempo y en la sociedad.

10. En conclusión se puede decir que la psicología individual y las colectiva y social, no son más que diversos aspectos de una única psicología general; que el origen y la distinción de las psicologías colectiva y social son debidos á un criterio de oportunidad y de necesidad práctica de división del trabajo científico, y no á una verdadera y real distinción ó novedad de objeto ó de problemas científicos; que la distinción entre hecho colectivo y hecho social se confunde en la noción genérica de fenómeno social, y que por esto las distinciones del objeto y de las ciencias de la psicología colectiva y social y sociología, desde el punto de vista lógico y del contenido, no tienen bases y caracteres para ser consideradas necesarias y científicas, resultando en cambio de un detenido y desapasionado

examen del estado actual de la ciencia, la unidad é indistinción del objeto de la psicología colectiva y social y de la sociología, y por tanto de los estudios relativos á éstas; que los postulados más seguros y fundamentados de las psicologías colectiva y social, han sido por la parte específica y característica, probados hasta la evidencia como falsos y erróneos, y por la parte genérica que contienen, entran en las leyes comunes psicológicas y sociológicas; que por último, el alma colectiva ó social, á semejanza del alma individual, no es otra cosa que un proceso psico-social que debe ser estudiado en su realidad funcional, separado de la cual no tiene ya existencia ni significación. Con esto se debe pues considerar como fracasada la prueba que los cultivadores de la psicología y social, han querido dar de la distinción y autonomía de su ciencia: á ellos que afirmaban correspondía el cargo de la prueba; las ciencias no nacen formadas y distintas; ellos la distinguieron y debían haber demostrado que habían sabido distinguirla efectivamente. No se entiende con esta afirmación de la no existencia de estas ciencias, como ciencias autónomas é independientes, que se nega de hecho la importancia y abundancia de los estudios de los fenómenos psico-colectivos y psico-sociales, que, autónomos ó dependientes preferentemente psíquicos ó preferentemente sociales, sin duda existen y representan, una categoría importante de la generalidad de los fenómenos sociales, los cuales, específicamente, luego deben tener peculiaridades que los distinguen en diversas categorías, sino por otra cosa, por la importancia del trabajo científico. Y podemos así llegar á decir que, en nuestra opinión sería obra provechosa, y en armonía también con nuestros principios lógicos y científicos, la de acentuar la dis-

tinción de los fenómenos sociológicos en preferentemente psíquicos y preferentemente sociales, más de lo que lo han hecho hasta ahora los especialistas de la psicología colectiva y social, no sólo distinguiendo entre corrientes é instituciones, en otros términos, entre fenómenos más ó menos estables y consolidados, y fenómenos más ó menos inestables y transitorios; sino afirmando la existencia de un tipo colectivo que representaría el carácter eminentemente psíquico transitorio, y diremos, casi superficial y reflejo, pero casi universalmente difundido, de un clima histórico y social (por ejemplo, tipo intelectual, sentimental, volitivo, patriótico, romántico, etc., fisonomía peculiar y pasajera de un pueblo, etc.), junto á un tipo social propiamente dicho, que representaría el carácter predominantemente social, estable, universalmente difundido y que caracteriza á un determinado clima histórico y social (tipo y carácter propio, dicidido y duradero, de una sociedad, de una civilización) creando así, junto á una teoría de los tipos especiales, una teoría de los tipos colectivos.

A LA SANTA MEMORIA DE MI MADRE

INTRODUCCIÓN

I. La multitud y su devenir. La psicología colectiva como síntesis y como método.—II. *Historia y método en las ciencias. Un sofisma a priori.* La ciencia al progresar encuentra su propio método. Método específico y método analógico. El proceso genésico. Intuiciones y precursiones. La ciencia formada. La *forma mentis* de cada ciencia. De la infancia á la juventud.

I

LA MULTITUD Y SU DEVENIR

Uno de los fenómenos más nuevos de la vida moderna, observado por historiadores, estadistas, sabios, críticos, artistas, en suma, por cuantos son los estudiosos é inconscientes reveladores de las tendencias sociales, es la creciente importancia de la multitud en el movimiento laborioso de la vida. Paralelo á este movimiento realístico de elevación de las plebes, es el reflejo ideal de una creciente literatura, que recoge los motivos del surgir y manifestarse de la multitud en la historia. De aquí, ora derivan efectos admirables

en el arte; ora induce nuevas leyes científicas descubriendo horizontes nuevos y lejanas visiones. Y las observaciones se agolpan, esperando el hilo directivo que las una, coordine y encierre dentro de las admirables líneas de un *plan de organización*, para que no estorben á la mente. Esperan, en una palabra, la ciencia unitaria y central, de modo que á los primeros análisis correspondan las primeras síntesis y el primer perfil metódico. Lo que es propio de cada extensión de fenómenos, que, á medida que se alargan, tienden á componerse en síntesis parciales y darse un método, no construido *a priori*, sino brotando del flujo vivo de la historia y del pensamiento.

En esto estriba el valor y la necesidad de la psicología colectiva como síntesis y como método, ó sea como ciencia unitaria y central; pero antes de internarnos en ella, adelantemos algunas observaciones.

II

HISTORIA Y MÉTODO EN LAS CIENCIAS

Si á las formaciones científicas presidiese aquel concepto lógico, formal y abstracto, que es un reflejo falso de la realidad, deberíamos encontrar dos cosas: 1.º, á toda construcción doctrinal, preceder la investigación del método, terminado y completo en cada una de sus partes; 2.º, la formación científica tendría la armonía de una construcción arquitectónica.

Pero los hechos se encargan de desmentir estos apriorismos de la mente, que no responden al flujo vivo de las cosas, que proceden por otras vías y con otros métodos en apariencia inarmónicos. Las for-

maciones científicas, surgen en efecto, recorriendo el método de investigación terminado y acabado, consonante á la naturaleza propia y tienen un desarrollo un tanto inarmónico. Sólo al progresar se crean un método especial: no empírico ó tomado á préstamo de otras disciplinas, sino científico y de tal índole que las observaciones diseminadas se compongan según un *plan propio de organización*. De modo que aquello que por un error de la mente aparece como antecedente del organismo científico, es por el contrario su último término.

Así en el campo biológico las especies, deviniendo, fórmanse en las varias vicisitudes, sus propias leyes de desarrollo y su plan de organización. Y, para atenernos á las formaciones científicas, ¿quien no sabe que la sociología, que nació con Comte y creció fuerte y vigorosa, sólo desde tiempos relativamente recientes trata de encontrar y ha encontrado en efecto, el método que le es propio? La ciencia puede compararse al herrero que, de la habilidad adquirida machacando el hierro y forjándolo en obras nuevas, obtiene mayor perfección de los instrumentos de trabajo y él inventa otros nuevos por una correspondencia incesante y amigable de la perfección instrumental y de la técnica.

Nadie creerá, sin embargo, que nosotros en el fondo queramos sostener que las formaciones científicas, en el primer surgir se muevan sin método, como personas en la oscuridad. Creemos sólo que tal método es empírico —como ocurre en el primer movimiento inicial de la ciencia—; ó siendo científico, no es el propio de la nueva ciencia de que se trata. Investigar pues, en medio de tantas variedades de métodos positivos, el que mejor responde á los fines y á la natura-

leza de una ciencia, y, encontrado, perfeccionarlo, he aquí la preocupación más intensa de una disciplina persuadidos como estamos de que una feliz innovación de método señala para la ciencia en general, como en tiempo de Galileo, ó para cada ciencia en particular, como el microscopio para la histología y para la ciencia de los infinitamente mínimos, un adelanto no probable por otros medios: con frecuencia la posibilidad de la ciencia misma.

Por el método no es sólo técnica, investigación, observación, experimentación; es también plan de exposición, agrupación de conocimientos, no artificial sino que refleje la conexión y la distinción de la realidad observada, el organismo natural de ésta. La metodología para nosotros es no sólo investigadora sino positiva. Como tal tiene el mismo valor que en la economía animal el plan de organización, que no es como á primera vista podría parecer, artificio de la mente por razón de estudio, sino la más adecuada manera como los organismos se han venido distribuyendo y engrandeciendo bajo la presión del ambiente y de la lucha por la vida, ó por decirlo sintéticamente, por necesidad mecánica, acausal, ateleológica.

Las ciencias, pues, al formarse son esencialmente *analógicas* entendiendo por tal que de las ciencias afines y limítrofes toman á préstamo (por analogía), el método de investigación y de exposición peculiares á aquellas, mientras intentan formarse el propio. Así la planta se apoya en un tutor en su primer crecimiento, para luego tenerse derecha por virtud propia y elevarse al cielo.

No distinto de la cuestión del método es el proceso histórico ó genérico de la ciencia. Porque toda ciencia nueva surge como apéndice de otra ó de un grupo

de otras, semejantes ó afines, que imprimen su sello al pensamiento en aquel determinado momento histórico.

Podremos comparar tal génesis á la reproducción por gemmación, cuando una célula, por aumento de poder nutritivo, deja crecer y separar un gémula que vivirá con vida propia. Y, para continuar la imagen, así como células distintas se encuentran y se unen, para luego diferenciarse en un más perfecto organismo (cenobio); así una ciencia puede surgir por gemmación de varias otras, cuando hay condiciones propicias de nacimiento. Para ellas, en un mismo tiempo y desde puntos diversos del pensamiento científico, surgen observaciones é investigaciones, que, mientras pertenecen á ciencias diversas en cuyos límites están, tienen caracteres nuevos y semejantes entre sí, que diferenciándolas de los terrenos en que surgieron, las hacen comunes.

Este germinar de pensamientos nuevos no deja de tener significación: demuestra que hay hechos que, en la evolución determinística de la historia, van adquiriendo creciente importancia y se reflejan en concepciones ideales, que son reveladoras, inciertas y confusas primero, pero que se hacen claras y vívidas después. Dos hechos ilustrarán estos conceptos. Antes que Darwin viniera á dar unidad de doctrina á la teoría de la evolución y de la descendencia en la subconsciencia de la cultura de su tiempo, hay un sucederse de observaciones, de descubrimientos que rompen como relámpago de las más opuestas regiones del saber, de los temperamentos más finos y selectos. Hay una gran verdad que se presiente, que se sobreentiende: de Lamarck á Goethe; de éste á Geoffroy de Saint-Hilaire; de Oken á Agassiz; de la geología á la anatomía com-

parada; para todas las ramas de las ciencias afines biológicas y limítrofes (cosmología y ciencias morales), parece que brotan centellas, anunciadoras del pensamiento evolucionista de la especie (1).

No son ya las indicaciones lejanas y deseminadas de los primeros filósofos griegos ó de los del renacimiento; sino un responderse, un apoyarse de movimientos que parten de ciencias distintas, pero que se asemejan. Se siente que un continente nuevo va á salir de las aguas; ya asoman las cimas ya bajo la onda se entrevé la tierra y se espera el último movimiento sísmico revelador del presentido fenómeno. Las mentes más sensibles y vibrantes experimentan el temblor y el dolor de la espera y aguardan al que, haciendo estallar la centella del pensamiento, dé unidad á los materiales acumulados y fisonomía individual á las inquietas tendencias de los elementos reunidos. Con frecuencia este genio afortunado no está solo: algún otro trabajando silenciosamente, es guiado por el determinismo del pensamiento para hacer brotar la misma centella reveladora del nuevo producto mental. Así sucede á Darwin y á Wallace con respecto á la teoría de la evolución; así á Priestly en Inglaterra á Lavoisier en Francia, á Scheele en Suiza, que sin saber el uno del otro llegan simultáneamente al descubrimiento del oxígeno.

Así hemos de decir también de Roberto Mayer, de Helmholtz, de Joule, de Colding, que simultáneamente y sin saber el uno del otro, fueron conducidos por sus estudios al descubrimiento de la ley de la conservación de la energía. Y los ejemplos podrían multiplicarse.

(1) Hæckel: *Historia natural de la creación*.

Desde este momento la ciencia está formada y podremos, recorriendo con movimiento contrario la historia, encontrar el período de subconsciencia, que sucede al anónimo, descolorido, de las escasas intuiciones (inconsciencia), y precede al período consciente.

¿Quién no recuerda el surgir de la sociología donde parece que se quieren fundir tantos movimientos? Son las voces de Vico, Romagnosi, Saint-Simon, Fourier y de tantos otros, que se refuerzan, que se responden, que vibran con creciente intensidad. Son las corrientes del derecho de la moral, de la historia, que al través de las volubles formas preludian ciertas síntesis; es un coro de movimientos doctrinales é históricos que tienden á unir las inciertas conclusiones como rayos en un foco. Todo estudioso siente en su propio campo de estudio un orden de fenómenos que están en el límite y no pertenecen á éste más que en parte. Y volviendo la mirada al rededor, ve el fenómeno repetirse con movimiento sincrónico en nuevos campos; ve estos movimientos responderse y asemejarse, y en su consentimiento entrevé la nueva ciencia. Tal impresión debía suscitar la sociología que esperaba su fundador. Y éste llegó y fué Augusto Comte, en cuyo pensamiento la crítica sólo hoy descubre la labor preparatoria de quien lo precedió, especialmente de Saint Simon, ya que en el primer instante el descubridor parece el estatuario de su ciencia. Pero cuando el período inicial está terminado y el nuevo pensamiento se difunde y se acrecienta el número de los discípulos y de los secua-ces, se intenta hacer la historia de la ciencia, que consiste en la génesis desde los orígenes remotos hasta que las corrientes se unen en un solo río.

Aparece entonces que el estatuario no estuvo solo, sino que fué precedido por otros que prepararon

los elementos sobre los cuales lanzó la chispa reveladora.

Pero aun cuando la nueva ciencia está formada, sus contornos por cierto tiempo permanecen indecisos, porque, según la plástica imagen de Greef, no se ha roto el cordón umbilical que le une á las ciencias afines. De aquí surgen una multitud de cultivadores, cada uno de los cuales lleva en la nueva ciencia el reflejo, el espíritu, la mentalidad de su propia disciplina. Del mismo modo, cuando fueron descubiertas las Américas, de las diversas naciones de Europa partió una turba de aventureros, de exploradores, de emigrantes, llevando cada uno los usos, las costumbres y cualidades de la madre patria. Sólo mucho después de la fusión de estos variados elementos surgió una nueva personalidad étnica, capaz de asimilar todos los ulteriores elementos que á ella llegaban con asiduo movimiento. Así, del concurso de las diversas tendencias que invaden una ciencia joven y que son un reflejo de la personalidad de las disciplinas limítrofes, surgen el método y el espíritu, *la forma mentis* de la ciencia nueva.

Así, historia y método de una ciencia se compenetrán, porque son términos recíprocos indisolubles de un solo organismo intelectual. Hacer la historia de una ciencia, pues, es señalar de qué núcleos de pensamiento y con qué tendencias propias de otras ciencias surgió en sus comienzos, hasta que se unificó y procedió por virtud propia.

Esta es la historia de la infancia, á la que sucede la de la juventud cuando la nueva ciencia se individualiza, se desarrolla y se diferencia en nuevas ramas; y paralelas á ella, causa y efecto á un tiempo, se va formando el método.

Episodio no fugaz de la infancia y de la nueva juventud de una ciencia, es la lucha que entabla con las demás, que, nacidas y crecidas antes que ella, se atreven á disputar la individualidad, método y fin. Y creen que es veleidad de persona lo que es autonomía de personas y de estudios, y reprochan á la nueva ciencia las naturales incertidumbres de la infancia, propias de toda disciplina recién descubierta. Ahora bien; ¿quién no ve en esto la verdad de aquella observación de Spencer, antes que por él anunciada ya por Carlos Cattaneo, según la cual el progreso realizado es obstáculo á los futuros progresos?

Como fenómeno de oposición y de contraste á este movimiento se origina entretanto el otro, en que la nueva ciencia especialmente, si logra resumirse en la rígida fórmula de una teoría, se esparce con fervor místico, apostolado que del cenáculo desciende á la multitud, tanto más alto cuanto más combatido. Y con frecuencia en el cenáculo la doctrina se estanca y muere, mientras otros ingenios más abiertos y vivos la integran; la quitan lo que tiene de excesivo y de unilateral, propio de toda verdad nuevamente descubierta; la encuadran en otras ideas reconocidas por verdaderas en el común consentimiento de los doctos y de la multitud. Ella misma se convierte en punto de partida de otras corrientes ideas que á ella vuelven y de ella irradian (1).

(1) Es el período místico y sectario de todo pensamiento nuevo, al cual sucede el de la crítica y de la integración fecunda. Este movimiento fué ilustrado por Scipio Sighele, *Psicologia della setta*, pág. III, Tréveris, 1897, y por mí en *Mistici e settari*, pág. 292, Milan, 1900.

A muchos ejemplos de sugestión, grande, inmensa, de los maestros, estos *meneurs* intelectuales sobre los discípulos que

Entonces se ha encontrado el método, y la historia no se ocupa ya de los elementos formativos de los orígenes de las afinidades, sino que se vuelve á la personalidad científica nueva, que vive con vida propia.

Veamos cuanto de este ideal desarrollo puede encontrarse en la psicología colectiva.

yo cito en la obra indicada, se puede añadir el de Taine según el testimonio de Bourget: «Le maître—dice—parlait de voix un peu monotone et qui timbraît d'un vague accent étranger les mots de petites phrases; et même cette monotonie, ces gestes rares, cette physionomie absorbée, cette préoccupation de ne pas surajouter à l'éloquence réelle des documents l'éloquence factice de la mise en scène, tous ces petits détails achevaient de nous séduire. Cette homme si modeste qu'il semblait ne pas se douter de sa renommée européenne, et si simple qu'il semblait ne se soucier que de bien servir la vérité, devenait par nous l'apôtre de la *Foi nouvelle*. Celui-là du moins n'avait jamais sacrifié sur l'autel des doctrines officiel. Celui-là, n'avait jamais menti.» (Citado por G. Barcelotti, *Ippolito Taine*, Löschner, 1895, págs. 13 y 14.) Este primer período de misticismo y de secta que todo pensamiento nuevo, científico y religioso, artístico ó moral, atraviesa, puede continuar más allá de las necesidades y empantanarse, y buenos ejemplos son de ello los discípulos primeros y devotos de A. Comte, que capitaneados por Lafitte, vivieron reunidos en cenáculo, aun después de la muerte del maestro, acentuando el sello místico del pensamiento hacia el cual, por degeneración, se inclinó la mente del fundador del positivismo. Y continuaron recogidos en la antigua habitación del maestro, transformada casi en santuario; mientras otros discípulos, entre los cuales sobresale Littré, superado este período de místico recogimiento, dictaron á la obra y al ingenio de Comte la necesaria integración doctrinal. (Véase Fornelli: *L'opera di A. Comte*, Palermo, 1898, pág. 17, y Renda: *Ideazione geniale*. Bocca.

PARTE PRIMERA

Historia de la psicología colectiva.

CAPITULO PRIMERO

LA REALIDAD PSICO-COLECTIVA

En el mundo sub-humano.— El alba de la psiquis colectiva.—
En el Oriente.—Del Oriente al Occidente.—Atenas y Roma.
—En el mundo cristiano.— La Edad Media.— En la Edad
Media Moderna.— Las multitudes obreras y la prensa.

Antes de trazar la historia de la psicología colectiva es preciso saber si en las más remotas edades humanas existieron fenómenos estáticos de colectividades, que pudieron luego reflejarse en visiones ideales de autores y de individuos, ó en dichos y proverbios, petrificaciones populares de estados de conciencia.

En otro estudio decíamos que los hechos psico-colectivos tienen su nacimiento en la psiquis sub-humana, y que se entrelazan con los hechos sociales, á veces distinguiéndose de ellos, y otras, incluso, superándolos. La formación psico-colectiva, al par que todas las demás naturales, no es en su surgir un movimiento que crezca siempre y en una determinada direc-

ción. Sufre, en cambio, interrupciones, pausas vaivenes; á veces tiene manifestaciones colaterales más finas y elevadas de lo que parece ser su línea maestra. Y la evolución que parece que se debe desenvolver en un sentido y según ciertas formas, se desenvuelve en otra y diversa dirección y por fases diferentes y menos elevadas.

Se ha dicho, y con razón, que la evolución de toda formación natural no es una línea recta, sino que más bien se asemeja á ramas de un gran árbol que se dirigen en diferentes sentidos (1). Ahora bien; á este concepto es preciso unir aquel otro, verdadero en cuanto á los fenómenos de la psiquis individual no menos que para la colectiva, según el cual, entre el mundo humano y el otro sub-humano hay diferencias cuantitativas, no cualitativas, por lo que parecerá legítimo suponer que en el mundo sub-humano es donde hay que buscar la fuente inextinguible de los fenómenos asociados del espíritu que revisten tres manifestaciones distintas, que denominaremos por sus formas más salientes: *nidada*, *coro canoro*, *instinto mecanizado*, según que se trate ó de la sugestión, ó de la sinestesia y de la sinergia que una madre ejerce sobre sus hijos, hecho frecuente en los nidos de ciertos pájaros ó en el deleite estético del canto en común, del coro en ciertos pájaros cantores; ó de aquella forma sinérgica de ciertas especies gregarias de continuo maternas, como en las hormigas y en las abejas (2).

Saliendo del piélago de las formas sub-humanas á la orilla de la humanidad, después de una breve pausa en la cual el hombre permanece por bajo del antro-

(1) Durkeim: *Las reglas del método sociológico*.

(2) Rossi: *Psicología colectiva*.

poide más elevado, el chimpancé, nos llama la atención un hecho psicológico por su complejidad. El baile pantomima, que es un compuesto de movimientos musculares y de movimientos del alma—*sinergia y sinestesia*— á un tiempo. El cual, difundido por todos los pueblos, es, como dice Ribot (1), simbólico. Significa, en verdad, algo, expresa un sentimiento, un estado de alma y se confunde con todas las solemnidades de la vida pública. Entendido luego como forma embrionaria de dos artes, música y poesía, impresiona por el rigor del ritmo y de la medida; mientras como pantomima tiene cualidades plásticas; es más, es una plástica viva.

Dejemos á los estetas que busquen en él la forma embrionaria del arte; para nosotros adquiere otro significado. Allí donde se requiere la obra concorde de varias personas, desde la improba fatiga de las armas ó los industriosos trabajos de edificaciones, á las solemnidades de los ritos civiles y religiosos, el baile no sólo forma parte integrante de ellos; pero las evoluciones militares y los trabajos urbanos y campestres y la liturgia de los cultos sagrados se inspiraron en la pantomima del baile. El cual fué de este modo, no sólo la madre de las bellas artes, sino de muchas otras en general, que implicaban cooperación de esfuerzos y de energías musculares (*sinergia*), ó de sentimientos (*sinestesia*), ó lo uno y lo otro á la vez.

En tiempos en que las máquinas no existían, muchos trabajos exigían la obra concorde y rítmica de muchos, y el canto acompañó en cadencias y asonancias armónicas, ya las faenas campestres, ya las otras faenas del mar, de la mecánica ó de la industria. Sonó

(1) Ribot: *Psicología de los sentimientos*.

también la rima, cuando, como dijo el poeta: «El pie del segador hirió la tierra.» Los bateleros del Nilo regulan aún hoy, como en tiempos antiquísimos, el movimiento rítmico de los remos, con su canto. La táctica militar, que es siempre una acción colectiva, regulada, uniforme y simultánea de toda la masa humana, como la llama el historiador (1), descende del antiguo baile pantomima de los pueblos prehistóricos y de los modernos salvajes.

Pero los fenómenos psico-colectivos crecen á medida que el trabajo social se hace más febril é intenso. En la India, como en todo el Oriente antiguo, hay entre los obreros y artífices que atienden á las artes edilicias, una verdadera división del trabajo, como podría encontrarse hoy en una oficina ó industria. Hay quien desbasta el mármol, quien lo talla, quien lo afina, quien lo calienta; algunos trabajan en un extremo, otros en el contrario; y mientras uno atiende á la derecha, aquél trabaja en la izquierda de la columna; y si algunos tallan siempre la base, otros, en cambio, atienden al follaje de los capiteles. Sobre todos está luego la casta sacerdotal, que idea, diseña, dirige, siguiendo preceptos inmutables, transmitidos á lo largo de los siglos y que forman parte del *espíritu de cuerpo*, tradicional y pesante (2).

Las castas son á un tiempo corporaciones y sectas: sectas religiosas, científicas, políticas, que tienen la psicología compleja de todas estas cosas juntas. En su mente se reúnen los fenómenos místicos, á la vez que la ciencia y la religión, confundidas en un producto único y transmitidas por la herencia, se condensan en

(1) E. Ciccotti: *La paz y la guerra en el mundo antiguo*.

(2) Cantú: *Historia Universal*.

graves fórmulas y en símbolos, conocidos solo de los iniciados (esoterismo), pero desconocidos del vulgo (exoterismo). Todo, en suma, concurre á dar á la casta un alma colectiva, un espíritu de cuerpo.

Ni este carácter es exclusivo de una sola de las religiones y castas de Oriente, sino de todas, resaltando aquí más y allí menos (1). Y junto á esta psicología propia de las formas estrechas de multitud, ó si se quiere de corporaciones, viven las otras de la multitud entendida en su más amplia acepción. Entre los pueblos vencidos, sumidos en una miseria física y moral inmensa, no pueden surgir ni difundirse más que fenómenos morbosos del espíritu. De aquí traen su origen las grandes locuras religiosas, los suicidios colectivos bajo el carro del Dios ó bajo las flagelaciones no menos epidémicas, en medio de los cantos obscenos y de las danzas de las bayaderas (2); ó las grandes revoluciones religiosas y políticas, como el movimiento de Buda en la antigüedad, y Bab, en tiempos recientes, con todos los episodios colectivos, como persecuciones, proselitismo, delitos de la multitud, que son su cortejo.

El pueblo hebreo—que debía luego ejercer tanta influencia en los destinos de la humanidad—tiene también sus movimientos y sus fenómenos colectivos. El profetismo, el mesianismo, son de ello prueba indudable y segura. Y los Esenios ó Terapeutas que dejan la ciudad tumultuosa por las silenciosas y tristes riberas del mar Muerto, son indicio seguro de la vida cerrada interior, fanática, del ascetismo místico de Oriente que debía extender sus heladas alas por el Occidente,

(1) Malon B.: *La moral social*.

(2) Cantú: *Historia Universal*.

donde florecían el arte alada y el pensamiento filosófico de Grecia y el sentido práctico y jurídico de Roma (1).

Si del Oriente pasamos al Occidente, siguiendo el curso de la civilización, se nos ofrece un nuevo espectáculo. «La naturaleza—escribe Carlos Cattaneo con su mirada de águila—aparece bajo otro aspecto; las vastas organizaciones sacerdotales no pudieron arraigarse establemente entre aquellas isllas diseminadas, entre aquellos montes bordeados de golfos, entre aquellos valles, ora sin salida al mar, ora accesibles solo por éste, sobre aquellas playas vueltas á la partes más opuestas del mundo, donde siempre hubo un asilo á los aventureros de todas las naciones, y á los *vencidos y perseguidos* de extrañas tierras» (2). En este suelo no pudo arraigar el régimen de castas, y la individualidad surgió fuerte y gigante, como pino en los Alpes; lo que no impidió, sin embargo, que las aspiraciones colectivas surgieran. El clima templado, los valles fértiles, las colinas, ricas de olivos y declinando hacia el mar, glauco y rico en islas, la raza joven y fuerte, hicieron florecer espontáneas las grandes artes colectivas de Homero, epónimo representante de la fuerza creadora del pueblo (3). Surgieron luego las grandes escuelas de filosofía ó de arte: verdaderas sectas, poseídas de la necesidad de proselitismo y acudiendo á veces, como la escuela de Pitágoras, al símbolo. Surgió después el coro y á la vez que éste la tragedia y más tarde el teatro: formas todas psico-colectivas de ritmo y de armonía. Ni la suges-

(1) Elia Benamozegh: *Historia de los Esenios*.

(2) C. Cattaneo: *Escritos históricos*.

(3) Baratono: *En las fuentes del arte*. Turín, 1900.

tión de la música sobre el individuo ó sobre la multitud fué ignorada por los griegos, que mientras tomaron de los motivos dóricos, solemnes y graves, la calma que serena el espíritu, adquirieron de los frigios la embriaguez y el vértigo de la danza. Y Pitágoras con la música educaba el cenáculo elegido por sus discípulos, ya que esta era parte integrante de la educación de la multitud.

El arte militar, esta evolución de conjunto de multitudes-ejércitos, se modificó, se adaptó á las sinuosidades y á las ondulaciones del terreno, haciéndose más ágil, más audaz, pero más compleja á la vez. Durante la guerra del Peloponeso se pasó de la rígida táctica espartana, en que dominaba el elemento aristocrático de la caballería, á la ateniense, eminentemente democrática, en que el infante era parte preponderante y en que la armadura ligera sustituía á la pesada, en tanto que Epaminondas cambiaba las reglas fundamentales del ataque (1); y, paralelamente en Atenas, el arte crecía y con éste el goce colectivo: la vida del espíritu aumentaba en los cenáculos y entre los hombres políticos, en las agoras, en los foros, en los teatros, en las escuelas de los filósofos, desenvolviéndose en el *peripatos* ó en los huertos de Acdemos. Los juegos, los *referendum* artísticos, se sucedían; la vida y la educación de la multitud aumentaban, mientras que la vida pública, democrática y representativa, hacía surgir los tumultuosos comicios y los partidos políticos.

Junto á las formas sanas de la vida colectiva florecieron las morbosas: tales eran los cultos obscenos con las danzas, con la embriaguez, con el frenesí re-

(1) E. Ciccotti: *La guerra y la paz en el mundo antiguo*, página 180.

ligioso; las sectas místicas y pietistas, que surgieron en la decadencia del pueblo más eurítmico y esteta que hubo sobre la tierra; el delito colectivo, que se alimentó en las tumultuosas luchas entre democracia y aristocracia; y no faltaban otras formas pasivas del espíritu. En Mileto, cuenta Plutarco (1) se declaró entre jovencitas una epidemia suicida, sin hablar del suicidio estoico, ni del misticismo filosófico, ni de las epidemias de lo maravilloso con que terminó la filosofía griega, en su fatal encuentro con el pensamiento oriental.

Hubo de tocar á la Grecia de los bellos tiempos de Pericles, el orgullo de armonizar el individualismo elevado y sereno de la personalidad saliente con el ritmo y el ímpetu de la multitud. Acaso nunca pueblo alguno gozó de una vida colectiva alta é intensa, por más tiempo ni más hondamente, que fluía por todas las ramas de la actividad humana; ni acaso nunca otro pueblo, al decir de Galton, tuvo tantos y tan diversos genios. En arte, en filosofía, en política, en las luchas del gimnasio, en todas partes la Grecia ofreció el espectáculo de cómo sobre el movimiento afanoso del alma colectiva se puede elevar factor y factura á un tiempo, inteligencias abiertas, geniales, capaces de descubrir nuevas vías, que se elevan como estatuas solemnes en medio de un pueblo que los lleva en triunfo.

De Grecia á Roma, el espectáculo es otro: aquí la historia de las multitudes se hace acorde y uniforme, y no sólo en la época de los reyes, sino, como dice P. Orano, hasta Mario y Sila. Todo es epónimo en Roma durante aquellos siglos que la leyenda envuelve y que la crítica, desde nuestro Vico á Niebuhr, trata

(1) E. de Fenchtersleben: *Higiene del alma*.

de esclarecer. Para estos dichos personajes acaso no existieron jamás, á no ser en la imaginación popular, en donde por un proceso de reducción personalizaron determinados acontecimientos psico-sociales, tanto más inolvidables cuanto más remotos fueron.

En estos mitos hay falta de verdad y de vida, como conviene á creaciones salidas de la mente de una multitud cerrada, restringida, en lucha continua con un siglo ingrato y con pueblos vecinos y enemigos.

En vano buscamos en Roma las varias y diversas inspiraciones que conmueven el alma como en Grecia. Aquí todo es arrancado á la realidad de una vida dura y áspera combatida á diario, y reflejo de una concepción restringida. Y del ánimo colectivo surgen juntamente con los mitos epónimos, los primeros é inciertos ideales sociales: el derecho, la religión, el idioma; obras comunes en que cada uno se refleja y se siente á un mismo tiempo autor y actor de un drama humano, en el que se va inconscientemente entretejiendo.

Las recientes investigaciones arqueológicas de *secciones estratográficas*, ponen en relieve los vestigios de la Roma monárquica, y despreciando así los mitos epónimos que la crítica histórica edificó pacientemente, restituyen su esplendor á la antigua tradición, acogida por Livio en su historia. Pero desde el punto de vista de la psicología colectiva nada se opone á que, aun habiendo existido los Ancos y los Servios, éstos fuesen personajes representativos de aquella multitud y de aquellos acontecimientos que forman la primitiva historia de Roma.

Al incierto periodo de los reyes sucede el de las conquistas republicanas. Durante este tiempo es cuando las multitudes-ejércitos viven una vida intensa, con

los ojos fijos en la patria lejana y bajo la sugestión poderosa de un *meneur* consagrado, las más veces por el laurel de la victoria anterior, hacia el cual ya en la patria se volverán los ojos de las masas, mientras él, por una ilusión natural de los seres *representativos*, se creará, no obra y hechura, sino factor é iniciador de los acontecimientos.

Con Sila y Mario cambian los acontecimientos: la vida latina se hace varia y compleja; las individualidades se hacen más salientes y capaces de enmascarar á los ojos de la historia los motivos dinámicos de las muchedumbres; mas para una mirada perspicaz hay algo que cambia en Roma, y que á un espíritu hipersentitivo afecta en todo el dolor que en sí encierra. Tal es el Horacio mientras Virgilio canta la prístina y áulica grandeza, haciendo resonar en magníficos exámetros los ecos de la tradición; él no siente cómo la vieja Roma se extingue sin dejar otra cosa que el alado eco del poeta. Desde entonces, dentro del alma latina se infiltra el misticismo oriental con sus dioses, con sus ritos extraños, con lo maravilloso, con las distintas modas del vestir, envuelto en el humo oloroso de las maderas preciosas y de los tripodes mágicos. El misticismo, ese agudo y benéfico morbo del espíritu, invade aquel pueblo tan eminentemente práctico y positivo (1), para prolongarse luego por toda la Edad Media. La cual se abre con un fenómeno psicofísico de contraste: el despertar del mundo bárbaro á la civilización y á la vida, y la conversión de la plebe á la religión nueva nacida allá, en Galilea, mientras la grandeza romana da los últimos y grandiosos brincos de virtudes militares, de genio político, de

(1) Orano: *El problema del cristianismo*.

cultura artística y filosófica, de que Marco Aurelio, Juliano el Apóstata, son los más altos y admirables ejemplos, los seres más representativos.

«El helenismo, escribe un ilustre historiador (1), no daba solo fulgores de luz turbia como la que emanaba de un Yamblico ó de un Máximo, sino que tenía una fuerza moralizadora, la cual le conservaba el favor y la devoción de muchos de los hombres mejores y más cultos. No es verdad que lo mejor de la sociedad, en el siglo IV, estuviese comprendido en el cristianismo. El cristianismo victorioso é imperial atrajo á sí lo peor. Y algunos entre los hombres moralmente fuertes combatían por la conservación de la demolida civilización antigua.»

Mientras esto sucedía, las persecuciones contra los cristianos renovaban otros ejemplos de hechos y fenómenos psico-colectivos, que luego debían perpetuarse en las frecuentes herejías, de fondo comunista y en apariencia religiosa, que viven, que serpean en toda la Edad Media, tan rica en hechos morbosos y sanos del alma colectiva. En efecto; en ella aparecen las grandes alucinaciones delirantes del contenido diabólico, obsesional, teomaniaco; estallan las convulsiones; lo maravilloso rompe por varios puntos y ganan las multitudes; no falta el profetismo, al par que las empresas heroicas, como las cruzadas que despuntan del fecundo substracto de las condiciones económicas y se desenvuelven en la aureola mística de la fe. El saber resurge, pero con toda la estrechez de la secta científica. Y tiene de ella el fanatismo ciego de los prosélitos, la sugestión plena del maestro, á veces el encanto de

(1) Gaetano Negri: *Giuliano l' Apostata*, pág. 181. Hoepli, 1901.

la persecución, siempre las delicias del fruto prohibido.

El arte, ya sea plástico ó pictórico, edifique templos ó catedrales, ó pinte telas, se transmite como pensamiento colectivo de determinadas corporaciones (*magistri comacini*) ó de escuelas, que se forman en torno de un ilustre artista.

Las ciudades surgen por razones de mercado como en Germania y en Inglaterra, ó se abren á nueva vida, como en Italia ó en Provenza, después de la soñolienta vida medioeval (1); tienen aún un carácter cerrado y angosto, que hace de ellas centros de vida colectiva. Todo movimiento psíquico que allí surge, no se desperdicia, sino que repercute varias veces dentro de las almas que cierran un muro y una fosa.

Y todo allí reviste apariencia y realidad de movimiento corporativo, y como tantas almas colectivas viven en una misma ciudad, hay gildas, hay corporaciones, hay artes, hay cofradías que agitan y conmueven la vida medioeval y hacen de ella un gran foco de fenómenos colectivos, cuando no de revueltas ó revoluciones.

La Edad Moderna se abre con un hecho de grande importancia: el municipio moderno y la cultura de la multitud. Aquella cultura iniciada en Atenas y luego pasto de las represalias históricas, reaparece como fúlgido y rápido meteoro, en el municipio itálico, para alcanzar su más alta cúspide en aquella solemne revocación de la ciencia y del arte que se llama Renacimiento. Pero los últimos ecos de la vida psicológica de la multitud en la Edad Media, más altos é in-

(1) Von Below: *Das aeltere deutsche staedtwesen und Bauergerthum*, Leipzig, 1898, y Bianchi, *La raza e la scienze soc.*, página 64, Nápoles, 1901.

tensos al declinar, se encienden con los últimos rayos. Las epidemias morbosas reviven de nuevo en los siglos XV y XVI, en el contraste de la edad que muere y de la que nace; mientras las guerras de religión, estallando más fuertes é inusitadas, tejen y crean dramas colectivos nuevos.

Notable entre todos es el espectáculo que nos ofrece Inglaterra, donde un vasto y profundo movimiento de conciencias, llamado por el fervor místico que lo alimenta *puritanismo*, nace y se nutre de dos corrientes diversas y en apariencia contrarias. La una, «la nueva doctrina», es el pensamiento y la tradición clásicos, que surgiendo en Italia por obra de los humanistas, se difunde más allá de los Alpes, como río majestuoso, hasta las costas atormentadas de Inglaterra, donde rompe y se esparce en formas y contenidos nuevos. La otra es la Reforma, iniciada por los heresiarcas de la Edad Media, que encuentra en Lutero su más alto y feliz desenvolvimiento. Los tiempos, en verdad, le son propicios, como gérmenes, ya que ella es superestructura religiosa de la prosaica y naciente burguesía europea. Estos dos movimientos, en apariencia diversos, se confunden en el alma inglesa y en él toman un aspecto místico y apocalíptico, que ilumina, guía y robustece aquellas almas puritanas; que produce el arte de Milton y de Bunyan; que reconducen las mentes al estudio y á la lectura de la Biblia, cuyas imágenes y expresiones llegan á ser familiares no ya á los doctos, sino á las gentes humildes, que de ella y para ella viven (1).

El movimiento místico es tan elevado y fervoroso y

(1) B. Zumbini: *Studi di letteratura straniera*. Florencia, 1893, pág. 2 y sig.—G. Bancroft: *Storia della colonizzazione degli Stati Uniti d' America*, trad. italiana.

la división de religiones tan profunda é irreconciliable, que una parte de los puritanos preferirá emigrar al otro lado del Atlántico, en busca de nuevos lugares donde fundar la Jerusalén terrena. Y estos peregrinos del ideal son los que cimentándose con las condiciones de un nuevo clima, suelo, tierra libre, darán lugar á nuevos fenómenos económicos coloniales, que, según los geniales estudios de Loria, repetirán los cambios y formas económicas humanas que ya fueron superadas por la madre patria.

Después de este vasto fenómeno psico colectivo, otros dos reclaman la atención del estudioso: estos son la revolución francesa, y el desarrollo de la clase proletaria y de su conciencia de clase. La revolución francesa es el ejemplo más alto y visible del delito colectivo, de la vida de la secta política (los Jacobinos). No es que no hayan existido otras revoluciones y delitos políticos; pero ninguno fué acaso más vasto, más compacto en su surgir y cumplirse, más apto para impresionar. Y esto sucedía en un momento en que el natural desarrollo de las ciencias biológicas y morales y el próximo surgir de la crítica histórica y de la sociología, inclinaban los ánimos á penetrar los aspectos íntimos y remotos de los hechos histórico-sociales. Por lo que, junto á la investigación histórica y económica relativa á tales hechos, debían agitarse los fundamentales movimientos psíquicos de los individuos y de las multitudes que en ellos tomaron parte. Y debían iluminarse por la creciente luz que descendía del maravilloso progreso de la psicología y de la sociología.

El otro hecho nuevo fué el descubrimiento de la máquina, con que se abre el siglo XIX, que aceleró el movimiento de concentración de las grandes masas obreras en las inmensas fábricas donde adquieren lo

que llamamos *conciencia proletaria*. Al contrario del artesano que aislaba á la clase trabajadora, la máquina, uniéndola y cimentándola, la da una visión de nuevos horizontes. Sustituye los diversos fenómenos de la psiquis individual, por los colectivos y estáticos de las masas obreras, con todos los episodios de las huelgas, de las revueltas, de las organizaciones políticas y de oficios; con todos los dolores y las ansias de las decepciones cotidianas ó de las sangrientas victorias, y con el movimiento de educación *colectiva é integral*. Caído en otros tiempos, parece que quiere encenderse y resurgir para no declinar jamás.

Entretanto, como observa Tarde, á partir del siglo XVI, un acontecimiento nuevo y grandioso ensancha los horizontes colectivos, desde la vida obscura de la turba á la otra abierta é inmensa del público. Es éste la prensa, que á la cohesión material de la multitud, tenida compacta por una sugestión producto del contacto físico, sustituye la del público, que brota por obra de los periódicos y de las corrientes de la opinión que de éstos emanan. A la sugestión por *contacto* sucede la sugestión á *distancia*, evolución de la primera. Sin embargo, el público desconocido en la antigüedad y en las edades posteriores, no surge simultáneamente con la prensa; hay necesidad de que del siglo XVI se llegue al XVIII, de Luis XIV á Luis XVI y á la revolución francesa, para que el periódico surja y con él el público. Nacido el periódico y perfeccionado con el telégrafo y el ferrocarril, el público toma proporciones colosales: se convierte en la multitud de nuestros tiempos, la multitud esencialmente moderna y contemporánea (1).

(1) Tarde: *La opinión y la multitud*.

Así, á grandes rasgos hemos trazado la historia de la realidad psico-colectiva en la especie humana. A veces, es verdad, se ha confundido con las vicisitudes históricas y con las demás psico-sociales y sociológicas; pero ¿quién no sabe que los fenómenos sociales son extremadamente complejos y enlazados entre sí? Ahora bien; sería absurdo deducir de esto que no deban ser considerados aparte y por una ciencia autónoma. Imitaríamos á quien quisiese negar autonomía á la ciencia de la religión, ó del derecho ó de la economía, sólo porque tales aspectos de la realidad están continuamente enlazados y fundidos, y aun confundidos en el flujo perenne de la vida.

Demostrado así que la realidad psico-colectiva ha existido siempre, veamos cómo se ha reflejado en visiones ideales.

CAPITULO II

LA MULTITUD EN LOS PROVERBIOS Y EN LA LEYENDA

Los precursores.—I. El iluminismo en Francia.—La enciclopedia.—La vida del salón.—Condorcet.—Mirabeau.—II. De Vico á M. Gioia Filangieri.—Pagano.—Salfi.—Romagnosi.—Gioia.—Otros precursores.—Mazzini.—Wagner.

La juventud de una secta puede dividirse en dos momentos: en el primero se trata de establecer las leyes y los hechos que forman su especial contenido; en el segundo se indaga si de ella existen en el pasado intuiciones en autores más ó menos geniales ó en aquella anticipadora inconsciente de muchos descubrimientos y visiones nuevas y originales que se llama multitud.

Pero las intuiciones no son la historia de la ciencia, y al recogerlas se obedece á la necesidad de conocerlo todo y de vivir de acuerdo con aquellos que tuvieron las mismas visiones que nosotros, aun cuando fugaces é inciertas. No es maravilla, pues, que también la psicología colectiva haya tenido sus anticipaciones ideales y prácticas. A los ideales pertenece el *folk-lor* de la multitud y las intuiciones inconscientes de los escritores antiguos y modernos. De muy otra importancia son aquellas visiones de arte que dan los movimientos psicológicos y los complejos as-

pectos de la multitud (1) y que enumeraremos entre las formas subconscientes de la historia de la psicología colectiva. A las anticipaciones prácticas se reducen las varias formas de educación y de cultura de la multitud. Basta recordar aquella larga corriente estética que conmueve á la multitud en Atenas en tiempo de Pericles, y en Italia, y en especial á Florencia en tiempo del Renacimiento (2).

Y, antes ya, una leyenda griega y otra romana habían consagrado la importancia de la cultura popular. Narra la leyenda, que Sócrates—el divino—dirigiéndose á Critón, le habló del deber del sabio de dar al pueblo su propia ciencia, y esto por varias razones, ya porque la quietud y el ocio de que el sabio goza y que le permiten volver su mente al estudio, son debidos al incesante trabajo del pueblo; ya porque las ideas de que se forma la ciencia yacen en la vida del mundo y del pueblo, de donde el filósofo las recoge. Y añade la leyenda romana: que un día el pueblo

(1) A muchas de las dichas colecciones hechas por mí y por otros respecto de la multitud: P. Rossi, *Psico. col.*, y Sighele, *La foule criminelle*, París, 1901, añadiré las siguientes:

1.º Uno vale por mil.—Heráclito.

2.º Si en la soledad se crea, en la multitud se aprende.—Nicéforo.

3.º Los cuerpos colectivos no tienen corazón, es mejor háberse las con un hombre solo que con un colegio de ángeles.—G. Modena.

4.º El pueblo es un gran salvaje perdido en el seno de la civilización.—Lubbock y Tolstoi.

5.º Unidos ostentan valor aun aquellos que por sí valen poco.—Homero, *Iliada*, XIII, vers. 237.

6.º *La foule met toujours des mains dégradés. Quelque chose de vil sur les grandes idées.*—Victor Hugo.

(2) P. Rossi: *La psicologia collettiva morbosa*.

se levantó para poder leer en *los libros de los pontífices*, celosamente custodiados, en que se encerraba la sabiduría antigua. Un esclavo, Cneo Flavio, robó aquellos libros y se los dió al pueblo, que le libertó y lo eligió su tribuno y senador. Acaso una y otra leyenda no sean verdad, pero bastan para testimoniar que la importancia de la cultura de la multitud preocupaban la conciencia pública desde aquellos tiempos tan lejanos de nosotros (1).

I

EL ILUMINISMO EN FRANCIA

Puesto aparte entre los precursores de la psicología colectiva, corresponde á los secuaces de la corriente filosófica, llamada del *iluminismo*, que, nacida en Francia y trasplantada á Italia, donde se confundió con el pensamiento fecundo de Vico y de Romagnosi, preludia el movimiento moderno de la multitud.

Deteniéndonos en la corriente del *iluminismo* francés, nos sorprenderá la claridad con que se proponen ciertos problemas. En efecto; ¿cuál es el fundamento de toda educación, sino éste: que el sujeto á educar sea educable? Pues bien; tal convencimiento en el tiempo de que se trata era general y profundo. «Le principe fondamentale de toute morale, sur lequel j'ai raisonné dans mes écrits—decía Rousseau—c'est que l'homme est un être *naturellement bon*, aimant de la justice et de l'ordre» (2). Y añade Taine que con se-

(1) Cogliolo: Discurso inaugural de la Universidad popular de Génova, en *Università popolare*. Año I, núm. 5, Abril 1901, pág. 30.

(2) Taine: *L'ancien regime*, pág. 291.

mejante idea de Rousseau «le beau monde s'est jeté avec toutes les exagérations de la mode et toute la sentimentalité des salons» (1). La literatura la difundió con la inmensa sugestión y con la publicidad que ella sola posee: los hombres de estado se impregnaron de ella de tal modo, que en lo más fuerte de las *jaqueries* que precedieron á la revolución francesa, «on prierá les paysans de ne pas brûler les chateaux, parce que cela fait de la peine á leur bon roi», puesto que «on admet que le peuple est un enfant et qu'il ne peche jamais que par erreur» (2).

No hay duda, pues, de que, dada la posibilidad de la educación de la multitud, ó, como entonces se decía del pueblo, se haya tratado de educarla. Esta tentativa es la que en muchas é inconscientes tendencias se hace en algunas visiones concreta y positiva en los medios y en los fines. Ya se había venido elaborando una inmensa doctrina que comprendía en sí todos los multiformes aspectos de la vida. Taine, este historiador insuperable y analizador profundo del alma social, opina que ésta se había venido formando por la confluencia de la tradición clásica y del espíritu científico. El cual naciendo y creciendo en el estudio de la naturaleza, terminó por cambiar los conceptos tradicionales relativos al hombre, á su historia y á su particular psicología. La constitución de la física, de la química, de la anatomía humana, general y comparada, de la astronomía y de la mecánica, formó la base de aquella renovación que una multitud de ingenios audaces é innovadores llevaban al otro campo de estudio, que se refiere al hombre y á sus destinos.

(1) Taine: *L'ancien regime*, pág. 309 y sig.

(2) Taine: Op. cit., pág. 311, y *La Revolución*, pág. 29, tomo I.

Y éstos eran Voltaire, el sarcástico burlón Montesquieu, que entrevé las primeras leyes del determinismo social—un determinismo climático-telúrico,—Condillac, el transformador de la psicología; á los cuales siguen Diderot y Holbach y toda la escuela materialista, que llevan la negación hasta Dios y la inmortalidad del alma, y Rousseau con su idealismo relativo al hombre y al estado de naturaleza. Espíritu enfermo y genial, es como un inmenso prisma al través del cual se refleja toda la doctrina de su tiempo, organizada y sintetizada de modo que fácilmente se puede aprender. Pero ésta tiene aún algo de paradoja y de enfermizo, ya que está rodeada de toda la luz y la sombra del organismo mental de Rousseau, en donde se recoge y en donde se proyecta (1).

Junto á estos ingenios de primer orden brillan otros menores, los *enfants perdus* de la filosofía, como los llama Taine, los cuales—escribe Lamartine—«continúan la misión que se les confió y poseen todos los órganos del pensamiento público: desde la geometría hasta la cátedra, la filosofía del siglo XVIII invade y lo altera todo. D'Alembert, Diderot, Raynal, Buffon, Condorcet, Bernardino de Saint-Pierre, Helvecio, La Harpe, son la iglesia del nuevo siglo. Un solo pensamiento anima á estos espíritus tan diversos, á saber: la renovación de las ideas humanas. La cifra, la ciencia, la historia, la economía, la política, el teatro, la moral, la poesía, todo sirve de vehículo á la moderna filosofía que corre por todas las arterias de aquel tiempo, que pone bajo sus banderas á todos los genios y que habla todas las lenguas» (2). Dos medias hay para difundir el pensamiento, y son la prensa y la conver-

(1) Taine: *L'ancien regime*, págs. 239 y 290.

(2) *Storia dei girondini*, vol. I, pág. 15 y 16.

sación. «La prensa—continúa Lamartine—esa explosión del pensamiento humano, fué para los pueblos una segunda revelación. Empleada primero exclusivamente por la Iglesia para la divulgación de las ideas reinantes, pronto empezó á aterrarla» (1). Y llega el momento culminante con la Enciclopedia.

La tentativa de recoger en una sola obra más ó menos voluminosa todo el saber humano, era antigua; Speusippo, Varron, Plinio el viejo y otros, hasta Bacon con su *Organon scientiarum*, toda una sucesión de tentativas. Desde este momento el nombre de *Enciclopedia* ó simplemente *ciclopedia*, comienza á repetirse. Pero ésta se propone un fin filosófico; sólo con la «gran Encyclopedie ou dictionnaire raisonné des sciencies, des arts et des metiers», publicada en 1751-52 por D'Alembert y Diderot, al primer fin, eminentemente filosófico, de coordinación y distribución del saber, se añade el otro de difusión de la cultura á fin de iluminar á la multitud y redimirla. Por lo que D'Alembert, en el prólogo al tercer volumen de tal obra, resume así el deber de los sabios: «Quelques savants, il est vrai, semblables à ces prêtres d'Egipste qui cachoient au reste de la nation leurs futils mystères, voudroient que les livres fussent uniquement à leur usage et qu'on derobât au peuple la plus faible lumier, même dans les matières les plus indifferentes; lumier qu'on ne doit pourtant guere lui envier parce qu'il en a besoin... Nous croyons devoir penser autrement comme citoyens et peut-etre comme gens de lettres» (2).

Por otra parte, la conversación es lo más fino y ele-

(1) *Storia dei girondini*, vol. I, pág. 13.

(2) *Preface au troisieme volume de l'Encyclopedie*, página 276. Amsterdam, 1764.

gante, lo más selecto que existe en Francia. Un seductor espíritu de *fronda* y de materialismo, que conquista especialmente á las damas, criaturas sensibles y excesivas, la añade mayor sugestión; la vida del *salón* (1) la hace más brillante. Y desde el salón las teorías se difunden, hasta la masa anónima. Hay, pues, aquí, un entrelazarse y un confundirse de sugestiones diversas; del libro de ciencia escrito con toda la fascinación de una obra de arte y hecho fácil y popular ó fino y punzante por ironía, como dice Taine, por «les gravelures et les crudetés», se pasó á las conversaciones intelectuales y de éstas se volvió á la obra de arte, que permite al cerebro impregnarse de las nuevas ideas, que adquiere así el penetrante perfume de un aroma y la volatilidad del éter (2).

No se puede, en verdad, hablar del iluminismo sin que el pensamiento vuele á uno de los más ilustres y desventurados ingenios, á Condorcet y á su última obra *Esquisse d'un tableau des progrès de l'esprit humain*, escrita con la visión de su próxima muerte, pero con el ánimo vuelto al futuro é irradiado por las más bellas esperanzas del progreso humano. «Etranger à toutes les passions—escribe un desconocido prologuista de sus obras—il ne voulut pas même souiller sa pensée par le souvenir de ses persecuteurs; et dans un sublime et continuelle absence de lui même, il consacra á un ouvrage d'une utilité général et durable, le court intervalle qui le separait de la mort» (3). En esta

(1) Tarde: *L'opinion et la foule*, pág. 82 á 158. Alcan, 1901. En estas páginas está admirablemente estudiado el valor sociológico de la conversación, como una de las fuentes de la opinión pública.

(2) Taine: *Ancien regime*, etc., vol. II.

(3) Condorcet: *Esquisse d'un tableau historique*.

obra, en verdad, síntesis de una vasta cultura y nítida visión del porvenir, las intuiciones de sociología, de psicología colectiva y social, son lúcidas y frecuentes, y desde el *esprit de secte* á la educación pública y colectiva; al arte, llamado por él por primera vez social, todo está claramente expresado.

De las escuelas filosóficas escribe: «Ces écoles ou se perpétuaient la doctrine, et sur-tout les principes et la méthode d'un premier chef, pour qui ses successeurs étaient cependant bien éloignés d'une docilité servil; ces écoles avaient l'avantage de réunir entre eux, par les liens d'un libre fraternité, les hommes occupés de pénétrer les secrets de la nature. Si l'opinion du maître y partageait trop souvent l'autorité qui ne doit appartenir qu'à la raison; si par là cette institution suspendait le progrès des lumières, elle servoit à les propager avec plus de promptitude et d'étendue, dans un temps où l'imprimerie étant inconnue, et les manuscrits très-rare, ces grandes écoles, dont la célébrité appelait des élèves, de toutes les parties de la Grèce, étaient le moyen le plus puissant d'y faire germer le goût de la philosophie et d'y répandre les vérités nouvelles». Y continúa hablando de la pasión de proselitismo que el *esprit de secte* producía y al cual cada miembro «attachait une partie de son orgueil», con menosprecio de la más noble pasión de iluminar á los hombres. Pero este espíritu sectario era el que, si por una parte excitaba una contra otra á tantas escuelas, acababa por otro lado por llamar á la verdadera esfera de la filosofía «une foule d'hommes que le seul amour de la vérité n'aurait pu arracher ni aux affaires, ni aux plaisirs, ni même à la paresse» (1).

(1) Condorcet: *Esquisse d'un tableau historique*, págs. 87-88.

No menos importante es el concepto que se forma de la educación en Grecia, donde «todas las instituciones suponían la existencia de la esclavitud y la posibilidad de reunir en una plaza pública la universalidad de los ciudadanos, ya que la educación era parte importante de la política. Cette education—añade—se bornoit presque aux exercices du corps aux principes des mœurs, aux habitudes propres à surexciter un patriotisme exclusif: les restes s'apprenant librement dans les écoles des philosophes ou des rhéteurs, dans les ateliers des artistes» (1).

Ni me detendré sobre aquella elocuente página que consagra á la prensa, destinada á difundir ideas, á pesar de la violencia de aquellos que querrian ahogarla, por lo que «la limite tracée entre la portion grossière et la portion éclairée du genre humain, s'était presque entièrement effacée et une dégradation insensible remplissait l'espace qui en sépare les deux extrêmes, le génie et la stupidité» (2).

Y «el sentimiento de la humanidad, esto es, una compasión tierna y activa por todos los males que afligen al género humano, respira en todos los escritos, en todos los discursos y forma una opinión pública». Por lo que se refiere á la verdadera y propia educación de la multitud, dice: «L'égalité d'instruction que l'on peut espérer d'atteindre, mais que doit suffir, est celle qui exclut tout dépendance, ou forcée ou volontaire. Nous montrerons, dans l'état actuel des connaissances humaines, les moyens faciles de parvenir à ce but, même pour ceux qui ne peuvent donner à l'étude qu'un petit nombre de leurs premières années, et dans le reste de leur vie, quelques heures de loisir.

(1) Condorcet: *Esquisse d'un tableau historique*, págs. 95-96.

(2) Ibid., págs. 191, 264 y 266.

Nous ferons voir que par un choix heureux, et des connaissances elles-mêmes et des méthodes de les enseigner, on peut instruire la masse entière d'un peuple de tout ce que chaque homme a besoin de savoir», para lo que conviene elevar el pie de vida de las clases menesterosas, á fin de obtener mayor extensión de educación colectiva é integral (1). La cual después debe ser ayudada por la sugestión del arte, llamado por Condorcet, por primera vez *social*, ya por que trata de «assurer et à étendre pour tous la jouissance des droits communs»; ya por que está hecha de dos partes, una debida al talento del artista y otra imputable al progreso del arte mismo; anticipando así la teoría de Taine y de Guyau (2). Y continúa diciendo de la relación mutua de las ciencias y del arte de instruir, por el cual «á medida que cada ciencia crece, se perfeccionan igualmente los modos de encerrar en más pequeño espacio de tiempo, las pruebas de un mayor número de verdades», por lo que «la porción elemental de cada ciencia, aquella á la cual todos los hombres pueden llegar, haciéndose más y más extensa, encerrará de una manera más compleja lo que puede ser necesario saber á cada uno para dirigirse en la vida común, para ejercitar sus derechos con completa independencia» (3). Así uno de los más preclaros ingenios veía extenderse en lo futuro el progreso indefinido, que no sólo debía tratar de extender la media de la vida humana, sino de acrecentar su intensidad, educando las facultades intelectuales y morales, que en la transmisión hereditaria (¡qué intuición de leja-

(1) Condorcet: *Esquisse d'un tableau historique*, págs. 345 y 348.

(2) Ibid., pág. 310.

(3) Ibid., págs. 372-373.

nas verdades!) terminan por modificar y perfeccionar nuestra constitución fisiológica.

Antes de cerrar esta rápida reseña relativa á los precursores de la psicología colectiva, hemos de hablar de Mirabeau, el cual, sin un fin determinado sino aquí y allá, como su talento y las ocasiones le dictaban, tuvo algunas claras intuiciones. Un medio hay—escribe—de obrar poderosamente sobre los *hombres en masa*; medio que puede ser considerado como parte de la pública educación, y sin duda no lo olvidó la asamblea nacional. Son las fiestas «públicas civiles y militares. Entre los antiguos fueron fecundas en prodigios: encaminadas á un fin más conforme con la naturaleza del hombre, se hará más extensa su influencia.

Nada merece, por cierto, más la atención del legislador que estas fiestas. Puesto en este terreno, Mirabeau siente la necesidad de una cultura, que nosotros, con frase moderna, llamaremos *integral ó colectiva*, que partiendo de la educación física, llegue á la científica y estética. «Todas las artes son de la propiedad pública; todas tienen relaciones con las costumbres de los ciudadanos, con aquella educación general que cambia la población de hombres en cuerpo de ciudadanos», y á la cual muchos contribuyen. «Las hojas periódicas que deben ser consideradas como el manual de aquellos que no tienen el tiempo ó la instrucción ó la comodidad necesaria para leer el libro.

Estos escritos que circulan con una rapidez proporcionada á su escaso volumen, propagan la instrucción y reciben su influencia: llegan á ser el punto de unión de todos los espíritus; abren una correspondencia, que debe infaliblemente producir una armonía de senti-

mientos, de opiniones, de planes, verdadero poder público» (1).

De este modo el problema de la educación de la multitud, ya como visión teórica, ya como necesidad práctica que surge del determinismo de la historia, se presentaba en el ánimo de los *iluministas* y de los *me-neurs* de la revolución francesa. Ni podía ser de otra manera: la burguesía había asumido en aquellos tiempos un gran poder económico (2) y se preparaba á la conquista del dominio político: ¿qué maravilla que en una inconsciente visión altruista, creyese combatir en nombre del proletariado y de todos los hombres (de la multitud, en suma), de quienes entreveía las necesidades reales de la educación y la especial psicología? Tal movimiento, pues, de educación y de cultura de la multitud, aun cuando inicial, era un primer reflejo de la realidad y respondía á los íntimos y tormentosos problemas de aquel momento histórico. Pero lejos de Francia, en otra nación, y entre otros hombres, tal movimiento tenía repercusiones ideales, y esta tierra era Italia, y estos hombres eran la gloriosa falange de pensadores, que se agrupaba bajo los nombres de Vico y de Romagnosi. Sufís y profetas más que hombres de su tiempo, recogían en su alma voces lejanas y anunciaban nuevas ciencias y tiempos nuevos y veían las edades remotas y venideras ordenarse en *flujos y reflujos*. Se comprende cómo éstos, más que el problema de una educación, se propusieran confusamente el de la psicología de la multitud. Y ya es tiempo de hablar de esta corriente.

(1) *L'esprit de Mirabeau*. Extracto de todas sus obras. Milán, 1898, tomo I, pág. 12, etc.

(2) *Storia soc. sotto dir. de Jean Faurés*, 1789-1900, trad. cit. Mongini, pág. 44 y siguiente.

II

DE B. VICO Á MELCHOR GIOIA

Alejandro Groppali, en uno de sus apreciables tratados de sociología, lamentaba el olvido inmerecido en que había caído aquella gloriosa falange de escritores italianos, en gran parte meridionales, que se extiende desde Vico á Cattaneo, desde la *scienza nuova* á la *psicologia delle menti associati*.

«Entre tantas cuestiones—escribe—que fatigarán á los futuros historiógrafos de la revolución italiana, ciertamente una de las más graves será la de investigar las causas y las razones de la amnesia de que se vió afectada la generación italiana de los últimos treinta años respecto de todos nuestros más grandes pensadores del fin del siglo pasado y de la primera mitad del presente.

»Pues si hubo una viva corriente de pensamiento positivo fué ciertamente la que naciendo de la mente poderosa de Vico, inundó benéficamente las estériles llanuras de las ciencias sociales, hasta que, combatida por las olas de la ontología metafísica que irrumpe con la Santa Alianza por toda Europa, acaba por agotarse, olvidada por la nueva generación» (1).

Estas palabras de Groppali me trajeron á la mente el día en que instigado por el amor del estudio que me es predilecto, quise estudiar los primeros y subconcientes manantiales de la psicología colectiva. Creía yo firmemente que los primeros orígenes, los orígenes sagrados, de nuestra ciencia, no podían encontrarse

(1) A. Groppali: *Carlos Cattaneo y la sociología moderna*.

puros, como arroyuelo que brotando del mismo monte, corre derecho á la desembocadura enriqueciéndose con nuevas aguas y nuevos afluentes, y transformándose en río principal majestuoso. Antes bien, debían encontrarse confusas y mezcladas en el otro grande arroyo de la psicología social y de la sociología, del cual sólo mucho más tarde debían separarse y constituir un gran movimiento de pensamiento autónomo.

Y el pensamiento corría á G. B. Vico y á aquel juicio que sobre su obra formulaba Romagnosi al escribir: «Tales presentimientos no corresponden más que á un hombre que, aun rodeado de tinieblas, puede vislumbrar de lejos un gran descubrimiento: éste, aunque diseñado solamente, es examinado después por cualquier otro hombre posterior, que encontrándose en la madurez de los principios, demuestra y desarrolla el descubrimiento (1). Mas si son muchas las intuiciones psico-sociales de este titán del pensamiento, colocado á la cabeza de todo el movimiento sociológico é historiográfico moderno, las demás sobre la psiquis colectiva ó faltan, ó por lo menos no se encuentran en su obra inmortal *De scienza nuova*. Los orígenes de las fábulas y de la lengua; los tipos epónimos, reducción de más vastos acontecimientos y símbolos de virtud de toda una gens; el poema homérico, elaboración de la conciencia colectiva de varios siglos, todo lo entrevé este napolitano que tiene el espíritu lúcido y profundo del sufi, que envuelve casi siempre en un estilo retorcido y obscuro. Se puede decir que todo su segundo libro de la *scienza nuova* es un tratado de psicología social y el tercero es una feliz aplicación de lo mismo. ¿Qué importa que junto á las lúcidas visiones encuentre-

(1) G. D. Romagnosi: Opúsculos sobre varios asuntos. Milán, 1837, pág. 157.

mos espejismos y quimeras, que el tiempo disipará? También desde él, la ciencia más afín á la nuestra, la psicología social, toma su origen. Y he aquí por que debemos empezar por él, de quien descende toda una gloriosa falange de ingenios, no sólo por méritos científicos, sino por sus vidas gloriosas y sus dramáticas muertes.

*
* *

Entre los escritores de asuntos sociales que descenden de Vico, esta Gaetano Filangieri, en quien los rasgos nuevos y geniales se confunden y mezclan con otros viejos y comunes. Así, en una mañana de Marzo la lluvia y el rayo de sol se suceden y se combinan en una admirable variedad de luces de colores, de serenidad y de niebla. Este es el rasgo característico de toda la escuela de Vico, de quien él descende y es como una nota saliente de todo el carácter meridional (1).

(1) Pasemos á la Italia del Mediodía. Ha sido fecunda en pensadores: una banda de innovadores, hambrienta de ideales, con fisonomía propia. Mentes especulativas, vueltas á ideas peregrinas, á veces atrevidísimas. Sin embargo, muchas obras de estos pensadores son ilegibles: en su estilo hay un lujo de imágenes y de semejanzas, que en vez de iluminar complican el asunto. En ellas el hilo lógico, aunque se mantenga, con frecuencia se esconde; y de cuando en cuando, una expresión alada, una imagen espléndida, escultural, disipa la penumbra del místico ambiente y recompensa de la fatigosa lectura.

Sin duda el estado de la cultura en aquel tiempo, el poco arte para escribir y el escaso conocimiento de la lengua italiana; el afán de esconder en frases ideas ambiguas, que hubieran hecho montar en ira á gobiernos tiránicos y suspicaces, fueron razones que influyeron mucho en parte, pero no se debe excluir cierta disposición originaria de aquellas mentes, que en el sentimiento de la prueba científica está poco

El, como todos los de su escuela, tiene admirable aptitud para las instituciones psico-sociales y colectivas, que trató de recoger en la *Istoria civile universale e perenne*, encaminada «á desarrollar en las historias particulares de todas las naciones, la Historia general y constante del hombre, de sus inclinaciones, de su desarrollo sucesivo» (1), y que debía seguir á la «ciencia de la legislación».

En esta última obra es en donde estudia la fuerza de la opinión pública, «lo que hay más fuerte en el Estado; cuya influencia, así en el bien como en el mal, es máxima, porque es superior tanto á la acción como á la resistencia de la autoridad pública; y, por consiguiente, es de suma importancia rectificarla y corregirla». Y presintiendo los tiempos y la obra de Tarde, añadía: «Estando la educación casi enteramente fundada en la imitación, el legislador no debiera hacer otra cosa que dirigir los modelos para formar las copias. Estas no serían, es verdad, todas igualmente semejantes: muchas quedarían por bajo del original, algunas acaso le superarían; pero la mayor parte tendría por lo menos algunos rasgos de semejanza, y estos rasgos formarían precisamente el *carácter general nacional*.» Todo lo comprende: la acción plasmática de la educación colectiva sobre las masas de la antigua Esparta, la necesidad de que la cultura descienda hasta el pueblo, ineducado é ignorante, «por la miseria, la pérdida de los parientes y el abandono

ó nada arraigado, y en cambio es extraordinaria la penetración, la *constructividad de la imaginación filosófica*. Fr. del Greco, *Elemento etnico e psicopatie negli Italiani del Mezzogiorno*, págs. 22 y 25. Roma, 1895.

(1) Gaetano Flangieri: *La scienza della legislazione*, vol. I. Bruxelles, 1841, pág. 39.

de los padres», para llegar después á la clase media y á las *élites* intelectuales. Hasta aquí todo es un vívido rayo de luz que recorre su tiempo y le hace contemporáneo al nuestro; luego la visión del pasado se vuelve á apoderar de él, por lo que nos da un esquema de la educación del pueblo, evidentemente inspirado en las ideas de Platón. Y desfilan ante nuestros ojos los hijos del pueblo sustraídos á sus padres y educados por el Estado, con el solo lujo de símbolos y de magistrados, que no debían dejar de pronunciar el discurso solemne, del cual Filangieri nos da un esbozo en el momento de la fiesta solemne de la *emancipación*.

No sólo la plebe ha de ser educada por el Estado, sino también las clases medias y altas, ya que si la *educación debe ser universal no puede ser común*. Así confundía en una sola concepción tanta lúcida visión de lo porvenir y tanta utopística revocación del pasado, que hacía decir á Benjamín Constant: «Todo el libro de Filangieri sobre la educación revela su admiración por la antigüedad» (1).

Ni podía ser de otro modo, si se piensa en las razones deterministas que hicieron florecer en todo tiempo la cultura de la multitud. La cual se inició como espontáneo é inconsciente movimiento, siempre que la multitud, de las condiciones dispersas de artesanato, fué llamada á la producción manufacturera ó industrial. Sólo entonces conquistando su particular conciencia de clase, comprendió la necesidad de educarse y la inconsciente meta pudo reflejarse en una visión nueva y científica de cultura. Ahora bien; las multitudes del Mediodía, no sólo no estaban en estas condiciones en tiempo de Filangieri, sino que no lo

(1) Filangieri: Op. cit., vol. II, lib. IV, pág. 611.

estuvieron después. Así que aquel preclaro ingenio, aun oyendo las voces del futuro por genialidad nativa, las confundió y mezcló con las del pasado, presente á su ánimo por la cultura clásica de que entonces se nutrían los entendimientos. Y pasemos á Mario Pagano.

*
*
*

Mario Pagano es uno de los ingenios más vivos y más ricos de intuiciones de los discípulos de Vico. La investigación crítica ha demostrado cuánto se acercó al transformismo de Darwin y al monismo de Haeckel (1); y no menores intuiciones tuvo en las más modernas ciencias de la psicología social y colectiva.

Así en el cap. XVIII de sus ensayos políticos, discurre sobre el origen de la fábula. La cual surgió á su juicio en el momento en que las grandes crisis telúricas (terremotos, volcanes, inundaciones), perturbando los conocimientos de los hombres los confundieron con otros provenientes del espectáculo de una naturaleza cambiada.

«Las voces de aquellas cosas, dice, que cayeron en las crisis ó fueron en gran parte cambiadas, no teniendo la menor relación con las nuevas, no eran entendidas ó lo eran mal. Los nuevos habitantes del mundo recibieron las antiguas voces ó vacías de ideas ó correspondiendo á obscuras nociones. Porque no hay otro modo de transmitir las lenguas, que comunicando á otros el sonido, y añadiendo las cosas por aquel sonido representadas. Y de este modo nace en la mente el vínculo entre las ideas y los signos. Ahora bien; faltando los arquetipos de las ideas, que son las

(1) Carlos Fenizia: *Historia de la evolución*.

cosas mismas, habiendo cambiado muchas de ellas, las antiguas voces ó no despertaban ya ideas, ó sugerían cosas diversas. De aquí debió nacer un extraño amontonamiento de hechos. Por la mala interpretación de las cosas de la lengua antigua, por la adaptación de las antiguas voces á las nuevas ó viejas ideas, los Centauros, las Esfinges, las Quimeras y otros portentosos y monstruos, hijos no de la simple naturaleza sino de imaginaciones perturbadas, tuvieron nacimiento.» Nacieron así, según Pagano, las fábulas que luego los pueblos se transmitieron merced á las colonias. En verdad no atribuímos nosotros excesiva importancia á dicha razón desde el momento en que declinaron las causas catastróficas de Cuvier, fugadas del *bradisismo* y de la doctrina actual de las causas actuales de Lyell. Pero no negaremos que es la primera ó una de las primeras veces que vemos afrontada la cuestión de la génesis de los límites y de las fábulas de una manera natural y con intención científica.

En otro lugar Pagano habla de la necesidad de la educación colectiva si bien no usa de semejante adjetivo, y entona un himno al pueblo de Atenas. El cual «en el teatro era juez entre Sófocles y Eurípides, y sentenciaba sobre las grandes obras de arte; y en el foro decidía sobre el mérito de los dos rivales Esquines y Demóstenes, y emitía juicios sobre su elocuencia...; mientras hacía en su mente dichas deliberaciones, ¿qué inteligencia, qué luces de la historia, de la política, de la guerra, no debía tener? ¿Qué refinamientos de gusto, qué noticia de la economía pública y de la administración?»

Si quisiéramos recoger las intuiciones de Pagano sobre la psicología de las mentes asociadas, tendría-

mos mucho que andar, ya que pocos como él entendieron en su *Ensayo sobre el gusto y sobre las bellas artes*, el origen colectivo de la lengua, del vasto animismo de la naturaleza (fetiquismo), del baile-pantomima, de la tragedia, de las artes. Demasiado largo para dar cuenta de él, tal ensayo vibra de modernismo tal, que parece escrito hoy entre el gran florecimiento de estudios sociológicos y psico-colectivos. «El hombre—escribe—es un animal imitativo como muy bien dijo Aristóteles. Su máquina es un instrumento de cuerda. En dos violines perfectamente unisonos las cuerdas se corresponden de tal modo, que si vibra una en el primero, en el segundo se mueve y oscila la correspondiente á aquélla. No de otro modo la máquina del hombre siente los movimientos todos de sus semejantes y los repite. Y cuanto más irritables son sus fibras, tanto más sacudidas serán por los choques que sufren sus semejantes, y más sensibles á sus afecciones. Y haciendo uso del ejemplo de los dos violines, así como una cuerda se agita al movimiento de la otra cuando están perfectamente al unísono, así nosotros nos sentimos conmovidos por las pasiones de aquellos cuyo tejido nervioso es más semejante al nuestro... Y esto es precisamente lo que el vulgo llama simpatía... Y sobre todo, las personas á quienes tenemos en más estimación, y que nos son más caras y á quienes amamos fervorosamente, adquieren tal poder sobre nosotros, que con sus modos exteriores nos insinúan las maneras de sentir y de obrar, así como una misma máquina sufre con el tiempo cambios y variaciones

»Ahora bien; esta fuerza de imitación fué grandísima en los pueblos salvajes y bárbaros. Y ya está descubierta la fuente de la pantomima» (1).

(1) Pagano: Obras completas.

¿Tenemos ahora necesidad de explicar cuan nítidamente se contienen en estos trazos la teoría de la simpatía, como causa fecunda de los fenómenos colectivos y la intuición de las formas dualistas y del mimetismo psíquico?

De Pagano pasamos a Salfi, en el cual las intuiciones psico-colectivas y sociales toman un aspecto eminentemente práctico. Hombre de pensamiento y de acción á un tiempo, pliega su cultura científica á las exigencias del momento y de la hora. Por lo que las puras y abstractas doctrinas filosóficas y sociales se materializan en él en amplias visiones de derecho público y la cultura culmina en sintéticas elaboraciones de leyes históricas. Pero se debe decir con razón, que es el menos utópico de cuantos escritores meridionales descienden de Vico, y más que los otros se relaciona con la no menos gloriosa falange de los escritores septentrionales que va de Romagnosi á Cattaneo y á Ferrari, por la intención positiva de inspirar la vida político-social en la visión científica. Y como la de Cattaneo, su obra científica se compone de monografías, sin un designio único que haga de ella un desarrollo maravilloso de un pensamiento fecundo y original, y como aquélla, se resiente de las ansias y de la prisa de las ocasiones que la inspiraron (1).

Así podemos comprender cómo en las obras de Salfi

(1) Séame lícito hacer constar que á este juicio de Salfi se ha adherido mi ilustre conciudadano Prof. Buenaventura Zumbini, en memoria leída en Ac. de Arqueología de Nápoles, ses. de 8 Enero 1895. Tal Memoria, desconocida para mí, me fué comunicada cortésmente por su ilustre autor, después de haber leído en una efeméride este trozo sobre Salfi y demás *iluministas* de Francia, como precursores de la psicología colectiva.

las intuiciones de nuestra ciencia, aun abundando, tienen más una intención práctica que teórica y están á veces más indicadas que desarrolladas. En una obra sobre la declamación, son muchas las páginas que consagra á los *trágicos*, de los cuales estudia lo que nosotros, con expresión y conceptos modernos, llamamos *psicología del meneur*. Pasan por las páginas de Salfi en rítida descripción las intuiciones más modernas sobre las emociones y sobre la posibilidad de revocación de estados interiores de conciencia sobre los presentes. Y después de hablar de las emociones en general, trata de cada una de esas expresiones exteriores, estudiándolas no sólo en vivo, sino también sobre los modelos inmortales del arte, no de otro modo que lo hicieron con distinta intención Charcot y Lombroso, Ferri, Lavater y otros.

No puedo sustraerme al placer de reproducir un trozo, en que la *multianimidad* de lo trágico es sorprendida de modo estupendo, por las más simples formas de imitación de las expresiones exteriores hasta la sustitución y el *transfert* de la propia personalidad en la del personaje ideal que se representa. «Este carácter de originalidad—dice—que se quiere dar á la expresión, parece consistir en identificarse con el tipo ideal que se quiere verificar, que no parezca que se imita, sino que obra verdaderamente. Alcibiades había adquirido éste talento de la naturaleza, y, según las necesidades de las circunstancias, tomaba las costumbres, las aptitudes y las maneras que mejor le parecían. Lo que se ha dicho de Vertunno y de Proteo debería decirse de todo actor hábil que hubiese de fingir las formas de los diversos caracteres que debiese y quisiese imitar. Y por esto se *atribuían varias almas* á aquel mismo que representaba una fábula de cinco

personas. Este fenómeno maravilloso supone tal disposición en el cerebro, en el corazón y en los órganos exteriores que de él dependen, que apenas el cerebro concibe la evidencia del tipo, el corazón lo demuestra de tal manera, que todo cuanto es lo expresan los órganos exteriores. Yo llamo á esta disposición, que consiste en la organización interior y exterior, *espontaneidad*.» Y continúa: «Tiene ésta todos los signos de un fuego eléctrico que súbitamente se enciende en el alma del artista, y agitándola fuertemente, se propaga por todo su cuerpo, se transfunde y se comunica á cuanto encuentra. Atraviesa y crea en la necesidad de los órganos nuevos, por medio de los cuales penetra y se oculta en los más oscuros repliegues del cuerpo humano, y se anuncia por medio de una palpitación y temblor internos, que á la par conturba y deleita, y, por consiguiente, se transporta á las facciones, al acento y á los movimientos más delicados y expresivos de la persona; y dispone y fuerza á quien observa y contempla, á modificarse con él según la forma arquetípica y ejemplar que tomó en su origen. Por consiguiente, aquellos rayos de luz y de fuego son los que por su eficacia sorprenden, aterran y conmueven violentamente á quien los recibe, efecto ordinario de lo bello unido á lo sublime. Entonces la imitación en todos los presentes se hace una necesidad, y se renuevan los fenómenos de los Aderidos y de aquella ilusión que es el afecto poderoso del arte» (1).

Dejando por fin esta obra, pasemos á otra que tiene la intención política y el carácter monográfico característicos de Salfi. En esta obra, que lleva por título *La Italia en el siglo XIX*, comienza ocupándose de la

(1) E. Salfi: *Della declamazione*. Op. post. Nápoles, 1878.

opinión pública, que la forma «el concurso y acuerdo de las opiniones y voluntades particulares». Pero como no es posible que todo un pueblo concuerde en una opinión única, es menester que una de las opiniones públicas venza á las demás, y que en la diversa fuerza de estas se oculte el motor inadvertido del movimiento social. Ahora bien; ¿cuál es la opinión dominante del siglo XIX, sino la de la independencia nacional y de la libertad política? Y la Italia ¿ha permanecido extraña á este movimiento de renovación moral y política? No; que no en vano una gran corriente de pensamiento y de filosofía social brotó de Vico y su escuela, difundiéndose. Y Salfi explica los varios modos cómo se funde y extiende la opinión pública, y escuelas de enseñanza mutua y gabinetes literarios y otras instituciones (1).

Así veía el *genio itálico* elevarse al par que el de otras naciones, y establecerse, casi en una visión profética de la cultura de la multitud, aquella íntima correspondencia entre el vulgo de Italia y las clases selectas que había visto antes permanecer «ignoradas y como extranjeras en su propio país» (2).

Así Salfi recorría de antemano todos los aspectos de nuestra ciencia.

Con Mario Pagano y Francisco Salfi se cierra la selecta banda de escritores meridionales, que, siguiendo el fecundo impulso de G. B. Vico, supieron alcanzar altas visiones de sociología y de psicología colectiva y social. De ahora en adelante la Italia del Norte y especialmente Milán y Lombardía, atraen las miradas, y el primer escritor que á nosotros se presenta es

(1) F. Salfi: *L'Italie en dix-neuvième siècle*. Paris, 1821, página 35.

(2) Id.: *Il genio degli Italiani*, pág. 96. Cosenza, 1836.

G. D. Romagnosi. En él las instituciones psico-colectivas y sociales, las últimas especialmente, se hacen más lúcidas y vivas, puesto que es en su tiempo el primer escritor en cuyas obras encontramos ciertos términos que son, no ya fulgores de aurora, sino seguros rayos de un sol que nace. Tal nos parece el problema de la educación individual, que hace posible, en los primeros tiempos de la civilización, el dominio colectivo. «Cuando—escribe—los habitantes de un país son verdaderos niños dispersos en familias ó en asociaciones pasajeras, lo que se llama *infancia de la sociedad*, conviene educarlos para llegar después á gobernarlos colectivamente.» Pero de estas vislumbres se pasa después á más verdaderas y lúcidas interpretaciones que honrarían á cualquiera de los más geniales cultivadores de nuestra ciencia.

No puedo eximirme de reproducir largos trozos de aquellos en que más brilla el pensamiento de Romagnosi. «En materia de cultura—escribe—ó de opinión pública se debe parar mientes en el modo de pensar de toda la clase de los dirigentes, de los maestros, de los escritores y de la clase media. Entre éstos, luego conviene fijarse en las clases influyentes por los intereses pecuniarios y morales ya expresados. En ellos reside propiamente la opinión directiva, activa por su fuerza é independiente como es el movimiento decisivo de la máquina del Estado. Por una santa providencia de la naturaleza, reside en esta clase la parte más sana y activa, por aquella áurea mediocridad de los talentos y de la virtud, por la cual en medio de la corrupción vive el principio de la regeneración. En cuanto á la clase inferior basta que esté exenta de siniestras prevenciones, ó emancipada de infaustos prejuicios, por más que su condición no la concede sino

acoger las creencias de los más iluminados, sin que por otra parte le esté vedado el paso á otra mejor posición. Se debe, pues, investigar cuál es la cultura, la opinión civil de la clase media, y cuál la disposición y la instrucción comunicada á la última» (1).

Y continuando ocupándose de la infancia y de la virilidad de los pueblos, asigna á la primera la opinión pública crédula y á la otra la iluminada (2). Y prosigue: «he pensado añadir el resurgimiento de la vida civil de Italia en la Edad Media para poner un ejemplo de enfermedad y de curación en la vida civil de un pueblo» (3).

Pero nuestro asombro crece aún al leer estas palabras: «toda ciudad independiente se debe considerar como una personalidad moral que posee un *alma cierta con un cuerpo cierto*, impuesta por particulares circunstancias de una época determinada, de un determinado lugar con tradiciones dadas, con opiniones dadas y con relaciones externas determinantes». Y á su mirada penetrante, *cada paso de la civilización* aparece como un producto complejo que no puede ser andado sino mediante múltiples factores (motores) (4). ¡Cuántas intuiciones en estas líneas, y cómo se siente latir en ellas el pensamiento de Hipólito Taine, allí donde se eleva á la concepción de un *alma social* y á los productos mentales de que se compone, unidos «á la manera misma de las partes de un cuerpo orgánico»!

Y habríamos terminado si no quisiese poner en re-

(1) G. D. Romagnosi: *Dell' indole e dei fattori dell' incivilimento*, págs. 62, 67 y 115. Milán, edit. Silvestri, 1849.

(2) Romagnosi: Op. cit., pág. 136.

(3) Ibid., pref. 4 y 136.

(4) Ibid., págs. 136 y 233.

lieve otras y no menos espléndidas intuiciones. Sabido es como, á juicio de todos, Augusto Comte fué el primero que expuso el concepto de *historicidad* como rasgo fundamental del fenómeno sociológico, y cómo después de él, tal concepto fué desarrollado por Vanni y por Bonelli en Italia, por Roberty en Francia, por Mill en Inglaterra (1). Pues bien; me complazco en hacer constar que Comte fué precedido por nuestro Romagnosi, que escribía: «cada generación recoge la herencia de sus mayores, depositada en el seno de la sociedad viva; y mientras un niño crece junto á nosotros, cada año de su edad racional equivale á siglos de sus antepasados». Palabras de las cuales se trasluce también la intuición de la ley biogenética fundamental, aplicada con tanta ventaja á la psicología infantil.

Sabido es también cómo el infeliz Gujau, en sus visiones de filósofos y artistas, se elevó al sentimiento de sociabilidad, que es para él el más alto factor de formas complejas de vida, y vislumbró el tiempo en que la sociología ejerciera una hegemonía sobre las demás ciencias sociales, obrando en su tiempo como planetas que no han encontrado aún su propio centro. Pues bien; con gran alegría, encontré la misma intuición en Romagnosi, cuando escribía: «un buen descubrimiento señala un acontecimiento, y los inventores aparecen en el puesto que les designa el tiempo. La ciencia de la sociabilidad será por fin aclamada, y la erudición, las ciencias naturales, las bellas artes, las bellas letras, le rendirán homenaje. Su trono es sólido y su reino poderoso... Sus principios llegarán á ser

(1) Fornelli: *Il pensiero di A. Comte*. Remo Sandoon. Palermo.—Groppali: *Saggi di sociologia*. Milán, 1899, págs. 29 y 30.—Romagnosi: *Op. cit.*, pág. 73.

artículos de fe; y convertidos en costumbre, formarán los hábitos conservadores, garantía del poder».

«El último pensamiento que enfoca todos los rayos de la ciencia á un solo punto, del cual trae su vida, solidez é imperio, constituye ciertamente el más difícil é importante descubrimiento. Pero cuando surge este pensamiento no se debe atribuir á un determinado país ó á una historia particular cualquiera; sino que deberá suponerse ha existido un espíritu que supo surgir y ponerse en un lugar en el cual recibía las enseñanzas é inspiraciones pasadas y presentes de los europeos, para descubrir el camino común, mediante una fuerte y sostenida inducción y un talento de construcción unificado y armónico» (1).

Así escribía Romagnosi, con un espíritu casi profético, sobre la naturaleza y la misión de la sociabilidad que había de llegar largos años después.

Pero aquel en quien de modo más largo y numeroso se reunieron las intuiciones de nuestra ciencia, fué Melchor Gioia. Un trozo de un capítulo de los *Elementos de filosofía* y un largo capítulo del mérito y de las recompensas tienen tan profunda modernidad que parecen escritos más por un psico-sociólogo de fin de siglo que no por un economista de la aurora del siglo XIX.

Profundas cosas escribe, este precursor de Tarde, sobre la imitación. Después de hallar el origen de la imitación en la asociación habitual de las ideas y de los sentimientos á movimientos musculares que los siguen, continúa: «la inclinación á imitar crece en razón de los individuos circunstantes; y parece que á ella se debe adscribir, al menos en parte, las súbitas revolu-

(1) Romagnosi: Op. cit., págs. 353 y 354.

ciones políticas: obsérvase lo mismo en los teatros, donde las impresiones resultan tanto mejor cuanto mayor es el número de los espectadores y la libertad de aplaudir. Aplicad á muchas personas reunidas la persuasión de la eficacia del magnetismo, y cuando el charlatán alce la varita sobre la cabeza, cuando la baje á los pies, en los pies de todos se suscitarán sensaciones iguales; sugerid á un ejército el temor al enemigo, y todos los soldados verán, sentirán, huirán casi de la misma manera». Y continúa después, hablando del aislamiento como terapéutica de las enfermedades epidémicas de la multitud y de las condiciones que inclinan á la imitación, como la idiotez, la infancia, etcétera. «La inclinación á imitar, común á los hombres y á los animales, es el principio por que se rige la educación de unos y otros. Animales y hombres nos inclinamos á hacer lo que otros hacen, á ir donde los demás van: hay perfecta semejanza entre un rebaño de ovejas que va á precipitarse en un precipicio, por que allí se ha arrojado la primera de ellas, y una legión de soldados que se desbanda porque algunos de ellos, atemorizados, comenzaron á desbandarse... Uno de los motivos principales por que obtiene rápido éxito la *enseñanza mutua*, es precisamente porque la instrucción se reduce á movimientos, á acciones semejantes que se repiten por los asistentes como movimientos de soldados en los ejercicios militares» (1).

Más importante aún es el capítulo tercero del libro primero sobre el *mérito*, donde se propone la cuestión de si en el pueblo hay conocimiento, voluntad y poder para una inteligente selección de los candidatos á los cargos públicos. Y pasan como legión las opinio-

(1) M. Gioia: *Elementi di filosofia*. Napoli, 1833, págs. 57, 58 y 59.

nes antiguas y modernas, en pro y en contra de la multitud. A Maquiavelo, seguido de Filangieri y Montesquieu, se contraponen Foción, Demóstenes, Franklin, que escribe: «Cuando se une multitud de hombres para comunicarse el fruto de su sabiduría colectiva se unen inevitablemente con ellos sus prejuicios, sus errores, sus prevenciones, sus miras y sus intereses personales.» Y cuando del pensamiento de los autores pasa á los «resultados históricos», halla que el pueblo se engaña en su juicio á causa «del sentimiento y de la imagen que someten á rápidos cambios y vaivenes». Y añade: «En medio de los vientos de la pasión le falta al pueblo el lastre del sentido común... la máxima depuración en el juicio y en la voluntad populares la hallamos en las épocas de sublevación.» Entonces «el pueblo se hace feroz por intolerancia y por compasión» ya que «cede al primer impulso de cualquier afecto, y no tomándose tiempo para examinar, se expone á lejano é inútil arrepentimiento» (1).

III

OTROS PRECURSORES

No creemos con esto haber recogido todas las intuiciones inconscientes de nuestra ciencia: nos propone-

(1) M. Gioia: *Del merito e delle ricopense*. Tomo II y último. Filadelfia, Febrero 1819, pág. 96 y sig.

La teoría de la imitación nítidamente entrevista por Gioia y toda la escuela de Vico, fué recogida por Jolly y por Despine, y desenvuelta magistralmente por Bagehot, de quien Tarde la tomó, haciendo de ella una de las ideas centrales de su obra sociológica.—V. Squillace: *Le Dottrine sociologiche*, pág. 322. Roma, edit. Colombo, 1902.

mos investigar sólo aquellas fuentes donde más copiosos y naturales nos pareció encontrar los signos precursores, y sin embargo rebuscamos en la amplia vena de la psicología social. De la cual, si no con intención deliberada, en verdad con nítida visión, escribe Giuseppe Mazzini, por qué la literatura, el arte, las epopeyas religiosas le parecían como otras tantas partes de un solo pensamiento de la «humanidad colectiva». Qué maravilla, pues, que muchos problemas de nuestra ciencia debiesen acudir á su ánimo, y ante todo el de una cultura integral—moral, intelectual, estética—del pueblo. Con razón escribía, pues, Ghisleri, que esto es «lo psicológico de la plebe que mira á sus fines, formando las almas». *Meneur*. Y de los más ricos de pensamiento y de pasión ha diseminado en sus escritos varios rasgos de la psicología de aquellos hombres destinados á obrar profundamente sobre la multitud. «Hay—escribía—en todo tiempo almas de fuego que no pueden adaptarse á la corrupción general, ni resignarse á un estéril silencio. Puestas por la naturaleza á una gran altura, comprenden de una ojeada la situación y las necesidades de sus semejantes; atormentadas por un prepotente deseo de mejorar á sus hermanos, lanzan voces poderosas como de profetas que gritan quejas á las gentes, etc.» (1). De Shakespeare siente que es un artista individualista. Y de hecho, si estudiamos en este potentísimo dramaturgo el reflejo de la multitud, bien pocas expresiones psico-colectivas hallaremos (2).

(1) P. Rossi, Guiseppe: *Mazzini e la scienza moderna*. Cosenza, 1900, pág. 48 y sig.

(2) Rossi: *Psicologia colectiva morbosa*, parte 2.^a *La folla nell' arte*. Bocca, 1901.

«Shakespeare—dice—compendia en sus dramas el periodo de que hablamos (Edad Media), como acaso no lo haría el mejor de los historiadores. Escribió en el siglo XVI, y parece que se apoderó del alma de la Edad Media expirante, para infundirla en sus personajes. El drama de Shakespeare es el drama del *individuo*.

El individuo es todo para él, y en el arte de esculpir caracteres con pocos toques sólo tuvo por rivales acaso á Dante, Tácito y Miguel Angel (1).

Pero antes de pasar más allá, plácenos hablar de Ricardo Wagner, que desde 1849 mostró una comprensión plena del carácter social y colectivo del drama griego y de la cultura de la multitud. El drama griego para él era la más perfecta obra de arte, en la cual no sólo la música se desposaba con la poesía, sino que una y otra traían su origen de lo que más profundo y arraigado hay en el alma del ciudadano. «Este pueblo—escribía—fluía de la asamblea, del tribunal, del campo, de las naves, de las más lejanas comarcas, y venía á llenar un anfiteatro capaz de contener 30.000 personas, para ver representar la más profunda de todas las tragedias, el *Prometeo*, para apiñarse ante la obra de arte más perfecta, para comprender su propia actividad, para identificarse lo más completamente posible con su esencia, con su alma colectiva, con su dios, y volver así á la calma más noble y profunda, aquello que había estado pocos momentos antes en incesante agitación y en la individuación más impulsiva.»

Pero este arte, tan eminentemente armónico, debía también declinar demasiado, «y así nos tocó encontrar

(1) Mazzini: Op. cit., vol. II, *Letteratura*, vol. I, pág. 295.

—continúa Wagner—en la época del Renacimiento estas artes griegas aisladas como se habían desarrollado por la ruina de la tragedia; la gran síntesis artística de los griegos no podía presentarse toda de una vez á nuestro espíritu disperso, incierto por sí mismo». Y no hay esperanza de que este arte, nuevo y armónico, resurja, como no ocurra una gran revolución, por la cual «la humanidad, convertida en una gran familia, arroja lejos de sí, de una vez para siempre sus afanes—como el griego descargábase sobre su esclavo—descargándose sobre la máquina, esclava artificial del hombre creador». Ni la nuestra ha de ser evocación de la civilización griega, pues avisados por el ejemplo de aquella nación de que la miseria moral y física de las masas fué la verdadera causa de la muerte del arte y de la civilización, «reconquistaremos el elemento vital de los griegos en grado aún mucho más elevado; aquello que para los griegos era la consecuencia de una evolución natural, será para nosotros el resultado de una lucha histórica; lo que para ellos representaba un don semi-inconsciente, será para nosotros como haberse adquirido á fuerza de lucha, porque lo que la gran masa de la humanidad posee no puede realmente escapársele».

La educación entonces se hará armónica y comprenderá en sí el ejercicio de la fuerza y de la belleza física, ó sea, será *artística*, mientras el arte, liberado del mercantilismo, se recompondrá en la gran unidad del drama, que llegará al espíritu público y dará á las pasiones sociales un fin bello y grande, el fin de una noble humanidad. Pero antes que esto suceda, el Estado no puede, no debe desinteresarse del teatro, en vista de su misión, subvencionándole y permitiendo la *entrada gratuita*, ya que es la primera empresa

colectiva de donde deberá desaparecer la noción del oro y de la ganancia (1).

Así entendía Ricardo Wagner el arte griego, y de este modo se proponía claramente el problema de la educación colectiva; pero por fin hemos llegado á los confines de la prehistoria y de la historia verdadera de nuestra ciencia (2).

Es este un momento solemne de la historia de cada ciencia, ya que, como muy bien escribía P. Durandale Gros, «il en est idées scientifiques comme des plantes:

(1) R. Wagner: *El Arte y la revolución*. Génova, Libr. moderna, 1902.—Véase también L. Roncorini: *I caposaldi delle teorie artistiche*.

(2) Véase P. Orato: *Psicologia sociale*. Bari, 1902, cap. I. En esta obra se hace alusión á otros inconscientes precursores de la psicología social y colectiva en los más variados ramos del pensamiento antiguo y moderno, los cuales hemos omitido en honor de aquel criterio de selección que es necesario al enumerar los precursores de una ciencia. Véase á tal fin Squillace, *Le dottrine sociologiche*, págs. 38 y 416, Roma, 1902.

Nota adjunta. Durante la corrección de las pruebas he tropezado con el siguiente aforismo de Nietzsche, que puede añadirse á los insertos en la pág. 36. Dice así: La locura es muy rara en los individuos aislados; en los grupos, en los partidos, en los pueblos, en las épocas, es una regla.» (Nietzsche: *Más allá del bien y del mal*.)

También he encontrado una observación de Ribot sobre algunas condiciones particulares de la creación genial, que no siempre, como quiere Sighele, tiene necesidad del aislamiento para brotar. Hay también este argumento de la inferioridad orgánica y fatal de la multitud. Dice Ribot en el *Essai sur l'imagination creatrice*, pág. 61. Alcan, 1900: «A título de variante, recordamos á aquellos que tienen necesidad del rumor de la calle, de la multitud, de la conversación, de las fiestas, para crear; otros tienen necesidad de la pompa exterior y de la *mise en scène* personal.

elles ont leur saison et quand cette saison est arrivée ce n'est plus seulement dans un cerveau à température exceptionnelle, qu'elles se mettent à germer, elles éclosent simultanément et spontanément dans tous les cerveaux qui leur offrent un terrain favorable».

De este importante periodo vamos á hablar.

CAPITULO III

EL NUEVO PERÍODO

El supuesto realístico é idealístico de la psicología colectiva.

Las varias corrientes de cuya confluencia nace nuestra ciencia.—I. *Corriente artística*. De Homero á Tolstoy.—II. *Corriente psiquiátrico-antropológica*. Las formas dualistas y múltiples de locura. De la pareja criminal al delito colectivo. Cuál es el valor de esta corriente de estudios.—III. *La corriente jurídica*. El problema de la criminalidad en los delitos colectivos. El derecho antiguo. Los glosadores. La escuela clásica y la escuela antropológico criminal. La personalidad jurídica. La obra de Savigny.—IV. *Corriente demopsicológica*. Hipólito Taine y el *antiguo régimen*. De la psicología social á la colectiva. Otros continuadores.—V. *Corriente socio-psíquica*: Tarde, Venturi, Lebón, Gevärts, Baratonno, Piazzzi, Meja, Puglia, la Grasserie, Engelman, Carrara, Rossi, etc. Conclusión: *La psicología colectiva como ciencia*.

El nuevo período que se abre es el de una visión siempre más clara del nuevo organismo científico. Se siente despuntar una nueva onda de pensamientos: ésta palpita, vibra por todas partes; se vive como en la espera temblorosa del acontecimiento. Semejante curioso estado de conciencia tiene su origen en el cambio del fluir de las cosas, razón verdadera de los reflejos ideales y de los acontecimientos del pensar, ayudados y posibilizados de modo inmediato por el ulterior progreso de las ciencias en general y de algu-

nas disciplinas en especial. Como decíamos en otra obra (1), el *supuesto realístico* de la psicología colectiva es la creciente importancia de la multitud, y el *idealístico* es el desarrollo en verdad grandioso de la psicología positiva y de la sociología, de las cuales nuestra ciencia sacó tantos métodos y doctrinas.

Pero á nadie se le oculta que el reflejo ideal de la multitud no surge paralelamente á ésta, sino que se retarda en despuntar. Y cuando por fin surge, aparece como un epifenómeno de otras disciplinas científicas, que en los límites de su campo de estudio dan frutos de otra naturaleza de los que surgen movimientos ideales, que, encontrándose en el mismo álveo, acaban por formar una corriente. Y dichas corrientes son: el arte, la más ideal, y diríamos casi, la más impalpable; la historia, hecha con intención colectiva; la antropología criminal; y por último, la psicología y la sociología. Estas dan á nuestra ciencia los primeros métodos y la suministran materiales de estudio.

Es preciso estudiar las relaciones complejas de derivación de cada una de estas corrientes, así como las de interferencia y de ayuda hacia aquella ciencia que, idealmente, surge de su movimiento activo; mientras que, realísticamente, es el reflejo de más vastos movimientos interiores: la multitud.

I

LA CORRIENTE ARTÍSTICA

Saquemos del arte, que, más que una de las fuentes, es un reflejo nítido de la multitud, un precursor de

(1) P. Rossi: *Psicología colectiva*, pag. 198 y sig., Milán, 1900.

nuestra ciencia, una prueba de nuestros estudios. En verdad, antes de que respecto de la multitud no se poseyese otra cosa que vagas intuiciones, el arte, en su exquisita sensibilidad, había cogido y representado mucho del alma colectiva.

Si en la infancia y en la inconsciencia de la psicología colectiva hay algo que en verdad atraiga nuestras miradas, es el reflejo del arte. De las formas plásticas á las otras aladas del verso; de Homero á Virgilio; de éste á Dante; por el vasto movimiento de la edad antigua hasta la nuestra, el arte refleja las formas á ella sincrónicas de la multitud: el ejército, la multitud inestable, las formas dualistas (Euralia y Niso, Cloridano y Medoro), la pareja amante (Francesca y Paolo), el Dante, con fina y elegante penetración psicológica, única y rara, recoge expresiones colectivas de la psiquis subhumana.

Hoy día un nuevo mundo de pensamientos y de sentimientos conmueve y agita á la multitud, y la imprime varias expresiones que el arte contemporáneo refleja. De aquí momentos místicos y epidémicos; furor de revuelta y ansias innovadoras; ideales de esperanza para el porvenir y vergonzosos retornos al pasado; palpitantes de vida pasan ante nosotros las obras de Zola, Ibsen, Tolstoy, D'Annunzio y Manzoni. Y son descripciones lúcidas y serenas, como las del gran Lombardo, de Alejandro Manzoni, ó llenas de intimidad afanosa, como las del místico genio de Rusia, de Tolstoy; pero todas capaces de excitar en el estudioso la impresión de que puede estudiar el desarrollo y la psiquis de la multitud, las formas viejas y nuevas, las complejas y las elementales, derivándolas de las obras maestras de arte no menos que de la observación de la vida. Y, en espera de más perfectos y científicos

métodos de estudio, el reflejo del arte queda como prueba del docto, que, observando, es presa de la duda sobre sus investigaciones y resultados (1).

II

LA CORRIENTE PSIQUIÁTRICO-ANTROPOLÓGICA

Entre las ciencias de que parten largos impulsos á la psicología colectiva, hemos de enumerar la psiquiatría y la antropología criminal.

Ambas, en verdad, en unión con las demás ciencias bio-psíquicas, se propusieron problemas y cuestiones relativas á la vida de la multitud. Pero se las habían propuesto para sus propios fines, sin el preconcebido designio de concurrir al estudio de fenómenos en gran parte nuevos é ignorados. La visión compleja de la realidad, les condujo á decir, hablar, si bien por incidencia, de la multitud y de sus fenómenos. Observaciones que sólo más tarde se iluminaron con una nueva luz, cuando, constituida nuestra ciencia, le ocurrió á Sighele avalorar sus propias observaciones con las de Vogué, Yabelli, Espinas, Nordau, sobre la imitación, sobre el contagio moral, sobre la sugestión, etc. (2).

Pero, además de esta contribución, importante aunque indirecta, otra más significativa, como más consciente y mejor dirigida á ilustrar un fenómeno psico-colectivo, había sido aportado á nuestra ciencia por la psiquiatría y por la antropología criminal. De la

(1) P. Rossi: *Psicologia collettiva morbosa*, parte II, *La folla nell' arte*. Bocca, 1901.

(2) Sighele: *Foule criminelle*. París, Alcan, 1900, espec. página 1-56.

primera se originaron las indagaciones sobre las *formas dualísticas ó múltiples de locura*, que tuvieron repercusiones y reflejos en el arte. Ya Cervantes nos había presentado la pareja de loco é idiota en el caballeresco Don Quijote y en el festivo Sancho —como nota Zumbini (1)—; al estudiar los escritores españoles nos había cantado una forma múltiple de sugestión y de locura. Baldo, el descenciente de Rinaldo, Fracasa, Cinga, son los que después de haber trastornado el mundo en virtud de una sugestión múltiple y recíproca, llevan su locura furiosa hasta el infierno.

Pero dejando aparte la creación ideal, diremos que las investigaciones de Legrand du Saulle sobre las formas dualistas de locura, no se detuvieron aquí. Tebaldi, Seppilli, Venturi, Carrara, entre los italianos (2), y Lasegue, Falret, Regis, Manaceine, entre los franceses, se ocuparon de tales estudios, que fueron luego extendidos á nuevas formas de locura y de crimen por otros autores. Pero quien dió unidad y direc-

(1) B. Zumbini: *Folengo come precursore dei Cervantes* en *Studi di Letteratura italiana*. Florencia, 1894, pág. 105.

(2) Venturi, en un libro póstumo (*Le pazzie dell' uomo sociale*, pág. 136), se ocupa de las formas dualistas ó múltiples de locura social, que á él le parecen *delirios extrínsecos*, que por obra de los *incubos* ó del sugestionador, se imponen al *súcubos* ó sugestionado, dejando íntegra su personalidad inferior. Este juicio, fundamentalmente verdadero expresado así, puede parecer paradójico, en cuanto por él se afirma la locura de personas dementes sanas. En cambio se trata, como demuestro en mi «psicología colectiva morbosa» de *activos anormales* (lecos ó criminales) que se imponen á los *amorfos*, por el desarrollo incompleto del carácter, y que son, sin embargo, impulsivos ó pasionales. Ved el magnífico estudio crítico de este libro de Venturi, hecho por Renda en la *Revista de filosofía*, etc.» Julio, 1902, y espec. pág. 73.

ción de doctrina á las diseminadas y múltiples observaciones fué Sighele, en tres obras memorables relativas á la *multitud delincuente*, á la *pareja criminal* y al *delito sectario*. «El delito de dos—escribía—y el delito de mil son de hecho los anillos extremos que cierran la cadena de todas las varias, innumerables formas de sociedades criminosas.» Y añadía: «En las grandes multitudes históricas, como en las pequeñas que se forman todos los días, encontraréis, buscándola, la obra á veces visible, á veces oculta, de las sectas—y si no de las sectas— de ciertas corporaciones. Y en este sentido y por esta razón, la psicología de la secta completa la psicología de la multitud (1).

El pensamiento de Sighele, sin embargo, no era aislado, puesto que otros le habían precedido. Tebaldi en *Ragione e pazzia*, Sergi en *Psicosi epidemiche*, Lombroso y Laschi en *Delitto politico*, Pugliesi con su estudio relativo á la responsabilidad en el «delito colectivo» y otros, se habían ocupado fragmentariamente de psicología colectiva morbosa. Puesto aparte entre todos merece Enrique Ferri, que desde sus primeros trabajos presintió las leyes fundamentales de nuestra ciencia.

«En los hechos psicológicos—escribía Ferri—la reunión de los individuos no da nunca un resultado igual á la suma de cada uno de ellos.» Y de la nueva ciencia, llamada por él psicología colectiva, determinó la

(1) Sighele: *La pareja criminal*. Pref., pág. 7. Bocca, 1893; y *Delirio sectario*, págs. 77 y 78. Edit. Treves. El profesor Nina Rodríguez ha aportado después preciosas correcciones á las ideas de Sighele, en un trabajo comparado que apareció en *Annali medico legali*, año 1901, y que se titula *La folie des foules*, pág. 3 y sig.

jerarquía, clasificándola entre la psicología individual y la sociología.

Ya veremos después cómo este núcleo fundamental de verdades se integra y se completa; digamos sólo que Sighele puede ser considerado como el que, vivificando por geniales desarrollos el pensamiento de Ferri y cimentándolo en la observación científica, figura entre los fundadores teóricos de la psicología colectiva. La cual, como enseñanza práctica, existía ya por obra de Taine, como veremos.

De la corriente psiquiátrico-criminológica, la psicología colectiva nació esta forma: 1.º, como ciencia autónoma con nombre propio; 2.º, como ritmo completo y acabado en la parte psico-patológica (epidemia y delito: la una estudiada por Sergi, la otra por Sighele). Pero á estas dos excelencias se unían dos defectos, imputables á la infancia de la ciencia más que al genio de aquel que la había sacado de la penumbra de las otras disciplinas. Y estos eran: 1.º, el carácter fragmentario de la psicología colectiva, puesto que no eran aún conocidas y apenas estaban esbozadas las otras partes que la componen; 2.º, la generalización de las primeras conclusiones de la multitud delictuosa, á todas las formas de multitud, desconociendo sus varias manifestaciones sanas (sofisma de falsa generalización).

Pero este primer surgir de la penumbra de la psicología, aunque fragmentario y sin método propio, no dejó de tener resultados. Ejerció un útil impulso sobre las formas más modernas y atrevidas de pensamiento. Fué como la primera vibración de una ininterrumpida ondulación, que se explica por la simpática correspondencia mental, ó también por la base realística del más alto devenir moderno de la multitud. Por

lo que como polémica, como movimiento de difusión de los campos afines de la psicología, vinieron á nuestra ciencia otros consentimientos.

Pero antes de hablar de esta corriente, recientísima en su fecha, es preciso que hablemos de otras dos anteriores que preceden á cierta distancia á la obra teórica de Sighele y de su escuela. La una se relaciona con las antiguas concepciones prácticas del derecho penal y de la necesidad de determinar la responsabilidad individual en el delito colectivo y la personalidad jurídica en el derecho civil, la otra se personifica en Taine, y es como una filiación de aquel movimiento afín y anterior á nuestra ciencia, que lleva el nombre de *psicología social*, confundido y asimilado por muchos con el de psicología colectiva.

III

CORRIENTE JURÍDICA

El derecho antiguo se había preocupado, por los fines prácticos de la justicia punitiva, del problema de la responsabilidad penal. Se había comenzado por el castigo igual y uniforme de todos aquellos que habían tomado parte en el delito colectivo, para llegar á la *decimación* y para restringir el castigo á aquellos de la multitud delictuosa que se habían constituido en *meneurs* (auctores et principes seditions). Tal doctrina fué después rebatida en el cuerpo legislativo francés, donde se dijo que la pena en caso de sedición debía recaer sobre los «autores y provocadores».

La antigua concepción jurídica, pues, desconociendo el hecho colectivo como producto, le resolvía en una *adición* de hechos psíquicos. Correlativo á esta

concepción jurídica de la vida era el criterio punitivo contra todos aquellos que habían formado parte de la multitud; sólo más tarde este concepto recibe una atenuación ignorante, pero más humana, en la *decimación*.

Pero al través de las glosas y exégesis del antiguo derecho latino aparecen las primeras intuiciones sobre la psicología colectiva en relación con el derecho punitivo. Y entonces se trató de establecer el número de individuos necesarios para constituir la multitud; luego se afirma el constante carácter delictuoso, error de que no estuvieron inmunes los más modernos criminólogos; ora se indica la directa y única responsabilidad de los jefes.

La escuela penal clásica, que sucedió al incierto derecho punitivo de la Edad Antigua y al otro feroz y lleno de prejuicios religiosos de la Edad Media, no se propuso el problema del castigo de la criminalidad colectiva, el cual comienza á ser objeto de investigación con la nueva escuela antropológico-criminal. Esto no fué obstáculo, sin embargo, á que la realidad se impusiese á más claros y geniales hombres de la tendencia clásica, y queda como alto ejemplo de descripción y de inteligencia psico-colectiva un trozo de Carrara, donde éste habla de la riña: «Frecuente es—escribe Carrara—el caso en que un número de individuos se sienta encendido simultáneamente de un mismo afecto, y como tocados por una centella eléctrica todos asociados espontáneamente (y sin intervalo ó con breve intervalo de tiempo), lleguen á poner por obra un mismo hecho, imitando á las ovejas del Dante; y sin que ningún explícito acuerdo haya habido entre ellos respecto á varias posibles resultancias de su obra, todos se excitan á actos criminosos de modo

que resulta por dicha convergencia de motivos una ayuda recíproca y una eficaz cooperación aún no advertida ni prevista por ellos. Derivase de aquí una semejanza de sentir en la humana naturaleza que no es hija de nuestra voluntad ni creada por nosotros.

Más que de la voluntad es el efecto del sentimiento. Sea el dolor, sea la piedad, sea el temor, sea el desprecio el afecto concitador, lo cierto es que un idéntico afecto se engendra espontáneamente aun en los particulares, y lanza por impulso instintivo al mayor número de individuos, á actos convergentes y homogéneos sin que entre ellos haya habido la comunicación de un pensamiento determinante á una dirección específica é idéntica, ni siquiera á veces el cambio de una palabra.

Es indiferente investigar si esto nace de una impulsión completamente individual sufrida simultáneamente por los individuos, ó si nace de la naturaleza imitativa del hombre. La acción que en esta segunda hipótesis ejercen uno sobre otro no procede de una voluntad de obrar más que de la voluntad de excitar á otros á obrar, sino de la fatalidad del instinto, y esto es importante para el criminalista» (1).

LAS PERSONALIDADES JURÍDICAS

De esta interpretación *individualizante* de la psiquis colectiva nace la otra de la personalidad moral y jurídica.

En efecto; la antigua sabiduría jurídica de Roma

(1) Sighele: *Foule criminelle*, pág. 25 y sig.—Alimena: *Per la storia della psicologia collettiva* en *Archivio di psicol. collet.* An. 1900, núm. II.—F. Carrara: *Respons. dei partecip. in delit. cosum. da valore incg.* Lucca.

había establecido que la personalidad física, en determinadas circunstancias de edad, de sexo, de libertad, podía ser objeto de derecho. A ella eran luego equiparadas otras personalidades ficticias, llamadas por esto jurídicas. Eran de cuatro especies; pero sólo la primera (*universitates* ó *collegium*) nos interesa, porque tiene un alma colectiva en el sentido no metafísico, sino científico, de la palabra. Pero el ingenio romano, eminentemente práctico y poco apto para las abstracciones, no se elevaba á estas formas sutiles de comprensión psíquica. Para él las *universitates* ó el *collegium*, sólo por un fin eminentemente práctico eran capaces de derecho, siempre que el Estado hubiese intervenido á reconocerles personalidad y previos algunos requisitos, como el objeto determinado y la pluralidad de personas físicas, que debían ser tres en el acto de la constitución pero que luego podían también reducirse á una.

Durante toda la Edad Media, glosadores y canonistas se mantienen fieles á la sabiduría antigua, la que resurge en todo su esplendor y lógica severidad en la escuela histórica y Savigny, el cual se encontró entre dos principios contrarios y opuestos: de una parte, se decía que no puede haber derecho sin sujeto y que solo el hombre es capaz de derecho; y por otra parte, se añadía que existen patrimonios sin sujeto físico, por lo que infirió que para acordar la lógica del derecho con los hechos era preciso volver á la idea de la personalidad jurídica. Y esto al contrario de aquellos que consideraban las *universitates* ó como *organismos independientes* de bienes patrimoniales consagrados á un fin, ó como instituciones destinadas á la ayuda de personalidades humanas, únicas capaces de derecho.

La teoría de Savigny tenía, además, una cualidad

inestimable, cual era la de estar plenamente en armonía con su tiempo. En efecto; la escuela histórica del derecho, de que Savigny es uno de los más ilustres representantes, oculta una aparente contradicción: mientras que por una parte cree que el derecho hunde sus raíces en la conciencia social, por otra desconoce los fenómenos colectivos y los reduce á puras sumas y ficciones de la psiquis individual. Mas tal contradicción se explica pensando que la escuela histórica del derecho respondía á necesidades de la naciente burguesía.

En efecto; ésta había disuelto ó se preparaba á disolver las formas corporativas que habían sido tanta parte de la trama económica y psíquica de la Edad Media, para sustituirlas por otras individuales, que componiéndose y disolviéndose, echaran las bases de las formas psico-sociales. Semejante determinismo las reducía á épocas semejantes á ellas por su estructura económica, como el mundo antiguo. De éste tomaba prestadas las superestructuras y los productos ideales, como derecho, arte, etc., iluminándolas con un reflejo completamente suyo, el concepto de *contratualidad*, que trepaba por las diferentes y en parte antagónicas formas de propiedad individual, territorial y capitalística, y era, como se dijo, «una ley preventiva de posibles derrotas» (1).

La teoría de Savigny, pues, no podía dejar de encontrar el agrado universal y extenderse en Francia, que la hizo suya en tiempo de la revolución. Y por el mismo determinismo histórico, cuando el proletariado y con él la multitud, comenzaron á crecer, Gierke y la escuela alemana opusieron en nombre de la histo-

(1) A. Labriola en *Crítica social*, núms. 15, 16; año 1884.

ria y de la sociología, que las personalidades jurídicas no son *ficciones*, sino un conjunto de voluntades y de fenómenos psíquicos distintos de las personas que los componen, y, por consiguiente, susceptibles de penas (1).

IV

LA CORRIENTE DEMO-PSICOLÓGICA

Otra importantísima corriente, de la cual descende nuestra ciencia, está personificada en Hipólito Taine. Su pensamiento descendía de la filosofía alemana (2), que en aquel tiempo estudiaba los grandes problemas de la convivencia humana, por lo que los mitos, el lenguaje, la religión, el derecho, habían sido contruidos según el método histórico ó genésico, si se quiere llamarle así, y se habían sintetizado en una ciencia nueva (*psicología social ó demo-psicológica*), que, vislumbrada por nuestro Cattaneo, tenía por cultivadores á Mill, Steinthal, Lazarus, etc.

Tal era la corriente de pensamiento que Taine había asimilado admirablemente de la filosofía alemana, y que desarrollaba limpidamente según la propia *forma mentis*, no distinta de la de su raza, de que él es una de las inteligencias más representativas.

Pero á tal corriente, completamente alemana, añadía la del ambiente, transportándola del campo biológico, donde la descubrió Lamarck, á los hechos huma-

(1) Serafini: *Institut. di diritto romano*. Florencia, 1881, págs. 72 y sig.—Filomusi Guelfi: *Enciclop.* Nápoles, 1885, páginas 81 y sig.—A. Mestre: *Les personnes morales et le problème de leur responsabilité*. París, 1899. Edit. Rousseau.

(2) Giecmo Barzelloti: *Ipolito Taine*. Löscher.

nos. La historia era para él una psicología determinada por la raza, por el ambiente y por el momento histórico (1), y cuyos productos ideales unidos «à la façon des parties d'un corps organique» están eternamente trabajados por la ley de la evolución. Así era como ciertos movimientos ideales, nacidos y crecidos en ciertos pueblos por razones de raza y de ambiente y de ocasiones propicias (*momento histórico*), se difundían de uno á otro campo del pensamiento, de una á otra gente, hasta que el fecundo movimiento de íntima virtualidad se agotaba.

El momento histórico representaba, pues, para él, el producto más genuino y elevado del alma de un pueblo. Y era al mismo tiempo aquel pensamiento nuevo y fecundo, que todos los demás pueblos debían alcanzar, para desarrollarlo según su *propia inteligencia*.

Este modo de entender la historia, ensayado parcialmente en escritos de juventud, lo aplicó al estudio de la historia de la literatura inglesa, que le proporcionó un vasto y elevado campo de investigaciones, no sólo en sí, sino en parangón con las demás literaturas, no menos varias é ilustres, de Italia y de Francia. Este fecundo período, que duró unos quince años, tiene gran valor para nosotros, así como lo tuvo para Taine, puesto que en este campo, tiempo fué, cuando elevó la psicología social á un concepto más complejo que no había alcanzado antes, lanzándola del estudio de los productos dinámicos—lengua, mito,

(1) Este modo de entender la historia no fué privativo de Taine, sino que encontró en otros valerosos cultivadores y técnicos.—Véase G. Luzato: *Storia individuale è sociale en Ciencia sociale*. Año 1901.

leyes — al de todo el movimiento histórico de un pueblo.

Pero cuando hubo consumado este estudio del alma social, sintió la necesidad del estudio de la psíquis individual, pasando así al extremo en el cual, como *trait d'union*, vive la psíquis colectiva.

En este nuevo campo de estudio son de notar dos hechos: 1.º, que puso en práctica aquel método patológico, que, anunciado por Herbart, fué desarrollado por Taine, por Maudsley, por Pirre Janet y por Ribot, para citar los más importantes; 2.º, que comienza, casi sin proponérselo, á presagiar su orientación hacia la psicología colectiva con su *Voyage en Italie*, en el cual, obligado á hablar de nuestras grandes escuelas de pintura, describe muchos rasgos elocuentes de aquella psicología de las sectas artísticas ó científicas, que es aún un campo casi virgen abierto á los estudiosos, desembarazando el camino á su genial discípulo Bourget, el cual, con ocasión del mismo viaje y á propósito de las mismas escuelas pictóricas, tuvo no menores inspiraciones de ciencia colectiva (1).

(1) Paul Bourget tiene finos rasgos de psicología artística, vaporosos, como el sentimiento místico de que están impregnados casi todos sus escritos. Y cuando el asunto se presta á las intuiciones colectivas, como en sus *Sensations d'Italie*, entonces la nativa tendencia del artista las presta un encanto compuesto de dulce melancolía y de fina elegancia. Y pasa por nuestra Italia, oyendo las voces varias y diversas de nuestras grandes escuelas de pintura. «La communion de l'Idéal—escribe—et de la manière était aussi chère aux artistes d'alors que la recherche de l'originalité à tout prix nous est chère à nous. Il acceptaient, eux, ils souhaitaient de continuer simplement une tradition, d'être chacun la branche d'un même grand arbre, pas même la branche mais une fleur, une minute d'une grande journée, l'étape d'une grande doctrine. C'est pour cela que la réunion de beaucoup de leurs œuvres

Así, aquellos grandes maestros italianos, con su arte supieron inspirar geniales intuiciones de nuevas ciencias.

Volviendo á Taine, conviene observar que se había venido adiestrando en una incesante y completa preparación mental, para la que debía ser la obra madura y más nueva de su ingenio fecundo.

Creemos que esta nueva muestra de su ingenio fué precedida de larga preparación intelectual y de ingénita virtud de penetración del alma humana asociada: no sólo pasó casi inadvertida á Taine, sino que no fué bastante iluminada por su genial crítico Barzelloti, á quien tanta parte debemos de esta ligera reseña so-

donne une sensations d'une telle puissance, et qu'une telle puissance encore réside dans chacune de leurs œuvres isolées. Un je ne sais quoi d'a demi impersonnel permet d'entrevoir, par de là le fragment contemplé, le vaste effort que seul l'a rendu possible. Quelquefois même, comme ici, le fragment est si délicieux que, pendant une seconde, il semble marquer le point suprême au quel est suspendu tout le reste, et pendant cette seconde, toute la gloire de toute l'école rayonne à la fois sur le nom du pauvre ouvrier modeste, qui à force de mérite soumis, a eu du génie dans une œuvre comme le plus grand des grandes. «De la escuela siente» le don inexprimable qui fut celui de Virgile, le pathétique dans la grace, cette volupté des larmes, cette langueur où il entre de la pitié et du songe:—un pitié presque impersonnelle, presque sans forme et sans cause précise, celle d'un être qui se plaint seulement d'être, un songe presque vegetal, tant il se ressemble à la resignation inefficace et tendre des immobiles fleurs.» Y siente también «la solitudine absolu où se tiennent les uns par rapport aux autres les personnages évoqués. «Y en la Umbría es donde siente vibrar intensamente la figura de Francisco de Asís, obedeciendo á aquella fascinación que la tradición franciscana ejerce sobre la parte enferma de Francia, en gracia, especialmente, á los trabajos de Sabatier. Y ante la leyenda de la piadosa tradición, se pregunta: ¿Que significa ésta, en efec-

bre el escritor francés. El cual puede decirse que empezó á escribir de la gran revolución por un impulso exterior; la decepción de su patria en 1770 y la Comune, que á él le parecía traer su origen de las instituciones democráticas instauradas á fines del siglo XVIII. Y no advirtió que, al hacer la historia psicológica de una época rica en fenómenos estáticos de la multitud, y no en hechos dinámicos—como había sucedido en las obras anteriores—, inauguraba una nueva ciencia.

La psicología colectiva en su aspecto morbosos a-

to, sino que una personalidad moral se elevó aquí, hace hoy setecientos años, con tal pujanza, con tal fervor, con una dulzura de tal modo inefable, que pareció imposible que las almas más oscuras, las de los animales, no sintieran su dominación?» Siente ó cree sentir los movimientos colectivos místicos, este artista, este psicólogo del sentimiento místico, Y ante los enormes *infolio* de los conventos, encuentra en las páginas de Ireneo el sutil análisis que los primeros cristianos hacían de su alma enferma y vibrante de dolor y exclama: «¡Ah! ¡maravillosa obra (el tratado de San Ireneo contra los Gnósticos). Testimonia ella que las enfermedades del alma que más nuevas nos parecen, aparecieron siempre las mismas en todas las épocas de crisis morales.» Verdad ésta indefectible! Otra vez, por último, el sentido artístico aparece y comprende aquella memoria emotiva que sobrevive á los hombres y se materializa en los objetos de su propiedad, como el perfume que exhala la flor, como las ondas sonoras que vagan y murmuran allí donde el arpa ó el canto vibró. Y ante el *Monachorum sepulcra*, se pregunta: «¿Passé? ¡Non!, quelque chose demeure de ces ames dans ces pierres que elles ont impregnées de leur volonté et d'abnegation».

Y tales intuiciones colectivas y místicas viven en las *Sensations d'Italie* y demuestran en el autor un alma vibrante, sólo por un lado, enferma frente al alma de la multitud, de la psiquis colectiva moderna. Paul Bourget: *Sensations d'Italie* París, Lemerre edit.

lió de la mente de Taine, como es fama que salió Minerva del cerebro de Júpiter, joven y armada. En esto era secundado por la naturaleza del asunto y por sus anteriores estudios, así como por su modo peculiar de entender la historia.

Por semejantes dotes mentales y de estudio, se diferencia de todos los demás historiadores de la Revolución francesa ó de otros acontecimientos en que domina la multitud. Porque, si alguno como Michelet y en grado menor Villari en la vida de Savonarola, tuvieron intuiciones claras y agudas de psicología, todos fueron inferiores á él por la fina, continua ininterrumpida pintura de la multitud y por la penetración inconsciente de su obra. Para encontrar quien le iguale es preciso pasar los confines históricos y llegar al arte de Tolstoy y de Alejandro Manzoni. Del cual es de notar que, si fué perfecto tratadista de la multitud en su obra artística, no se mostró ya tal cuando quiso penetrar en la historia, escribiendo de la *Colonna infame* ó de la *Rivoluzione francese*, obras en las cuales, á pesar de tratar tanta materia psico-colectiva, en vano buscamos donde hable de la multitud y explique con ella la obra de los personajes que aparecen en escena.

Á Taine, en cambio, la misma época histórica ofrece ancho campo á gran serie de observaciones. Allí la causa del delito colectivo, estudiado en sus remotos orígenes intelectuales y en las regiones determinantes de la miseria fisiológica, constituye un nuevo é inapreciable hecho; y la composición de la multitud criminal, y la indole anónima de los *meneurs*, y la psicología femenina oscilante entre los opuestos extremos de los sentimientos y de los impulsos varios y diversos, y la complejidad de los varios ritmos colectivos (secta,

multitud, asamblea, fenómenos de contraste); todo lo ve y analiza poderosamente.

Es la suya una comprensión gigantesca, en que la multitud se descubre á sí misma en todas las varias y complejas y más finas manifestaciones psicológicas. De modo que para el lector es fácil llegar de este profundo análisis á conclusiones sintéticas y doctrinales. Puede decirse que tiene hasta el defecto de todos los que estudian el lado anormal de la multitud y que han arrojado sobre todas las manifestaciones psico-colectivas como una sombra de duda y de escepticismo. Tanto más fuerte y notable en él, cuando se piensa que un día, contra Carlyle, sublimó la obra de aquellos *meneurs* de la multitud y que luego debía pintar siniestramente después de 1870.

En esta corriente histórico-psicológica, aunque anuncia la psiquiátrico-criminal, no va más lejos que ésta. Se circunscribe á la multitud morbosa y tiene sus mismas cualidades y sus mismos defectos.

Puede decirse, sin embargo, que difiere de ella por el origen, en cuanto brota de la corriente de la psicología social y permanece confinada con Taine, que él sólo, con un gesto de gigante, la elevó á altura vertiginosa.

Entre los que podrían acercarse á él está Berzelotti. El cual, por cierto espíritu lúcido y metódico y por cierto modo de entender los hechos humanos, nos ofrece por la epidemia mística del *lazzarittismo* una admirable monografía. Y suya es aquella definición del alma y de la multitud ya mencionada y que nos parece inmensamente verdadera. Según esta definición, el alma de la multitud es «algo un tanto indefinible vago, que, sin embargo, vive y siente, piensa, se mueve por sí mismo, distinguiéndose de las mil almas que se

confunden en ella, y que se forma siempre en las grandes conmociones de las asambleas populares para morir luego con ellas» (1).

V

CORRIENTE SOCIO-PSÍQUICA

La obra de Scipio Sighele (*La folla delinquente*) fué el principio de un vasto movimiento de pensamiento. Era demasiado genial, los tiempos demasiados maduros, por el crecido valor de la multitud, para que de las doctrinas vecinas á la sociología, no irradiasen corrientes que, bajo la forma de corrección y de integración, debían acrecentar los estudios de la nueva ciencia.

Puede decirse que la obra de Sighele acababa de publicarse cuando Tarde tomaba ocasión de ella para sostener—conforme á su doctrina de la imitación—que si en el campo del sentimiento hay una suma en la multitud, en el del pensamiento hay una resta (2).

(1) Barzellotti: *Santi, solitari e filosofi*, pág. 150. Edit. Zanichelli, 1896.

(2) No se puede hablar de Tarde sin pensar en Bagehot, del cual el brillante escritor francés ha sacado mayor copia de inspiración. Bagehot fué quien en admirables páginas trazó las líneas de la sugestión imitativa. Por ella las gentes, según la opinión de «un gran *condottiero d' uomini*, son guiadas por modelos, no por argumentos; por el ejemplo, victorioso, sin el cual el sermón sería inútil y la doctrina se propagaría». Ello es que la tendencia á imitar figura entre las más fuertes de la naturaleza humana y «tiene su asiento en las partes más obscuras del alma, donde los movimientos, lejos de ser producto de la reflexión, apenas sienten su influencia. Así el contagio imitativo afecta á los hombres en lo que tienen de más ínti-

Á esta conclusión objetaba brillantemente Ferri, mientras Venturi añadía agudas observaciones (1).

Lebón, además que había ya escrito sobre las leyes psicológicas de la evolución de los pueblos, trazaba las primeras líneas de una «psychologie des foules» y proponía la distinción de estas en homogéneas y heterogéneas.

Gevarts, director del Conservatorio musical de Bruselas, aplicaba á los conciertos y — casi diríamos á las multitudes musicales — los principios de la psicología colectiva.

Adelchi Baratonò (2), desarrollando un pensamiento de Sighele, intentaba relacionar el fenómeno de la sugestión colectiva con el de las emociones y el de la simpatía. Y buscaba las intuiciones que de la multitud tuvo Homero, mientras Guido Marpillero hacía lo mismo con Virgilio.

mo en sus creencias, así como en la parte más material de su espíritu, allí donde el alma se une al cuerpo en las maneras».

«Por esto—continúa Bagehot—ejercen su influencia los grandes espíritus de una época. Dan el tono que los otros siguen. Desde el punto de vista científico un grande hombre es una causa poderosa en todos sus efectos y en todos sus resultados.» En efecto; los grandes hombres son los que mejor sienten, por su exquisita naturaleza, los grandes cambios históricos, que educan en ellos útiles innovaciones, que otros copian é imitan.

Por último, tiene indicaciones preciosísimas sobre el delito de la multitud, «que arroja luz sobre uno de los lados secretos y desconocidos de la naturaleza humana» y que muestra cómo «las razas elevadas son incapaces de estabilidad, agitadas como están por todas las pasiones del momento y por las ideas inspiradas por las circunstancias.» Bagehot: *Lois scientifiques du développement des nations*. Libro II, Alcan, 1899.

(1) Scipio Sighele: *La foule criminelle*. Alcan, 1901, 2.^a parte.

(2) A. Baratonò: *Alle fonti dell' arte*.

G. Piazzzi, en un precioso volumen, *La multitud en el arte*, se detenia en rebatir, con larga y docta demostración, la incapacidad artística de la multitud y la inferioridad de ésta. Y el profesor V. Miceli oponía á toda la ciencia de la multitud observaciones agudas, de las cuales algunas, aunque verdaderas, carecerían de todo fundamento y de todo desarrollo en cuanto intentasen consagrar, ya la imposibilidad de definir una multitud, ya de estudiar en ella una conciencia colectiva.

Otros trabajos han aparecido que, en sentido diverso, se han ocupado de la multitud. Entre éstos hemos de mencionar uno eminentemente práctico, de Ramos Mejía, que ha intentado la aplicación de las teorías psico-colectivas á las multitudes argentinas, y otro apreciableísimo por la profunda cultura y por lo atrevido de sus aplicaciones, del profesor Paulo Orano (1). Trabajo que, con dolor debemos hacer constar, ha pasado sin suscitar un movimiento profundo de pensamiento y de estudio, á que tenía gran derecho por las profundas sugerencias y por la feliz tentativa de aplicar el determinismo económico á uno de los hechos más maravillosos y profundos del espíritu humano, cual es el cristianismo, entendido como movimiento colectivo y de individuos emergentes.

Puesto aparte merece, en mi opinión, un escrito de Raúl de la Grasserie, en el cual el sociólogo francés llega á aquellas importantes conclusiones á que habían llegado Sighele, y antes aún, Ferri, sobre la naturaleza del sentimiento y del pensamiento en la multitud y respecto al puesto que corresponde á nuestra ciencia, considerada como *trait d'union* entre la psi-

(1) P. Orano: *Il problema del cristianesimo*. Edit. Lux, Roma.

cología individual y la sociología. Hasta aquí no sale de las primeras geniales conclusiones de la escuela italiana. Pero más adelante, De la Grasserie divide la psicología en concreta, abstracto-concreta y abstracta, asignando á la primera el estudio de una determinada multitud, por ejemplo, la psicología de los jacobinos; á la segunda, el estudio de una variedad de la multitud, por ejemplo, las sectas místicas y artísticas; á la tercera, el estudio de las multitudes en general. Este concepto me parece nuevo y fecundo, como veremos después al hablar de la psicología colectiva como ciencia sintética (1).

Simultáneamente, pero por opuestas tendencias, el profesor Puglia sostenía: 1. Que la psicología colectiva no podía tener «una existencia científica, porque sus indagaciones se refieren á los fenómenos que se desarrollan en el seno de la sociedad humana y constituyen parte inseparable de los fenómenos psico-sociales que forman el objeto de aquella ciencia que comúnmente se llama psicología social: 2. Que para eludir equívocos y cuestiones de palabra es oportuno sustituir á la denominación de psicología social la de psicología colectiva ó de la colectividad, para indicar la ciencia que estudia los fenómenos psíquicos colectivos de más elementales á más complejos, y tanto de los grupos elementales ó amorfos ó inorgánicos ó accidentales, como de los grupos sociales superiores ú organizados ó estables».

El profesor Jelgersma, en una notable memoria al Congreso de antropología criminal de Amsterdam (9-14 Septiembre 1901), hace algunas observaciones respecto á la psicología de la multitud, que no pueden ser

(1) *Archivio di psicologia collettiva e scienze affini*. Año II, núm. VI.

aceptadas por nosotros. Comienza por atribuir á los psicólogos la creencia en un «alma de la multitud» por sí misma, que baste á explicar cómo el fenómeno colectivo es diverso de la psiquis de los individuos que componen la colectividad (1).

Ahora bien; no hay quién no vea cómo en esta primera parte de su relación, el profesor atribuye á los cultivadores de la psicología colectiva una opinión que éstos jamás tuvieron, y contra la cual se pronunciaba Groppali en aquel su breve trabajo sobre la psicología colectiva y social (2).

No es maravilla que el autor trate de resolver el problema de la no correspondencia del alma colectiva con las psiquis individuales por medio de algunas leyes de psicología general sana y morbosa. Pero olvida que fué precedido en esto y largamente por Sergi y por Ottolenghi, por mí, por Sighele y por Baratonio. En efecto; ¿quién no sabe — aún conociendo medianamente la literatura psicológico-colectiva — que el fenómeno de la no correspondencia de los individuos que componen la multitud con la acción de la multitud misma, reposa sobre el concepto del amorfismo del carácter de los componentes de la colectividad introducido por mí y por Sighele?

Es doloroso que de los estudios, especialmente de los italianos, no sea conocida al autor más que la obra de Sighele, así como que repita apreciaciones falsas ó crea descubrir verdades ya incorporadas hace años á nuestra ciencia.

Por ejemplo, aquella interpretación que da á las palabras de Spencer relativas á los componentes del

(1) *Quelques observations sur la psychologie des foules en Scuola positiva*. Año XI, núm. 8.

(2) *Psicologia sociale e psicologia collettiva*.

agregado y á las cualidades de éste—interpretación que desentona con la de Sighele—hecha por nosotros á fines de 1898 en nuestra obra «l' animo della folla» en términos casi idénticos á los suyos (1).

Además no se sustrae al error, combatido fuertemente por nosotros, de extender á todas las formas de multitud las primeras geniales conclusiones de la escuela italiana (Tebaldi, Sergi, Lombroso, Ferri, Sighele) sobre la multitud delincuente, é ignora así las integraciones aportadas por mí al estudiar las formas sanas de la multitud.

En estos últimos tiempos, luego, las contribuciones á nuestra ciencia son tan numerosas, que es imposible seguirlas: cito entre las principales obras, Mario Carrara: *Le couple criminel du mandat et du mandataire dans la criminalité du sang*; Tarde: *L'opinion et la foule*; Doctor Nino Rodriguez, *La folie des foules*, «contribución al estudio de las locuras epidémicas en el Brasil», y Fernando Puglia, *Criminalidad colectiva*; así como trabajos del profesor Resta de Robertis, en verdad importantes, y otros que sería demasiado largo resumir.

El que observe bien en la corriente psico-social, encontrará, á pesar de esta nota disonante, dos manifestaciones tendencias relativas á nuestra ciencia:

- 1.º Distinguir y coordinar la psicología colectiva respecto de las disciplinas científicas.
- 2.º Completarla en sus justos límites, deducidos de los diversos aspectos y de múltiples fenómenos de la multitud.

Ya Ferri y Sighele habían intentado de pasada la seriación de la psicología colectiva. De la Grasserie la

(1) P. Rossi: *Animo della folla*, pág. 13 y sig. Cosenza. Edit. Riccio, 1898.

había ilustrado, pero el que en este asunto aportó la más lúcida y docta contribución fué Alejandro Gropali (1), el cual reivindica para nuestra ciencia la autonomía y dignidad de tal, distinguiéndola de la psicología social. Porque mientras la una se ocupa de algunos fenómenos socio-psíquicos que se desarrollan dinámicamente en las sociedades humanas, como el mito, la leyenda, el lenguaje; la otra, por el contrario, estudia «la psicología de las colectividades reunidas estáticamente», según la definición de Ferri.

De esta misma corriente psicológica, de donde había llegado tanta luz á la psicología colectiva, debía irrumpir una serie de obras. El que escribe estas líneas se ocupó varios años, si no con igual mérito que los que le precedieron, con el mismo amor, de la multitud. Comenzó por estudiar sus variedades, el pensamiento, el sentimiento, el carácter, los momentos de crisis y de enfermedad. Luego penetró en el intrincado ritmo de la multitud normal, ó desconocida ó poco estudiada antes, y reveló las formas dispersas y reunidas de la multitud, sus exteriorizaciones simpáticas, las emociones simples y complejas, los ritmos de incidencia y de intercadencia. Buscó, por último, ligar la psicología colectiva á la síntesis sociológica.

De esta visión de la multitud normal se elevó á la de la multitud morbosa, de la cual señaló las formas elementales, las epidemias, el delito. Luego estudió el reflejo de la multitud en el arte, y se propuso, por último, el problema de la educación de la multitud. Por fin quiso penetrar en la psicología de los *meneurs* y de la sugestión colectiva, así como en una monografía precedente había estudiado el misticismo y las sectas.

(1) Gropali: Op. cit.

Así que podemos decir que la corriente sociológica ha completado nuestra ciencia, delineándola y desarrollando la parte normal y dándole vida distinta y propia en medio del árbol maravilloso de las disciplinas socio-psíquicas.

* * *

Al llegar ahora al fin, nos detenemos ante una pregunta: ¿por qué la psicología colectiva surgió tan tarde como ciencia, y los fenómenos estudiados por ella, solo en estos últimos años lograron interesar á los estudiosos, aun siendo tan antiguos como el mundo humano, profundizando así sus raíces en el reino animal?

A esta legítima pregunta contestamos en parte ya otra vez. Para que un fenómeno llegue á ser objeto científico, ó sea para que se refleje en ideales visiones no vagas é indistintas sino claras y ordenadas por relaciones causales, es necesario que en la realidad de la vida cósmica *se distinga de lo inconsciente en, que se contiene*. Es preciso que surja como hecho á una importancia por sí misma, que reclame sobre él la atención de las mentes aptas ó á las reflexiones inconscientes del arte, ó á la labor consciente de la ciencia. Esto es lo que nosotros llamamos supuesto realístico de una ciencia. Pero esto sólo, aun siendo importantísimo, no basta: es menester que las demás realidades precedentes y subordinadas se hayan desarrollado científicamente, de modo que á la realidad de la vida responda la unidad del pensamiento. En caso contrario habrá presciencias, no ciencias verdaderas y propias. Este es el presupuesto *idealístico* de una ciencia, no menos necesario que el *realístico*.

Ahora bien, ya lo dijimos; ilustrándolo ampliamente.

te (1), el fundamento realístico de nuestra ciencia es la importancia por tantas razones, de la multitud en la vida moderna; y el presupuesto realístico son las ciencias bio-psíquicas y sociales. Uno y otro supuesto son recientes y explican bastantemente por qué es recentísima la historia de nuestra ciencia, la cual, si tiene remotas intuiciones durante la edad antigua y moderna, sólo en estos últimos existe como realidad y como reflejo ideal distinto.

Concluiremos, pues: contenida y comprimida en otras ciencias, y aun envuelta en ellas, la psicología colectiva ha obedecido á la ley de la distinción. Contenida en las primeras visiones sintéticas que de la sociedad tuvieron los antiguos filósofos griegos, Platón y Aristóteles; perdida entre las concepciones de la conciencia jurídica romana, vislumbrada en el trabajo minucioso de los glosadores medievales y de los canonistas, surgiendo en la obra de los estadistas del Renacimiento; mezclándose como en un único vuelo con la psicología social y con la sociología, hoy sólo se destaca de todas las demás ciencias sociales, por componer rítmicamente con ellas en la amplia síntesis sociológica. Así se explica cómo se pueden encontrar intuiciones de ella, tanto en el pasado y en el presente, en todos los ramos del saber. «El hombre—escribía hace tiempo Loria—es por naturaleza *enciclopédico*: tiende á abrazar en sus primeras visiones todo un orden entero de fenómenos. Luego los estudia, los analiza, los disuelve en otras tantas realidades distintas, para componerlos, por fin, en una gran complejidad, en apariencia igual á aquella de que partió; pero en verdad, tan diferente como es toda compren-

(1) Rossi: *Psicología colectiva*.

sión indistinta y empírica de la distinta y científica» (1).

La sociología ha obedecido á esta ley: ha visto salir de su fecundo seno y hacerse ciencias singulares: el derecho, la religión, la estadística, la economía, la historiografía, etc., y última en el tiempo, la psicología social. El turno de la psicología social ha llegado. Y recorriendo, en más breve tiempo, como sucede á todas las formaciones posteriores, el camino recorrido por las otras anteriormente, obedece á este doble movimiento de diferenciación y de síntesis de que en parte hemos hablado y en parte hablaremos.

Desde este momento vive con vida autónoma, ya que ha llegado ó está para llegar á aquellas condiciones que dan á una ciencia valor y fisonomía propia. Estas son:

1.º Un fin claramente prefijado y no perseguido antes bajo ningún punto de vista por otras disciplinas.

2.º Método propio.

3.º Un puesto en la serie de las demás ciencias.

Miremos la psicología colectiva á la luz de estas exigencias doctrinales, que la hacen una ciencia por sí misma.

(1) A. Loria: *La sociologia, il suo compito, le sue scuole*. Drucker, 1901, págs. 10 y 14.

CAPITULO PRIMERO

PSICOLOGÍA COLECTIVA Y SOCIOLOGÍA (1)

Definición de la psicología colectiva.—Cómo debe entenderse.—Psicología colectiva y social.—*Ciencias afines a la psicología colectiva y sus relaciones*.—Los tres grupos de ciencias.—Ciencias que le ofrecen los materiales de estudio.—Ciencias que estudian los elementos mínimos del hecho colectivo.—Ciencias sintéticas.—Relación de la psicología colectiva con estas ciencias.

DEFINICIÓN DE LA PSICOLOGÍA COLECTIVA

La psicología colectiva fué definida desde su origen por Enrique Ferri, como «la psicología de las colectividades estáticamente consideradas». Luego fué definida por mí «aquella disciplina científica que estudia el modo cómo las psiquis individuales se componen en un sólo ánimo, por la protección de la multitud, mediante fenómenos primero estáticos (esto es, que se desarrollan en límites restringidos de tiempo y de lugar), y luego dinámicos, que se prolongan en el tiempo y en el espacio» (2).

Las dos definiciones pueden ser igualmente acepta-

(1) Estas páginas modifican notablemente el capítulo XI de mi *Psicología colectiva* (Edit. Battistelli. Milán, 1900), además, por ser las más importantes dan su título á toda la obra.

(2) P. Rossi: *Psico-collet.*, pág. 216. Milan, 1900.

das, puesto que en el fondo equivalen; sólo que mientras la primera tiene la ventaja de ser breve y casi diríamos escultórica, los lógicos dirían determinativa, la otra es más larga y explicativa, ó como se dice en lógica, *genésica indicativa* (1). Ahora bien; cada uno puede preferir la primera á la segunda ó ésta á aquélla, según sus propios hábitos mentales; pero una y otra, para ser científicamente verdaderas y precisas, necesitan una explicación y una integración.

La definición de Ferri vino á tiempo de las primeras luminosas intuiciones que él tuvo de la multitud, cuando de ella eran sólo conocidos los aspectos criminosos y eran desconocidas las formas modernas de multitud (el público) y las otras estables y homogéneas (clase, casta).

La definición, por consiguiente, responde á la infancia de la ciencia, y aun reconociendo que, gracias á la afirmación precisa y rigurosa del concepto estático, como hizo Ferri, fué preciso dar á nuestra ciencia objeto propio y distinto, nos inclinamos á dar á la palabra «estáticamente consideradas» un significado extensivo que comprenda el público, las castas, las clases, que viven de una vida que se difunde, en breves términos, en el tiempo y en el espacio.

Si la definición de Ferri tiene necesidad, para ser verdadera, de una interpretación extensiva, la mía, en cambio, tiene necesidad de una restricción. Porque los fenómenos dinámicos de la multitud á que se refiere y que son objeto de la psicología colectiva, deben ser entendidos, no como prolongándose indefinidamente en el tiempo, sino como menos estáticos que aquellos otros de la multitud indiferenciada. Lo que nos parece más

(1) Marchesini: *Lógica*, pág. 57.

claro cuando nos ponemos á estudiar el objeto que se propone la psicología social. La cual, como opina Groppali, «además de estudiar, como quiere Wundt, las primeras é inciertas manifestaciones de la vida colectiva, que forman, si no nos equivocamos, el campo de observación verdadero y propio del *folklorismo*, tiene otro objeto bien distinto en el estudio del alma del pueblo, es decir, en el estudio de cómo este espíritu común se forma emergiendo del choque de las acciones y reacciones de los individuos entre sí y en el estudio de la eficacia que éste, á su vez, trocándose de efecto en causa *dinámicamente*, ó sea en el tiempo, ejerce sobre la conciencia de los individuos (1).

Creemos, sin embargo, que el carácter diferencial de las dos ciencias se debe buscar aún en la intrínseca naturaleza de su objeto de estudio. En efecto; el objeto de la psicología colectiva es la multitud en cuanto tiene, como ya veremos, caracteres humanos irreducibles, subordinados á las distinciones étnicas comunes á todos los hombres, cualesquiera que sean los caracteres adquiridos de raza.

En cambio el objeto de la psicología social es un agregado en el que al carácter *hiperorgánico* y humano se ha sobrepuesto el de raza. Así, por ejemplo, el delito colectivo es objeto de estudio de la psicología colectiva en cuanto en él prevalecen los caracteres humanos, generales, comunes á todas las multitudes (2), por lo que ya se mire en Italia ó en Bélgi-

(1) Groppali: *Psicologia sociale e collettiva*, en *Scuola posit.*, fasc. 9, op. cit.

(2) Es oportuno advertir que Sighele, que quiere hacer suyo el criterio unilateral, según el cual la psicología colectiva estudia los agregados «desde el punto de vista estático», por las dificultades de señalar los límites que la circunscriben y la

ca ó en Francia, en la revolución francesa ú hoy, es decir, en las grandes líneas, se verá lo mismo.

No sucede así cuando se trata de la psicología de pueblos diversos, como el italiano, el francés el alemán; ó si se trata, en cambio, de sus mitos, de sus leyendas, de su lengua. Entonces nos vemos obligados á dar importancia á las condiciones varias de clima, de raza, de visicitudes históricas, por lo que ante nosotros no se desarrolla una línea monócroma, sino policroma, puesto que mientras la psicología colectiva estudia la multitud en cuanto tiene caracteres hiperorgánicos, la psicología la estudia en cuanto á tales caracteres subordinados se superponen las dotes étnicas y forman un pueblo ó una raza.

Y si es verdad que los hechos psicológico-sociales son preferentemente dinámicos y los psico-lectivos estáticos, esto no obsta á que los conceptos estáticos y dinámicos deban entenderse con gran amplitud. Los hechos psico-colectivos son estáticos sólo cuando se trata de multitudes indiferenciadas y primigenias; pero cuando de éstas se pasa á las modernas (público) ó más

diferencian de la sociología, que, á lo que parece, para él, como para Tarde, se confunden con la psicología social. Yo soy el primero—escribía—en reconocer que es muy difícil determinar con precisión los límites que separan el dominio de la psicología colectiva de los de la sociología. El conjunto de los fenómenos naturales—sobre todo de los psíquicos—no es un agregado que se pueda reducir á sus elementos constitutivos analizando separadamente cada uno de estos elementos; es más bien una especie de nebulosa que no se puede resolver, y de la cual si se distingue el núcleo central, es casi imposible determinar los límites. *Foule criminelle*, op. cit., pág. 20.

Se comprende fácilmente cómo tanta imprecisión cesa si el criterio de estaticidad se une el *hiperorgánico*, de que ya se hablará en esta obra.

estables y diferenciadas, entonces se hacen dentro de ciertos límites, dinámicas.

Ninguno querrá sostener, en efecto, que la psicología de la multitud sea tan restringida que se pueda confrontar con la otra suelta y amplia de la opinión pública ó de una secta artística ó filosófica. Todas tienen un fundamento común, la multitud, pero están dotadas de diversa extensión; estrictamente estática en la primera, y menos estática y más dinámica en las segundas, sin que lleguen, no obstante, á aquel grado de dinamismo conseguido por una formación histórico-social, como, por ejemplo, un mito, una lengua. Y por el contrario, las formaciones histórico-sociales, que necesitan siglos para formarse, son estáticas al surgir y en un momento dado de su existencia. Por lo que de aquí se deduce que carácter estático y dinámico son expresiones de tendencias, no caracteres ciertos y seguros sobre los cuales se puedan fundar distinciones rígidas y absolutas ó una definición que, para ser completa, debe apoyarse en la naturaleza distinta del objeto. Creemos que la más segura visión del objeto y de los límites de las dos ciencias se encuentra contenida en sus diferentes denominaciones; pues ¿quién no siente en el apelativo de «psicología de la multitud» y en el otro de «psicología social y de mopsicología», mejor entendidos y definidos los límites y las diferencias de las dos ciencias afines? ¿Quién no siente que la multitud es una formación inestable (ó estable, dentro de los límites restringidos) que surge en el seno de un pueblo y que obra de modo invariable, precisamente porque desarrolla caracteres generales, pertenecientes á la naturaleza humana más que á la raza? ¿Quién no siente en ella los dos caracteres puestos en claro por nosotros, pero que tienen diversa importancia, y que consisten

en la naturaleza hiperorgánica de la multitud, y en su modo de obrar, en breve tiempo y en corto espacio?

¿Y quién no siente, por el contrario, en el apelativo de *psicología de los pueblos*, que se trata de la multitud, casi diríamos, *sub especie aeternitatis*, entendida como pueblo, y, por tanto, más compleja y de una existencia infinitamente más larga?

De estas consideraciones teóricas, y más aún de los desarrollos prácticos de las dos ciencias, la psicología de la multitud trae fisonomía propia por su objeto seguro de estudio y por sus bien definidos confines con la disciplina más próxima á ella, que es la psicología social. No tanto, sin embargo, que entre las dos ciencias no haya una zona intermedia, en la cual el hecho psicológico-colectivo tiende á hacerse psico-social. En esto nuestra ciencia no se diferencia de todas las demás. Los fenómenos naturales, mirados desde el punto más culminante, están en una complejidad ascendente que les da fisonomía y aspecto propios. Pero estos grados sucesivos de realidad fenomenal están ligados entre sí por matices insensibles. Por lo que un fenómeno, que en su forma más simple corresponde á una realidad, en otra forma más compleja se acerca á otra realidad inmediata.

Así, por lo que se refiere á la psicología colectiva, muchos fenómenos en su extrema complejidad se tocan y entran casi en la psicología social, puesto que los esquemas fijos sólo existen en el ánimo del sabio, que obligado á formar ciertas relaciones, los desune de la continuidad y los agranda. Así, el histólogo arranca un trozo de tejido, lo fija y lo agranda en el campo del microscopio para estudiarlo.

No de otro modo el hecho físico, convertido en fenómeno eléctrico, entra en el territorio más alto del he-

cho químico, sin que por ello nadie deje de considerarle como perteneciente aún á la física. Y análogamente también, el hecho químico en sus más altas expresiones llega á hacerse biológico, sin que nadie piense en arrojarlo de los dominios de la química. Y el hecho biológico, al elevarse llega á hacerse psíquico, aun permaneciendo orgánico y fisiológico. Así, cada ciencia tiene un rasgo (y hemos citado ejemplos de las que por un largo y general consentimiento no pueden ser discutidas como tales), que no está menos sellado por los caracteres de la propia realidad fenoménica, aunque se eleve á más alto contenido. Y sin embargo, nadie niega que no pertenezca á la realidad inferior que forma su base y no la otra, que es tránsito y preparación.

CIENCIAS AFINES Á LA PSICOLOGÍA COLECTIVA Y SUS RELACIONES

Las ciencias afines á la psicología colectiva pueden dividirse en tres grupos: 1.º, aquellas que le ofrecen los materiales de estudio y la prueba de las verdades descubiertas; 2.º, aquellas que estudian el hecho psico-colectivo ó en los *mínimos elementales* (psiquis individual sana ó anormal), ó en la expresión más alta y compleja, cuando ha llegado á la categoría de fenómeno psico-social; 3.º, en aquellas que son, respecto á ellas, ciencias sintéticas.

Al primer grupo pertenece la historia y sus fuentes: crónicas, cronohistorias, leyendas, etc. Por ellas podemos estudiar fenómenos psico-colectivos de los tiempos pasados, en que la observación personal es imposible. Podemos también cimentar las observaciones

del presente con las de acontecimientos idénticos ó semejantes de otras épocas.

Tales ciencias, pues, nos ofrecen dos ventajas: ó como prueba y comparación de fenómenos semejantes, ó como fuente de materiales psico-colectivos en bruto. Así, por ejemplo, no comprendemos las epidemias psíquicas modernas, si no nos trasladamos á la Edad Media, que es el clima propio de tales perturbaciones del espíritu colectivo, ó si no fijamos la vista en aquellas partes de Europa que, por la incultura de la plebe y por condiciones de ambiente, son una supervivencia de otros tiempos.

Otra ventaja mucho más grande, sin embargo, se deduce de aquella nueva tendencia de la ciencia histórica, por la cual ésta, «teniendo por mira únicamente el estudio de la colectividad, valúa rectamente el elemento de la vida individual en la vida colectiva» (1).

Para entender bien esta tendencia tan importante para nuestros estudios, es preciso que retrocedamos un tanto á aquellos tiempos en que la *historia pragmática* consagraba las vicisitudes exteriores y aparentes de las grandes individualidades sociales, rey, emperador, héroe, reformador, etc., olvidando ó reconociendo las profundas corrientes que agitan la vida pública. Olvidaba aquella profunda advertencia de Monod, según el cual, «los acontecimientos y los personajes verdaderamente importantes son ante todo á manera de signos ó símbolos de la evolución humana; pero la mayor parte de los hechos llamados *históricos* no son á la verdadera historia humana que lo que son al movimiento constante y profundo de las mareas

(1) Luzzato; *Historia individual y social en Ciencia social*, 1901.

las ondas que se agitan en la superficie del mar, se coloran un instante de todas las irisaciones para romperse contra la ribera, sin dejar nada de sí.

No es ya que la dirección *pragmática* no refleje con frecuencia ecos psico-colectivos ó sociales. Con frecuencia los describe con vivacidad de pintura y penetra las razones psicológicas con un sentido envidiable de crítica, cuando como con Maquiavelo se eleva á la categoría de ciencia política ó de filosofía de la historia.

Pero en uno como en otro caso, eran episodios, no modos ni criterios de estudio. La *historia social*, en verdad, surge con Guizot, Taine, Monod, etc., en Francia, y se disciplina luego en Germania por obra de Lamprecht (1) y con el concurso de varios factores. Estos son: 1.º, la doctrina del materialismo histórico, que, reduciendo los hechos en *última instancia*—para usar la frase de Engels—al fundamento económico, no excluye la eficacia de los motivos ideológicos profundos (arte, derecho, religión, etc.); 2.º, el desarrollo y uso creciente de la estadística, que—según la luminosa frase de Schlöser—es una historia en reposo; 3.º, la constitución de la psicología social, que—como dijimos á propósito de Taine—venía á ser entonces sin quererlo una psicología colectiva. Por lo que si la *historia pragmática* ofrece materiales y comparaciones á la psicología colectiva, ésta da á la *historia social* sus leyes, que explican é iluminan con viva luz los acontecimientos.

Al segundo grupo de ciencias afines pertenecen de un lado la psicología y la psico-patología individual;

(1) Karl Lamprecht: *Alte und neue Richtungen in der Geschichtswissenschaft, was ist Kulturgeschichte?* Gärtner. Berlín, 1896.

de otro, la psicología social. En efecto; las primeras disciplinas estudian los elementos de que se compone el alma de la multitud, esto es, las psiquis individuales en cuantos *elementos mínimos* de la colectiva. La segunda estudia el hecho colectivo, que se ha liberado de las condiciones estáticas y ha llegado á dinámica, haciéndose más aparente. Uno y otro, en fin, concurren á esclarecer el fenómeno colectivo, mostrándole en sus términos extremos, ó cuando aún no ha llegado á ser tal, ó cuando ha pasado aquellas líneas y contornos en que se contiene.

Esto depende principalmente de la posibilidad de ordenar la realidad en una sucesión evolutiva, casi anillos de una larga cadena. Tanto, que para comprender plenamente cada uno, es preciso no limitarse á él, sino mirar al que le precede y le sigue inmediatamente.

Ya dijimos (1) que el individuo se sumerge continuamente en la multitud para vivir en ella y de ella emerger. De aquí se deduce que la psicología individual, con respecto á la de la multitud, puede presentar tres momentos distintos: aquel en que los individuos no se han sumado á la multitud, aquel en que sumándose se influyen reciprocamente y dan un producto, y por último, aquel en que el producto se disuelve y las unidades humanas quedan modificadas por un tiempo más ó menos largo.

Ahora bien; estos tres momentos no podrían ser entendidos si no poseyésemos la ley y la estructura de la psiquis individual, tanto sana como morbosa. O sea, sino nos fuese conocida la psicología individual, la psicopatología, y, en fin, las varias psicologías profesionales, en cuanto estas últimas estudian las defor-

(1) Rossi: *Psicol. Colect.*, p. 190.

maciones del carácter de individuos pertenecientes á formas restringidas y cribadas, de multitud, como sectas y castas.

No es, pues, inexacto repetir lo ya dicho de que nuestra ciencia es una ciencia de inspiración que tiene entre sus inmediatos precursores teóricos el desarrollo maravilloso de la psicología y de sus ramas, de una parte; y de otra, el desarrollo admirable de la psicología social y de la sociología. Sólo con que recorramos mentalmente las varias doctrinas de que se compone la psicología colectiva, aparecerá claro cuánta luz y cuánto fundamento han tomado de la psicología social sana y morbosa.

Así, el fenómeno de la sugestión, del mimetismo psíquico, del aprisionamiento de la simpatía, del monodéismo y de la monopatía sectaria, de la *multanimidad* de los *meneurs*, de su constitución antropológicamente morbosa, etc., estas y otras teorías que tanta luz proyectaban sobre la multitud, habían sido estudiadas y pertenecían por completo á la psicología individual sana ó morbosa.

Nuestra ciencia las ha traído de ellas tal y como eran, pues que pasan invariables al fenómeno colectivo; ó estudiándolas ó interpretándolas en más amplio contorno, ya que en el hecho colectivo se hacen más complejas y elevadas. Por tal hecho, cada conquista mayor en el campo de la psiquis individual, terminará por señalar un mayor y más amplio conocimiento del alma colectiva.

Menos útil por cierto se ha mostrado la psicología social, si quitamos el mérito de haber reclamado por primera vez la atención sobre aquellos estados de conciencia complejos que surgen en las colectividades humanas, y de que nuestra ciencia refleja el momento

estático, adverbado en un agregado hiperorgánico. Además, cuando la psicología colectiva surgió, encontró en torno de sí un ambiente intelectual, favorable á los fenómenos psíquicos, que sobrepasan el mero hecho individual, que habrían podido parecer y parecen aún á muchos como la unión y la adición causal de hechos individuales. No es de olvidar que Taine, creyendo ocuparse de un fenómeno psico-social, terminó, en cambio, por entrar en uno colectivo. Ahora bien; esto nos dice que el hecho social, al restringirse, puede terminar en colectivo. Por lo que una ciencia puede proyectar en la otra aquella luz que viene de fenómenos semejantes ó casi semejantes, agrandados no artificialmente, sino por desarrollos naturales, y, por tanto, más fáciles de ser apreciados.

La psicología puede compararse á la obra del microscopista que separa un trozo sutilísimo de un tejido y lo examina, agrandándolo con un bien combinado sistema de lentes. Pero tiene sobre la obra de éste la ventaja de que el agrandamiento y el destaque no depende de un proceso arbitrario y artificial, sino del natural desarrollo de las cosas. De modo que si la psicología individual nos da los hilos de que se teje la psiquis colectiva, la psicología social prepara su comprensión, mediante el estudio de los fenómenos casi semejantes por naturaleza, pero más amplios y grandes. Una y otra, de modo concorde, arrojan un rayo de viva luz sobre el fenómeno colectivo.

Al tercer grupo de ciencias pertenece la sociología, cuyas relaciones respecto de la psicología colectiva, estudiadas por nosotros en otra obra, se reducen á aquéllas entre ciencia central y sintética (1). Por lo

(1) P. Rossi: *Psicologia collettiva*, op. cit., pág. 213.

que cada progreso de las ciencias periféricas se resuelve, en último lugar, en un progreso de la ciencia central, que desde el territorio acrecentado proyecta nuevos rayos de luz sobre las ciencias menores, sin

Las conclusiones á que llegamos eran las siguientes:

1.º La psiquis colectiva es una realidad fenoménica colocada en la zona intercadente entre el hecho psíquico social, que eleva los hechos bio-psíquicos de protección del individuo (sentido de simpatía, sugestión, exteriorización, emociones, etc.), á un contenido más alto de protección de la multitud.

2.º El hecho psico-colectivo surge simultáneo ó precede al fenómeno social, para ser superado por éste, comprendido impulsado y para reimpulsarlo á su vez; por lo que no hay hecho psico-colectivo que no traiga consigo consecuencias sociológicas, ni hecho social que no tenga una subestructura psico-colectiva.

3.º La psicología colectiva tiene por *hecho elemental*, como demostraremos mejor, la *sinestesia colectiva*, por la cual las psiquis individuales que están en la multitud se componen en una sola alma, en virtud de exteriorizaciones en todo ó en parte de naturaleza psíquica. En el primer caso tendremos la multitud estática; en el segundo, cuando la descarga psíquica se exterioriza y se perpetúa con medios materiales, se tiene la *dinámica*. De aquí se deduce, juntamente con el crecimiento de la psiquis colectiva, el desvanecimiento de uno de sus elementos psíquicos, y la preponderancia del otro, el sociológico.

La sociología, en cambio, tiene por *hecho elemental* «el curso social mutuamente consentido, primero de una manera inconsciente y automática, y después de una manera cada vez más consciente y reflexiva». De Greef.

4.º La relación entre psicología colectiva y sociología es la siguiente: la primera es ciencia autónoma, pero no desligada y aislada; la segunda, con respecto á la primera y á las demás sociales, es no sólo sintética y coordinadora, sino también inspiradora y directiva.

5.º Así como la sociología no puede reducirse á la biología, tampoco puede reducirse (como quiere Tarde con su método psicológico, y tantos otros) á una psicología colectiva ó social.

Una y otra tienen método y tendencias propios.

excluir aquellas de las cuales partió el movimiento inicial de estudio y de investigación.

Y no hay que olvidar, por último, que el prevalecer del método psicológico en sociología, sucesor del biológico, concurre á hacer más aparentes y más dignos de atención y de estudio los fenómenos psico-colectivos y sociales que se contienen en las agrupaciones humanas. Del mismo modo, un efecto semejante debieran ejercer las nuevas tendencias, según las que los fenómenos de la psiquis individual se formarían en el vasto ambiente de la sociedad, por lo que, según Baldwin y otros, la psicología individual sería una rama de la sociología.

Las conocidas relaciones de la psicología colectiva y de las ciencias afines nos permiten concluir hoy como en otra obra: «Se comprende cómo las dos ciencias (psicología colectiva y social), aunque diversas y diferentes se tocan y se subentienden recíprocamente; la una comienza donde la otra termina y están en relación de complejidad creciente, en el fondo son la psicología individual y el árbol biológico las que la nutren, luego viene la psicología colectiva, más arriba aún y á través de los esfumados y los *nuances*, la psicología social, y en lo alto como ciencia central y más amplia, la sociología. Por lo que la psicología colectiva y social son como un puente entre la gran rama biopsíquica y la social».

Se infiere de aquí la necesidad de preparación y de seguir estos estudios en sus ulteriores desenvolvimientos doctrinales, en quien quiera cultivar la psicología colectiva. A fin de que no se pierda en el estudio particularista del hecho colectivo, aquella cultura de conjunto de las ciencias que fundamentan y dominan dicha disciplina.

CAPITULO II

LA PSICOLOGÍA COLECTIVA COMO CIENCIA SINTÉTICA

La psicología colectiva es una ciencia sintética respecto de las demás psicologías de la secta, de la clase, de la casta, razones en que se funda dicho juicio.—Ramas en que se subdivide la psicología de la colectividad estáticamente considerada.—Tendencia práctica de la psicología colectiva, su oficio crítico, es una filosofía parcial.

Después de haber estudiado las relaciones que aproximan la psicología colectiva á las demás ciencias, conviene estudiar las relaciones entre las diversas ramas en que se subdivide.

No tememos afirmar que la psicología colectiva es una ciencia sintética y unitaria respecto de las demás, más ó menos adelantadas, de la clase, de la casta, de la secta, de las asambleas. Y si tal relación ha sido poco comprendida hasta ahora, cúlpese á la infancia que nuestra ciencia tiene de común con las demás. En ella aparecerán capítulos que son partes y se preparan á constituir ciencias distintas, sobre las cuales la psicología de la multitud ejercerá su hegemonía. Así, á los primeros esbozos del germinar del árbol que será encina gigantesca, las grandes ramas son tiernos apéndices apenas perceptibles.

La relación, pues, entre la psicología colectiva y las otras formas de psicología, no es distinta de aquella

que las ciencias sintéticas ejercen sobre las otras que de ella dependen, ó sea una relación de síntesis y de interdependencia, cual la ejerce la filosofía sobre las demás ciencias. Por tal relación todo perfeccionamiento ó descubrimiento de nuevos métodos y toda adquisición de nuevos hechos conseguida en una ciencia, se refleja en la ciencia central. La cual los elabora consagrando en ellos un valor nuevo y luego los devuelve á las otras ciencias periféricas, que se aprovechan de ellas para extender su campo de experiencia y de descubrimientos. Por lo que el progreso de una ciencia no deja de tener utilidad á la central, y por medio de esta á todas las que de ella dependen y á la misma de que partió el movimiento inicial.

Ahora bien, el carácter sintético de la psicología de la multitud respecto de las otras psicologías de la colectividad, estáticamente consideradas, me parece que se deduce de las siguientes razones.

1.º Cada forma de multitud, aunque se parezca á la otra, vive con vida propia, tiene expresiones psíquicas suyas, dignas de particular estudio, las cuales entrelazándose y desarrollándose, preocupan, cada día más, á un número creciente de inteligencias y se elevan á categoría distinta y exigen división del trabajo.

2.º En cada multitud hay una vida sana y morbosa y sin embargo, la necesidad de una ciencia que formule las reglas y normas generales de la vida.

3.º El movimiento del pensar respecto de la multitud debe culminar en una síntesis clara, para que sea fácil llegar al supremo fin práctico de la educación de la multitud.

Estas son las razones que parecen suficientes, para que surja una ciencia sintética, que recoja los dife-

rentes estudios relativos á los diferentes aspectos de las colectividades. En efecto, la multitud estable de todos los días no es la casta ni la clase, del mismo modo que estas dos no son la secta ni el público. Sus mentalidades son diferentes: restringida en la secta; cerrada y tradicional en la casta; movable y permeable en la clase. Los productos ideales varían de una á otra: la religión, que es la base de la vida de la casta, no lo es de la clase; son diversas su literatura y su ciencia; diferentes los medios de transmisión simpática, por lo que á las multitudes verdaderamente estáticas suceden las otras disueltas. Cuantas variedades en el giro de una misma multitud: la secta es artística, religiosa, científica y política. Cada una de estas variedades implica psicologías unívocas, sí, pero variables y con degradaciones respecto de un tipo medio. ¿Qué sabemos nosotros del modo cómo las sectas artísticas y científicas transmitieron su propia técnica y el propio contenido ideativo y emocional de su alma? ¿Y en qué se diferencia el cenáculo místico del científico? ¿En qué se asemejan? ¿Cuántos problemas no se agolpan, con sólo que nos acerquemos á estudiar varias formas de multitud, capaces de preocupar la mente de muchos estudiosos? ¿Y cómo tienden á elevarse con el tiempo y con la división del trabajo, de capítulos que son ahora de una única disciplina, á ciencias ó por lo menos á ramas autónomas?

Y no se diga que son diferencias de poca monta: algunas son esenciales.

¿Quién osará decir que la multitud de la calle y la academia científica viven al unísono, cuando la una es preferentemente emotiva y la otra intelectual?

Así, en el fondo de la psicología de la multitud surgen varias eflorescencias psicológicas, que exigen ser

estudiadas. Esto entienden aquellos que dicen existir varias psicologías colectivas, para deducir después, con manifiesto error, que no hay necesidad de una ciencia sintética. La cual trae su origen de la necesidad de encontrar un método de observación y de experimentación especial á esta rama del saber y de las disciplinas que de ellas dependen.

La multitud además, ora se nos revela como una fuerza normal y laboriosa de la historia, ora como una fuerza turbada y enferma. Nadie confundirá la multitud criminal y delictiva con la que aplaude en un teatro y se emociona con las más puras y serenas creaciones del arte. Epidemia, delito, no menos que acciones generosas; cultura intelectual y artística, todo puede ser materia y contenido psíquico de una multitud. Pero se impone una gran distinción en la realidad y en las ciencias que la estudian entre estas dos maneras de ser sana y morbosa. Precisamente estas dos maneras de estudiarla son las que reclaman la síntesis que refleja las leyes de su desarrollo, no sano ó morbooso sino general, del mismo modo que la anatomía normal y patológica, la fisiología y la patología encuentran su síntesis en la biología. Este error y esta falta de síntesis fué lo que perjudicó á los primeros estudiosos de la multitud. Los cuales, partiendo del territorio de la antropología, abordaron al de la psicología colectiva, que estudiaron aislada y parcialmente, bajo el ángulo visual del delito. Y no advirtieron que otros muchos motivos y palpitaciones iluminan la vida de la multitud.

La última razón que milita en favor de una síntesis psico-colectiva, es el movimiento doctrinal y realístico de la multitud que tiende, como fin práctico á la educación de la misma. La cual no puede llegar á ser nunca científica, si no descende de las más seguras

conquistas de psicología sana, sintéticamente elaboradas (1). De lo contrario sería una tentativa empírica, destinada á naufragar, hoy como en el pasado y á frustrar las más bellas y sinceras esperanzas de cuantos intelectos férvidos y elegidos sueñan una humanidad mejor.

La necesidad, pues, de una ciencia sintética de la psicología de la multitud, que elaboran el método y el contenido de las ciencias particulares, que de ellas dependen, paréceme, pues, que responde á la finalidad científica del pensamiento moderno—no menos analítico que sintético—y á la natural evolución de las ciencias en general. Las cuales en cada una de sus ramas, han visto crecer las ciencias periféricas y las centrales con un movimiento de simpática correlación ó desarrollo correlativo, como suele decirse en biología. Ni nada hace inferir que no deba llegar igualmente para el campo vasto é indeterminado de nuestra ciencia. De la cual si la psicología de la multitud es el tronco principal, sus ramas, destinadas á exuberante desarrollo son:

- 1.º El estudio de las sensaciones psico-colectivas.
- 2.º El estudio de las formas elementales dualistas, triples, etc., ó múltiples que se elevan como hasta su extremo límite al cenáculo.
- 3.º El estudio de las formas inestables é indiferenciadas (*multitudes heterogéneas* de Lebon).
- 4.º El estudio de las formas estables y diferenciadas, cada una de las cuales es capaz de desarrollos más ó menos amplios (*multitudes homogéneas*) Y es de notar que estas dos ramas están miradas en el aspecto sano y morboso.

(1) Véase *Psicolog. colect. morbosa*.

5.º La teoría psicológica y las variedades de *suggestionadores* ó *meneurs*, que incluye en sí el estudio de los factores concurrentes y modificativos del mecanismo sugestivo (1).

6.º Por último, como meta suprema, todo el presente movimiento doctrinal tiende á la constitución de una ciencia de la educación de la multitud, fiel al refrán según el que hay que «savoir pour agir, mais savoir avant d'agir». En otra ocasión escribíamos: «A diferencia de otras ciencias, la psicología colectiva nació con una tendencia práctica desde el principio, con la intención de estudiar el crimen de la multitud, la investigación teórica vino después. Esto depende, ya lo hemos dicho, del modo cómo germinó tal ciencia que salió por decirlo así, del fundamento inadvertido de las cosas y del flanco desgarrado de la criminología, pero se engaña quien niegue á esta ciencia otro valor práctico que no sea el del conocimiento y profilaxis del delito; su valor se ha ido extendiendo paralelamente al elevarse de las multitudes al destino de la historia, y no creo que pueda haber de ahora en adelante persona que cultive en modo alguno la vida pública: literato, artista, publicista, estadista, pedagogo, etc., que no deba conocer esta importante rama

(1) El ilustre profesor Enrique Morselli, al felicitarme por haber sustituido en mi obra (*I suggestionatori e la folla*) la palabra *meneurs* por la de *suggestionatori*, añadió: «¿Pero no se podía titular el libro *demagoghi*, que quiere decir precisamente conductores de la multitud», *meneurs* franceses? Demagogia es un término bellísimo. «Estoy de acuerdo con el ilustre maestro, si bien me parece que el término sugestionador tiene sobre el otro la ventaja de indicar no solamente el efecto que ciertos hombres ejercen sobre las multitudes, sino también el mecanismo psicológico por medio del cual obran sobre éstas.»

del saber. Por lo que se puede decir de nuestra ciencia que, nacida con tendencia práctica, la va consiguiendo cada vez más» (1).

Perteneciente á una de las ramas de nuestra ciencia (la psicología de las castas) es la psicología profesional, que en este florecer de estudios va creciendo en importancia y ejerce gran fascinación, por tal entendemos nosotros las deformaciones que las formas cerradas de multitud—casta un tiempo, gremio hoy—ejercen sobre la eflorescencia neuro-psíquica, que la civilización moderna tiende á educar en cada individuo. Por lo que se revelan las psicologías particulares del militar de profesión, del juez, del sacerdote, de las personas que se dedican á menesteres penosos.

Esta ciencia se relaciona con nuestros estudios, ya porque supone el estudio de la psicología de las castas, de cuyas tradiciones y ejemplos el individuo sale plasmado de una manera nueva y diversa de la de más vasto ambiente que le circunda; ya porque en muchas manifestaciones de la multitud participan con creciente medida, personas deformadas por educación profesional.

Así no podemos explicarnos tantos y diversos episodios de la revolución francesa, si prescindimos de la observación de que fueron parte en ella, ni exigua, ni poco activa, personas deformadas psicológicamente por menesteres penosos y por educación de casta: soldados, carniceros, mendigos, sacerdotes, frailes, etcétera.

No obstante estos vinculos, tan estrechos é íntimos, no podemos agregar la psicología profesional á la colectiva. Es siempre el estudio de la psiquis individual,

(1) Véase *Psicol. col. morbosa*. Bocca, 1900.

sobre el cual ha operado una acción restringida y sugestiva, que ha destruido y modificado en parte la sugestión del ambiente social. Puede semejarse al estudio que un histólogo hace sobre una célula de un tejido diferenciado. El tejido es un hecho complejo, su estudio anatómico y fisiológico es ciertamente de conjunto y pertenece á otras ciencias; pero el estudio de la célula entra en la *citología*, ya que aun tratándose de una célula específica, sigue siendo en el fondo una célula y corresponde á la histología observarla.

La psicología de la multitud, además de *sintética* y *práctica* es también *crítica*. En verdad la función crítica es triple: 1.º, determinar su propio objeto de estudio, distinto del de las ciencias afines de que se ha ido *separando*; 2.º, ver cómo se ordenan las ciencias singulares que en ella se recogen y se sintetizan; 3.º, determinar el conjunto de propiedades comunes é irreducibles, que se extiende tanto á las ciencias particulares como á las sintéticas (1).

De todo cuanto hemos dicho, aparece claramente, que la psicología colectiva ha obedecido á estas exigencias doctrinales. En efecto, no sólo se ha afanado en esclarecer su propio objeto, distinguiéndose de las ciencias afines; sino que ha tratado además de ver de qué ramas se compone. Todas las cuales reposan sobre este común fundamento: estudiar la multitud, en cuanto está dotada de caracteres *hiperorgánicos*, y es una colectividad estáticamente considerada.

Ahora bien, una ciencia sintética, crítica y práctica es una *filosofía particular* (2), entendiendo por

(1) Groppali: *Lez. di sociologia*. Bocca, 1902, pág. 22.

(2) Respecto al valor y á la existencia de las filosofías particulares, véase Groppali, *La sociologia considerata como una*

tal una síntesis intermedia, que converge en el foco de la sociología, de la cual deriva normas y tendencias, pero á la cual lleva visiones sintéticas y elaboradas. En efecto, sus ramas de estudio, aun ocupándose en asuntos en apariencia diversos, convergen siempre, en el estudio de la multitud. La cual en sus múltiples manifestaciones, tiene siempre, en proporciones escalonadas, estos dos caracteres: ser una colectividad estática, tener carácter *hiperorgánico*. Una vez agotado el estudio de las varias formas de multitud, interviene la psicología colectiva para recoger el lado semejante y unívoco de ellas; para recomponerlo, elaborándolo en unidades; para reconducirlo á la sociología. De la cual á su vez recibe socorro y dirección, sirviéndose de todos los progresos y métodos de esta última y de todas las demás ciencias sociales.

disciplina filosófica. Riv. moder. di cult. Año II, fasc. 9. Septiembre 1900.

CAPITULO III

PSICOLOGÍA SOCIAL Y PSICOLOGÍA COLECTIVA

Doble cuestión. La psicología social y la psicología colectiva, no son una sola ciencia. No tienen necesidad de una ciencia común. El criterio lógico, dogmático é histórico.—I. *Historia de la psicología social. La ciencia nueva* de G. Bautista Vico. La escuela de Vico. Carlos Cattaneo y la *psicología de las mentes asociadas*. Stuart Mill y la *etiología*. Lazarus y Steinthal y la *demopsicología*. Wundt y Worms. Hipólito Taine. Gabriel Tarde y la *psicología interespiritual*. Otros cultivadores: De Roberty y Asturaro y la psicología concreta ó social, Romulo Bianchi y la psicología del grupo temporal. E. de Marinis, P. Orano. *La etología política*. Levi y la *psicología social basada sobre el materialismo histórico*.—II. *Los límites de la psicología social*. Qué se entiende por *alma de un pueblo*. La psicología social no se confunde con la sociología. La psicología social y colectiva entran cada una por su cuenta en la sociología.

Llegando á establecer la fisonomía y las relaciones de nuestra ciencia, trataríamos del método si—casi como apéndice á esta segunda parte del trabajo—no creyésemos oportuno detenernos en las relaciones entre la psicología social y la colectiva. En el capítulo anterior nos colocamos en el punto de vista de aquellos sociólogos, que consideran estas dos ciencias como distintas entre sí y de la sociología, á la cual dan origen. Pero este concepto, que á nosotros nos parece

justísimo, no es universalmente aceptado, ni compartido por todos. De aquí la necesidad de estudiar tal punto con método riguroso y exacto.

Pues si preferimos dar antes por cierta la separación y los límites de la psicología social y la colectiva y de ambas de la sociología, fué por no involucrar ambas cuestiones, ya de por sí intrincadísimas. Así el que tiene una madeja de devanar, á veces deja un hilo cerca de otro, en un trabajo en apariencia des-acorde, pero que en el fondo conduce á encontrar la hebra deseada.

La cuestión á discutir es pues doble:

1.º, ver si la psicología colectiva y la social son una sola ciencia que pueda ser indiferentemente denominada, ó son dos ciencias, distintas por su objeto definitivo, ya entre sí, ya por sus relaciones con la sociología, con la cual la segunda (la psicología social) no puede confundirse;

2.º, inquirir si la psicología social y la colectiva tienen necesidad de una ciencia común que las abrace y las ligue á la sociología, ó si cada una por su cuenta entra en ésta como natural síntesis.

Para responder de modo conveniente á tales preguntas—cada una de las cuales es por sí árdua—nada es mejor que referirnos á los criterios que nos hacen distinguir las ciencias entre sí. Y estos son tres: lógico, dogmático é histórico, de los que el principal es el *lógico*. Por éste conceptuamos ciencias distintas aquellas que tienen ó un diverso objeto de estudio ó, teniendo el mismo, lo miran bajo diverso ángulo visual y con un método distinto (1).

(1) Vilfredo Pareto: *Principios de economía pura*. Florencia, 1894, pág. 3-14.

Luego viene el criterio *dogmático* por el cual dos ciencias se subordinan ó se coordinan, de modo que, al estudiar la más compleja, se siente deseo de conocer la otra más general y sencilla. Este segundo criterio, en verdad vale más para la seriación, así como para la distinción científica.

El último criterio es el *histórico* ó *genésico*, que comprende los otros dos y es por tanto hoy muy estimado. En efecto, hacer la síntesis histórica de una ciencia, equivale á seguir su constitución en la complejidad creciente de los elementos que la componen y en las diferencias con otras ciencias paralelas ó afines. Y este es el método que nosotros seguiremos.

I

HISTORIA DE LA PSICOLOGÍA SOCIAL

G. B. Vico.

Con razón se ha dicho que la psicología social nació confusa y mezclada con las primeras investigaciones sociológicas en la *Ciencia nueva* de Vico que debía ser la *ciencia de todas las historias*, la *historia ideal y eterna* común á todas las gentes y naciones.

En efecto, quien observe el pensamiento de Vico, comprenderá plenamente que, al través de las múltiples cuestiones de historiografía, de mitología, de filología, de derecho y de *ideología* que todas las comprende, las cuestiones de psicología social ocupan un puesto importantísimo por su espacio y por la dificultad del asunto. Su obra es, en verdad, como la llamaba Monti y Cattaneo: «La montaña de Golconda de ásperos despeñaderos, pero llena de diamantes». En ella se contiene el germen fecundo de tantas disci-

plinas diversas como granos custodiados en una urna funeraria, que, arrojados por siglos en los campos, darán cosechas de meses. A su pensamiento fecundo—olvidado demasiado pronto y extranjero á su tiempo—vuelve ahora la ciencia moderna como en piadosa peregrinación para encontrar los primeros vestigios de las futuras evoluciones. Así, según los glotólogos, las fábulas dispersas de la India y de Europa encuentran su común origen en los primeros breves monosilabos del idioma Ario.

A Vico le favoreció no sólo la fuerza del genio, sino el reino de Nápoles, fuera del movimiento del pensamiento filosófico de la *razón razonante* ó sea del *racionalismo*, que se extendía por Francia y conquistaba las mentes, arremetiendo contra las instituciones sociales. Y así, su ingenio, cerrado á las nuevas ideas, se nutría de pocos libros antiguos y de otros más pocos modernos. Tácito y Platón, Bacón y Grocio, fueron todos sus horizontes morales. Y si, pocos como él permanecieron extraños á su tiempo, pocos también se prepararon una más grande y duradera prosperidad, que comenzó después de un siglo de su muerte y dura aún y le hace contemporáneo nuestro. Tácito le condujo á ver cómo en medio de las luchas de los intereses de dos clases contrarias, despuntó en Roma el derecho bárbaro, feroz, de casta, quiritarario, pero que cada vez acoge más los derechos de la plebe. Si la fórmula es aun ruda, la interpretación se pliega á las nuevas razones, en la renovadora corriente del edicto pretorio y se hace racional con las respuestas de los jurisconsultos.

Hasta aquí Vico permanecía confinado en el mundo romano y en el problema jurídico: pero le importaba ver si, aun en el mundo griego, los hechos sucedían

de la misma manera. Ya había negado que los romanos hubiesen tomado de los griegos las doce tablas. Puesto que si la evolución se le aparecía *clínica ó monolinear*, no era por un transmitirse de unos pueblos á otros la antorcha de la vida, como los *cursores* del poeta latino; sino que tenía efecto porque circunstancias de ambiente obrando de modo igual sobre la naturaleza humana, producían iguales desarrollos. Profundizaba la mirada en el mundo griego y allí encontraba hechos maravillosos y nuevos. El alma griega había sido más rica de vida que no la latina, más genial más vibrante de movimientos psicológicos. A su mirada escrutadora se ofrecía un nuevo y vasto campo de leyendas, de emigraciones, de edades heroicas, de míticas animaciones del universo, de lenguaje poético y fabuloso.

La psicología social—entendida como consenancia de conciencias individuales en los complejos productos del alma popular—se revelaba á sus miradas á las que nada se ocultaba. Y vivieron nueva vida las leyendas cantadas por Homero, no ya hombre, sino conciencia de pueblo, que vive cuatro siglos; que escribe en todos los dialectos helénicos; que canta la edad heroica en la *Iliada*, la popular en la *Odisea*; de aquel Homero á quien siete ciudades se disputaban, y con razón, porque era el alma visible de toda la Grecia. Ni las tradiciones permanecían confundidas, sino que trasmigraban, la *vanidad de las naciones* las mandaba á otras que las aceptaban, confundiéndolas con las propias; así como los pueblos, al emigrar á otras tierras, daban á los nuevos mares y montes que descubrían los nombres de los que dejaban en la patria. Surgía así la *geografía heroica*, vestigio de las edades fabulosas humanas, que dejaban su sello en todas las

manifestaciones de los pueblos, de la lengua, á las leyendas, á los héroes.

Así, habiendo partido del mundo romano y con rumbo á Grecia para resolver una cuestión de sociología jurídica, volvía de las ondas sagradas de la Helada á Roma, enriquecido el ánimo con un inmenso tesoro intelectual. Era la visión de todo un mundo nuevo: finalmente se revelaban al pensamiento humano las leyes del mundo de los héroes y de las leyendas, que por tanto tiempo habían sido como voces de otras edades, no comprendidas por los supervivientes, como lenguaje de los sentidos desconocido á los siglos de la razón.

Pero si el alma latina no había sabido dar forma á tantos y tan maravillosos fantasmas, no había dejado de tener sus tipos ideales, en los que la conciencia popular se había impreso y personificado á sí misma. No menos que Homero, los siete reyes de Roma dejaban de ser hombres para convertirse en personificaciones de la conciencia colectiva; así la historia de Roma, con formas menos ricas, se asemeja á la de la Grecia, ya que «todos los elementos del mundo de las naciones estaban recopilados en cada hombre».

Si Tácito y los escritores antiguos, pues, le habían ofrecido materia para agudas observaciones, Bacon le enseñaba el modo de convertirla en ciencia, le proporcionaba el *ars inveniendi*. En el ánimo de Vico, entonces—por una inducción que á él le parecía definida, pero que á nosotros nos parece previsora y completamente confirmada por la ciencia—las edades humanas y las naciones se ordenaron en *cursos y recursos*, ascendiendo así de las visiones psico-sociales á la sociología propiamente dicha (1).

(1) Carlos Cattaneo: *Su la scienza nuova di Vico Politecm.*

G. B. Vico había hecho la *historia de las ideas humanas*, descubriendo así largo campo de investigaciones históricas, que no debía perderse. Ya notamos en las primeras páginas de este libro cómo otros audaces siguieron sus huellas.

Pagano, Filangieri, Stellini, Salfi, Romagnosi, Ferrari, Cattaneo, continuaron ensanchándole, modernizándole, integrándole, el genial filón del pensamiento *viquiano*. Pero el que debía dejar más vasta huella en el estudio de la psicología social fué Carlos Cattaneo, mente rica en instituciones si las hubo (1). Algunas memorias presentadas por el Real Instituto Lombardo sobre lo que él llamaba «sociología de las mentes asociadas» constituyen—como hace notar un valeroso sociólogo—su labor más elevada y sugestiva, por la cual merece sobre todo vivir en la posteridad (2).

CATTANEO Y LA PSICOLOGÍA DE LAS MENTES ASOCIADAS STUART MILL Y LA ETIOLOGÍA

Para entender bien cómo y en qué forma se relaciona Cattaneo á otros tratadistas anteriores y en qué los supera, bueno es repetir, aunque sea brevemente, las ideas fundamentales que le guiaron en sus estudios y en sus investigaciones.

co, vol. II, 1892; reproducido en el IV de las obras de Cattaneo, edit. Lemonnier. Florencia, 1892.

(1) Pullé: *Cattaneo negli studi storici*. Milán, 1901. Edit. Sonzogo.

(2) A. Groppali: *Saggi*, pág. 93 y sig. Milán, 1899.—P. Orano: *La psicologia social*. Bari, 1901, pág. 42 y sig.

Vico se había limitado á los mitos, al lenguaje, al derecho, y había entendido la compleja psicología de todo esto. Para él eran *hechuras* de todo el pueblo que se realizaban al través del tiempo, no ya obra de los individuos particulares ó de cenáculos elegidos, colocados en el dintel de la vida de un pueblo. Esta idea que se remonta á Demócrito por lo que se refiere al lenguaje, no deja de ser suya, ya fué afirmada por él en la *De antiquissima italorum sapientia*; pero después, por las observaciones del *Giornale dei letterati*, impreso en Venecia, y por más maduras reflexiones, fué hecha por la otra más verdadera. Así apunta el concepto de muchas almas de los pueblos, que se reflejan en los monumentos literarios.

A este primero y substancial núcleo de verdades se añadieron otras. La escuela histórica había fijado los orígenes del derecho en la conciencia colectiva, rompiendo así todos los apriorismos de las escuelas anteriores (teológica, intuicionista, del derecho natural); pero al llegar aquí se había detenido. Ni se había preguntado si la conciencia colectiva—entendida como ella la entendía, esto es, fuera de las conciencias de los individuos particulares y preexistente á ellos—no sería un error, puesto que en el movimiento laborioso de la vida, las psiquis singulares, por interferencias y elisiones, componen un producto nuevo. Y esto es lo que llamamos conciencia colectiva (1). Ahora bien; esta visión se presentaba lúcida á la mente de nuestro Cattaneo.

Para él la psicología es el estudio de la *facultad del pensamiento*, cuya formación más elevada es la con-

(1) Groppali: *Lez. di soc.*—Brugi: Introd. *Enciclop. alle scienc. giur.*

templación del orden universal en la naturaleza y en la humanidad. Sin embargo, no todos los pueblos concurren igualmente á esta elaboración científica del pensamiento; por el contrario, algunos no concurren en lo más mínimo. ¿Por qué? No ciertamente como querían Montesquieu y Herder por la influencia del clima ó de la raza, desde el momento que, bajo un mismo cielo y en un pueblo mismo florecieron varias civilizaciones, brillando en cambio una civilización misma en pueblos diversos. La explicación en cambio es preciso buscarla, como dijo primeramente Vico en las leyes del intelecto, no ya estudiadas como lo hicieron los fundadores de la psicología en el *yo*, sino en las expresiones exteriores, en los *hechos*. Sucedió así que se descuidó el estudio del instinto, sin pensar que éste fué el que lanzando al hombre en la sociedad hizo posible la ciencia «obra no de las facultades solitarias de un hombre, sino de las facultades de varios individuos y de varias naciones». «La psicología de las ciencias, como la de las lenguas y la de las religiones y de las instituciones todas, es una rama de una *psicología de las mentes asociadas*, que no se contrapone sino que más bien se sobrepone á la psicología de la *mente individual y solitaria*.

«La levadura que hace fermentar las ideas no se desenvuelve en una sola mente; el genio se une á la cadena de sus precursores; para que se despierten las ideas deben actuarse los más generosos instintos, deben enardecerse las almas. La corriente del pensamiento es una pila eléctrica de varios corazones y de varios intelectos».

Y si del instinto se pasa á la sanción, aparecerá que esta no tiene «su espléndido imperio entre salvajes, sino en la ciencia experimental, rodeada de todos sus

admirables instrumentos, acampada sobre la movable cúpula de los observatorios».

Pero las mentes asociadas llegan á crear las leyes, las lenguas, las religiones, la ciencia merced al análisis, la formación de los sistemas y las antítesis (1). Y por la primera se entiende «aquellos grandes análisis que se vinieron continuando por colaboración, á veces mutuamente desconocida, de varios pensadores, en diversos lugares, tiempos y modos, y con diversos fines y diversas condiciones y preparaciones».

Así el hombre que vuelva hoy los ojos al cielo y vea infinitos mundos girar sobre su cabeza, no hace más que continuar el ignorado análisis de sus antiguos progenitores. Y sin embargo, la filosofía antigua no se propuso el problema del origen del análisis tanto en el individuo como en las mentes asociadas. Sólo en los tiempos modernos el problema del análisis preocupó á la psicología, si bien en las relaciones del individuo y no del género humano, olvidando que el hombre es animal gregario y social y que «el acto más social del hombre es el pensamiento».

«Además, en la evolución de la facultad analítica tienen parte la naturaleza y la sociedad. Y así como

(1) Los conceptos de *análisis*, de *formación de sistemas* y de *antítesis*, responden á aquellas leyes que luego debía formular Wundt respecto al desarrollo de los productos de la psiquis social. Las cuales son: la de la *síntesis psíquica*, la de las relaciones de la *heterogeneidad de los fines* y la de la *evolución por contrastes*.

De estas leyes, además de la obra de Wundt, se encuentra una detallada exposición en un precioso libro de Villa, *La psicología contemporánea* (Bocca, 1899). Es doloroso observar que Villa, que tiene tantas páginas sobre psicología social y sobre leyes psicológicas, no nombre nunca á Cattaneo y olvide casi siempre todo el movimiento psicológico italiano.

son ellas las causas que la despiertan igualmente son las causas que pueden hacerla inerte». La naturaleza, en efecto, puso los primeros grupos humanos en condiciones distintas de fauna y de flora, de tierra y de clima. Surgieron así los diferentes análisis que sobrevivieron al individuo y se convirtieron por obra de la sociedad y tradiciones, que encontraron en las lenguas rudimentarias su expresión y fueron tantas como pueblos. Con frecuencia un hombre por acaso, encontraba en la experiencia el impulso de una innovación que llegó á ser la idea madre de una serie de ideas y de artes. Y este hombre se llamó el genio».

La tradición que al principio permanecía encerrada en la órbita de la tribu, comenzó más tarde á propagarse. Era la *propaganda vecinal* que se iniciaba, y que, con el creciente paso de las tribus á naciones debía hacerse *propaganda de naciones*. Era favorita de las grandes líneas fluviales y de las *lenguas mediadoras*, así como del mayor bienestar y de la emancipación del duro trabajo del sostenimiento de una clase, que encontraba así el tiempo necesario para el estudio, el *otium studio*, mientras la noble vida pastoril favorecía, más que la vida fija de la agricultura, la difusión de las tradiciones.

Así el hombre levantó la vista al cielo, y, de los rudos esfuerzos del análisis, volvió el pensamiento á las síntesis y despuntó la poesía y el comercio, y la división del trabajo se inició. Pero el análisis no fué libre, los poderosos le fijaron un límite; el análisis se hizo nuevamente preordenado y fatal. Sólo un breve momento de libertad aparece en Grecia, pero duró un instante y luego se cerró para toda la edad media hasta la moderna en que el análisis se hizo libre.

Pero para ascender á nuevos órdenes, es necesario

que el hombre se eleve á aquellas coordinaciones de pensamiento, que constituyen el sistema y que se encuentran hasta en el salvaje, aun cuando cerrado y no turbado por extrañas influencias, y formado más de sentimiento que de razón. Pero bien pronto en medio de la tribu bárbara surge uno que señoreándose de los demás, puede elevar el pensamiento, exonerado, exento de la necesidad del trabajo, á la voz interrumpida de las cosas, y puede erigir las sensaciones en sistemas. Así surgieron los primeros mitos solares y celestes y los primeros sueños, todos los cuales tienen algo de común en todos los pueblos y algo de verdad. Luego, con las vicisitudes históricas, los sistemas se encontraron y se fundieron, y el número de verdades creció hasta que realizada la obra de una nación, el pensamiento se aquietó en una paz mental. El sistema se cerró y las nuevas generaciones continuaron su tradición y el pueblo se detuvo y decayó. Cupo á otro pueblo llegado más tarde á la civilización la misión de heredar el pensamiento, ya inmóvil y sujeto en la tradición, y reavivarlo y continuarlo.

Pero la psicología de las mentes asociadas se vale también de la antítesis por la cual se entiende «aquel acto por el que uno ó más individuos, al percibir una nueva idea, viene, aunque inconscientemente, á negar otra». La nueva idea surge, pues, de dos modos: ó como conflicto de dos mentes que esforzándose en combatirse llegan á una verdad antes desconocida, ó como visión serena de varias mentes que no entienden la íntima fuerza de negación de otras ideas que quedan vencidas. En uno y otro caso es varia la fortuna de las ideas que nacen de la antítesis: á veces las dos ideas *antitéticas* sobreviven, reina cada una en un campo propio de pensamiento; tal otra, la nueva vence á la

antigua, que sale y desaparece del pensamiento humano. Y sucede á veces que una antítesis llama á otras más atrevidas y victoriosas ó que más que de ideas la antítesis es de métodos, de artes, de costumbres, de investigaciones. Y «para fecundar la antítesis es necesaria la obra deliberada de varias mentes» del partido, de la secta, de la colectividad, donde más que en el claustro del propio *yo*, el pensamiento se hace acerado y agresivo. Por lo que «los razonadores que á la presencia de las pasiones se hacen combatientes, en presencia de las ideas son obreros que martillan en un mismo hierro, ciegos instrumentos de una obra común. Cada nuevo esfuerzo añade un anillo á la cadena que arrastra á ambas partes al vértice de la verdad».

Al llegar á este punto, Cattaneo lanza su mirada de águila alrededor por el vasto panorama de la sociedad, y con admirable intuición señala las diferentes antítesis que la dominan, y termina invitando á los estudiosos á perseverar en las investigaciones «de esta ciencia descuidada —anillo necesario entre la ideología del individuo y la ideología de la sociedad — que puede suministrar subsidios á la cultura de las naciones».

Pero antes de cerrar estas referencias sobre Cattaneo, es necesario decir que Mill habló de una ciencia del carácter ó etología (de *ἦθος* que significa carácter).

«Si nosotros—escribía—, como corresponde al uso y como conviene, empleamos el nombre de psicología para designar la ciencia de las leyes fundamentales del espíritu, el nombre de *etología* será el de la ciencia ulterior que determina el género del carácter producido conforme á estas leyes generales por un conjunto cualquiera de circunstancias físicas y morales.

Según esta definición, la *etología* es la ciencia que corresponde al arte de la educación, en el más amplio sentido de la palabra, comprendiendo en ella la formación de los caracteres nacionales y colectivos no menos que los individuales.» Y añadía que si la sociología es ciencia eminentemente experimental y de observación, la etología es enteramente deductiva derivándose de las leyes generales del espíritu (1).

LAZARUS Y STEINTHAL Y LA «DEMOPSIKOLOGÍA»

Casi al mismo tiempo que Carlos Cattaneo presentaba al Real Instituto Lombardo sus monografías sobre la psicología de las mentes asociadas, Lazarus y Steinthal, por un encuentro feliz é inconsciente del pensamiento, fundaban la *Zeitschrift für Völkerpsychologie* (2). Los dos en el fondo se proponían lo mismo: interpretar la fenomenología social, descrita por la historia, por medio de la psicología, á la manera misma de la realidad natural que, aun siendo descrita por algunas ciencias (historia natural, cosmografía), é interpretada por otras (fisiología, física, química). Sino que en este caso no se trata de la psicología individual, que estudia al hombre en sí, separado artificialmente de la sociedad en que vive; sino que aquella que, estudiando los vínculos ideales que unen á los individuos entre sí, se llama por esto *psicología de los*

(1) John Stuart Mill: *Système de logique deductive et inductive*, tomo 2.º, págs. 457 y 58. París, edit. Alcan, 1896.

(2) La primera memoria de Cattaneo es del 2 de Agosto de 1859; la segunda no tiene fecha; la tercera parece ser del 13 Noviembre 1863. Véase Oper. edit. ed inedit. di C. Cattaneo. El archivo de Lazarus y Steinthal fué fundado en 1860.

pueblos. Cada uno de los cuales tiene un alma propia que mal se podría explicar por la comunidad de raza, de lengua, de territorio, descendiendo del vínculo espiritual, favorecido y ayudado por los otros factores materiales de que hemos hablado. Después de todo, el objeto de esta psicología será el espíritu público en cuanto abraza la religión, el arte, la ciencia, el derecho, la economía y las leyes que la rigen.

Y no se contraponga á la unidad del *yo social* la del *yo individual* para negar la existencia del primero, ya que hay varias especies de unidades desde la puramente inorgánica á la orgánica, á la psicológica. El mismo *yo individual* que se forma día por día es también un compuesto, lo mismo que un pueblo, de donde una idea es al alma individual lo que el alma individual es á la social.

El espíritu público se manifiesta de un lado en las conciencias individuales, del otro en las cosas, que llevan el sello del espíritu y viven y se transmiten de generación en generación. Tales son los monumentos, las máquinas, las escuelas, las iglesias. Además, buscando en las psiquis individuales lo que tienen de común en un determinado tiempo y en un determinado lugar, llegamos á la conciencia nacional, hecha de estados semejantes, pasados y presentes, y en los cuales se maduran los otros del porvenir.

Pero este espíritu que, grabándose en las cosas, puede llamarse objetivo, se distribuye desigualmente: parte es en verdad común á todos, parte corresponde á ciertas clases ó gremios que lo custodian con celo. Y en el interior de estas formas cerradas de multitud, algunas recogen en más larga y excelsa medida el pensamiento común, otras menos. Pero este pensamiento ¿quién le crea siempre, sino el genio ó el héroe que le

difunde, puesto que el genio es quien conduce al pueblo? (1).

WUNDT Y WORMS

La psicología social, que había llegado á tanta altura con Lazarus y Steinthal, fué confinada, dirémoslo así, por Wundt, á límites más restringidos, pero no menos importantes, en cuanto es un método de investigación relativo á productos socio-psíquicos que surgen en las sociedades primitivas. Y éstos son: la costumbre, el lenguaje, la religión y el mito.

«Los fenómenos sociales — escribía Wundt — no podrían nunca salir de las almas individuales; pero del mismo modo como no están los elementos psíquicos en estado aislado, sino que sus asociaciones y productos que producen lo que nosotros llamamos un alma individual, así el alma colectiva, en el sentido empirico, no consiste en la simple suma de estados individuales de conciencia cuyos círculos se superponen en pared; sino que de sus asociaciones resultan fenómenos particulares psíquicos y psico-físicos que no podrían nunca producirse en la conciencia individual aislada, ó que por lo menos no podrían desarrollarse en el grado á que llegan á consecuencia de las acciones recíprocas de los individuos.» Ahora bien; esta alma colectiva entendida así es la que crea el lenguaje, la costumbre, la religión, ó sea, todos aquellos productos socio-psíquicos que Wundt en obras memorables comenzó á estudiar (2).

(1) Bouglíé: *Les ciencias sociales en Allemagne; La psychologie des peuples*, pág. 18 y sig. Alcan, 1902.

(2) Wundt Wilhelm: *Grundriss der Psychologie, Völker-*

A la opinión de Wundt se adhiere en parte Worms, brillantemente refutado por Groppali (1). Para el escritor francés, «la psicología colectiva es en cierto sentido una psicología individual, en la cual se interviene á título de explicación de los fenómenos sociales, tanto, que toda psicología es en un concepto individual y en otro colectiva, y no se pueden distinguir dos psicologías». Más cerca de la verdad nos parece E. Ellwood, que cree que junto á la acción que el ambiente ejerce sobre la sociedad es notable la influencia de los grupos humanos particulares sobre los individuos que de ella forman parte. Por ella se engendran fenómenos socio-psíquicos que emergen de las acciones y reacciones individuales, de las que no viven separadas, sino que son expresiones interindividuales (2).

TARDE Y LA PSICOLOGÍA INTERESPIRITUAL

OTROS ESCRITORES

Después de esta banda de escritores menores llegamos al monumental Tarde, de quien ya nos hemos ocupado y de quien nos ocuparemos más adelante; y en Tarde, que en una serie de obras, brillantes y geniales, se ha ocupado de psicología colectiva y social que según él, lejos de ser distintas son una sola ciencia que bien podría llamarse *psicología interespi-*

psychologie, Eine untersuchung der Entwicklungs gesetz von Sprache, Mytus und Sitte. Leipzig, 1900 y 1901. Groppali.—*Psicologia sociale e psic. ollet.* op cit. Roma, 1900.—Villa: Op. cit. pág. 272 y sig.

(1) Groppali: Op. cit., pág. 10 y sig.

(2) Ibid., pág. 14 y sig.

ritual ó intercerebral (1). De la primera de estas la sociología debía esperar la propia respuesta, en cuanto «estudia la relación consciente de varios individuos» y propiamente de dos. Lo que constituye el hecho social elemental, del cual las agrupaciones ó combinaciones múltiples constituyen los fenómenos llamados simples, objeto de las ciencias sociales particulares (2). Continúa luego Tarde hablando de las leyes que regulan y que explican el proceso social y que él reduce á tres: imitación, oposición y adaptación. Tales leyes, comenzando por desarrollarse en un reducido círculo de personas y entre pequeñas realidades fenoménicas, dan principio á una creciente integración y á efectos siempre más vastos. Por lo que su camino es bien distinto de la concepción que el pensamiento humano tiene de ello al principio de la ciencia, que—verdadero espejo invertido—coge primero las imitaciones, las oposiciones, las adaptaciones más grandes y aparentes, no sin engañarse á veces, para descender á motivos imitativos, de oposición, de adaptación mínimos pero infinitos, por ello capaces de efectos maravillosos. Por último, supone que los hechos de adaptación, oposición é imitación, antes de realizarse en individuos distintos, se realizan en un cerebro particular, que es así el primer teatro de estos grandiosos dramas sociales.

¿Quién no ve que Tarde, á pesar del brillo del estilo y de la sugestión de las imágenes, mete la psicología social y colectiva en la sociología de donde han salido ya, y las reduce luego á hechos psico-individuales, cuyas leyes á su vez, no son otra cosa que las mismas de la ondulación, de la transmisión y de la opo-

(1) Tarde: *L'opinion et la foule. Avant propos*. Alcan, 1902.

(2) Tarde: *Les lois sociales*. Alcan, 1902.

sición de las ondas etéreas que rigen la naturaleza física?

Para Asturaro, como para De Roberty, hay dos psicologías: una del hombre prehistórico y de los animales y que se desarrolla fuera del ambiente social; y otra que se madura y desarrolla en el círculo social. Y esta es la psicología concreta ó social. «La comunicación de las ideas por medio de la palabra—escribe De Roberti,—su transmisión por la escritura, las artes técnicas, las bellas artes y mil otros símbolos de relación ó canales de transmisión; la tradición oral, literaria, estética y científica; el choque y la lucha social de los sentimientos, de las pasiones y de los intereses; las múltiples instituciones de dirección, de gobierno, etc., forman una vasta serie de influencias sociales, que se unen á las condiciones biológicas para producir como resultado aquellos fenómenos, aquellos movimientos y manifestaciones psíquicas que la observación más diligente no descubre sino en el hombre que vive en un estado de asociación constante con sus semejantes.»

Ahora bien; mientras esta psicología *concreta* ó *superior* permanece, para De Roberty, distinta de la sociología de donde deriva, para Asturaro se confunde con ella (1).

Por último, para cerrar esta reseña, diré que para Rómulo Bianchi hay dos psicologías: una que se remonta á Vico; otra, recientísima. La primera tiene por objeto el estudio de los productos socio-psíquicos, que se realizan en el grupo histórico, ya en ellos la individualidad se anule ó desaparezca (lenguaje, mito,

(1) Asturaro: *La sociología, sus métodos y sus descubrimientos*.

leyenda); ya «el individuo conserve evidente eficacia» (moral, arte, religión). La segunda tiene por objeto el estudio del grupo temporal, de que la multitud es la forma más baja. Ahora bien; estas dos disciplinas constituyen para Bianchi la psicología social, que mientras esclarece la individual, es muy distinta de la filosofía y de la sociología (1).

Se ha ocupado también de la psicología social Enrique de Marinis en su *Sistema di sociologia*. Comienza definiendo la conciencia social y colectiva como «un consentimiento más ó menos común, un relativo consentimiento general sobre un determinado objeto y en general sobre todas las finalidades de la existencia». Esta emerge luego del contacto de las psiquis individuales, si bien ejercite luego sobre ellas una acción plasmante (2).

(1) Rómulo Bianchi: *Problemi di psicologia sociale* en *Riv. di psic.* Año III, 1901.

(2) El profesor De Marinis me acusa á mí, á Baldwin y á Tarde de creer en la existencia de un alma colectiva con existencia propia, verdadera, supervivencia, metafísica, de otros tiempos. Yo, después de dar las gracias al *docto profesor napolitano* por el honor que me hace al ocuparse de mí, le contestaré que ya en mis primeros escritos decía: «Ha pasado el tiempo en que la psiquis individual se consideraba como una unidad simple. Gracias á los estudios psicogenésicos, nos aparece como compuesta de las mil psiquis elementales, que los varios elementos anatómicos, los varios órganos mandan á los centros nerviosos para sumarse en ellos.» Y continuaba: «Semejante es la psiquis colectiva: está compuesta de las funciones psíquicas individuales, que, sumándose y restándose, dan una nueva formación psíquica con un contenido más elevado. La materia psíquica permanece siempre la misma, pero el modo de componerse varía: son, como decía Lewes, «siempre los mismos hilos, pero que se enlazan de distinto modo hasta formar telas nuevas y diversas». *Animo della folla*, págs. 2 y 3.

De esta conciencia colectiva, el alma de la multitud es una forma, un modo (pág. 302), que se reduce á relaciones interindividuales (pág. 303) y que son «la relativa transformación del momento de los caracteres de la raza» (pág. 304). De la multitud se ocupa la *psicología colectiva*, la cual no es una rama nueva de la ciencia, sino que se remonta á Carlos Cattaneo, á Lazarus, á Steinthal.

Para De Marinis, pues, el hecho psico colectivo y el social no son distintos y se aproxima mucho al criterio diferencial, pero pronto se aleja de él para confundir las dos ciencias de la psicología colectiva y social en una sola.

Al mismo concepto de que la psicología colectiva y social son una sola cosa y se confunden con la sociología, llega Pablo Orano en un libro—la *Psicologia sociale*—en que la agudeza del pensamiento se une con la forma desembarazada y ágil, y con la fina ironía, contra los psicólogos de saloncillo, dominados del vacío espíritu de *finesse*, tan caro á los decadentes y á los señores.

En efecto; después de haber demostrado que los fenómenos psíquicos que surgen en un determinado punto de la monística vida universal (pág. 25) tienen su fundamento en los «solos y mismos factores materiales, antroposociológicos» (pág. 27), examina, en brillante carrera las intuiciones del arte con respecto á la multitud, para limitarse á Italia, donde las indagaciones psico-sociales se inician con Vico, se conti-

Si el agrego profesor hubiese leído un poco más allá en mi *Psicologia collettiva*, en donde se contienen las desgraciadas palabras que tan bien se prestaron para este proceso de lesopositivismo, habría encontrado repetidas las ideas poco antes expresadas.

núan con Romagnosi y Cattaneo, para descender hasta los últimos estudiosos (págs. 43 y 70).

Por último, la psicología social, que se había movido desde el principio en el puro campo de las teorías, en estos últimos tiempos ha tomado una tendencia práctica: la de estudiar y describir el alma de un determinado pueblo, ó sea los estados de conciencia particulares á éste, tratando de indicar las causas. Estos estudios son los que constituyen la *etología política*, rama de la etología general de cuya inmadurez y juventud participa (1), si bien ya hace varios años Taine nos había ofrecido admirable ejemplo. Taine se había restringido á las solas manifestaciones literarias y artísticas de ciertos pueblos. Pero con tendencia más amplia continuaron su obra Pullé en *Perfil antropológico de Italia*; Fouillée en su psicología del pueblo francés é italiano, alemán, ruso y griego antiguo; Orano con la psicología del pueblo italiano; Nicéforo en los *Italianos del Norte é italianos del Sur*; Sergi en los *Arios é Itálicos*; Boutmy en su ensayo de psicología política del pueblo inglés en el siglo XIX. Ultimo por el tiempo en este orden de estudios es el trabajo de Carlos Letourneau (2), respecto de la psicología étnica. Con esta obra, Letourneau trató de

(1) Stuart Mill: Op. cit.

(2) La *psicología etnográfica y etología* se inició en Inglaterra y Alemania, donde por obra de Lubbock, Spencer, Tylor, Waitz, Bastian, se hicieron investigaciones importantísimas, como las relativas á la mentalidad del hombre primitivo y del salvaje.

Luego vino á confundirse en gran parte con la psicología social. Por lo que se refiere á los autores alemanes, la psicología etnográfica, descendía de la escuela de Herbart, de quien Waitz era discípulo y secuaz. En cuanto á los orígenes de la

fijar las mentalidades de las grandes razas humanas, después de distinguirla de la de los animales é infantiles, de haber cogido los caracteres generales y primitivos. Pasa así, ante los ojos del lector, las varias manifestaciones de los caracteres psíquicos de razas diferentes y reviven ante él las mentalidades china, semítica, helénica, romana, en que se funden en tiempo del imperio las dotes étnicas de cuantos pueblos vivieron en torno al Mediterráneo. Llegada la Edad Media, la mentalidad toma un carácter de conjunto, nacido, como el del imperio romano, del proceso de fusión del mundo antiguo con el mundo bárbaro. Este mundo medioeval fué el que se fundió en el moderno, incluyendo en sí pueblos diferentes (italianos, franceses, españoles, alemanes, etc.), cada uno dotado de mentalidad propia. Y aquí se detiene el estudio de Letourneau, importante por la audaz tentativa de trazar la psicología social de las grandes razas históricas, basándola en criterios exclusivamente étnicos y antropológicos.

Otras veces, en cambio, la *etología política* se ha vuelto á describir y á estudiar desde el punto de vista psicológico, un fenómeno singular. Así ha hecho Lebon respecto del socialismo, y así nosotros, Renda y Troilo respecto al misticismo, etc.

Por último ha aparecido un trabajo de Levi (1), encaminado á estudiar una tendencia que se había manifestado en Lamprecht y en todos los últimos secuaces de la nueva escuela de la historia social. Por tal

psicología etnográfica y de sus diferencias ó semejanzas con la psicología social, véase la obra de G. Villa, ya cit., págs. 71, 72 y 285 y sig.

La psicología etnográfica se puede considerar como uno de los movimientos de ideas de donde surgió la psicología social.

(1) Letourneau: *La psicología étnica*.

tendencia la psicología social y el determinismo histórico, en vez de excluirse se completan recíprocamente, puesto que ambas cooperan á una mejor inteligencia del lado histórico de la fenomenología social.

Levi parte de la imprecisión del movimiento de la palabra *materialismo histórico*, con que se designó la teoría de Marx y Engels, y puesta por él como fundamento de la interpretación sociológica. Pero si este movimiento respondía á las exigencias del momento histórico, puesto que se contrapuso á los idealismos entonces dominantes en la ciencia, no pudo dejar de suscitar injustas desconfianzas. Por lo que se substituyó su nombre originario varias veces por otros encaminados á designar una nueva filosofía de la historia, por la cual el factor económico sólo es el más simple y primordial de los factores de la historia; sino también la fuente inadvertida de la superestructura social. Y aquí es preciso ponerse de acuerdo sobre el origen del factor económico, que, según Levi, fué mejor estudiado por Loria, «en el hecho esencialmente sociológico y físico de la población», antes que en el otro del instrumento de producción propuesto por Marx.

Pero de afirmar que el factor económico sea la causa inadvertida de toda la fenomenología social á deducir, como muchos hicieron, que baste examinar algunas cifras de los mercados para comprender los cambios en la forma de la moral y del derecho, hay gran diferencia, pues es un modo demasiado simplista de entender la historia. La cual es mucho más amplia y compleja; y su estudio y evolución, si tienen base en el determinismo económico, reciben gran luz del estudio de la psicología social.

Al llegar á este punto, Levi aprovecha la ocasión para una breve excursión al través de la historia de

la psicología social, notando cómo ésta se diferencia de la psicología colectiva, que no puede encerrarse en los límites en que la puso Groppali, sino que debe ocuparse también de colectividades menos inorgánicas y menos accidentales que la multitud, y de aquí deduce que «la psicología colectiva para ser fundamento de la sociología, debe integrarse en el determinismo económico».

Es mérito, continúa Levi, de la filosofía positiva y de Ardigó—feliz continuador de la tradición filosófica en Italia,—que la psicología social se haya podido valer de todos los estudios de estos últimos años sobre la psiquis individual y sobre el modo cómo se transforma en el seno de la sociedad así como sobre el modo cómo surgen y evolucionan algunos productos psicosociales, como la moral y el derecho.

¿Qué importa que Ardigó, que tanto profundizó en estos factores y percibió su ley de formación, no llegase á la subestructura social del factor económico? Su diferencia es más de objeto y de materia, que de inteligencia y de método, y es mérito de Ardigó que muchos de sus discípulos, como Loria, Ferri, Groppali, superando su visión, acogieran el determinismo económico como un antecedente realístico y lógico de la enseñanza del maestro. Integrada así la psicología social en el conocimiento de la filosofía positiva, después de haberla sentado sobre las bases del materialismo histórico, bien pudo afrontar tormentosos problemas ó iluminar con vívida luz épocas sociales inciertas ó desconocidas.

Este, en sus grandes líneas, es el trabajo, por varios conceptos elevado, de Levi (1), del cual se deduce que

(1) A decir verdad, al nexo íntimo y profundo entre el

la psicología social, muy diferente de la colectiva, sólo puede ser la base de la sociología con una condición: que se integre con el determinismo económico (1).

II

LOS LÍMITES DE LA PSICOLOGÍA SOCIAL

El lector que nos ha seguido pacientemente al través de esta labor de investigación habrá ya comprendido que la finalidad de la psicología social no puede ser distinta de aquella que con mano maestra trazó Grop-pali. Para este agudo y joven sociólogo, como para nosotros, la psicología social, si bien tiene por campo de estudio algunos fenómenos sociopsíquicos que entran más propiamente en el *folklorismo*, extienden sus investigaciones luego hasta el alma de los pueblos y

determinismo económico y la sociología en general, especialmente en lo que se refiere á la formación general natural de la justicia, según las geniales ideas *ardigianas*, aludió claramente varias veces Groppali especialmente en el ensayo *Roberto Ardigó; la sociologia ed il materialismo storico*, pág. 99, Milán, 1899. Levi no ha hecho más que desarrollar ampliamente el pensamiento de Groppali, especialmente en las relaciones de la psicología social.

(I) Como aparece de estos fugaces años, que son la trama de una nueva obra que pienso escribir, la psicología social surge de las siguientes corrientes ideales:

- 1.º De una corriente jurídica que reside en la conciencia y en el espíritu del pueblo (*Volksgeist*), la fuente del derecho.
- 2.º De una corriente más propiamente sociológica, que descende de Herbart y va hasta Lazarus y Steinthal; se vale mucho de las investigaciones lingüísticas.
- 3.º De una corriente de investigaciones solitarias represen-

la conciencia social (1). La cual vislumbrada por la escuela histórica que hizo de ella la matriz del derecho, fué, como antes dijimos, considerada como algo de hipostático, de anterior á los acontecimientos humanos, para luego aparecer á la mente de nuestro Cattaneo en su génesis natural de fenómeno emanado del choque de las psiquis individuales. Así era revelando el mecanismo de donde irrumpe la conciencia colectiva. Faltaba, sin embargo, por determinar la causa verdadera por la cual ésta se manifiesta de modo distinto de un pueblo á otro y en un mismo pueblo tiene propiedades comunes que la distinguen de las conciencias de los particulares. A este intento respondieron tres teorías: la primera, física, propuesta por Taine, la segunda psicológica, de Lebon, la tercera social, sostenida por Rómulo Bianchi (2).

En efecto, para Hipólito Taine el alma de un pueblo es estado moral elemental, formado por tres condiciones diferentes á saber: *la raza, el medio y el momento*. La raza implica las *disposiciones innatas y hereditarias* diversas según los pueblos; pero que en un

tadas por Carlos Cattaneo, á quien le fueron surgidas por la cultura general y profundos conocimientos glotológicos que aquella mente soberana poseía.

4.º De una corriente histórica y crítica, representada por Taine, en cuanto éste considera los productos ideales, especialmente artísticos de un pueblo, unidos «á la manera misma de las partes de un cuerpo orgánico».

5.º De otra antropológica y etnográfica, que estudia las mentalidades de los pueblos primitivos y salvajes. Todas estas corrientes florecidas en un mismo clima histórico, no están separadas, sino que se suman y se compenetran.

(1) Groppali: *Psicologia sociale è collettiva*, pág. 18, op. cit.

(2) R. Bianchi: *Elementos étnicos y la civilización, la nacionalidad y la raza*.

mismo pueblo se conservan inmutables, cualesquiera que sean las vicisitudes históricas. Luego el medio, envolviendo por todas partes á un pueblo, modifica en parte su íntima esencia, y de dos pueblos nacidos del mismo tronco hace dos individualidades étnicas diferentes, que no obstante conservan «los grandes rasgos de la forma originaria bajo la huella originaria que el tiempo ha puesto en ellos».

«Hay—continúa Taine—entretanto un tercer orden de causas; en unión de las fuerzas de dentro y fuera está la obra que ya han realizado, y esta obra misma contribuye á producir aquella que sigue; además del impulso permanente y el medio dado, hay la rapidez adquirida. Cuando el carácter nacional y las circunstancias ambientes obran, no obran precisamente sobre una *tabula rasa*, sino sobre una tabla donde los trazos están ya señalados. Según se tome la tabla en un momento ó en otro, lo impreso en ella es diferente» (1).

Ahora bien; si no estamos equivocados y si no es atrevimiento, creemos que Taine ha incurrido en una petición de principio. Da como verdaderas y formadas en la raza aquellas aptitudes psíquicas, que por el contrario era preciso demostrar cómo se forman y en las cuales, juntamente con las expresiones biológicas, consiste la raza.

Menos amplia y genial nos parece la opinión de Lebon, según el cual todo pueblo tendría *un alma invisible é invariable* que se exterioriza en los diversos productos mentales y materiales. También aquí la misma obscuridad envuelve los orígenes de esta alma

(1) Taine: *Histoire de la littérature anglaise*, tomo I, pág. 23 y sig. Intr. París, 1895. (Hay ed. esp. de *La España Moderna*.)

invisible, entidad metafísica que permanecería inmóvil mientras la vida cósmica evoluciona en torno á ella.

Más correspondiente al ritmo exterior en cambio, es la teoría sociológica de Bianchi, el cual sostiene, y con razón, que el espíritu del grupo histórico como no es originario, no es inmutable; pero se forma y llega á ser en la animada vida de la historia y de la civilización, donde evoluciona, se muda y á veces se cambia completamente.

De todo cuanto hemos dicho creemos que aparece con claridad meridiana cómo y en qué se distingue la psicología social de la colectiva, tanto por sus vicisitudes históricas como por definido y propio objeto de estudio. En vano algunos como Asturaro, querrían confundir la psicología social con la sociología, mediante un argumento que nos parece es su más segura condenación. Según este concepto, la distinción de la sociología de la psicología social, choca contra dos dificultades, de las cuales la primera consiste en la «inseparabilidad de los hechos psíquicos superiores de hechos sociales», puesto que el hecho psíquico no puede considerarse separado de las formaciones sociales de donde surge.

Fácil es responder á esta primera objeción: en efecto; ¿quién no sabe que los hechos sociológicos viven, casi diríamos, una doble existencia, ora confusos y entrelazados en el desarrollo y en el plexo social, ora emergentes y revelados por éste? Así, en un lienzo espeso los hilos y las tramas multicolores se mezclan y se confunden en el espesor del tejido para bajar por él derecho y señalarse revelados y distintos. La ciencia refleja estos dos distintos modos de la realidad, porque mientras las ciencias sociales particulares es-

tudian los diversos fenómenos desvelados y salientes, la sociología estudia su desarrollo en la realidad de la vida, por lo que, elaborando las conclusiones á que las ciencias sociales llegaron, ejerce sobre ellas un movimiento renovador (1).

Viene así á justificarse la personalidad de una ciencia (psicología social), que estudia el lado puramente psíquico de ciertos fenómenos, que por otros aspectos, pertenecen á otras ciencias sociales y en su conjunto á la sociología. En efecto; en otros campos, ¿quién pondría en duda la existencia y autonomía de la psicología individual, sólo porque el organismo animal es objeto de la anatomía y de la fisiología, y estas dos ciencias forman parte de la biología?

No más válida nos parece la otra objeción de Asturaro, según la cual, admitida la existencia de la psicología social, hay que admitir sus ramas particulares, y no sólo las concernientes al arte, la ciencia, la religión, sino las otras que se relacionan con la economía, el derecho, etc. Ahora bien; esto lejos de constituir un obstáculo á la autonomía de la psicología social, es una brillante confirmación de ella. En efecto; ella nos dice que la psicología social, como todas las ciencias jóvenes y progresivas, extiende su campo de investigación á fenómenos que le pertenecen y desarrollan las virtualidades inmanentes en ella. Y nos complacemos en observar que Tarde no ha desdeñado es-

(1) Este es el concepto genial enunciado por primera vez, si no nos engañamos, por Stuart Mill, op. cit., vol. II, pág. 509, y sostenido y desarrollado por Vanni, por el mismo Asturaro, por Worms, por Groppali, etc., y hoy aceptado comúnmente. Véase Groppali: *Le teorie sociologiche di R. Ardigó*, página 116 y sig.

cribir en este mismo año (1902) una psicología económica.

De aquí se deduce que la psicología social y la psicología colectiva son ciencias de referencia con respecto á la sociología, ciencia madre y directiva. Pero mientras nosotros creemos entran por su propia cuenta en la sociología, otros, por ejemplo Baratono (1), cree que hay necesidad de una ciencia mediata que las una á la sociología. Y esta es la *psicología de los pueblos*, sobre la cual está la psicología teórica, sobre la cual debe fundarse la ciencia social. Ahora bien; parécenos que razonando así, se crea una ciencia innecesaria y, hasta cierto punto, imposible. Innecesaria, porque en el fondo no sabríamos decir á qué se reduce esta psicología de los pueblos, que debe ser algo distinto de la psicología social; imposible, porque el objeto de la psicología social y colectiva, aun siendo unívoco, está mirado por las dos desde puntos de vista tan diferentes, que no puede encontrar otra síntesis á no ser aquella que se reúne en la unidad del estudio de la realidad social, ó sea de la sociología.

Terminada así esta larga pero necesaria digresión, pasemos al método en la psicología colectiva.

I

EL MÉTODO

Volvamos un paso atrás y repitamos muchas de aquellas ideas que expusimos en la introducción.

El problema del método es de aquellos que intere-

(1) A. Baratono: *La psicologia dei popoli*, págs. 3 y 4.

san más directamente y que preocupan más á las ciencias que, como observa Loria, encuentran en el método la contraseña exterior, en que claramente se reflejan, y la índole especial de su objeto de estudio y la fisonomía de su sentido mental (1).

Fouillée, á propósito de la sociología, escribía no ha muchos años: «Ils lui reprochent enfin de ne pas avoir encore dégagé avec précision les procédés propres de sa méthode, comme si une science, au début, était obligée de marcher autrement que en marchant et en laissant au philosophe le soin de spéculations ultérieures sur les méthodes» (2).

Hoy se repite igual reproche contra la psicología colectiva, aunque esta figure entre los últimos y más jóvenes tallos del árbol del saber, y le ha perjudicado haber tenido demasiado en cuenta aquellas claras intuiciones que de la psicología colectiva ha tenido el arte (3), y haber sido llena con demasiada frecuencia de analogías, especialmente con la psicología general, olvidando que sólo de este modo ha sido posible un primer esbozo científico.

(1) A Loria: *La sociologia, il suo compito e le scuole*.

(2) Fouillée: *Le mouvement positiviste*. Alcan, París, 1896, cap. II, pág. 231.

(3) A. Groppali: *La genesi sociale del fenomeno scientifico*, pág. 47. Edit. Bocca. Durckheim luego, en el 5.º y 6.º *Années sociologique*, reprocha á los cultivadores de la psicología colectiva el no estar de acuerdo sobre los límites y el conocimiento de nuestra ciencia. Esto á propósito de la recensión que hace de mis obras, de las de Tarde y de las de Sighele. No es necesario decir que el reproche, aun siendo verdadero, es achacable á la infancia de toda ciencia. La sociología que se ha constituido en ciencia autónoma en la primera mitad del siglo XIX, á partir del *Curso de filosofía positiva* de A. Comte, no es, por tanto, más precisa que la psicología colectiva. Sin embargo, nadie osaría hoy discutir su individualidad científica!

En efecto; cuando una ciencia surge, tiene necesidad de un sostén que le permita vivir y prosperar como en el mundo de la flora las pequeñas plantas de la guía que el jardinero ó el acaso ha puesto junto á ellas. Y el árbol protector es siempre otra ciencia, al fin, más adelantada; que es mejor que las otras y ocupa y emplea las inteligencias de su siglo.

Así, la psicología colectiva, nacida para los fines de la criminología, de los campos de la sociología y de la psicología, derivó de estas, analogías de método y de exposición.

A dicho período de las observaciones confusas y de las *praenotiones*, para usar de la frase de Bacon, sucedió pronto el no menos fecundo de que la ciencia encuentra *prácticamente* su propio método, distinto de las ciencias afines. El cual, aun formándole con el devenir de la ciencia, no es menos verdadero que la otra parte, que debe formar desde el principio, especial objeto de estudio. Y tanto más cuanto que se trata de una ciencia derivada cual es la nuestra, como más adelante demostraremos; y tanto más rápidamente, aun cuando se trata de ciencias llegadas últimamente al común acerbo del saber humano. Puesto que ellas, como todas las formaciones posteriores, recorren de un modo rápido aquellas etapas evolutivas que las otras anteriores recorrieron enteras y en más largo tiempo.

La psicología colectiva se encuentra precisamente en este momento. Se ha hecho una ciencia autónoma, superando el período de las *praenotiones*, y siente por esto la necesidad de fijar científicamente su propio método.

Toda investigación metodológica se resuelve en estas otras: determinar fijamente el carácter y la natu-

raleza de los hechos, á cuya consecución tiende; designar los métodos de la investigación propios de aquellos hechos ó que pueden extenderse á ellos; encontrar el modo más natural de agrupar los hechos en la exposición, ó sea, encontrar un plano de estructura en la economía de los organismos científicos, así como le hay en la de los organismos biológicos.

El proceso metodológico puede dividirse en tres partes:

1.º Metodología de *distinción*, que se relaciona con la división de la ciencia, pero se distingue de ella en que penetra más adentro en el hecho elemental, despojado de todo accesorio, mientras aquella se extiende al hecho general y complejo.

2.º Metodología de *investigación*, ora general á varias ciencias ó á todas, ora especial á aquella de que se trata.

3.º Metodología de *exposición*.

II

EL HECHO ELEMENTAL PSICO-COLECTIVO

Cada ciencia, al llegar á cierto desarrollo, siente imperiosa necesidad de determinar el objeto de sus estudios, despojado de todo atributo accesorio y reducido á términos constantes y por esto necesarios.

Esta es la más compleja y al mismo tiempo la más preliminar de toda investigación, que las ciencias jóvenes, que se han distinguido de las otras, afines por un conjunto discreto de observaciones y de experiencias, tratan de realizar. Y á la visión incompleta y vulgar de su propio objeto, sustituyen la otra clara y científicamente determinada. Y esto no sin utilidad de

la ciencia, que no puede pedir al fin de su más amplio desarrollo esta investigación más de cuanto haya podido hacer en el momento inicial, sin hacer obra vana en todo ó en parte.

Así, las ciencias particulares llegan á aislar un grupo de fenómenos semejantes, que estudian en parangón con otros que están por encima ó por debajo en la continuidad de la vida y que son objeto de otras ciencias. Y para mayor éxito, no omiten por un momento las formas degradantes é intermedias, en las cuales los caracteres se confunden y ondean, considerando casi en una condición estática, ó sea, de composición y de quietud.

Al par de otras ciencias, la psicología colectiva, después de la intuición más ó menos clara de su propio objeto, se propone la investigación científica del mismo, hecha imposible por las experiencias y observaciones acumuladas, y hecha necesaria por la precisión de proceder concretamente. Hasta ahora ha podido contentarse con el concepto vulgar con que se le han revelado los hechos nuevos, antes confundidos en otros semejantes. Hoy, en cambio, debe investigar, si y en qué medida tal concepto responde al científico, y cómo el hecho psico-colectivo se distingue del fenómeno bio-psicológico subordinado y del psico-social y sociológico que está encima. En otros términos: debe buscar el concepto del hecho psico-colectivo depurado de todo elemento afín, pero extraño.

Y por esto debe ir de los caracteres objetivos y exteriores que tal hecho presenta, para penetrar luego en los otros particulares é íntimos (1).

(1) Emile Durkheim: *Les regles de la méthode sociologique*, pág. 45 y sig. Alcan, 1901.

Tomando, pues, los moldes del concepto vulgar, digamos que éste nos debe servir de indicador, sin pretender que se relacione con el hecho científico si no en parte. En efecto; cuando comúnmente se quiere indicar un hecho psico-colectivo, se le designa por las señales puramente exteriores y materiales, como es la *multitud*, se dice que había una gran multitud que gritaba, huía, etc. Y cuando luego tratamos de indagar el concepto vulgar de *multitud*, comprendemos fácilmente que por tal se entiende la *muchedumbre*, esto es, un gran número de personas aprupadas y acumuladas en la unidad de tiempo y de espacio; sin sospechar, ni siquiera lejanamente, que pueda aprisionar ondas psico-colectivas.

Pero el vulgo, aun teniendo la concepción grosera de los hechos psico-colectivos, los restringe á la forma más superficial de la multitud inestable é indiferenciada, y de ella toma el carácter diferencial el concepto de multitud. El cual, por su unilateralidad y estrechez, excluye todas las otras formas de multitudes humanas estrechas ó desligadas, como jurados, comisiones, sectas, castas, partido, público; ó las subhumanas, como manada, rebaño, nidada, etc.

Pero adviértase, que tal concepto vulgar no satisface al estudio que en el hecho psico-colectivo busca no sólo la pluralidad de persona —que puede oscilar desde dos á miríadas— sino aún más el *consentimiento psíquico*.

El concepto vulgar, pues, se abandona: no es ya el signo exterior del número, aumentado enormemente hasta la multitud; sino el del alma colectiva, lo que constituye la multitud.

Si éste falta habrá muchedumbre, pero no multitud.

Teniendo en cuenta este signo, —aun exterior para el sabio—, el fenómeno colectivo aparece muy amplio, ya que siempre que individualidades psíquicas—subhumanas ó humanas— se unen en una sola alma, podemos hablar de psiquis-colectiva. De donde se deduce como corolario, que la psicología colectiva extiende sus alas desde las formas duales hasta la multitud anónima; de ésta á las multitudes homogéneas; de las multitudes recogidas á las dispersas; de las humanas á las subhumanas.

Pero sí, procediendo así, el sabio llega á señalar los límites de su ciencia, debe pasar de los caracteres exteriores del fenómeno colectivo á los interiores. Lo que se reduce á buscar cuál es el carácter psico-colectivo despojado de todo atributo accesorio y reducido á términos constantes, y, por tanto, necesarios.

El alma colectiva (el nuevo carácter exterior que ha descubierto y que ha dado á su concepción superioridad sobre la vulgar) tiene necesidad de ser estudiada, para que no parezca ni un enigma misterioso, ni una entidad metafísica. El concepto de multitud, entendido no sólo como *inmensidad de número*, sino como *dualidad* y *pluralidad* de psiquis, tiene necesidad de ser reconducido á las manifestaciones psicológicas, cuya base es.

En otros términos: el proceso de formación de la multitud en sus dos términos —de *multiplicidad* de personas y de *unidad* de conciencia— y en los corolarios que de ellos se deducen, tiene necesidad de ser ilustrado; y esto no puede conseguirse sin entrar en el lado íntimo del fenómeno psico-colectivo, ó sea en los caracteres interiores.

DE LOS CARACTERES EXTERIORES A LOS INTERIORES
CONDICIONES COHIBITIVAS

En efecto; tomemos la pauta de la pluralidad de las personas é indaguemos cómo estas se unen en un solo estado de conciencia, ó si se quiere, en un alma colectiva. Y salta pronto á los ojos que una primera condición, completamente material, en el tiempo y en el espacio, es que obre por condiciones cohibitivas y no deje dispersar las ondas neuro-psíquicas que puedan surgir.

Pero la densidad sola no basta; hay necesidad de que exista un estímulo exterior capaz de incidir sobre todas las psiquis reunidas y de hacerlo vibrar. Ni debe ser vibración cerrada en cada alma, porque entonces podrían darse movimientos *sincrónicos* y *paralelos*, pero no colectivos. Para que éstos surjan es preciso que las emociones, que se despiertan por la incidencia del estímulo, se exterioricen, convirtiéndose en nuevos centros de irradiación que de las personas más sensibles se difundan á las menos sensibles.

La multitud, pues, en tanto puede pasar del estado de composición material á multitud, ó sea organizarse en unidad psíquica, en cuanto cada componente es capaz de sentir y de manifestar emociones y de reflejarlas *imitando*. Porque, en el fondo, la imitación se reduce al fenómeno de la simpatía, del cual forma el primer estudio fisiológico (1), cuando por la similitud de las conciencias y por la falta de poder inhibi-

(1) Ribot: *Psychologie des sentiments*, pág. 238. París, Alcan, 1897.

torio, copiamos de otros movimientos interiores y expresiones exteriores. Virtud de imitación que es más común en los amorfos, si bien tampoco se sustraen á ella los activos.

La vida y la intensidad de la multitud se ligan y se proporcionan pues, á las *manifestaciones simpáticas* (expresiones del semblante, grito, canto, etc.). Las cuales, sin embargo, desde un principio tienen un radio de difusión limitado en el espacio y en el tiempo, porque el grito, expresión emotiva, no puede ser oído sino dentro de ciertos límites; ni desvanecido, puede ser evocado. Luego interviene el arte para perpetuarlo con la escritura, la pintura y las formas plásticas; difundiéndolo con el grabado casi de modo *sincrónico*, por largo trecho de tiempo y espacio; para hacerlo revocable algunas veces, se emplea el cinematógrafo y la escena. Hay, pues, una *jerarquía* de manifestaciones simpáticas, que hace siempre menos necesarias las unidades de las psiquis de la multitud en el tiempo y en el espacio. La cohesión puramente material se hace mental y á distancia, y de las formas reunidas de multitud se pasa á las dispersas (1).

Así, el carácter exterior, la *multiplicidad*, aparece

(1) Tarde, á diferencia de nosotros, cree que cuando dos almas se ponen en *relación psicológica* no se comunican estados afectivos, sino sólo nociones y voliciones. No es menester, yo creo, combatir el error, ya que el fenómeno psico-colectivo elemental consiste propiamente en la comunión de estados de alma, como lo demuestran las diarias experiencias de todos los biólogos y psicólogos (Ribot, Wundt, Sergi, Mantegazza, Darwin, etc.), que han hablado de los signos exteriores de las emisiones capaces de suscitar estados internos semejantes á los que conmueven al sujeto. Véase Tarde: *Les lois sociales*, pág. 30. Alcan, 1902.

bien evidente y como el índice de otros caracteres interiores.

SINESTESIA COLECTIVA

Más rico aún de significación es el otro carácter que nosotros con frase sintética llamamos «alma colectiva», entendiendo por tal una sensación elemental que se extiende á todos los individuos de la multitud.

En efecto; fijando la mirada en las formas infantiles y subhumanas de la psiquis colectiva, donde el fenómeno aparece en su nuda simplicidad, éstas parecen consistir en una emoción simple y elemental que llamamos *sinestesia*.

Recuerde el lector las muchas imágenes dantescas de las ovejas que salen del redil, de las palomas que huyen si ven algo «que las meta miedo»; evoque muchas escenas de su infancia, en las súbitas alegrías y en los no menos súbitos temores, y verá que (1) las *sinestesias* son las formas más sencillas de la psiquis colectiva.

Y la *sinestesia* se encuentra en todas las formas de psiquis colectiva: en los cenáculos, en las escenas crueles ó piadosas de la multitud, en las guerras, ya que las más elevadas elaboraciones, emociones complejas, pensamiento, voluntad de la multitud, brotan de las *sinestesias* colectivas. Las cuales se hacen posibles por la semejanza de las psiquis de los que componen la multitud (similaridad), que se unen no en las efflorescencias superiores del carácter individual y de

(1) P. Rossi: *Psicologia collettiva*. Milan, 1900, cap. VII, y *I suggestionatori e la folla*. Bocca, 1902; *I meneurs infantili*, pág. 107.

raza, sino en cuanto hay de atávico y de irreductible en la naturaleza humana. Y esto que nosotros llamamos *teoría hiperorgánica* en psicología colectiva, no es otra cosa que una aplicación de la ley de *estratificación del carácter* y del levantamiento de los últimos estratos latentes en él.

Esta teoría explica cómo el carácter atávico humano, aun siendo más inestable y el más amorfo, pueda sufrir, ó la sugestión de circunstancias externas, ó del *meneur*. De aquí que el fenómeno psico-colectivo se reduzca á hechos de *auto* y de *hetero-sugestión*.

Consideramos, pues, la *sinestesia* ó sensación elemental psico-colectiva como la forma inicial de toda más compleja elaboración de la multitud. Se comprende ahora cómo la duración de un acto psico-colectivo está compuesta de varios momentos sinestésicos, de varias y diferentes intensidades. Y si pudiésemos representarnos gráficamente un fenómeno colectivo de una duración dada, como, por ejemplo, las emociones que se suceden en el público de un teatro; encontraríamos que el símbolo gráfico no sería una recta, sino una línea interrumpida, *saccadée*, como dicen los franceses, con ángulos descendentes ó ascendentes. Y considerando luego todos los ángulos descendentes ó ascendentes, se verían que eran desiguales y que á veces algunos de ellos descendían hasta la base ó se aproximaban á ella.

Ahora bien; ¿qué quiere decir esto, sino que la *sinestesia es dinámica*, ó sea, que es variamente intensa y puede descender é interrumpirse, cuando el estímulo no sea lo bastante fuerte para escitar los ánimos que componen la multitud, y para producir manifestaciones emotivas capaces de sumarse? Además, el ánimo colectivo tiene también un *dintel* de la concien-

cia, y sus estímulos tienen un *límite de excitación* y de *diferenciación*.

Queda así refutado el error de aquellos en que puede haber, ya un ánimo colectivo—usemos aún esta frase—existente por sí y producto de la multitud, ya también continuo y duradero mientras dura la multitud.

La experiencia enseña, por el contrario, que este presupone la multitud, la cual es su base física imprescindible y de la que es un epifenómeno. El cual puede no formarse ó formado vivir con mayor ó menor intensidad hasta descender y reducirse á hechos individuales, que pueden á su vez recomponerse en el fenómeno colectivo.

Así, la vida de una multitud en un teatro es un *ritmo psico-colectivo*; pero precisamente por esto tiene momentos de mayor ó menor entusiasmo y conmoción *sinestesia*, tanto por intensidad como por duración. Y tiene también momentos de frialdad, en los cuales las emociones disgregadas de los oyentes aislados, cerradas en sí, movimientos paralelos no sinestésicos, y tiene también interrupciones de acto á acto. Por lo que la sinestesia de la multitud teatral es episodio y epifenómeno, rara vez es la función correspondiente por duración ó intensidad á la duración de la multitud misma.

Y esto puede aplicarse á todas las multitudes, como las sectas, el público, etc.

SINESTESIA Y SINERGIA

La *sinestesia*, sin embargo, no permanece interior, sino que se exterioriza en actos, gritos, expresiones:

iguales en todos los individuos de la multitud, precisamente porque es una sola la emoción ó el sentimiento que los posee. Son lo que llamamos *sinergia* y que en la complejidad del acto psico-colectivo refléjanse en nuevos estímulos, que consiguen, por último, acrecentar aquel sentimiento de que son expresión.

Pero en el largo asociarse de la *sinestesia* con la *sinergia* puede suceder que la primera desaparezca, como si se tratase de acto instintivo y automático, y quede sólo la segunda. Surgen entonces aquellas formas instintivas ó *mecanizadas*, como las llamé otra vez (1), cual la danza, las coreografías, las formas tácticas de la multitud ejército, tanto animales como humanas. Las cuales son todas la última expresión del hecho colectivo, que ha perdido su principal elemento, la *sinestesia*, y de las cuales sobrevive, inmóvil y coligado, el elemento sinérgico.

Cuando, pues, el sabio trata de apoderarse de los caracteres interiores del alma colectiva, encuentra que consisten en la *sinestesia*. La cual presupone así el hecho material de las pluralidades bio-psicológicas, como los medios por los que éstas, comunicándose entre sí, se elevan en los estados particulares de conciencia á un estado común.

La *sinestesia*, pues, distingue el hecho psico-colectivo de las puras agrupaciones materiales *apsíquicas*, como las de la multitud; así como las conmociones psíquicas paralelas, pero no colectivas. Por último, reanuda la vida de la multitud dispersa y de la estática; las formas dualistas de la pareja con las múltiples de la secta, del jurado, etc., que se extiende hasta las castas y las clases; y distingue las formas huma-

(1) P. Rossi: *Psicologia collettiva*, pág. 99 y sig., op. cit.

nas de las subhumanas; el hecho colectivo verdadero del *mecanizado*; por último, el hecho colectivo, fundado en la sinestesia, por el sociólogo que se detiene sobre el cambio de los servicios mutuamente consentido, primero de una manera automática, se refleja luego inconsciente y voluntariamente.

Le distingue, por último, de las otras formas de sinestesia, que se prolonga de modo indefinido en el espacio y en el tiempo y reagrupan las psiquis en lo que tienen de común, no como unidades humanas, sino como formando parte de una raza misma, sometida á iguales vicisitudes históricas.

Por último, la misma dificultad encontrada para separar el hecho fundamental psico-colectivo de los accidentes varios que anublan su visión nítida y serena; y la verdad incontrastable que, sin los individuos particulares—considerados por nosotros por esto como los *elementos mínimos* de la psiquis colectiva— es imposible que haya allí sinestesia; nos ratificamos en que la psicología colectiva es ciencia derivada del encuentro de otras preexistentes más adelantadas. Lo que aparece no sólo del proceso histórico y genésico de nuestra ciencia, sino también del proceso *dogmático*, ó sea, de las varias leyes y fenómenos, propios de otras ciencias, que ella toma á préstamo y que la hacen extremadamente compleja.

Procediendo, pues, por el método arriba expuesto, llegamos á poseer los caracteres interiores del hecho psico-colectivo, el cual nos conduce á dos conclusiones:

1.º Poder recoger bajo una realidad fenoménica hechos y cosas que, sólo por intuición, nos parecen semejantes, pero que la experiencia vulgar, fundada en el concepto de *multitud humana*, excluía. Tales las

formas subhumanas, tales las otras humanas dualistas (pareja) y las múltiples del cenáculo y las dispersas del público.

2.º Poder asignar un puesto á la psicología colectiva, no sólo teniendo en cuenta el proceso histórico ó genésico, como dijimos, sino el lógico y el dogmático. El primero de los cuales presupone que existan individualidades psíquicas capaces de emociones y de simpatía; y que éstas se unan mediante descargas simpáticas, que puedan proyectarse á distancias crecientes. Por lo que si primero es necesario la cohesión material, luego basta la mental.

Ahora bien; tal desarrollo de la psiquis y de los medios de exteriorización no es posible fuera de la sociedad. Y en ella y por ella —como afirma entre otros Baldwin (1)— es donde se desarrolla la psiquis, y donde el hombre encuentra los medios más elevados de manifestaciones simpáticas capaces de difundir una emoción á distancia y de perpetuarla (artes plásticas, escritura, grabado, telégrafo, cinematógrafo, etc.)

Además, *lógicamente*, la evolución de la psiquis colectiva está ligada á la de la psiquis individual, de la cual es elemento indispensable mínimo elemental, por lo que ésta, á su vez, está condicionada por el desarrollo social. El pacto psico-colectivo, que es simultáneo con el social en las formas crepusculares de la vida de los cenobios y que se enlaza con éste en sus primeras inciertas manifestaciones (2), es, en fin, do-

(1) Baldwin: *Social and ethical interpretations in mental development*. New-York, 1897.—Véase P. Orano: *Psicologia social*, pág. 70 y sig. Edit. Laterza. Bari, 1902.

(2) P. Rossi: *Psicologia collettiva*, op. cit., págs. 206-7 y siguientes.

minado por él, que le sirve como de fondo, de cuadro ó mejor aún, de ambiente.

De aquí se deduce que el hecho psico-colectivo figura entre los más complejos y presupone aquellas ciencias que estudian é iluminan la individualidad humana y el medio en que ésta se desarrolla como antropología y biología, psicología individual y social, sociología.

En otros términos: aquella misma complejidad que hay en la realidad fenoménica psico-colectiva hay en la ciencia que la estudia. La cual deriva del encuentro de las ciencias biológicas y sociales, no sólo genéticamente, sino lógica y dogmáticamente consideradas (1).

(1) Esta verdad se encuentra admirablemente puesta de relieve en las páginas de Guyau. «La misión más alta —escribía— del siglo XIX ha sido en mi opinión, la de poner de relieve el lado social del individuo humano y en general del ser animado, harto descuidado por el materialismo de forma egoística del siglo precedente. El sistema nervioso nos aparece hoy como asiento de fenómenos que sobrepujan en mucho al organismo individual: la solidaridad humana domina la individualidad... El individuo considerado aisladamente, cerrado en su mecanismo solitario y apareciendo como esencialmente penetrable á las influencias ajenas, solidario con las otras conciencias, capaz de ser determinado por ideas y sentimientos impersonales. Es, por tanto, difícil de circunscribir en un cuerpo vivo una emoción moral estética ó de otra naturaleza, como lo sería querer circunscribir el calor ó la electricidad; los fenómenos intelectuales ó físicos son esencialmente expansivos ó contagiosos.

Los hechos de simpatía, tanto nerviosos como mentales, son cada vez más conocidos; los del contagio morboso, de la sugestión ó de la influencia hipnótica, comienzan á ser estudiados científicamente. De estos estados morbosos, más fáciles de conocer, se pasará poco á poco á fenómenos de influencia

Y esto no carece de importancia por el método que se haya de preferir en las investigaciones psico-colectivas. En efecto; admitiendo que la sola inducción ó deducción no baste, sino que la primera sirva al descubrimiento de aquellos hechos, de los cuales la segunda fija la ley; queda siempre por saber de cuál de estos dos métodos se vale con preferencia una ciencia. Para resolver esta cuestión es preciso recordar que las ciencias fundamentales son *inductivo-deductivas*, mientras las derivadas son *deductivo-inductivas*, en cuanto parten de las conclusiones á que llegaron las ciencias fundamentales (2) para ascender luego con las inducciones á nuevas verdades y visiones. Ahora bien; si esto es verdad, la psicología colec-

normal, entre los diversos cerebros, y, por tanto, entre las diversas conciencias. El siglo XIX terminará con descubrimientos aún mal formulados, pero tan importantes acaso en el mundo moral como los de Newton y Laplace en el mundo sideral: atracción de las sensibilidades y de las voluntades, solidaridad de las inteligencias, penetrabilidad de las conciencias. Fundará la psicología científica y la sociología, como el XVII fundó la física y la astronomía. Los sentimientos sociales se revelarán como fenómenos complejos, productos, en gran parte, de la atracción y repulsión de los sistemas nerviosos, y comparables á los fenómenos astronómicos, la sociología, en la cual entra buena parte de la moral y de la estética, llegará á ser una astronomía más complicada.» (*L'art au point de vue siciologique*, Prefacio del autor, pág. 45 y sig.)

Ahora bien; en estas fundamentales tendencias de la vida y del pensamiento moderno se escondían las razones principales que debían un día ú otro dar conocimiento á la psicología colectiva, en cuanto refleja ó estudia la penetrabilidad de la conciencia — hoy más fuerte que en el pasado — en las colectividades consideradas no sólo en el sentido dinámico, sino también en el estático.

(2) Asturaro: *La Sociología, sus métodos, etc.*

tiva —ciencia derivada— se deberá valer con preferencia del método *deductivo-inductivo*. Y en efecto, hasta este punto de su desarrollo ha deducido muchas de sus visiones de los siguientes órdenes [de ideas, inductivamente elaboradas por las ciencias bio-psíquicas.

1.º El estudio de las emociones y de las leyes que las rigen.

2.º El estudio del carácter individual, en sus variedades.

3.º El estudio de la *sugestión*, ó sea el dominio que un hombre sufre ó ejerce sobre otro, así en la expresión sana como morbosa de la vida del espíritu.

Del primer orden de investigaciones, nuestra ciencia ha aprendido cómo las expresiones exteriores emotivas y las interiores modificaciones psíquicas se asocian y se relacionan recíprocamente, de donde surge la posibilidad de emociones colectivas.

Del segundo ha derivado luego la compleja psicología del sugestionador sobre los sugestionados. Y por último, de este núcleo de verdades ha sacado como de sílice golpeada, otras infinitas centellas que han iluminado mejor el hecho psico-colectivo y que han llegado á ser á su vez nuevos focos de luz, nuevas lentes con las cuales, la vista ha prolongado más su horizonte. De aquí la conocida psiquis femenil, sana y morbosa, amante de los extremos; la naturaleza de los niños inclinada á la sugestión; la subcriminalidad púber, y la mayor disposición de las masas obreras y trabajadoras á la acción, y no á las combinaciones intelectuales (1); todas estas leyes que la antropología criminal y la psicología había adquirido para otros

(1) A. Marro: *La pubertad*. Bocca, 1901.

finés, terminaron por iluminar con más vívida luz el delito de la multitud.

Estas verdades relativas á la multitud, cimentadas en la constante observación, han sido elevadas *inductivamente* á principios generales, mientras el estudio del complejo ambiente social ha revelado sus causas determinantes. Así, mientras la biología nos ilumina el íntimo mecanismo de la multitud, la sociología nos da su causación y su contorno.

Otra observación se deduce de ser la psicología colectiva una ciencia derivada. El saber derivado—ha dicho Asturaro—precisamente como afanoso de tendencias prácticas, se especializa siempre más, tanto que cada capítulo tiende á hacerse una ciencia por sí. Así, la astronomía se ha dividido en tantas ciencias particulares cuantos son los cuerpos celestes que los crecientes progresos técnicos nos permiten estudiar. Con igual fundamento de verdad vimos nuestra ciencia subdividirse en tantas otras cuantas son las formas de colectividades estables ó inestables, sanas ó morbosas, que viven en la sociedad, y la psicología de la multitud abrazarlas todas.

CAPÍTULO II

DEL MÉTODO EN LA PSICOLOGÍA COLECTIVA

El problema del método en psicología colectiva. La psicología individual y la sociología respecto al método psico-colectivo. De la observación al experimento.—I. *De la observación*. Su utilidad. Dos formas de observación. El hecho colectivo es siempre algo exterior. Extrainspección é introspección.—II. *De la experimentación*. Sus límites y su aplicación en las ciencias. Observación y experimentación en la psicología colectiva.—III. *De la analogía y de la comparación*. La analogía en las ciencias jóvenes y derivadas. La comparación. Sus formas. Comparación simple. Comparación compleja. De la psicología colectiva á la individual y á la social. Memoria colectiva. La comparación *patológica*. La personalidad loca y la caricatura de la sana.—IV. *La investigación de las causas*. Stuart Mill y Durkeim. *La colocación de los fenómenos* en psicología colectiva. Los métodos para la investigación de la causa y la sinestesia colectiva.—V. *De lo normal y de lo patológico*. Importancia de tales investigaciones. Distinción de la multitud sana y enferma.

La psicología colectiva nacida, como hemos dicho, en los límites de otras ciencias y como fermentación de éstas, no ha comprendido hasta ahora la urgencia de un método propio. Y aun cuando ha adquirido individualidad propia y distinta, se ha preocupado mayormente de recoger y estudiar hechos, en vez de investigar el método más idóneo para desembarazarlos y ordenarlos. Puede decirse que tal problema se le ha

propuesto, cuando ya bien ó mal había experimentado el método de observación, heredado de las ciencias positivas de las que trae su origen, y principalmente de la sociología y de la psicología (1).

Ciencia de intuiciones, no hay duda que la psicología colectiva debe tender á usufructuar, modificándolos según su propia naturaleza, los métodos de la ciencia de que se deriva. Haciendo esto se asemeja á la psicología, que pudo considerarse como ciencia positiva cuando tomó de la fisiología aquellos métodos de observación objetiva y de medida del hecho psíquico elemental que con tanta fortuna habían sido introducidos en el estudio de las funciones biológicas. Métodos que luego se modernizaron según la naturaleza de la nueva disciplina en que fueron introducidos y constituyeron como el primer paso de una larga investigación metodológica encaminada al estudio de los hechos psíquicos.

Del mismo modo la psicología colectiva debe preocuparse del método de observación, de la medida, de la representación gráfica, dirivándolo de las ciencias afines y necesarias.

I

DE LA OBSERVACIÓN

Cuando recordamos los rápidos progresos realizados por la psicología colectiva, no podemos menos de

(1) Il y a entre les deux (psychologie ordinaire et psychologie collective) la difference du genre á l'espèce; mais l'espèce ici est d'une nature si singulier et si importante qu'elle vient être détachée du genre et traité par des methodes qui lui sont propres. Tarde: *L'opinion et la foule*, pág. 1. Alcan, 1901.

apreciar el único método de que se ha servido: la observación. Por éste advertimos la complejidad del hecho psicológico colectivo, le disociamos en sus elementos, á los que seguimos en su enlazarse y en su elevarse á más alto contenido, para encuadrarlo después en más amplias condiciones de ambiente.

A hacer la observación exacta concurre mucho el haber ya otras ciencias suministrado los elementos y el fondo del fenómeno colectivo y su *objetividad*.

Sábase, en efecto, que una de las dificultades por las que la psicología surgió tarde á dignidad de ciencia positiva, fué precisamente ésta: que el hecho psíquico individual forma demasiada parte de nosotros para que nos aparezca objetivo, un *datum* sobre el cual construir nuestras observaciones, sin que estén impregnadas de nuestro *yo*, de sus pasiones y de sus errores.

Para librarnos de la pura observación subjetiva en que naufragaron los primeros psicólogos Locke, Condillac y los *sensistas* todos, se ha querido que el método objetivo no sólo fuese proclamado teóricamente, como había sucedido de antiguo, sino que fuese adquirido en la práctica y hecho técnica científica. Por lo que los hechos revelados por la pura observación interna se cimentaron en la observación objetiva, llegando hasta la cumbre de la perfección sólo cuando la realidad psíquica fué ensayada con ingeniosos métodos y aparatos perfectos.

El hecho psico-colectivo en cambio, nos aparece siempre como hecho extraño á nosotros, no impregnado de nuestra personalidad, y, por tanto, más fácil de ser estudiado. Aun cuando formamos parte de una multitud, si nos aislamos para pensar sobre tal acontecimiento psicológico, sentimos que es algo extraño

á nosotros, que se nos impone, que nos atrae al vértice de su tormenta.

Durkheim, en efecto, con aquella penetración metodológica que le distingue, escribe que las *corrientes sociales*—como llama á los hechos psico-colectivos—«viennent á chacun de nous de dehors et son susceptibles de nous entraîner malgré nous», ya las suframos, ya cedamos á ellas voluntariamente cual si fuesen creaciones de nuestro ánimo. Tanto que, pasado el tumulto de la embriaguez colectiva, nos aparecen como «quelque chose d'étranger à nous ne nous reconnaissons plus», como sucede á muchos que cometieron en la multitud delitos, de los cuales luego, en el reposado silencio de la personalidad, sintieron tal horror que terminaron por suicidarse (1).

Lo que no maravillará si se piensa que la vida estática de la multitud es un episodio respecto de la otra más amplia, social y respecto de la individual. Y como sucede con todos los episodios psicológicos, se presta á ser advertida y estudiada cuando nos encontramos en aquellas condiciones diversas de espíritu que son después la forma habitual.

Y en gracia precisamente á esta objetividad hecha, como decimos, más fácil por el maravilloso desarrollo de las ciencias subsidiarias, es por lo que la observación psico-colectiva pudo bastar hasta ahora á nuestra ciencia.

Erraría, sin embargo, quien dijese que el método de la observación precisamente por haber sido hecho objetivo por la madurez del progreso científico y por

(1) E. Durkheim: *Les règles de la méthode sociologique*, páginas 9 y 10. Alcan, 1901.—Sighele: *Foule criminelle*, página 160, 1901.

la naturaleza de nuestra ciencia, no debe aspirar á más perfectas formas de observación ó á otras subsidiarias, cual la observación interior y la experimentación, ó por último, la comparación como la usan otras ciencias. Puesto que el progreso metodológico no excluye aquellos métodos que por haber sido descubiertos antes como la deducción y la observación interior, pueden aún ejercer una función útil, avalorando aquellas investigaciones que los más modernos y objetivos métodos, cual la observación exterior y la experimentación, nos han ofrecido.

INTROSPECCIÓN

Junto á la observación exterior y objetiva, ó *extrospección*, y subordinada á ella, ejerce una función útil la observación interna ó subjetiva ó *introspección*, la cual nos ilumina los hechos descubiertos por un vivo rayo de luz y nos ofrece lo que la primera no podría nunca darnos. Y si ésta nos pone delante, despojados de todo elemento extraño y como exteriores á nosotros—como cosas—los hechos de la conciencia colectiva; aquélla los interpreta, introduciéndonos en ella y haciéndolos revivir, de la misma manera que sucede en la psicología individual. La cual, lejos de desdeñar la observación interior, hace de ella el necesario complemento de la observación objetiva, á la cual no sólo indica los hechos que hay que aislar y presentar como cosas, sino que aislados é *hipostatizados*, los vivifica, proyectando sobre ellos un rayo de luz de la propia psiquis (1).

(1) Véase, entre otros autores, James William: *Principi di*

Y sabido es cómo no se pueden conocer plenamente sino aquellos hechos psicológicos que otras veces experimentamos ó que al menos se nos aproximan. Además de que la representación de un hecho exterior á nosotros, es tanto más viva cuanto más se armoniza con nuestras experiencias actuales y anteriores no sólo intelectivas, sino, y aún más, emotivas.

Por esto se hace difícil para nosotros interpretar en el campo de las operaciones la psiquis del primitivo ó del salvaje, que mientras algunos asemejan á la del niño (Lubbock), otros niegan que pueda referirse íntimamente á aquélla. Y además, en la reconstrucción psico-genésica, cuanto más descendemos en la escala zoológica hacia organismos diferentes de nosotros por desarrollo anatómico-fisiológico, especialmente del sistema nervioso, tanto más difícil se nos hace reconstruir su psiquis y vivir con ellos en un consentimiento de simpatía que disminuye en nosotros á medida que nos alejamos de la forma humana, y cuando descendemos, como hizo Romanes, en la psiquis de los más sencillos animales, no nos queda otro método de estudio que, observando las expresiones exteriores de la psiquis —*eyecciones*—interpretarlas á la luz de nuestra alma, ó sea *automórficamente*.

Para preservarnos de tal error de ser automorfos en el campo de la psiquis humana—colectiva é individual—, nada es mejor que lo que dijimos más arriba: subordinar la observación interna á la externa y repetir con frecuencia las observaciones. Pero en ver-

psicologia, trad. ital. Milan, 1901, cap. VII, pág. 150 y sig., y también las magistrales páginas de Roberto Ardigó, sobre el valor de la observación interna en la *Psic. como ciencia pos.*, págs. 173 á 178.

dad no queremos privarnos, en vista de un error que puede ser evitado, de tan delicado instrumento de indagación, cual es el proyectar nuestra psiquis sobre hechos recogidos con la observación exterior. Ya que obrando de otro modo tendríamos sólo el lado exterior y más superficial de la psiquis colectiva, pero no el otro interior y más rico en expresiones. Así, después de haber revelado, con la observación objetiva, los modos cómo la muchedumbre se eleva hasta la multitud, nos inmergimos con nuestra personalidad en la de la multitud, de que otra vez formamos parte, y vivificamos, reviviéndolos, aquellos estados de conciencia que estudiamos antes, como extraños á nosotros. Del mismo modo, para multiplicar los ejemplos cogida por medio de la observación objetiva la multianimidad de los *meneurs*, la asemejamos á aquellos múltiples casos de *transfert* que toda persona, especialmente si es intelectual, ha experimentado viviendo y transformándose casi en la vida de los personajes ideales de la obra de arte (1). Así llegamos mejor á entender y estudiar lo trágico, lo oratorio, etc.

II

DE LA EXPERIMENTACIÓN

En cuanto á la experimentación deliberada, consciente, renovable al arbitrio del estudioso, debemos decir que es casi imposible: por eso es verdad aquello que en general puede decirse, en sociología, de ciertas ideas y de ciertos sistemas que por el vasto deter-

(1) Groppali: *La genesi sociale del fenomeno scientifico*, op. cit. págs. 132 y 133.

minismo de las cosas reciben en poco espacio de tiempo una efectuación que, por la rapidez con que se realiza, por la transparencia de su íntima naturaleza ó de los hechos que precedieron ó que siguieron, y por la evidencia é importancia con que surgieron y por la expectativa, etc., tienen un valor de experimentación. Tal, por ejemplo, la revolución francesa, que en breve tiempo fué—como dice Groppali, siguiendo en esto á Labriola—«el ejemplo más vivo y visual de cómo una sociedad se transforma bajo el impulso de la ya acontecida transformación de las condiciones económicas, y de cómo sobre un terreno renovado de relaciones sociales se sobreponen nuevos enlaces de relaciones jurídicas, religiosas, morales, etcétera, con un especial reflorcer de ideas y de sentimientos».

Pero fuera de estas experiencias históricas, que en la psicología colectiva son un poco más frecuentes, no existe otra experimentación renovable á placer, consciente, querida. La experimentación existe sólo en las ciencias químicas y físicas y en el mundo biológico, donde—bajo ciertos aspectos y en cierta medida—es posible reducir un hecho á los límites de un laboratorio ó de un crisol. Pero á medida que nos acercamos al fenómeno sociológico, la experimentación se restringe á límites estrechísimos y se hace fuente de errores tanto más numerosos cuanto más numerosas y varias son las fuerzas incidentes y operantes en la sociedad.

Crece en cambio, y mucho, la observación, la cual de por sí puede representar un fecundo manantial de verdades útiles. Pocos, en efecto, como Carlos Darwin, han sabido, de la diaria observación, más que de la experimentación sacar mayor copia de ciencia; lo que

demuestra que también allí donde, como en la biología, la experimentación es el método soberano, la observación puede llegar á útiles resultados.

A estas palabras que escribíamos cuando estábamos al principio de nuestros estudios de psicología colectiva, después de años de continua meditación, nada debemos quitar; los hechos psico-colectivos en su complejidad no se prestan á experimentos: sólo, digámoslo así, en su base, cuando son sensaciones elementales psico-colectivas—puras sinestesias—pueden ser experimentables y mensurables; al menos tal duda es permitida y pudo ser sustentada como una bella esperanza hasta que la experiencia demuestre que esto no es vana químera.

En efecto—al menos teóricamente—la experimentación psico-colectiva es posible bajo estas tres condiciones: que se trate de multitudes limitadísimas—escuelas, colegios, cenáculos magnéticos, espiritistas, etcétera;—que se hayan hecho precedentemente sobre cada individuo investigaciones psicométricas y se posea posiblemente de cada sujeto un registro antropológico, que por arte ó por acaso se haga incidir sobre esta multitud reunida estáticamente en la unidad de tiempo y de lugar un estímulo capaz de despertar sentimientos colectivos.

Podríase entonces por medio de la observación y acaso con aparatos perfeccionados averiguar que parte de los temperamentos más exquisitos—conocidos de nosotros por experiencias psicométricas y por anamnesia próxima del sistema nervioso y del carácter—tengan en el reflejar los hechos psico-colectivos, en el recoger los estímulos y en el difundirlos con manifestaciones simpáticas por las zonas neutras de los caracteres intermedios. O se podría investigar en cambio,

cuánto tiempo emplea un estímulo antes de suscitar la emoción colectiva, etc.

Creo que ya la experiencia vulgar ha enseñado algo sobre tal propósito. En las escuelas de niños retrasados ó en los laboratorios de pedagogía científica, donde ya se hacen investigaciones psicométricas y hay registro antropológico de los alumnos; en los colegios, en las brigadas, donde se conoce bien la emotividad de cada uno y su carácter, será bien que un estímulo obre sobre todos ellos reunidos en multitud estática, provocando fenómenos psico-colectivos. Y entonces el observador reflexionando en ellos habrá podido coger tantos hechos groseros de experimentación psico-colectiva. Por ejemplo: Quién dió el primer grito, quién se asustó más; cuánto concurrieron al efecto total los temperamentos apáticos; qué influencia ejerció la edad, etc.

Pero junto á estas observaciones fortuitas, otras se pueden hacer. Tal la de Slosson, aparecida en la *Psychological Review* y reproducida en la *Revue Scientifique*, relativa al tiempo que una sugestión empleaba en difundirse en una multitud.

En efecto; el experimentador al fin de una conferencia popular dijo que quería conocer en cuánto tiempo se difundiría un olor en la sala. A tal fin vertió sobre algodón agua destilada, que aseguró ser un líquido volátil, de un olor penetrantísimo, y rogó á los asistentes que alzasen la mano á medida que advirtiesen el olor. Y esperó mirando al reloj. A los quince segundos, en ondas regulares y paralelas, las filas de oyentes comenzaron, en virtud de la ilusión colectiva, á advertir el olor; cuarenta segundos después lo habían advertido todos (1).

(1) Sighele: *Foule criminelle*, pág. 158.

Ahora bien, para concluir, este y otros elementísimos hechos psico-colectivos, pueden ser experimentados y *acaso medidos*, confirmando así los datos ofrecidos por la observación y descubriendo otros nuevos.

Entre los métodos que al menos idealmente pueden ser transportados á las observaciones psico-colectivas de la fisiología y de la psicología individual, está la *gráfica*. La cual puede ofrecernos la visión, por decirlo así, plástica, de la sinestesia colectiva, tomada en sus eyecciones (gritos, aplausos, silbidos), mostrándonoslas en las ondulaciones esfígmicas, que ora ascienden en pequeños zig-zás, ora descienden en pequeñas espigas más ó menos agudas.

Nada, en efecto, nos parece más fácil que semejante aparato de registro, que debería constar de un embudo en cuyo extremo más delgado llevara una membrana con una aguja que escribiese sobre un tambor giratorio, en el cual hubiese sujeto un papel con ligera capa de negro de humo. Esta idea es por cierto el origen del fonógrafo y de otros aparatos de registro, que tanto abundan en la fisiología.

Por último, es de observar que el fenómeno psico-colectivo, especialmente en las manifestaciones que reviste en las multitudes primigenias, está hondamente sujeto á otros factores, como clima, condiciones meteorológicas de una parte, y de otra á condiciones sociológicas, como miseria, abundancia de cosecha; difusión de una idea naciente, y, portanto, cultura, alfabetismo, etc. Ahora bien; es de esperar que tales condiciones determinantes, abundantemente recogidas con el dato estadístico, sean representadas plásticamente con diagramas y cartogramas. Los cuales iluminarán de modo verdaderamente positivo las inducciones sobre las causas de las epidemias y de los delitos de la

multitud, como, por ejemplo, ha hecho Lombroso para el delito político, que reviste á veces formas colectivas.

Comprendo lo que se opondrá á esta parte del método referente al experimento en psicología colectiva. Que es aún un sueño, sin embargo, nos seduce tanto, que creemos deber exponerla, esperando que otros la fecunden y la resuelvan. Y pasemos á otro asunto.

III

DE LA ANALOGÍA Y DE LA COMPARACIÓN

Las ciencias jóvenes en sus primeros estudios hacen largo uso de la analogía. De este modo llegan á un primer plan de su asunto que, aunque imperfecto, es el primer fundamento del futuro edificio científico.

Pero á medida que avanzan al método de la analogía—ó sea de las conclusiones de lo particular á lo particular—sustituyen la inducción, ó sea la conclusión de lo particular á lo general, mediante la observación y la experimentación. Y cuando procediendo así los hechos han sido plenamente adquiridos por la ciencia, gustan con frecuencia compararlos con hechos pertenecientes á la misma disciplina ó á otras, pero en verdad capaces de proyectar con la confrontación nueva luz.

Tal método comparativo entre una realidad fenoménica con las demás que están por cima y por bajo de ella, si bien es común á todas las ciencias, es más especial de las derivadas como la psicología colectiva. En ella la comparación se hace posible por el hecho de que el alma de la multitud surge de la confusión de las psiquis particulares en una sola alma,

que tiene así sentimientos, pensamientos y voliciones, que en parte se asemejan á las de los individuos particulares y en parte se diferencian de ellas. Y esta es una primera forma de comparación, que nosotros llamamos *compleja*, precisamente porque reposa sobre la complejidad de los términos de estudio y de parangón.

Pero podemos aún comparar hechos semejantes é idénticos acontecidos en tiempos y lugares distintos. Esta es la forma más común de comparación y á la vez la más *sencilla*. La cual se confunde con la misma observación, que para ser eficaz tiene necesidad de recoger muchos hechos y separar el lado constante del accidental y contingente.

Por último, hay una tercera forma de comparación que pertenece á las ciencias bio sociológicas, que ven su realidad separarse en dos grandes manifestaciones: sanas y morbosas. Y encierran á veces la ley de la vida sana con la desintegración que el estímulo morbozo aporta al organismo, que se disuelve—á largos trozos y no ya como un *pendant symetrique*—con una razón inversa de aquella con que se había venido componiendo.

Es el método que, intuido por Herbart, ha recibido largas aplicaciones en psicología, donde se ha llamado *método patológico*, y que veremos cómo puede ser útilmente aplicado á nuestra ciencia.

Y ahora hablemos de cada forma de comparación en particular.

La *comparación simple* sirve admirablemente para esclarecer algunos fenómenos del mismo orden, pero de intensidad diferente. Así, por ejemplo, siempre que queramos estudiar en el campo sano de la multitud el modo cómo estáticamente se compone la psiquis, com-

paramos el caso que nos ocupa con el otro clásico de una multitud en el teatro, que puede ser tomada como tipo de *sinestesia*. Y cuando en el campo morboso que-remos estudiar el delito ó las epidemias psíquicas, de los raros ejemplos de hoy nos remontamos á la Revolución francesa ó á la Edad media; ó también nos transportamos á Rusia y á aquellos pueblos donde condiciones de vida inferior hacen germinar reminiscencias místicas. Haciendo esto conseguimos eliminar el lado contingente y variable de un orden de hechos estudiados en su más alta cúspide y en su mayor engrandecimiento (1).

La *comparación compleja*, en cambio, nos hace asistir al natural devenir de la psiquis ó confrontar hechos de psicología colectiva con otros de psicología individual ó social; ó haciendo pasar en un mismo orden de productos psicológicos, de las manifestaciones individuales á las colectivas y luego á la dinámica. Y esto siempre á fin de irradiar nueva luz sobre los productos colectivos. Así, para citar un ejemplo, cuando Sighele ha querido estudiar si, y hasta qué punto, puede la sugestión colectiva conducir al delito á una multitud, ha tomado norma de las experiencias hipnóticas, encaminadas á unir experimentalmente la sugestión por hipnosis, y la otra en estado de vigilia y entre la individual y la colectiva. Y por último, que la sugestión colectiva es como la otra persuasiva de delito, sólo en las naturalezas anormales, de las cuales pone de relieve las lejanas é inciertas tendencias delictuo-

(1) En la ejemplificación y en la comparación es preciso atenerse á los casos más salientes y más dotados de fuerza representativa, llamados *casos privilegiados*. Los cuales deben ser plenamente descritos, ya que, como decía Darwin: un caso plenamente descrito puede ilustrar todos los demás.

sas, sofocadas, pero no sepultadas bajo los estratos recientes del carácter (1). Así, un estado de psicología individual, en la comparación, ha arrojado viva luz sobre otro más complejo de psicología colectiva.

Otras veces, en cambio, el fenómeno psico-colectivo es como un instante entre el hecho individual y el social, de modo que se hace imposible comprenderlo, separándolo de éste.

Así, la memoria colectiva, como hecho estático, es un momento fugitivo y raro en realizarse, puesto que vive ó como recuerdo individual y como evocación del alma del grupo histórico, y, por consiguiente, como hecho psico-social. Pero alguna, rara vez, puede existir como hecho psico-colectivo. Así, por ejemplo, sucede, si imaginamos que una multitud compuesta, es de suponer de las mismas personas—aquellas que solemos llamar *habitués*—asista á representaciones teatrales de una misma ópera, debida á los mismos actores. No es dudoso en este caso que nos encontramos ante hechos de memoria de multitud *estáticamente* reunida. Pero después, cesadas para siempre las representaciones sucesivas ó en el intervalo entre una y otra, queda su recuerdo. El cual, precisamente porque se refiere á un hecho colectivo y sobrevive en varias personas, supera al hecho individual, y se puede considerar como un hecho psico-social, especialmente si se deja detrás aquellas formas rígidas é inmovilizadas que llamamos *tradición*, *leyenda*, que pueden revestir varias *versiones* debidas á varias causas. Y entre éstas son importantísimas las siguientes: 1.º, que los hechos pneumónicos penetran por los sentidos, que

(1) Scipio Sighele: *Foule criminelle*, pág. 128 y sig. Alcan, 1901.

pueden considerarse como filtros, mallas de diferente tamaño, por donde las sensaciones sean percibidas diversamente y elaboradas y fijadas diversamente según las varias personalidades psíquicas; 2.º, que con el tiempo muchas sobreviven á aquellas que más fuertemente se imprimieron. Ahora bien; en algunas se verifican circunstancias más ciertas, en otras menos, según los hábitos mentales. Por lo que en rededor de hechos que sobreviven á la *sinestesia* colectiva y que constituyen uno de sus puntos de encuentro de otras tradiciones semejantes ó á la imaginación y á la sugestión de aquellos que transmitieron la memoria revocada, no como rígida evocación, sino como corriente viva y personal de pensamiento (1).

Así, sobre el fondo único de la realidad se han formado las varias tradiciones. Ahora, como se ve, el acto pneumónico psico-colectivo no se entiende producido por la ley de la memoria individual ni por la de la memoria social, ni podríamos entenderlo sino comparándolo con las leyes de una y otra.

Ahora bien; lo que hemos dicho de la memoria, puede extenderse á todos los hechos psicocolectivos, que tienden á componerse en orden de comparación que va desde el hecho individual al social. Y si se quiere tener un concepto integral de la psiquis colectiva, debemos tener en cuenta esta necesidad lógica, no sólo al ordenar nuestras observaciones, sino también en la exposición dogmática y científica de nuestra ciencia, como veremos después.

(1) Véase las investigaciones experimentales sobre el *mental ext*, especialmente las de A. Binet: *Rivista di scienze biologiche*, año I, núm. 89. Agosto-Set., pág. 606.—Stern: *Sur la psychologie temoignage* en *Année psychologique*, año 1903.

La tercera forma de comparación—que llamamos *patológica*—es en verdad menos importante que ésta y se basa en relaciones entre la psicosis individual y la colectiva, y sobre la luz que las formas agudas y morbosas proyectan sobre las formas habituales, cuando queremos hacer la diagnosis psicológica de una multitud.

Así, decimos en las epidemias psíquicas que éstas se originan por un individuo. El cual da forma y color á las tendencias del tiempo, que de él se difunden en ondas concéntricas más ó menos largas, que hechas colectivas se extinguen y reviven como casos esporádicos de locuras individuales. Salvo el poder de extenderse en epidemias, si las condiciones que las dieron origen persisten y se acentúan (1).

Por lo que no parece de significación observar que formas paranoicas viven en un determinado momento histórico, dentro y fuera de los manicomios, ya que éstas son como el índice de lo que podrían ser las epidemias de la multitud en medio de las cuales surgieron aquellos pobres dementes. Así, las formas paranoicas no solo son como, dice Ziechen, la *caricatura* de lo que fué la personalidad normal del individual, sino que lo es también de la personalidad habitual de la multitud. En efecto; si entre los maníacos de una región abundan los obsesos, podemos argüir que la multitud está en un estado de detención y revive en un clima moral semejante al de la Edad Media. Si, por el contrario, prevalecen los reformadores políticos, podemos creer que en aquella determinada multitud el ánimo se ha orientado respecto á una cuestión po-

(1) P. Rossi: *Psicologia collettiva morbosa*, cap. II, Bocca, 1900.

lítica ó social. Y mientras en la primera multitud son posibles epidemias y delitos de carácter religioso, en las segundas, en cambio, pueden aparecer otras formas colectivas de carácter político y social.

Esta investigación sobre la personalidad psicológica de una multitud que puede aparecer hoy ociosa, adquirirá ciertamente gran importancia en lo futuro, cuando hecha la demopedia una ciencia positiva, el estado, absenteísta hoy, se propondrá la redención de la multitud humana.

IV

LA INVESTIGACIÓN DE LA CAUSA

Antes de pasar adelante hay que decir, aunque sea brevemente, algo de los cuatro métodos establecidos por Stuart Mill y ver hasta qué punto pueden ser empleados en la investigación de las causalidades en psicología colectiva.

Cuando Stuart Mill establecía los cuatro métodos de indagación—llamados por él de la concordancia, de la diferencia, de las variaciones concomitantes y de los residuos—partía de un concepto inmanente, digámoslo así, en su lógica. Por tal concepto, á la eficiencia de un fenómeno concurren muchas causas, así como una sola causa es capaz de producir una pluralidad de efectos. Al rigor de este principio lógico se sustrae Emilio Durkheim, cuando en su importantísimo trabajo relativo á las reglas del método sociológico, advertía que «éste pretendido axioma de la pluralidad de las causas es una negación del principio de causalidad» porque «si un efecto puede derivar de causas diferentes, para saber lo que le determina en un con-

junto dado de circunstancias, sería preciso que la experiencia se hiciese en condiciones de aislamiento casi irrealizable, especialmente en sociología» (1). No obstante tal diferencia fundamental, Durkheim cree que los cuatro métodos de Stuart Mill pueden ser aplicados en sociología con una utilidad de resultados que varía de método á método con un maximum de intensidad para aquél de las *variaciones concomitantes* y un minimum para el de los *residuos*. Puesto que—prosigue Durkheim—es imposible conocer las causas de los complejos hechos sociales, para abstraerlas todas y dejar una.

La psicología colectiva—última rama del árbol del saber y ciencia derivada—en su fenómenos se ve fatigada por una complejidad de causas, de las cuales una es la verdadera eficiente, mientras las otras forman el fondo y acompañan á la principal. Y además, fuera de que el método de los residuos—demasiado difícil para emplearse allí donde la excesiva complejidad de causas concurren á determinar un fenómeno,—todos los demás tienen un empleo más ó menos útil en la investigación de la causalidad psico-colectiva.

En efecto; para citar un ejemplo, una de las investigaciones más importantes para nuestra ciencia fué la de saber en qué consiste la psiquis colectiva y cuál es el fenómeno celular de que descende y que persiste siempre, unas veces evidente, otras oculto bajo las iridiscencias de otros fenómenos que entorpecen su visión.

Ahora bien; en tal investigación tomamos el punto de partida del concepto que el vulgo se forma de los

(1) Durkheim: *Les règles de la méthode sociologique*, 155, Alcan, 1901.

fenómenos colectivos, ó sea de un concepto de *concordancia* salido de la mentalidad popular en relación con fenómenos de la psiquis colectiva, que se apoya así sobre el concepto de multitud. Pero mirando bien, no creemos que todo agregado constituya la multitud psicológica. Bien nos advierte el método de la diferencia que para que el fenómeno colectivo surja es necesario otro hecho bastante de por sí á dar significación colectiva á la unión de dos personas, así como en su ausencia, aun millares de personas no constituyen la multitud. Y éste era el elemento psicológico de la emoción unívoca de la sinestesia.

Así llegamos á aquel elemento causativo que da, no la muchedumbre, sino la multitud, y aquélla transfórmase en ésta, y crea la unidad psicológica colectiva más simple: la de dos personas. Debía el método de las variaciones concomitantes revelarnos otros hechos más importantes, á saber: qué causas influyen con su crecer y su disminuir en la maduración del hecho colectivo. Por lo que la estrechez en el tiempo y en el espacio y otras razones, nos aparecieron como suficientes á explicar el hecho colectivo, que á él permanecía ligado por proporcionalidad de causas y efectos.

Así, los métodos de causalidad establecidos por Stuart-Mill, valieron para revelar el hecho fundamental de nuestra ciencia. La cual, á medida que progresa, se propondrá otros problemas mucho más complejos, en los cuales afinará el empleo de semejantes métodos lógicos.

V

DE LO NORMAL Y DE LO PATOLÓGICO

Emilio Durkheim, en su gran obra sobre el método sociológico, dice con razón que la distinción de sano y de morbosos es una de las más importantes de la ciencia. Luego, continuando, indica la normalidad ó anormalidad como el carácter exterior para distinguir lo sano de lo morbosos, no sin añadir que de este criterio completamente exterior y general es preciso pasar á los otros ocultos ó menos aparentes, propios de cada orden de fenómenos.

En psicología colectiva la distinción de lo sano y de lo morbosos se impone por estas dos razones (1). Primero muchos niegan que haya una multitud normal, ya sea que cedan á un prejuicio político-social, ya sea que se detengan en los primeros estudios de la multitud delictuosa, más seductores por la mayor apariencia del mal sobre el bien. En segundo lugar, muchos, aun admitiendo una vida patológica y sana de la multitud, creen que ésta se inclina indiferentemente al bien ó al mal, según la ocasión del momento y la acción de los sugestionadores.

(1) Hoy convienen en la existencia de una vida sana de la multitud, tan importante, al menos en el pasado, como la morbosa y destinada en el futuro á mayor porvenir, los principales escritores de psicología colectiva. Véase Lebon: *Psychologie des foules*, pág. 7.—Tarde: *L'opinion et la foule*, página 45, donde habla de la *folle d'amore*.—Sighele: *La foule criminelle*, etc. Séame lícito decir que fuí el primero en tratar este aspecto de la vida colectiva en mi obra *L'animo della folla*.

De la observación positiva, por el contrario, nacen importantes inducciones. Según ellas, no sólo existen formas sanas y morbosas de vida colectiva, sino también en las multitudes compuestas de personas *amorfas* las hay que se inclinan indiferentemente al bien ó al mal; hay otras con fisonomía decidida hacia una ú otra manera de vida (1).

En efecto; si partimos del concepto empleado por Durkheim y completamente exterior, no es dudoso que existen fenómenos normales y anormales de la multitud, ya la consideremos, estática ya dinámicamente. Y bien notamos que procediendo desde la más antigua forma de multitud que aparece en la historia, que es la horda, y llegando á las formas más elevadas y modernas de la misma, el delito y la epidemia colectiva van cediendo el puesto al altruismo y á la normalidad. Igualmente la multitud indiferenciada siente todos los días esta influencia curativa de las formas estables de multitud, por lo que también ella pasa de la inferioridad del carácter al carácter superior (2).

(1) Al estudiar con intención polemística en mis obras la ley de que en la multitud hay, por lo que se refiere al sentimiento, un producto y no una suma de las psiquis, añadía, conforme á la ley de la *composición de las fuerzas*, que los fenómenos colectivos están contenidos potencialmente en la psiquis de los individuos, ya como intensidad y fervor, ya como expresiones que se sumarían en la multitud. Por lo que una multitud es criminal ú honesta, sensible ó pensante, epidemizada ó sana, según el carácter presente y consciente é ignorado é inconsciente, del mayor número de los que la componen. Sobre tal verdad, Sighele ha afirmado el concepto de la responsabilidad de los individuos en el concepto colectivo. Véase *I delitti della folla*, cap. III. Bocca, 1902.

(2) P. Rossi: *L'animo della folla*, págs. 147 y siguientes.

Obedeciendo, pues, al criterio exterior de normalidad y de anormalidad, podemos considerar como normales en la vida de la multitud aquellas acciones que se inspiran en el altruismo y en aquella concepción científica de sí y del mundo que corresponde al propio momento histórico; y anormales aquellas que se inspiran en las formas egoísticas y reviven el pensamiento del pasado, de sí y del mundo, hasta llegar al delito y á la epidemia colectiva.

A dicho criterio, completamente exterior, responde otro interior. Por él consideramos los hechos psico-colectivos como más altos y complejos que los individuales, de que son producto, si bien de naturaleza ni diferente ni opuesta. Por lo que podemos decir que son normales ó anormales en la multitud aquellas acciones y cerebraciones que son tales en los individuos. Y como el delito y la paralización ideomotiva (obsesión ó invasión de una idea) son hechos anormales de la conducta individual, así el delito y la epidemia colectiva lo son de la multitud (1).

De este mismo criterio nace aquella deducción, que podemos obtener también inductivamente por la observación, de cómo existen multitudes de personas formadas en todo normal ó anormalmente, y existen otras personas *amorfas*, fáciles de orientarse en la vida individual, y aun en la colectiva, al bien ó al

(1) Véase la aguda crítica de Ferri, pág. 164, de la *Sociología criminale*, Bocca, 1900, y la opinión de Durkheim, según el cual el delito es un hecho normal de la vida del individuo. Si tal opinión fuese verdadera, no podría menos de tener importancia aun en nuestra ciencia. Por fortuna el delito es siempre un hecho anormal, que á veces puede tener una indiscutible utilidad social, tanto mayor si se trata de delitos colectivos.

mal, según impulsos y circunstancias de momento (1).

Otras observaciones no menos importantes aún se deducen de aquí, que yo y otros pusimos de relieve por la observación directa é inmediata de la multitud, así como ahora las cimentamos con la deducción. En efecto; podemos hablar de una simbiosis ó de una utilidad del delito colectivo, que á veces sirve para sepultar clases é instituciones que estorban en la historia.

No podemos negar tampoco que las formas epidémicas tienen también la misión de revelar las condiciones y las necesidades de la multitud. Ya que, si son evocaciones de epidemias pasadas, nos revelan el estado de atraso de la multitud, que permanece inferior á despecho de la cultura de su tiempo; y si son innovadoras ó paradójicas, nos dicen qué ideales y materiales necesita la multitud.

La misma inducción y deducción positivista nos ha revelado cómo aquellas especiales formas de multitud, que son los partidos políticos y las escuelas filosóficas científicas ó artísticas en su primer surgir, tienen como una crisis de pubertad y de crecimiento. Y sin embargo, se cierran en su pensamiento, que se agiganta por la detención ideo-emotiva. Esta es una fase sectaria y mística, cuyas tendencias positivas se liberan para entrar en el segundo fervoroso período de la discusión y de la crítica. Y la misma observación nos revela aún cómo en momentos de crisis social, epidemias nuevas y antiguas se agolpan en el alma colectiva, y en medio de las tendencias perversivas surgen las nuevas y verdaderas, que contienen el porvenir. Por

(1) Véase Sighele: *Foule criminelle*, op. cit., pág. 141 y sig.

no sólo por analogía, sino también como observación positiva, podemos hablar de una crisis de crecimiento y de pubertad de la multitud en ciertos momentos históricos. La cual, aun siendo, como todas las crisis, anormal, tiene indiscutible utilidad (1).

(1) P. Rossi: *Mistici e settari è anime della folla*.

CAPITULO III

LOS TIPOS DE MULTITUD Y LAS LEYES EN PSICOLOGÍA COLECTIVA

- I. *Extensión de la palabra multitud.* Su clasificación. Clasificación de Lebon. Idem de Tarde. Crítica de estas clasificaciones. Clasificación histórica ó genésica. Ventajas que presenta. —II. *Las leyes psico-colectivas y su inteligencia.* La radiación humana. Leyes psico-individuales. Su complejidad en la multitud. Las tres leyes psico-colectivas. Qué se entiende por carácter hiperorgánico. Opiniones en Piazzi, Lebon, De Marinis, Tarde, Nordau, Rossi. El carácter hiperorgánico y las estratificaciones psíquicas. La multitud y la horda. El reflejo del arte. El carácter hiperorgánico como ley límite.

I

EXTENSIÓN DE LA PALABRA «MULTITUD»

No es el último entre los problemas metodológicos que interesan á la psicología colectiva el de los tipos y variedades de multitud. Problema negado prácticamente por algunos—pocos en verdad—en cuanto no reconocen á las colectividades cerradas y homogéneas, como la clase y la casta, el carácter de multitud, que conceden sólo á las formas indiferenciadas y heterogéneas.

Ahora bien; si es verdad que el concepto de multitud reposa, como demostramos, en la sinestesia colec-

tiva, no hay duda que la clase y la casta, el estado, las asambleas, etc., no presentan fenómenos sinestésicos, y que no deben, por tanto, entrar en el concepto de multitud ampliamente entendido, ni ser objeto de la psicología colectiva.

Más complejo, en cambio, nos parece el criterio á seguir en las clasificaciones de la multitud. Ya poseemos dos: uno propuesto por Lebon y aceptado por Sighele, el otro por Tarde.

El de Lebon es el de la homogeneidad y heterogeneidad de las personas que la componen. Según este criterio, Lebon clasifica á la multitud del siguiente modo:

A. Multitudes heterogéneas:

- 1.º *Anónimas* (multitud de la calle, por ejemplo).
- 2.º *No anónimas* (asambleas parlamentarias, por ejemplo).

B. Multitudes homogéneas:

- 1.º Sectas (políticas, religiosas, etc.).
- 2.º Castas (militares, sacerdotales, etc.).
- 3.º Clases (burguesa, obrera) (1).

A esta clasificación de Lebon podemos oponer que se funda en un criterio demasiado estrecho y artificioso, cual es el de la homogeneidad y heterogeneidad, que no tiene valor alguno en la determinación de la psiquis de la multitud, en la cual los individuos se suman en sus caracteres *humanos*, fuera de todo residuo de carácter, de raza y de educación personal.

De todos modos, aun siendo la clasificación de Lebon artificial, es sumamente comprensiva, puesto que pueden entrar en ella las variedades de multitud.

(1) Lebon: *Psychologie des foules*, pág. 145. Alcan, 1900.—Sighele: *La delinquenza settaria*, pág. 51, Treves, edit.

Superior á la clasificación de Lebon es la de Gabriel Tarde:

Si no estamos equivocados, más científica nos parece la que fundándose en la génesis ó sucesión histórica, ordena no sólo las formas de multitud, sino que pone de manifiesto las razones determinantes de desarrollo, ó sea las causas sociológicas, en armonía con las nuevas tendencias de la ciencia del espíritu: «La nueva psicología—escribe Orano—en la aurora de sus conclusiones, no es la continuación del grande y loable sistema de investigaciones tradicionales á que los modernos han aportado perfeccionamientos exquisitos y eficaces, y no consiste en ellos, sino en la radical transformación del problema psicológico que ha llegado á ser secundario, no á la fisiología, sino á la sociología, en la cual, en conclusión, está comprendido» (1).

Y esto es tanto más verdad para la psicología colectiva: ciencia, como hemos dicho varias veces, derivada del gran árbol del saber biológico y del social.

Además, tales formas de clasificación genésica, embarazantes cuando se trata de un número desmesurado de formas, se hacen luego fáciles cuando se trata de pocas. Y así precisamente sucede para la variedad de multitudes, en que partiendo de la horda, se llega por grados sucesivos á las castas, á las clases y á las formas modernas de multitud, á saber: multi-

(1) P. Orano: *Psychologie sociale*, op. cit., pág. 73. Se comprende que si es verdad que los productos superiores del espíritu se forman en la sociedad, no es menos verdad que los hechos elementales de la psiquis—los que casi se confunden con las actividades biológicas—preexisten y hacen posible el hecho social.

tud propiamente dicha, público, partido, comisiones, jurado, etc.

Partamos, pues, de la horda. Tiene todos los caracteres de una colectividad estrecha y uniforme por razones de raza, y por la influencia entonces grandísima de los factores físicos, puesto que el hombre no ha llegado á apoderarse de la naturaleza, á la cual se somete pasivamente. Su carácter es impulsivo, porque en los individuos que la componen las facultades fisiológicas de inhibición, ó faltan completamente ó son escasas, y en cambio son frecuentes las ocasiones para surgir del estado de muchedumbre al de multitud, ó sea, de la pura agregación material á la psíquica.

De la *horda*, forma primera é inicial de multitud y de sociedad, que Tarde define «una multitud en marcha», no se pasa directamente á la casta, sino que al través del estado más complejo de las sociedades polisegmentarias, como las llama Durkheim, compuestas de hordas reunidas y cimentadas diversamente, se designa un hecho nuevo. La multitud que antes se confundía con toda la sociedad, y más bien era la sociedad misma, ahora es comprendida en ella, que la forma desde el fondo, y por primera vez entramos en un ambiente humano más vasto en que viven y se agitan varias multitudes, casi círculos menores inscritos en un más vasto círculo. Por lo que la sociedad se nos revela como el esquema mental y la fuente realística de que dependen y en la cual se *encuadran* los fenómenos de la psiquis colectiva de la multitud.

De las sociedades polisegmentarias, luego, bajo el impulso de la guerra y de la conquista, se asciende á las castas, que son en realidad sociedades y pueblos,

superpuestos y diferenciados por oficios y artes, transmitidos hereditariamente (1).

La guerra y la conquista, además, así como determinan la división en castas, formas de multitud cerradas y superpuestas, aconsejan la inmovilidad de las costumbres y de los pensamientos, el imperio absoluto de las leyes. La naturaleza humana, impulsiva y cambiante, es como una materia incandescente y fluida que tiene necesidad de ser enfriada para vestir aquellas formas compuestas é inmóviles, que el estuario quiere darle. Solo con esta condición es posible vencer á otras sociedades más móviles menos plásticas, y, por tanto, menos aptas para aquella unidad de imperio y de plasmación que la lucha por la vida requiere (2).

Así pues, los motivos y los factores sociales determinan formas de multitud inmóviles, cuales son las castas. Las cuales, después de varias vicisitudes, se abren y dejan caer las férreas barreras que las dividen, y obedeciendo á las nuevas necesidades históricas y sociológicas, se transforman en las clases: formas de multitud que á la inmovilidad primitiva unen la variedad, para que no se pierdan las innatas aptitudes individuales, que divergen del fondo heredado del carácter común. Las clases junto á la posibilidad de educar las formas divergentes del carácter, concurren admirablemente á dar tal predominio á algunos pueblos sobre otros menos movibles y menos plásticos, que también vencieron en el parangón á otros de una movilidad excesiva y primitiva (3). Y no se

(1) Bouglé: *Notas sobre el régimen de castas*.

(2) Bagehot: *Lois scientifiques du développement des nations*, 1899, edit. Alcan, Libr. 1.º, *L'originedes nations*. (Hay ed. esp.)

(3) Bagehot: *Op. cit.*, libro II.

diga que hacemos sociología, ya que sólo bajo esta condición nos es lícito ligar y comprender en un solo aspecto las varias formas de multitud. Y esta necesidad de educar mayores variedades de caracteres individuales es lo que crea, junto con la clase, nuevas formas cambiables y fugaces de multitud ó estrechas, como el jurado, comisiones, etc., ó dispersas como el público que es, como advierte Tarde, el estado final y la denominación común de los grupos en que se fracciona una sociedad (1).

Crea, pues, merced á la posibilidad de transmitir, artificialmente, con las artes y la prensa, las emociones, más largas aún que puede producirlas la palabra ó la mímica; y educa al mismo tiempo un más alto sentido de sociabilidad, que da formas nuevas de vida. Y mientras surgen variedades nuevas de multitud, al lado de ellas en modo menor y subordinado reviven las viejas, por aquella ley de la coexistencia de las formaciones naturales que se adapta admirablemente á los fenómenos sociales. Por lo que vemos revivir la horda en la multitud, comúnmente entendida, y revivir las castas en los gremios. Así, si no estamos equivocados, siguiendo el orden genésico, podremos dividir las multitudes en arcaicas, horda y casta, y en modernas. Estas últimas, luego á su vez comprenden las formas estables como las clases; las inestables como público, partidos, comisiones; las formas redivas, estables ó no, como los gremios y la multitud propiamente dicha. Y la ventaja de tal clasificación sería determinar la razón eficiente de las multitudes junto con la más natural de las clasificaciones: la genésica ó histórica.

(1) Tarde: *L'opinion et la foule*, pág. 28. Alcan, 1901.

II

DE LAS LEYES EN PSICOLOGÍA COLECTIVA (1)

La psicología colectiva, por su complejidad y por su carácter de ciencia *derivada*, comprende en sí las leyes de las realidades psíquicas inferiores, mientras que, por otra parte, puede ser comprendida en las más amplias de la sociología. Pero ni las unas ni las otras pueden propiamente llamarse leyes psico-colectivas, por corresponder tal nombre solo á aquellas que dominan la realidad psico-colectiva, considerada en sí, y que expresan sus razones de semejanza, coexistencia y de sucesión, considerada como necesaria.

Entre las leyes de la realidad correspondiente á nuestra ciencia, y á las cuales, en último análisis, pueden referirse los hechos psico-colectivos, hay que colocar aquella radiación humana ó nerviosa, como parte de la más vasta radiación universal. Por ella el organismo bio-psíquico, especialmente cuando ha llegado á cierto punto de desarrollo anatómico y fisiológico, irradia en torno una atmósfera, como suele decirse, dinámica. La cual se compone, no sólo de pensamiento, sino de luz, de electricidad, de magnetismo, etc., y que encontrándose con la atmósfera de otros organismos, es capaz de vibrar al unísono y de eludirse ó de combinarse, en una palabra, de sugestionar ó de ser sugestionada, asignando á estos tér-

(1) ¿Es acaso inútil añadir que entendemos por la ley «la semejanza de los hechos, el carácter más general en que varios hechos concuerdan?» (Ardigó); respecto al concepto de la ley, véanse Ardigó, Groppali y Villa, en las op. cit.

minos un significado más bien amplio. No trataremos todas las cuestiones, en gran parte no resueltas, sobre la naturaleza de esta irradiación: si existe, como quiere Crookes, un verdadero estado radiante de la materia, más atenuado y vaporoso que el estado aeriforme; ó si, como otros quieren, esta radiación es un movimiento etéreo. Ni repetiremos las cuestiones que se acumulan desde Reichenbach hasta Rochas, sobre la polaridad de los organismos y sobre las luces, diversamente coloreados, que emanan de las dos mitades de nuestro cuerpo. Pero aparte de que todo esto no ha recibido aún pleno consentimiento científico, está el hecho que nos basta para explicar los fenómenos psico-colectivos, los dos conceptos de la radiación nerviosa y humana, sentados por Pozzo de Membello en oposición al de la *reversibilidad* de todas las radiaciones, incluso la humana, enunciado por Ochorowichz para explicar formas extrañas de sugestión á distancia (telepatía, telestesia, etc.). Pero haciendo esto caeríamos en el error de Tarde, que reduce los complejos fenómenos psico-sociales á vibraciones físicas no distintas de las de la electricidad, el magnetismo, etc. (1).

He aquí por qué deducimos que las leyes subordinadas á la realidad psico-colectiva, aun estando comprendidas en ella, no nos la pueden refigurar.

Diferente juicio debemos formar de aquellas otras leyes de la psiquis individual, las cuales son verdaderas para los hechos psico-colectivos, aunque surjan en ellas á mayor complejidad. Tal la simpatía, la imitación, el contraste ó la polarización psíquica y la sugestión, todas las cuales son una diferenciación de

(1) Groppali: *Saggi di sociologia*, pág. 12.

la ley de la radiación biológica, si bien más complejas que ésta. Sin ellas no hubiéramos podido nunca explicar el hecho psico-colectivo, ni ésta habría podido nunca existir; y sin embargo, cuando tales leyes se verifican en la multitud, son tanto más complejas cuanto mayor es el número de psiquis que en ella colaboran.

Las propias y verdaderas leyes de la psicología colectiva, que se nos revelan por la observación, pueden reducirse á tres y son:

1. «La reunión de varias personas no da nunca un resultado igual al de la suma de cada una de ellas (Ferri). Esta es la ley del producto psíquico.

2. En la multitud el pensamiento se resta y el sentimiento se suma (Sighele).

3. Las almas en la multitud se comunican lo que tienen de más atávico. Esta es la ley *hiperorgánica*.

Quedaría aún por decir que las leyes psico-colectivas y sociales están comprendidas en las más amplias de la sociología; pero sobre ellas es ahora difícil pronunciarse, atendiendo á la dificultad de determinar y reducir estas últimas á pocas, simples y fundamentales. De todos modos, podemos afirmar que si es verdad que las leyes de una realidad superior pueden ser reducidas á otras infinitamente más sencillas de la realidad inferior sobre la cual dominan, las leyes sociológicas podrán ser reducidas á otras más simples de psicología colectiva y social sobre las cuales tienen imperio.

Estas leyes, como todas las demás del mundo moral y social (1), presentan el siguiente carácter distintivo de ser empíricas, de masa y de tendencia.

Que son empíricas y de masa creemos que no es

(1) Groppali: *Lezioni di sociologia*, pág. 198. Turín, 1902.

preciso demostrarlo; lo que sí necesita una explicación es el último carácter de expresar una tendencia. Y aquí es preciso que remitamos al lector á lo que escribimos en otras obras, en las cuales protestamos con pensamiento crítico contra la unilateralidad de las primeras leyes establecidas por Sighele y por Ferri, demostrando que representan meras tendencias, verdaderas si se trata de la multitud primigenia y de la horda, pero que dejan de serlo cuando se trata de otras multitudes estables y diferenciadas. Y poníamos el ejemplo de las multitudes predominantemente pensantes, como una academia científica, ó de aquellas otras en que el hecho psíquico, más que un verdadero producto, es una suma con tendencias á multiplicarse (1).

No negamos con esto, hoy como entonces, que una multitud pensante pueda trocarse en esciente, ó que una multitud, de la suma de la psiquis pueda ascender al producto y de éste descender á la suma. Son estos, hechos que atestiguan la complejidad varia y la inestabilidad del alma colectiva y que confirman aquel carácter de tendencia que tienen las leyes que la rigen.

Por último, dejando de tratar las dos primeras leyes, ya demasiado conocidas por los estudios nuestros y ajenos, nos fijaremos en la tercera, que considera el carácter *hiperorgánico*, á que con frecuencia hacemos referencia en esta obra, formando un criterio de distinción y un elemento integrante de la realidad psico-colectiva respecto á la psico-social.

El primero en usar este término fué G. Piazzzi, cuan-

(1) P. Rossi: *Animo della folla*, págs. 18 y 19. Cosenza, 1898; y *Psicologia collettiva*, pág. 9. Milán, 1900.

do escribía: «Cualquiera que sea el modo de manifestarse, cualesquiera que sean los actos realizados por la multitud, vemos que están guiados por un solo sentimiento, por un solo concepto general hiperorgánico, por decirlo así, y con las formas, con los perjuicios, con los caracteres generales que lo acompañan como conocimiento abstracto del momento histórico en que lo vemos obrar: realmente constituye lo que se llama alma colectiva, y es común á todos los pueblos, aun permaneciendo á veces diverso en los desarrollos sujetos á las condiciones generales de cultura, ambiente, clima, raza, etc.» (1).

Al escribir esto templaba un tanto las opiniones de Gustavo Lebon, que dominado por las conclusiones á que había llegado en sus precedentes estudios sobre la psicología de los pueblos, concedía, equivocadamente á nuestro juicio, á la raza tanta importancia como para influir aún en el alma de las multitudes.

Este factor, es decir la raza—escribía Lebon—, debe ser colocado en el primer lugar, pues por sí solo excede en importancia á todos los demás. Hemos demostrado que el poder de la raza es tal que ningún elemento puede pasar de un pueblo á otro sin sufrir profundas transformaciones. El medio, las circunstancias, los acontecimientos representan las sugestiones sociales del momento. Pueden tener una influencia, pero es siempre momentánea, si es contraria á las sugerencias de la raza, que es como decir á toda la serie de antepasados (2).

Ahora bien; podemos conceder que la raza influya

(1) G. Piazzzi: *L' arte nella folla*, págs. 277 y 278. Sandron, 1900.

(2) Lebon: *Psychologie des foules*, págs. 69 y 70. Alcan, 1900.

sobre las creencias de un pueblo y aun sobre su conducta, entendida como tendencia encaminada largamente á un fin, pero no como hecho estático, el cual se presenta idéntico en todas las multitudes y constituye lo que nosotros denominamos *Carácter hiperorgánico*.

No nos parece más feliz De Marinis, para el cual «los caracteres psicológicos nuevos que surgen en la multitud son transformaciones del momento de los caracteres de la raza», puesto que no nos dice en qué consiste dicha transformación ni cómo, y por qué surge (1).

El último, en fin, en este orden de ideas, es Scipio Sighele y Tarde.

Palabras de Sighele, de las cuales se hacía más tarde eco el escritor francés:

Una más verdadera y clara comprensión del asunto encontramos en Max Nordau. «No es preciso ser un profundo observador ni pensador para observar que toda gran reunión es diversamente mediocre, por lo que se refiere al nivel intelectual. Pero reunidos 400, Goethe, Kant, Helmholtz, Shakespeare, Newton, etc., sometidos á su juicio y voto las cuestiones prácticas del momento. Sus discursos acaso serán distintos de los pronunciados en una asamblea cualquiera, por más de que no quisiera salir fiador de ello; pero en cuanto á sus decisiones, es cierto que no se diferenciarán en nada de las de una asamblea cualquiera. ¿Por qué? Porque además de la propiedad originaria que hace de él un individuo superior, cada uno de los 400 elegidos posee también aquel patrimonio de cualidades hereditarias de la especie que lo hace semejante, no

(1) E. de Marinis: *Sistema di sociologia*, pág. 304, op. cit.

sólo á su vecino en la reunión, sino además á todos los individuos desconocidos que pasan por la calle. Podemos decir que todos los hombres normales tienen algunas cualidades que constituyen un valor común idéntico = A , valor que en los individuos superiores se ve aumentado por otro diferente para cada individuo, y que, por consiguiente, en cada uno deberá ser denominado de modo distinto, sea = b, c, d , etc. Esto sentado, resulta que en una reunión compuesta de 400 hombres, todos ingenios de la más alta esfera, tendríamos 400 a y solamente un b , un c , un d , etc., y naturalmente los 400 a vencerían á los b , los d , los c , aislados; esto es, la esencia general humana vencería á la personalidad individual, y allí el birrete de punta cubriría completamente al birrete de doctor en filosofía, al del doctor en leyes y todos los más altos grados universitarios» (1).

Confirmado así por el consentimiento de un escritor autorizado, que existe una *esencia general humana* ó un *carácter inorgánico* que imprime su sello en todos los productos salidos del alma de la multitud, es necesario establecer fijamente la génesis y el perfil científico de éste, así como su alcance y límites.

Y para entender esta como tantas otras cuestiones del alma de la multitud, es preciso descender á las profundidades de la psique individual y tomar de ella

(1) Max Nordau: *Paradojas*. A este concepto de Nordau y mío se acerca el de Campeano en *Psychologie individuelle et collective*, donde sostiene que lo que caracteriza á la multitud es una «regresión de las facultades superiores humanas particulares á cada casta, esto es, una *animalización*», ó en buen español, una vuelta á la animalidad. Véase la crítica que de tal obra hace Morselli en *Riv. di fil. e scienc.*, vol. IV, páginas 471 y 72.

la norma de la teoría de la estratificación y de los resurgimientos atávicos del carácter que nuestro Sergi formuló, continuando las ideas primeramente expuestas por Maudsley.

«El carácter individual—escribe Sergi—está constituido por dos partes principales: una *fundamental*, otra *adventicia*; la primera deriva del lento depositarse y acumularse continuo de elementos que se forman en la serie de generaciones de que desciende el individuo; la adventicia es la que se agrega en el período de la vida individual. La parte fundamental, por consiguiente, es hereditaria, y es aquella solamente que se encuentra en el individuo una vez nacido. Sobre ella viene á superponerse todo lo que se va formando en el curso de la vida».

Esta es la parte adventicia del carácter, que no se forma súbitamente, sino que crece y madura por estratos en la sociedad para luego sobreponerse á la parte fundamental del carácter que queda en ella sumergida y el equilibrio se recompone. Concorre á hacer más duradero este resultado la educación, que fija las adquisiciones nuevas y las transmite. Pero cuando ésta no actúa ó la degeneración disuelve la psiquis, los estratos arcaicos del carácter, sumergidos pero no destruidos, resurgen sobre las otras nuevas que nunca existieron ó que fueron demasiado débiles para durar y resistir. Y no resurgen enteras, sino fragmentadas, como los estratos profundos del globo en las convulsiones geológicas.

Estas leyes—como ya demostré (1)—son verdaderas para el individuo no menos que para las clases. Estas, en efecto, en un mismo pueblo y en un mismo momento,

(1) P. Rossi: *Animo della folla*, pág. 135 y sig.

se sobreponen unas á otras por condiciones económicas y de cultura, por lo que tienen caracteres colectivos que recuerdan las varias fases atravesadas en general por la especie humana, y en particular por aquel determinado pueblo. Y mientras las *élites* intelectuales presentan formas últimas y modernas del carácter, las clases inferiores y medias presentan, en cambio, formas de supervivencia ó de detención que fueron en un tiempo modernas y nuevas; pero que luego fueron sobrepasadas por la mentalidad de las clases superiores y más cultas.

Tal es, abreviada, la doctrina de Sergi (1), que hoy es universalmente aceptada en la ciencia. Pero las varias estratificaciones del carácter, que todo individuo lleva en sí, pertenecen á la especie humana ó á la raza ó á la educación individual. El carácter de la especie es el que está presente potencialmente en todo hombre una vez nacido; que es en todas partes el mismo—salvo ligeras variaciones—bajo todos los grados ó de latitud ó á través de los siglos, donde la cultura no lo haya modificado; que resurge siempre que hay detención ó disgregación de la personalidad, ya se trate de multitud ó de individuo (2). Pues entonces revive ante nosotros el lejano antepasado, el hombre primitivo y salvaje, el troglodita, ó en su totalidad ó con leves irisaciones étnicas.

(1) Sergi: *Le degenerazioni umane*. Milán, 1899, cap. IV, y *L'educazione del carattere* del mismo. Turin, 1885. Otros á la imagen de la estratificación del carácter sustituyen la de la arborización del pensamiento; pero ya se elija una ú otra, los hechos no cambian. V. Bianchi: *Trattato di psiquiatria*, parte I, pág. 2 y sig. Napol. Pasquali edit.

(2) Por lo que se refiere á las familias dinásticas, véase Renda: *Il destino delle dinastie*, pág. 199. Bocca, 1902.

Los estudios sobre la multitud nos permiten poder indicar claramente por qué en ella reviven el hombre atávico ó el carácter de la especie; y nos permiten al mismo tiempo establecer aquello en que este carácter atávico ó *hiperorgánico ó esencia humana* es el equivalente de la mentalidad del salvaje, por el cual toda multitud es una horda—en las grandes líneas se entiende—y todo individuo de la multitud, un primitivo.

La multitud, en efecto, se compone de personas de mentalidad detenida, amorfa, esencialmente plástica. En ellas la falta de cultura no permiten nunca que los estratos nuevos del carácter surjan ó que si surgen se fijen establemente. Pero como si esto no bastase, hombres mentalmente enfermos, hiperestésicos, activos, á veces criminales, de carácter parcial, se mezclan en ella, despertando la personalidad humana primitiva, presente en algunos, en otros acechando y pronta á surgir bajo los débiles estratos del carácter moderno, hecho de antiegoísmo y de intelectualidad, ¿qué maravilla, pues, que la multitud viva una vida atávica que la asemeja á la horda, si en gran parte se compone de personas en que está presente sólo el carácter de la especie, y el étnico ó individual ó no existe ó es débil?

¿Pero también es verdad que el carácter hiperorgánico, que sella los productos psíquicos de la multitud, es tan semejante á la mentalidad primitiva, que constituye casi un equivalente de ella? Creo que sí, y fácil es convencerse de ello, si se piensa que la psiquis colectiva puede resumirse, como ya hemos dicho, en el principio de que «en la multitud el sentimiento se suma y el pensamiento se resta».

Pero al decir esto, notamos que una fuerte analogía, casi diríamos semejanza, une la multitud á la horda y

al salvaje. «Yo creo—observa Bagehot—que la definición general, en que Sir John Lubbok resume su juicio sobre la psiquis del salvaje, conviene á la psiquis del hombre patriarcal. Los salvajes—dice—tienen el carácter del niño con las pasiones y la fuerza del hombre. Y si consultamos el momento más antiguo del mundo pagano, los poemas de Homero, ¡cuántas cosas nos encontramos allí que están de acuerdo con esta definición mejor que cualquier otra! Sin duda en la época en que estos poemas se escribieron, la civilización contaba siglos de desarrollo. Gladstone parece decirnos que en Homero el hombre sobresale ya en elocuencia tanto como en cualquier otra época; pero por importante que sea tal ventaja, podríamos citar otras, que poseía también y que valen más. Pero, después de todo, ¡cuánto queda aún en Aquiles «del salvaje espléndido» y cuánto también del «niño caprichoso que juega bajo su tienda»! La facilidad de las impresiones y la vivacidad de las emociones son los rasgos principales y característicos de la historia griega antiquísima; y si volvemos la mirada hacia el Oriente, vemos en todo instante «el mundo sencillo y violento», como le llama Kinglake, de las primeras edades» (1).

Si, pues, la mentalidad del salvaje es cual la describieron, reconstruyéndola, Spencer en sus *Principios de sociología* y Lubokk en *Los tiempos prehistóricos y el origen de la civilización*, y si esta mentalidad vive aún en la historia de la civilización oriental y griega, no hay duda que se asemeja á la mentalidad de la multitud. La cual tiene, como el salvaje, «el carácter del niño con las pasiones y la fuerza del hom-

(1) Bagehot: *Leyes científicas del desarrollo de las naciones*. Sexta edic. París, 1899.

bre», y aun del gigante y de la multitud que destroza todo lo que encuentra; que pasa en un instante de la piedad al desprecio, del amor al odio, igualmente sentidos y fuertes. Y es digno de atención que la multitud propiamente dicha se haya conservado tal á través de los tiempos, y bien lo atestigua el espejo del arte. En efecto, de Homero á Zola, de la *Iliada* al *Germinal*, la multitud obra de un mismo modo; lo que cambia es el fondo del cuadro, los motivos sociales que la conmueven: en Homero es la guerra con las súbitas esperanzas y la nostalgia de la patria, la guerra que compendia y expresa todas las necesidades económicas del mundo antiguo (1); en Zola son los dolorosos problemas del trabajo (2), pero en Homero como en Zola, la multitud, á la distancia de tantos años, vive de un mismo modo atávico pasional poco ó nada intelectual. Vive, en una palabra, del carácter de la especie.

Al decir que el carácter de la especie es el que imprime su sello á los productos psíquicos de la multitud, no queremos negar los reflejos y las iridiscencias del carácter de la raza que puede coexistir con aquél. En la naturaleza como en el pensamiento científico, que es un reflejo de ella, nada hay esquemático ni absoluto; y si á veces nos abandonamos á fórmulas dogmáticamente rigurosas, lo hacemos para facilitar la comprensión de los fenómenos que son así revelados por la continuidad evolutiva y por las diferencias de que forman parte. Para nosotros, como ya dijimos otra vez, la *teoría hiperorgánica*—por la cual en la multitud se suma la parte más antigua, la estratifica-

(1) Ciccotti: *Guerra y paz en el mundo antiguo*.

(2) Véase 2.^a parte de mi *Psicología colec. morbosa*.

ción más atávica que existe en el fondo del alma— es *la ley límite de todas las multitudes*. Por lo que á las otras superiores no les queda el unírse en los sentimientos más delicados en las más elevadas manifestaciones del pensamiento; en suma, en cuanto no de atávico, sino de más moderno, existe en el pensamiento humano. La teoría hiperorgánica es verdadera solo en las multitudes inferiores, en que representa el mínimo de cultura de los individuos que la componen.

Pero antes de dejar tal asunto, observemos que, á pesar de la desemejanza, convienen con nosotros Tardé y Lebón.

El error del primero está en la confusión entre muchedumbre y multitud, dos cosas distintas, como ya hemos dicho repetidas veces. La muchedumbre es la matriz de la multitud, en cuanto es una pluralidad de personas reunidas en la unidad de tiempo y lugar, pero no en un solo ánimo; por consiguiente, mantiene aún todas las características de la propia raza. Dejad que ella surja de la cohesión material á la psicología y pronto volverá de los caracteres de raza á los humanos y primitivos, que son los más comunes, el fondo constante en que los individuos de una multitud, cualesquiera que sean las emergencias psico-individuales, pueden convenir. Y como la verdad salta viva de los hechos, aun cuando nuestros prejuicios teóricos traten de esconderla, así el mismo autor habla de una joven que vestida de coronel respondía á la multitud amenazadora con una sonrisa que acrecentaba su furor hasta pedir su muerte, observa: «On peut être certain puisque il s'agit de Français, que, á la vue de cette jolie amazone bravant ses meurtries, chacun d'eux, pris à part, ne eût exprimé que de l'admiration pour elle. Ressemblés, ils n'ont éprouvé

que de la fureur contre elle.» Giacchè «l'amour-propre irrité chez le peuple, dit Mme. Staël, ne rassemble point à nos vengeances fugitives, c'est le besoin de donner la mort». Luego, en este caso por lo menos, el carácter de raza desaparece ante el carácter atávico de multitud.

Pero en la realidad no se trata de casos aislados, puesto que el mismo Tarde nos advierte que: «En tous temps et en tous pays, la foule homicide ou pillarde se croit justicière et la justice sommaire que elle rend rappelle singulièrement, par la nature vindicative des penalités, par leur cruauté inouïe, par leur symbolisme même la justice des temps primitifs... Foules *des tout race et de tout climat*, foules romaines accusant les chrétiens de l'incendie de Rome ou d'une défaite des légions et les jetant aux bêtes, foules de moyen-âge accueillant contre les albigeois, contre les juifs, contre un hérétique quelconque les soupçons les plus absurdes, auxquels leur propagation tient lieu de demonstration, foules allemandes de Munzer sous la Réforme, foules françaises de Jourdan sous la Terreur, c'est toujours le même spectacle. Toutes, «terroristes par peur» comme Mme. Roland disait de Robespierre» (1).

Y entonces preguntamos á Tarde dónde está el carácter de raza.

Entre nosotros y Lebón las divergencias son más aparentes que reales, puesto que él llama caracteres de raza á los que indudablemente pertenecen á la especie.

«Dans tout ce qui est matière de sentiment —dice — religion, politique, morale, affections et anthipa-

(1) Tarde: *L'opinion et la foule*.

ties, etc., les hommes les plus éminents ne dépassent que bien rarement les niveaux les plus ordinaires. Entre un grand mathématicien et son bottier il ne peut exister un abîme au point de vue intellectuel, mais au point de vue du caractère la différence est le plus souvent nulle ou très-faible.

«Or ce sont précisément ces qualités générales du caractère, régies par l'inconscient et que la plupart des individus normaux d'une race possèdent à peu près au même degré, qui dans les foules sont mis en commun. Dans l'âme collective, les aptitudes intellectuelles des individus, et par conséquent leur individualité, s'effacent. L'hétérogène se noie dans l'homogène, et les qualités inconscientes dominent.»

«Aussi — continua Lebon — par le fait seul qu'il fait partie d'une foule organisée, l'homme descend de plusieurs degrés sur l'échelle de la civilisation. Isolé, c'était peut-être un individu cultivé, en foule c'est un barbare, c'est-à-dire un instinctif. Il a la spontanéité, la violence, la ferocité, et aussi les enthousiasmes et les héroïsmes des êtres primitifs» (1).

Ahora bien; ¿quién no sabe que en gran parte la vida inconsciente pertenece más a la especie que a la raza? Entiéndase bien que sobre el fondo del carácter propio de la especie, y por tanto inconsciente, cada multitud coincide, en mayor ó menor grado, en otros estados de conciencia que pertenecen más propiamente a la raza, al pueblo, a la región, y que son iridiscencias mínimas con respecto a la subestructura fundamental del carácter. Y he aquí por qué yo, desde hace muchos años, al estudiar el factor *hiperorgánico*, decía que representa una *ley límite*. De lo cual no dis-

(1) Lebon: *Psychologie des foules*.

crepa en el fondo el mismo Lebon, si bien no se exprese con la precisión deseada cuando escribe que:

«Dans l'irritabilité des foules, dans leur impulsivité et leur mobilité, ainsi que dans tous les sentiments populaires que nous aurons à étudier, interviennent toujours les caractères fondamentaux de la race, qui constituent le sol invariable sur lequel germen tous nous sentiments. Toutes les foules irritables et impulsives, sans doute, mais avec des grandes variations de degré. La difference entre une foule latine et une foule anglosaxonne est, par exemple, frappante.»

Hemos querido detenernos en afirmar este carácter hiperorgánico, puesto que representa uno de los rasgos distintivos del estado de multitud y de la psicología colectiva, como ciencia de la colectividad estáticamente considerada, según advertíamos en otro lugar de esta obra. Y ahora caminemos al fin (1).

(1) Para persuadirnos de que la multitud, *estáticamente considerada*, se asemeja, á pesar de las diferencias de raza, valgan algunas observaciones sobre los delitos colectivos de estos últimos años. En ellas se ve que multitudes diferentes por civilización y raza han delinquido del mismo modo: las revueltas de Sicilia del 94, y las de Milán del 98, se asemejan á las de España de 1901, y todas juntas repiten en los detalles la de los mineros belgas del 86 para el aumento de salario, como ésta responde del todo á la de la misma multitud del 1902 para el sufragio universal.

He querido seguir estas últimas en las obras *Le socialisme en Belgique* de Jules Destree y Vanderwelde, y por lo que se refiere á la de 1902, en las actas del *¡Avanti!* de Roma del 14 al 19 de Abril de 1902.

En cuanto á la huelga del 86, así como las revueltas de Italia del 96 y del 98 y las de España del 1901, miradas desde el punto de vista psico-colectivo, nada diré por haberme ocupado de ellas en otros trabajos (*Psicología colectiva morbosa*, *Los*

sugestionadores de la multitud). Pero insistiré en la revuelta de 1902 en Bélgica.

También en ésta—escribe el corresponsal del *¡Avanti!* del 15 de Abril de 1902—«los elementos bajos de la capital se habían echado á la calle para aprovechar la ocasión y cometer actos de vandalismo y saqueo». Y se vió también «una multitud bien distinta, habituada á vivir de expedientes, de miseria, surgir de sórdidas callejuelas de casas sucias, de las tabernas, á batirse con ímpetu contra los guardias y la policía, secundada por los niños y por las mujeres, las que, más coléricas y tenaces, ayudaban á sus compañeros, les conducían á la pelea y lanzaban gritos estridentes de maldición y de amenaza» (*¡Avanti!* del 17 Abril de 1902). Lo mismo que ha sucedido en todas las revueltas, en que se han mezclado á la vez criminales natos ó habituales, y mujeres en virtud de la peculiar psicología, han superado á los hombres en la revuelta y en el delito.

Es notable, por último, el modo cómo el corresponsal del *¡Avanti!* resumía sus impresiones, que confirman completamente mis opiniones. En efecto, así escribía el 14 de Abril de 1902:

«Súbita, descompuesta, impetuosa, la manifestación de ayer habrá parecido aun al que habite largo tiempo en Bélgica y haya visto varias veces al pueblo salir á la calle para defender su propio derecho, un espectáculo nuevo é inusitado. Ya sabía yo cuán falaces é unilaterales son los juicios de los observadores autorizados pero superficiales sobre los caracteres de esta gente del Norte. No ignoraba que lo que se califica de calma y frialdad, no es sino una especie de pesada indiferencia combinada con un innato sentido de orden, y que al llegar la ocasión, bajo el impulso de un vivo sentimiento ó de una sugestión aun artificial, sus instintos se desencadenan violentos y les lanzan á actos más graves y feroces que los que cometen en parecidas circunstancias los pueblos meridionales. Pero hasta ahora estas manifestaciones de nativa brutalidad, no las había visto más que en casos particulares, en las mil contiendas que afligen diariamente los barrios pobres y en las orgías desordenadas que acompañan á las *Kermesses*. Las manifestaciones colectivas, las políticas especialmente, eran solemnes aun en la desesperación y parecían siempre (hasta cuando se

convertían en luchas) batallas regulares inspiradas en un gran principio.

»Los recientes sucesos, rotura de vidrieras, saqueo de cervecerías, bofetadas á los polizontes, prueban que el espíritu agresivo de los flamencos no ha sido extinguido por la larga educación política, y prueban también, y aún más que la desesperación, enardecida por la propaganda, pero más aún por las tergiversaciones, por las evasivas y por las amenazas del gobierno, ha llegado á tal punto que no es posible á todos contenerse, ni contener. La olla cociendo ha hecho saltar la cobertera.»

De donde se deduce que el carácter de la multitud, estáticamente considerada, es siempre el mismo á pesar de las diferencias de raza y de civilización.

A propósito luego, de lo que llamamos *carácter hiperorgánico*, es sabido que antes que otros había sido puesto de relieve por *Quetelet*, como tuve ocasión de notar al corregir las siguientes páginas.

En efecto; *Quetelet* escribe en la página 98 de su *Física social* tomo I (Bruselas, 1861), que «los fenómenos morales, cuando se observan en masa, entran en cierto modo en el orden de los físicos: admitiremos como principio fundamental, en las investigaciones de esta naturaleza, que cuanto más grande es el número de los individuos que se observan, las particularidades individuales, físicas, morales intelectuales, desaparecen más pronto dejando predominar la serie de hechos generales.

Esta observación puede extenderse por analogía á los hechos psico-colectivos.

CAPITULO IV

EXPOSICIÓN Y VALOR DEL MÉTODO

- I. *Metodología expositiva*. El periodo analógico. El propio de cada ciencia. Este último aparece á medida que la ciencia particular progresa. Sus requisitos, Ser claro y natural. Qué se entiende por naturalidad. Las ciencias, las ciencias jóvenes y una cierta indeterminación en el asunto. Modo de ordenarse la psicología colectiva: el estado de la multitud. Formas elementales y simples de esta multitud y psiquis singular. De la multitud á la corporación. Estabilidad y memoria. La sugestión. La multitud y el arte.—II. *Valor del metodo*. Conclusión.

I

METODOLOGÍA EXPOSITIVA

Ultima cuestión metodológica es, como dijimos, la exposición de una determinada ciencia, esto es, el hilo conductor, según el cual se ordena la materia. Ahora bien; toda ciencia tiene su método de exposición, el cual ejerce la misma función que el plan de creación en una especie animal, y al par que ésta no surge

bella y formada, sino que se va formando poco á poco y trabajosamente (1).

Sin embargo, al surgir una ciencia y cuando tal método de agrupación lógica y de dirección expositiva falta, se toma á préstamo de otras ciencias que están en boga y que ocupan la conciencia científica contemporánea ó de ciencias afines. Así, la sociología, en su primer aparecer, toma de la biología—que tanta parte del saber glorioso de nuestra época forma—el método expositivo, y nace la corriente analógico-orgánica. Así, en nuestro campo de investigación psico-colectiva, nosotros otras veces agrupábamos las materias según la serie de la psicología individual, sin dudar que representa un momento—el primero—del surgir y florecer de nuestra ciencia, que irá formando su propio *plan de creación* (2).

Pero si queremos sujetar á rigor metodológico también esta parte de la ciencia, es preciso que nos ins-

(1) La psicología general también ha obedecido á tal necesidad metodológica. Por largo tiempo ligada al concepto de *facultad*, renovada después por la ley del *asociacionismo*, envuelta por Spencer en la espiral eternamente ascendente de la evolución, no ha encontrado su método expositivo sino cuando fué auxiliada de la observación y de la experimentación. Sólo entonces se nos reveló la unidad de los hechos psíquicos, que partiendo de las sensaciones elementales, y según algunos, de sentimientos sensoriales, llegó hasta los productos más complejos de la mente. Véase. G. Villa: *La psicología contemporánea*, c. IV, Bocca, 1899.

(2) Así he respondido á aquellos que me reprochaban haber seguido en *Psicologia collettiva*, métodos y analogías, derivadas de la psicología individual. Yo no niego que tal sea verdad; digo sólo que es imputable á la infancia de la ciencia colectiva, á la cual, sin embargo, favoreció, en cuanto permitió

piremos en estas dos necesidades: que la exposición sea natural, que sea clara. Lo que quiere decir que la exposición debe seguir en lo posible la génesis del hecho estudiado, mostrando cómo ésta comienza de más simples realidades que, reduplicándose, se componen en un hecho independiente y con caracteres propios. El cual á su vez, por ligeras mutaciones y adjunciones, llega á ser una realidad nueva, por lo que es preciso tomar de la realidad psico-colectiva no sólo la esencia, sino también el devenir.

De estas necesidades doctrinales y realísticas ha de hacer gran aprecio toda la ciencia. Así lo hizo James para la psiquis individual, cuando escribía: «La línea límite de la mentalidad es indudablemente bastante incierta. Por lo cual no hay que ser pedante, y dejar que la ciencia sea indeterminada, como el asunto de que se trata, y comprender también en ella los fenómenos de aquel género, si haciendo esto podemos arrojar un poco de luz sobre la cuestión...

»En un determinado momento del desarrollo de cada ciencia, cierto grado de indeterminación es lo que conviene mejor á su fertilidad» (1).

Para hacer aún más claras las génesis y la evolución del alma colectiva, nada mejor que encuadrarla en el movido desarrollo de la vida social. Por lo que me parece que una ordenada exposición de la psicolo-

recoger y ordenar observaciones que andaban dispersas. Fueron además aquellos primeros estudios conducidos con el método analógico, los que me han hecho posible el actual trabajo de especificación y de distinción de nuestra ciencia, de la cual pretendo señalar los límites metodológicos.

(1) W. James: *Principi di psicologia*. Milán, 1900, I, página 5.

gía colectiva debe partir del momento en que la multitud inestable é indeferenciada—que es de las colectividades estáticas la más típica y aún la más rica en movimientos psicológicos—se forma reuniéndose en el tiempo y en el espacio, de modo que, como advierte Tarde, el haz de los contagios psíquicos brote de los contactos físicos. Luego se estudia cómo sobre esta multitud reunida obran estos estímulos (acontecimientos, gritos, espectáculos), que invadiéndola súbitamente la conmueven. Y téngase en cuenta los individuos, excesivamente hiperestésicos, dispersos en la multitud, porque son los multiplicadores de las vibraciones emotivas. El fenómeno colectivo se reduce, por consiguiente, á un contagio, y se relaciona con la vida emotiva de un individuo. La cual surge y se educa en la lucha por la existencia, por las sabias selecciones milenarias, en que prevalecen los que mejor saben proyectar al exterior sus pasiones. Establécese así un vínculo indisoluble entre los movimientos pasionales y el lenguaje emotivo, y este último nos aparece dotado de la virtualidad de suscitar en sí y en otros los estados de conciencia á que está asociado. Y esto sucede con tanta mayor elevación, cuanto más grande es el número de las personas que hay en la multitud, hasta producir extrañas y anormales fermentaciones.

La psiquis colectiva surge así sobre la base biológica de la multitud, agrupación inestable de psiquis singulares, ligada por difusos hechos emotivos. Los cuales no son *estáticos*, sino movibles, varios con elevaciones y descensos de la onda neuro-psíquica. Ya se observe en una multitud misma sus diferentes y separados ritmos ó en un ritmo mismo, ya se observe en multitudes diversas, el alma colectiva es esencialmen-

te dinámica. Es un verdadero meteoro como las psiquis individuales que en la multitud se reúnen (1).

El *estado de multitud* depende de una complejidad de causas, que se reducen á tres especies: biológicas, sociales y físicas. Las cuales se afirman y prevalecen en varia medida de multitud á multitud, con un mayor ascendiente de las biológicas y físicas en las multitudes diferenciadas y primitivas, y de las sociales en las formas estables y diferenciadas.

El factor biológico se materializa luego en las diversas personas que componen la multitud y en su educación y aptitudes psicológicas. Por lo que las multitudes se distinguen, según el sexo y la edad de quienes las componen, en femeninas y masculinas, adultas ó infantiles; ó en normales y delictivas, movibles ó indiferentes, según la aptitud psicológica para el bien ó el mal, ó la indiferencia pasional que la paraliza diversamente y la mueve al compás de las circunstancias del momento. Luego, frecuentemente las multitudes se presentan mezcladas y en ellas se encuentran activos y amorfos; criminales y locos; niños y mujeres; gente deformada por oficios duros y personas normales; intelectuales que tienden por hábitos de pensamiento á las construcciones ideológicas, y obreros á quienes la educación en el trabajo manual predispone á la traducción en obras y hechos de las sugerencias.

(1) «El pensamiento individual—escribe Ardigó—no sólo no es un punto en la línea del tiempo, como se cree vulgarmente, sino ni siquiera, como también se cree, un trazo siempre igual en línea recta. Es una línea parabólica, primero ascendente y luego descendente, y cuya mayor elevación no es más que un solo punto. Es decir; el pensamiento es la sucesión de períodos psíquicos de varia intensidad. Ardigó: *L' unità della coscienza*, pág. 115, edit. Draghi, 1898.

Al factor biológico se agrega el físico, consistente á veces en la influencia completamente meteórica del frío y del calor, de la estación ó de la hora; y á veces en la influencia completamente física de la lluvia ó del buen tiempo, en cuanto permite á la multitud recogerse en la unidad de tiempo y de lugar.

Por último viene el factor social. Y no sólo entendemos por tal el uso de bebidas alcoholicas, de sugestion coreográficas, extrañas y emocionantes, de voces hábilmente puestas en acción y difundidas; cosas todas que ejercen una acción dinamogenética ó inhibitoria, que las asemeja mucho al factor físico. Pero entendemos por hecho social las causas mucho más importantes de la miseria física y moral; de las ideas nuevas en estado naciente; del surgir y declinar de una civilización; de la cultura y del carácter ó nuevo y moderno, ó de supervivencia y resurrección; de la densidad ó de la despoblación; de las condiciones geográficas que aíslan ó difunden y regulan la trayectoria de la vida de la multitud; de la imitación ó del contraste, que son las causas más verdaderas y profundas de la psiquis colectiva, especialmente en las formas estables y modernas.

Estudiada la multitud en su base biológica y en sus causas, penetramos en la psicología colectiva propiamente dicha. Ya advertimos cómo la vida de la multitud es preferentemente emotiva, y cómo en ella prevalecen la movilidad excesiva y la impulsividad, que la asemejan á las psiquis primitivas de los salvajes, de las mujeres y de los niños. La vida de la multitud, en sus grandes líneas esbozada, tiene luego necesidad de ser estudiada en todas las pasiones en que se manifiesta. Ahora bien; podemos seguir dos métodos: el analógico y el específico. Por el primero las emociones

se ordenan del mismo modo que la psicología general, tanto que, partiendo de las más simples emociones y estudiándolas en la sucesión misma con que aparecen en la vida individual, se llega á las emociones complejas. Tal método provisional, como todos los métodos analógicos, cede el campo al específico, que se funda en el criterio mucho más importante de la *composición de las fuerzas* en la psiquis colectiva.

Ya se sabe que desde hace tiempo en la psicología colectiva se ha debatido el problema de la composición *atomística* ú *orgánica* de los hechos sociales: problema antiguo que se remonta á Platón y á Aristóteles y que se encuentra en todos los precursores de la sociología (1); que domina toda la Edad Media y revive en las escuelas del derecho, donde, como observa Vanni, «si las teorías de la escuela del derecho natural habían sido atomísticas, y si las aplicaciones que de ellas hizo la revolución francesa llevan á disolver en átomos los grupos sociales, escuelas posteriores han reaccionado, renovando el concepto orgánico de la sociedad y del Estado» (2); que reaparece, por fin, en nuestros tiempos, para citar á los mayores, en Romagnosi, en Stuart-Mill y en Spencer, para el cual el carácter del todo está dominado por el de las partes (3).

Del campo de la sociología el problema de la composición de las fuerzas fué transportado al de la psicología social, cuando se quiso penetrar mejor el mecanismo de que surge el *ánimo del pueblo*, ante el cual, la escuela histórica del derecho se había detenido (4).

(1) Squillace: *Las doctrinas sociológicas*. Introducción.

(2) Vanni: *Lecciones de filosofía*.

(3) Spencer: *Introducción á la ciencia social*.

(4) Vanni: Op. cit.

Luego le llegó la vez á la psicología general, en que Wundt, estudiando las leyes psicológicas divididas por él en las de relación y de evolución, afirma «que cada formación psíquica presenta propiedades que no deben en modo alguno ser consideradas simplemente como la suma de las propiedades de los elementos. Por tal modo, en la ley de las resultantes psíquicas se desarrolla un principio que nosotros, teniendo en cuenta los efectos que de él resultan, designamos con el nombre de un *principio de síntesis creadora*» (1).

De la psicología general el problema pasa ahora á la colectiva, en que la ley de la síntesis reviste irisaciones propias. En ella las psiquis individuales, restándose é intersecándose, componénse en un producto emergente, limitado en el tiempo y en el espacio y tomado de los caracteres de la especie. Así, la combinación orgánica ó química ó del producto emergente, que domina el hecho psicológico y sociológico, se manifiesta directamente según las varias formaciones en que éstas se resuelven.

Toda la cual favorece la inteligencia y ordenación de los fenómenos emotivos en la multitud. Los cuales, aun superando al hecho individual, de que son productos, revisten á veces un aspecto peculiar y nuevo, cuando la suma de los caracteres individuales, superando ciertos límites, llega á crear cualidades nuevas. Así, el miedo se convierte en pánico; las emociones sexuales en orgías, mientras las alucinaciones é ilusiones, aun siendo en el alma colectiva mucho más rica en movimientos psicológicos que en la individual, no revisten en la multitud formas propias.

Pero puesto que las formaciones y leyes superiores

(1) Wundt: *Compendio de Psicología*.

no anulan sino que dominan á las subordinadas, así en el hecho psico-colectivo la combinación química no excluye la atomística, por lo que á veces en la multitud las psiquis individuales se suman en hechos paralelos más que en verdaderos productos.

El *estado de multitud*, descrito así y estudiado en su mecanismo psicológico y en sus causas, nos deja entender mejor en el parangón las formas colectivas elementales de la pareja y de las otras subhumanas y primitivas del salvaje y del niño. Por un lado, pues, se extienden las formas duales, que, divididas con relación al contenido de la sugestión en parejas sanas, locas, idiotas, criminales, etc., creo que se diferencian mejor por la naturaleza y la indole de la sugestión en formas imitativas, indoctas, sincrónicas y recíprocas. Presentan siempre un *incubo* y un *súcubo* y se presentan en torno á la trama de la sugestión (1).

Por otro lado se extienden las formas subhumanas, que la conservación del individuo y de la especie crea. Estas revisten formas diversas que van de la pura emoción estética que experimentan algunas especies de pájaros, mezclando sus gorjeos (*coro canoro*), á las *formas dualistas* de algunas especies monogámicas de animales; de la simpatía que se establece entre la madre y la prole, como en las nidadas de los polluelos, hasta todas las emociones de las formas gregarias de tipo patriarcal ó matriarcal; como, por ejemplo, el asalto y saqueo de una colmena ó de un hormiguero; de las puras formas imitativas; por ejemplo, de las ovejas, hasta las instintivas y mecanizadas de algunos pájaros migratorios, por ejemplo, la gru-

(1) Véase Sighele: *La coppia criminale*.—Rossi: *Psicologia collettiva morbosa*.

lla, así como dijimos en la primera parte de esta obra y en otras.

Cierran la amplia distancia desde la psiquis colectiva subhumana las formas primitivas y salvajes de la danza pantomímica y de la horda; mientras los niños con los juegos tradicionales del corro, en que palpita algo de la danza sagrada, repiten las formas atávicas de la psiquis colectiva. A veces imitan en los juegos coreográficos las formas colectivas de la sociedad en que viven; á veces también, viven una verdadera vida colectiva, que no se diferencia de la de los adultos y que se extiende desde el suicidio á la epidemia y al motín (1), para limitarnos á las formas anormales.

Pero, ya lo dijimos, el alma colectiva se yergue sobre la base material de la multitud; será, por consiguiente, necesario estudiar sus relaciones con las psiquis individuales, antes de que se ahoguen en la multitud y después de emerger de ella; mientras la multitud, según el contenido emitido que prevalece en un momento dado, puede dividirse en espectante, atenta, activa, apasionada por amor ó por odio (2). Y cada una de éstas tiene una psicología propia.

Pero el factor social crea nuevas formas de multitud: son éstas las *corporaciones* de Tarde ó las *multitudes homogéneas* de Lebon, en las cuales la persistencia es la regla y el rasgo característico. La multitud que hasta ahora vivía de sentimiento, comienza á vivir una más alta vida psíquica. A la continuidad material, de la cual la secta, la clase, la casta, sobreviven á los individuos que se mueven en ella, y á la diferenciación que se afirma en la jerarquía, se opone la

(1) P. Rossi: *Los sugestionadores y la multitud*.

(2) Tarde: *La opinión y la multitud*.

memoria—ó sea la continuidad y las especificaciones psicológicas—que se desarrollan en la tradición y en los ideales artísticos ó científicos, que la secta y la casta á veces prosigue y transmite en formas inmóviles ó poco progresivas. Al estado de reunión sucede y alterna el disperso y la acción del individuo se enlaza y confunde con la de la colectividad.

Un mundo nuevo y no menos importante se abre á nuestros ojos, especialmente desde el día que la invención de la imprenta, proyectando las vibraciones emotivas súbitamente y en grandes extensiones, creó la última y más dispersa forma de multitud: el público. Así, la psiquis colectiva se vuelve hacia la social; á las formas estáticamente reunidas, que sella el carácter de la especie, suceden otras dispersas, que llevan el signo y el vestigio de la raza. Y en esta zona intermedia es donde se alojan los ritmos *psico-colectivos*, que á veces una multitud toma de otra colectividad atrasada, pero que dejaron tras sí la flor no marchita de una tradición, rico en gérmenes vitales y revocable, si no en las virtualidades inmanentes, en las apariencias exteriores; ó que surgen en una multitud misma, donde se suceden y se persiguen; ó que, en fin, emergen del contraste de otras multitudes y de otros ritmos coexistentes (1).

La multitud, luego, cualesquiera que sean las apariencias que revistan, está siempre dominada por algunas personalidades salientes por su carácter activo. Son los que llamamos *sugestionadores ó meneurs*, y el estudio particularizado de éstos, relativo á su íntimo mecanismo psicológico y á sus variedades, completa

(1) Rossi: *Psicología colectiva*, cap. VIII.

el tratado del lado normal de las colectividades estáticamente consideradas.

De éstas se asciende, por formas intermedias, á las morbosas, en las cuales—como ya hace tiempo se ha advertido—se acentúan las leyes de la vida fisiológica. Y esto por un desarrollo de razones que llegan ahora á una mayor intensidad del estímulo, como el que emana de los *meneurs* locos ó criminales; ahora á una más exquisita y á veces enferma receptibilidad del sujeto por composición anormal de la multitud en que se mueven y predominan mujeres, niños, locos y emotivos; sea, por último, alcancen condiciones normales de ambiente, entristecido por las infinitas formas de miseria, ó por influencia de clima ó de otros elementos criminógenos. Pero para entender los lados morbosos de las multitudes es conveniente el conocimiento de aquellas menos amplias formas de colectividades y de fenómenos colectivos, como las sugestiones anormales en la pareja y en el cenáculo. En ellas el mecanismo psicológico y las fermentaciones psíquicas, precisamente como más estrechas, se hacen más evidentes, y, por lo tanto, más propias á ser estudiadas. Una vez, pues, que se ha llegado al través de la pareja y el cenáculo, á la multitud, ésta se nos muestra en sus multiformes morbosidades de locura, de crimen y de epidemia (1). Lados que luego no permanecen siempre y completamente separados, sino que en el flujo de la vida se enlazan y se confunden entre sí y con la acción de los individuos aislados y con el

(1) El profesor Nima Rodríguez ha llamado el primero la atención de los estudios con verdaderos estados maníacos de la multitud, presentidos confusamente por otros observadores. Véase *La folie des foules. Extrait des Annales medico-psychologiques*. Enero á Agosto 1901.

movimiento laborioso de multitudes más estables y más estrechas. Lo que luego responde á aquel criterio que nos hemos impuesto de encuadrar los fenómenos de la psiquis colectiva en el fondo amplio de la sociedad.

Pero la multitud, aun antes de que apareciese á los ojos del sabio, vive en las inmortales é intuitivas páginas del arte; y vive tanto más hoy que—al decir del Barón de Sternberg—«no ya en la soledad del gabinete, sino en la plaza pública, es donde los escritores componen sus obras: el rumor, el polvo, el vórtice de las multitudes: he aquí lo que buscan y lo que enseñan». Por esto es por lo que las intuiciones del arte ofrecen un valioso subsidio como material de estudio, y como prueba, á la vez, á nuestra ciencia. La cual trata luego de descender de las esferas abstractas del pensamiento á la práctica diaria, y de fijar, en reglas positivas y científicas, la tendencia, propia de nuestros tiempos, de educación y de cultura, que, como conato inmenso, emana de la multitud y á ella vuelve.

Así me he representado yo varias veces la vasta urdimbre de la psiquis colectiva, tan rica en asuntos y expresiones, puesta y encuadrada entre el breve puente que une la realidad psíquica con la social.

II

EL VALOR DEL MÉTODO

Al llegar al final nos preguntamos que ventajas son de esperar del conocido valor y empleo del método. En general podemos descansar en el pensamiento de que en la nuestra, como en las otras ciencias que sur-

jan, el método sirve para evitar varios errores que se acumulan en ellas y que les quitan la posibilidad de vivir y prosperar; pero también las saca de la indecisa penumbra de la presciencia y de las prenociones, á la luz clara y viva de la ciencia.

A quien haya seguido la literatura de estos últimos años respecto á la psicología colectiva y las críticas que ha suscitado, no se ocultarán tres errores que viciaban y vician aún el hecho central de la psicología colectiva. Así, mientras para algunos el alma colectiva se resuelve en una adición de hechos psíquicos elementales paralelos ó yuxtapuestos, para otros, en cambio, es algo misterioso, subsistente por sí y que está fuera de las psiquis individuales. A estos dos errores, en fin, hay que añadir un tercero, por el cual se ha estudiado un sólo pliegue del alma de la multitud, que se ha acabado por extender á todos los demás aspectos, mal conocidos ó mal comprendidos.

Ahora bien; creemos no necesitar más palabras para demostrar lo que se deduce de todo el presente estudio y de los demás escritos por nosotros sobre la multitud, y que se resume en la existencia de estados de conciencia emergentes del encuentro de dos psiquis, reunidas estáticamente. Observaré sólo que el hecho psico-colectivo como esencialmente objetivo, según dijimos, sólo por esto se presta á ser mejor entendido y apreciado, aun cuando muchos prejuicios económico-sociales, en diverso sentido de temor y de esperanza, se acumulen en torno de la multitud, en un tiempo en que ésta asciende ó deviene. Vencer, pues, tal mole de prejuicios de orden intelectual, moral, científico, social, los antiguos *ídolos baconianos*, será el fruto de un seguro método científico.

Hemos llegado, pues, al fin: nuestra intención al empezar una obra fué afirmar la individualidad de la psicología colectiva, poniendo de relieve los caracteres por los cuales una ciencia se distingue y se especifica en el árbol del saber. Y son: 1.º, la historia de una ciencia, que, partiendo de los inciertos orígenes, sigue hasta el punto en que varias corrientes que vienen de las ciencias limítrofes, confluyen unificándose; 2.º, el proceso de especificación por el cual una ciencia se distingue de las demás por su objeto definido de estudio, se sería y se coordina en el saber general, mientras de su germen vital brotan partes nuevas que se componen en un propio y verdadero organismo científico; 3.º, el método que, aun siendo positivo, tiene caracteres propios y específicos, conforme á la realidad que investiga. Todo esto lo he tenido en cuenta con relación á la psiquis colectiva: al tiempo y al progreso científico corresponde decir si me he engañado y poner correcciones parciales.

FIN

INDICE

PROLOGO

VIDA Y OBRAS DE PASCUAL ROSSI

	Paga.
1. Noticias biográficas.—2. Sus obras.—3. <i>L' animo della folla</i> .—4. <i>Psicologia collettiva</i> .—5. <i>Misticis e settari</i> .—6. <i>Psicologia collettiva morbosa</i> .—7. <i>Suggestionatori e la folla</i> .—8. Ultimos estudios.—9. <i>Critiche varie</i> .—10. Caracteres de la obra de P. R.....	1

INTRODUCCION

El problema de las psicologías colectiva y social.

1. Psicología individual y psicología colectiva y social. Diversos aspectos de una única psicología general.—2. Psicología individual y psicología colectiva, alma individual y alma colectiva.—3. Origen y distinción de las psicologías colectiva y social: Sighele, Rossi, Groppali, etc.—4. Estática y dinámica como criterios distintivos de los fenómenos psico-colectivos y psico-sociales.—5. Distinción entre psicología colectiva y social, y psicología. Hecho colectivo y hecho social.—6. Unidad y distinción del objeto de las psicologías colectivas y sociales y de la sociología; definición y objeto de las psicologías colectivas

y sociales.—7. Postulados de la psicología colectiva y social.—8. El alma colectiva es un proceso psicosocial.—9. Conclusión.....	33
---	----

A LA SANTA MEMORIA DE MI MADRE

INTRODUCCIÓN

I. La multitud y su devenir. La psicología colectiva como síntesis y como método.—II. <i>Historia y método en las ciencias. Un sofisma a priori.</i> La ciencia al progresar encuentra su propio método. Método específico y método analógico. El proceso genésico. Intuiciones y precursiones. La ciencia formada. La <i>forma mentis</i> de cada ciencia. De la infancia á la juventud.....	83
---	----

PARTE PRIMERA

Historia de la psicología colectiva.

CAPÍTULO PRIMERO

LA REALIDAD PSICO-COLECTIVA

En el mundo sub-humano.— El alba de la psiquis colectiva.— En el Oriente.— Del Oriente al Occidente.— Atenas y Roma.— En el mundo cristiano.— La Edad Media.— En la Edad Media Moderna.— Las multitudes obreras y la prensa.....	93
--	----

CAPÍTULO II

LA MULTITUD EN LOS PROVERBIOS Y EN LA LEYENDA

Págs.

Los precursores. — I. El iluminismo en Francia.— La enciclopedia.—La vida del salón.—Condorcet.—Mirabeau.— II. De Vico á M. Gioia Filangieri.—Paganó.—Salfi.—Romagnosi.—Gioia.—Otros precursores.—Mazzini.—Wagner.....	109
---	-----

CAPÍTULO III

EL NUEVO PERÍODO

El supuesto realístico é idealístico de la psicología colectiva. Las varias corrientes de cuya confluencia nace nuestra ciencia.—I. <i>Corriente artística.</i> De Homero á Tolstoy.—II. <i>Corriente psiquiátrico-antropológica.</i> Las formas dualistas y múltiples de locura. De la pareja criminal al delito colectivo. Cuál es el valor de esta corriente de estudios.—III. <i>La corriente jurídica.</i> El problema de la criminalidad en los delitos colectivos. El derecho antiguo. Los glosadores. La escuela clásica y la escuela antropológico criminal. La personalidad jurídica. La obra de Savigny.—IV. <i>Corriente demopsicológica.</i> Hipólito Taine y el antiguo régimen. De la psicología social á la colectiva. Otros continuadores.—V. <i>Corriente socio-psíquica:</i> Tarde, Venturi, Lebón, Gevärts, Baratono, Piazzí, Meja, Puglia, la Grasserie, Engelman, Carrara, Rossi, etcétera Conclusión: <i>La psicología colectiva como ciencia</i>	144
---	-----

CAPITULO IV

PSICOLOGÍA COLECTIVA Y SOCIOLOGÍA

Págs.

Definición de la psicología colectiva.—Cómo debe entenderse.—Psicología colectiva y social.— <i>Ciencias afines a la psicología colectiva y sus relaciones</i> .—Los tres grupos de ciencias.—Ciencias que le ofrecen los materiales de estudio.—Ciencias que estudian los elementos mínimos del hecho colectivo.—Ciencias sintéticas.—Relación de la psicología colectiva con estas ciencias.....	173
--	-----

CAPÍTULO V

LA PSICOLOGÍA COLECTIVA COMO CIENCIA SINTÉTICA

La psicología colectiva es una ciencia sintética respecto de las demás psicologías de la secta, de la clase: de la casta, razones en que se funda dicho juicio.—Ramas en que se subdivide la psicología de la colectividad estáticamente considerada.—Tendencia práctica de la psicología colectiva; su oficio crítico; es una filosofía parcial.....	187
---	-----

CAPÍTULO VI

PSICOLOGÍA SOCIAL Y PSICOLOGÍA COLECTIVA

Doble cuestión. La psicología social y la psicología colectiva no son una sola ciencia. No tienen necesidad de una ciencia común. El criterio lógico, dogmático é histórico.—I. <i>Historia de la psicología social</i> . La ciencia nueva de G. Bautista Vico. La escuela de Vico.	
---	--

Carlos Cattaneo y la <i>psicología de las mentes asociadas</i> . Stuart Mill y la <i>etiología</i> . Lazarus y Steinthal y la <i>demopsicología</i> . Wundt y Worms. Hipólito Taine. Gabriel Tarde y la <i>psicología interespiritual</i> . Otros cultivadores: De Roberty y Asturaro y la psicología concreta ó social. Rómulo Bianchi y la psicología del grupo temporal. E. de Marinis, P. Orano. <i>La etología política</i> . Levi y la <i>psicología social basada sobre el materialismo histórico</i> .—II. <i>Los límites de la psicología social</i> . Qué se entiende por <i>alma de un pueblo</i> . La psicología social no se confunde con la sociología. La psicología social y colectiva entran cada una por su cuenta en la sociología.	196
--	-----

CAPÍTULO VII

DEL MÉTODO EN LA PSICOLOGÍA COLECTIVA

El problema del método en psicología colectiva. La psicología individual y la sociología respecto al método psico-colectivo. De la observación al experimento.—I. *De la observación*. Su utilidad. Dos formas de observación. El hecho colectivo es siempre algo exterior. Extrainspección é introspección.—II. *De la experimentación*. Sus límites y su aplicación en las ciencias. Observación y experimentación en la psicología colectiva.—III. *De la analogía y de la comparación*. La analogía en las ciencias jóvenes y derivadas. La comparación. Sus formas. Comparación simple. Comparación compleja. De la psicología colectiva á la individual y á la social. Memoria colectiva. La comparación *patológica*. La personalidad loca y la caricatura de la sana.—IV. *La investigación de las causas*. Stuart Mill y Durkeim. *La colocación de los fenómenos* en psicología colectiva. Los métodos para la investigación de la causa y la sinestesia colectiva.

—V. <i>De lo normal y de lo patológico. Importancia de tales investigaciones. Distinción de la multitud sana y enferma.</i>	245
---	-----

CAPÍTULO VIII

LOS TIPOS DE MULTITUD Y LAS LEYES DE PSICOLOGÍA COLECTIVA

I. <i>Extensión de la palabra multitud. Su clasificación. Clasificación de Lebon. Idem de Tarde. Crítica de estas clasificaciones. Clasificación histórica ó genésica. Ventajas que presenta. —II. Las leyes psico-colectivas y su inteligencia. La radiación humana. Leyes psico-individuales. Su complejidad en la multitud. Las tres leyes psico-colectivas. Qué se entiende por carácter hiperorgánico. Opiniones en Piazzzi, Lebon, De Marinis, Tarde, Nordau, Rossi. El carácter hiperorgánico y las estratificaciones psíquicas. La multitud y la horda. El reflejo del arte. El carácter hiperorgánico como ley límite.</i>	270
---	-----

CAPÍTULO IX

EXPOSICIÓN Y VALOR DEL MÉTODO

I. <i>Metodología expositiva. El período analógico. El propio de cada ciencia. Este último aparece á medida que la ciencia particular progresa. Sus requisitos. Ser claro y natural. Qué se entiende por naturalidad. Las ciencias, las ciencias jóvenes y una cierta indeterminación en el asunto. Modo de ordenarse la psicología colectiva: el estado de la multitud. Formas elementales y simples de esta multitud y psiquis singular. De la multitud á la corporación. Estabilidad y memoria. La sugestión. La multitud y el arte.—</i>	
II. <i>Valor del método. Conclusión</i>	294

LIBROS PUBLICADOS

POR

LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta
en su Administración, López Hoyos, 6.—MADRID

N.º del Catal.º	Pesetas	N.º del Catal.º	Pesetas
513-514 Aguanno. —La Génesis y la evolución del Derecho civil, dos tomos.....	15	184 Asser. —Derecho internacio- nal privado.....	6
176 — La Reforma integral de la legislación civil.	4	368 Bagehot. —La Constitución inglesa.....	7
177 Alcofurado. —Cartas amato- rias de la monja portuguesa Mariana Alcofurado, dirigi- das al conde de Chamilly...	3	391 — Leyes científicas del des- arrollo de las naciones en sus relaciones con los principios de la selección natural y de la herencia.	4
315 Amiel. —Diario íntimo.....	9	416 Baldwin. —Elementos de Psicología.....	8
327-328 Antoine. —Curso de Eco- nomía social, dos tomos. ...	16	411 Balzac. —César Birotteau....	3
178 Anónimo. —¿Académicas?...	1	54 — Eugenia Grandet.	3
179 — Currita Albornoz al P. Luis Coloma.	1	412 — La Quiebra de César Birot- teau.	3
188 Araujo. —Goya.....	3	62 — Papá Goriot.	3
180 Arenal. —El Delito colectivo	1,50	76 — Ursula Mirouet.	3
182 — El Derecho de gracia.	3	2 Barbey d'Aureville. —El Cabecilla.....	3
181 — El Visitador del preso.	3	12 — El Dandismo y Jorge Brum- mell.	3
323 Arnó. —Las Servidumbres rústicas y urbanas. Estudio sobre las servidumbres pre- diales	7	131 — La Hechizada.	3
114 Arnold. —La Crítica en la actualidad	3	120 — Las Diabólicas.	3
172 Asensio. —Fernán Caballero	1	124 — Una historia sin nombre. ...	3
39 — Martín Alonso Pinzón.	3	110 — Venganza de una mujer. ...	3
		495 Barthelemy - Saint-Hi- laire —Buda y su religión.	7

N.º del Catal.º	Pesetas
130 Baudelaire .—Los Paraísos artificiales.....	3
163 Becerro de Bengoa .—Trueba.....	1
174 Bergeret .—Eugenio Mouton (Merinos).....	1
353 Boccardo .—Historia del comercio, de la industria y de la economía política (para uso especialmente de los Institutos técnicos y de las Escuelas superiores de Comercio).....	10
311 Boissier .—Cicerón y sus amigos. Estudio de la sociedad romana del tiempo de César.....	8
380 — La oposición bajo los Césares.....	7
169 Bourget .—Hipólito Taine..	0,50
395 Breal .—Ensayo de Semántica (ciencia de las significaciones)	5
447 Bredif .—La Elocuencia política en Grecia.....	7
399 Bret Harte .—Bloqueados por la nieve.....	2
484 Brook-Adams .—La ley de la civilización y de la decadencia de los pueblos.....	7
505 Bryce .—La república norteamericana, tomo I.....	7
367 Bunge .—La Educación....	12
135-186 Burgess .—Ciencia política y Derecho constitucional comparados (dos tomos)....	14
187 Buylla .—Economía.....	12
520 Cambronero .—Las Cortes de la Revolución....	4
36-37 Campe .—Historia de América (dos tomos) ..	6

N.º del Catal.º	Pesetas
156 Campoamor .—Cánavas... 1	
79 — Doloras, cantares y humoradas.....	3
69 — Ternezas y flores.....	3
317-354-371 Carlyle .—La revolución francesa (tres tomos). 24	
323 — Pasado y presente.....	7
189 Carnevale .—La Cuestión de la pena de muerte.....	3
102 Caro .—Costumbres literarias	3
140 — El Derecho y la fuerza....	3
58 — El Pesimismo en el siglo XIX.....	3
65 — El suicidio y la civilización.	3
383 — La Filosofía de Goethe....	6
293 Castro .—El Libro de los galicismos	3
361 Champcommunal .—La sucesión ab intestato en Derecho internacional privado.	10
515 Chassay .—Los deberes de la mujer en la familia.....	3
190-191 Collins .—Resumen de la filosofía de Spencer (2 tomos)	15
84 Coppée .—Un idilio.....	3
40 Cherbuliez .—Amores frágiles.....	3
26 — La Tema de Juan Tozudo..	3
93 — Meta Holdenis.....	3
18 — Miss Rovel	3
91 — Paula Meré.....	3
394 Colombey .—Historia anecdótica del duelo en todas las épocas y en todos los países.	6
487 Comte .—Principios de Filosofía positiva....	2
401 Couperus .—Su Majestad....	3
297-298 Darwin .—Viaje de un naturalista alrededor del mundo (dos tomos).....	15